

EL DÍA DEL JUICIO FINAL



AMAYA FELICES

UNA NOVELA DEL SEXTO INFIERNO



Dedicado a mis lectores, por esperarme.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios.

Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2011, El pozo de todas las almas

©2014, Sexto infierno

©2018, Fotografía de portada: Rdrgraphe en shutterstock

©2011, Amaya Felices

©2018, De esta publicación digital, saga Sexto infierno nº 3

e-mail: amayafics@gmail.com

<http://amayafelices.com>

<http://bit.ly/1LuxGiG> - <http://bit.ly/1TOpqwd> (página y grupo de Facebook)

Publicado por Amaya Felices Ota. Todos los derechos reservados.

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no está permitida su reproducción total o parcial, ni su transmisión. Si deseas compartirlo, por favor pídeles a tus amigos que se bajen su propia copia de un distribuidor autorizado. Muchas gracias por tu apoyo y por respetar el arduo trabajo del autor.

Índice

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[CATORCE](#)

[QUINCE](#)

[DIECISÉIS](#)

[DIECISIETE](#)

[DIECIOCHO](#)

[DIECINUEVE](#)

[VEINTE](#)

[VEINTIUNO](#)

[VEINTIDÓS](#)

[VEINTITRÉS](#)

[VEINTICUATRO](#)

[VEINTICINCO](#)

[VEINTISÉIS](#)

[VEINTISIETE](#)

[VEINTIOCHO](#)

[VEINTINUEVE](#)

[TREINTA](#)

[TREINTA Y UNO](#)

[TREINTA Y DOS](#)

[TREINTA Y TRES](#)

[TREINTA Y CUATRO](#)

[TREINTA Y CINCO](#)

[TREINTA Y SEIS](#)

[TREINTA Y SIETE](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[PRIMER CAPÍTULO DE LA SOMBRA DE LA ARAÑA](#)

UNO

La figura encapuchada entró por la puerta. El local olía a humo y a cuerpos sudorosos. La música, con sus acordes de metal atronando por la sala, subía en los tonos agudos mucho más allá de lo que los oídos humanos podían percibir. Era un pub de copas situado en la zona de bares de Roma, uno cuyas paredes eran de piedra como si de una catacumba antigua se tratase y cuyo acceso implicaba descender un par de metros bajo tierra a través de un estrecho pasaje. Eso, unido a la pesada puerta de hierro con grabados de calaveras que se encontraban los visitantes a la entrada, así como a la decoración gótica de su interior, hacía que se tratara de un sitio muy cotizado cuyas bebidas se vendían a precio excesivo.

Esa noche, como cualquier otra, la oscuridad reinaba en el bar. Apenas una tenue penumbra lograba aclarar las tinieblas que lo envolvían todo. La mayoría de la clientela encontraba sugerente y atractiva esa carencia de luz, esa complicidad que la noche parecía brindarles como si fuera una guardiana benévola que les prometiera hacer oídos sordos a cualquier placer de la carne en el que sucumbieran. De hecho, había ya varias parejas que, sin apenas recato, entrelazaban sus bocas y sus cuerpos en rincones apartados del local y de la barra. Sin embargo, los seres humanos no eran los únicos presentes. Había otros, criaturas nocturnas cuyos ojos rojos no eran el efecto de unas lentillas. La figura encapuchada lo sabía; por eso estaba allí.

Cuando hubo dado un par de pasos por el local abriéndose camino a codazos debido a la gran concurrencia, uno de los vampiros se fijó la encapuchada y la estudió, no sabiendo muy bien si se trataba de un hombre o de una mujer. Al fin y al cabo, era alguien alto quien, a causa de la amplitud de la capa, no dejaba claro a cuál de los dos sexos pertenecía. Llevado por la curiosidad, uno de los vampiros se levantó del taburete desde el cual, con aire de lánguida decadencia, había estado observando a los mortales sin acabar de decidirse por uno para alimentarse primero. Una vez en pie, caminó entre la multitud con la sensual elegancia que lo caracterizaba, abriéndose paso con facilidad. Una vez llegó ante la figura encapuchada, se paró frente a esta y con delicadeza alargó los dedos hacia su rostro. El recién llegado le permitió que le echara hacia detrás su capucha, negra y con un ribete de intenso rojo escarlata recorriendo su borde. Al igual que el resto de la tela de su capa, ese negro era incluso más oscuro que las tinieblas que envolvían gran parte del local, allí donde no llegaba la débil iluminación de las velas de la barra. El vampiro notó que la tela, al tacto, era suave y aterciopelada. Sus ojos relucieron con una lujuria más intensa cuando vio el rostro femenino que había quedado al descubierto, delicado y dulce, como un delicioso pastel listo para ser saboreado. Las únicas aristas que aquella joven tenía en sus rasgos eran el afilado brillo de sus ojos verde claro. Sin moverse, sin hablar o siquiera sonreír ante el interés masculino, se quedó mirando al vampiro.

—¿Eres nueva? —le preguntó este con una sonrisa torcida.

Se alegraba de haber tardado tanto en decidirse por su comida, pues sin duda acaba de encontrar el bocado más sabroso.

—Podría decirse —le contestó ella con dulzura—. Es la primera vez que vengo.

—Ven conmigo, yo te mostraré todo lo que desees. —Le tendió la mano en un gesto que fue a la vez invitador, misterioso y seductor.

La mujer, quien no aparentaba más de unos veinticuatro años, asintió. Al mover la cabeza, uno de sus mechones ébano se deslizó con suavidad. Le siguió otro y a este otro más. La cortina de cabellos cayó sobre sus pómulos y, entonces, el vampiro pensó que sin duda era la mujer más hermosa que había visto en décadas. Con el tono rojo de sus ojos encendido por la libido y el hambre, supo que tenía que ser esa humana; ya no quería ni pensar en tomar a otra. Pero hermosa o no, para él la mujer no era más que otra de esas jóvenes góticas que buscaban lugares sombríos y con música oscura en un intento de desconectar unas horas de sus vidas, anhelando tocar la eternidad y sin tener ni idea de que iban a encontrársela de lleno. Muchas de ellas llevaban corpiños y preciosos collares con cristales que asemejaban rubíes cuando recibían la luminosidad de las velas. También lentillas de color rojo y colmillos falsos. Por supuesto, él tenía sus propios colmillos y los había dejado entrever entre sus labios cuando le había tendido la mano a la mujer. También tenía garras y otros atributos más propios de demonios o de licántropos que de nosferatus; pero no pensaba sacarlos todavía. Él no era uno de los vampiros que obedecían al Consejo sino uno de los otros, un mutado, una de las creaciones de los alquimistas, y esa noche, en ese local que habían encontrado él y sus cinco amigos, iba a darse un banquete con la sangre y la carne de todos los humanos que había allí dentro.

Por su parte, la mujer de la capa le tomó la mano y se dejó llevar hasta la barra. A diferencia del resto de los seres humanos del local, ella no se quedaba fascinada contemplando la belleza sobrenatural de aquel que la guiaba. Además, era muy consciente de que su pureza le atraía. Por eso ella y sus hermanas eran tan especiales. Sin embargo, una cosa era ser pura y otra indefensa, pues no era para nada la oveja dentro del matadero que el vampiro creía. Cuando llegaron a la barra y él la miró, como intentando averiguar qué formas femeninas ocultaba la joven bajo su amplia capa, esta le sonrió tranquila. Pese a que sabía lo que ese monstruo pretendía hacer, se sentía invadida por la calma, como si no fuera más que una gota de agua dejándose llevar por la naturaleza, sin importarle que su río estuviera a punto de desembocar en una violenta cascada. Al vampiro pareció agraderle su expresión dulce. La joven no iba maquillada, tan solo un poco de *eye liner* para resaltar el verde de sus ojos y un pintalabios de un tono rojo intenso en su boca; lo justo para resultarle más atractiva. Sabía que a esos demonios, el que una inocente virgen llevara los labios encendidos de una meretriz, les volvía locos.

Como siempre, funcionó.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó el vampiro.

Estaba a gusto jugando con ella y no le importaba para nada pagarle un par de copas; al fin y al cabo, cuando hubieran dejado de divertirse y decidieran acabar con todos ellos, recuperarían su dinero y mucho más abriendo la caja registradora.

—No bebo —le contestó la encapuchada.

—¿Vas a hacerme ese feo? —le preguntó sin poder creérselo.

En sus tiempos de humano, él no había sido especialmente atractivo o guapo. Pero allí, arropado por la aterciopelada y sensual oscuridad, su aura sobrenatural y el brillo de sus ojos rojos, era como un imán para los humanos que buscaban emociones fuertes o un guiño con la eternidad.

Por toda respuesta, la mujer lo miró con dulzura y curvó sus labios en una sonrisa ambigua.

—No he venido aquí para complacerte —le aclaró.

—Entonces, ¿para qué has venido? —le preguntó él, seductor, mientras con sus dedos

acariciaba la delicada y pálida piel de las mejillas femeninas.

Llevado por la excitación y el hambre, cada vez le costaba más mantener sus garras ocultas. Su mano, al rozar esa deliciosa piel bajo la cual podía notar las delicadas venas, tembló con el ansia de dejar crecer sus uñas de duro hueso y desgarrar la carne de su rostro. En vez de eso, deslizó sus yemas hacia abajo, recorriendo la suave línea de pómulos y cuello; las detuvo, aún más temblorosas, en su garganta y, tras unos segundos de duro autocontrol, desató el cordón negro que cerraba la capa de la joven. Se escaparon un par de jadeos de las bocas de un par de chicas cercanas que estaban mirando la escena. Confundían el temblor de esos dedos con deseo y creían que la mujer de la capucha era la afortunada a quien ese hombre tan sensual y misterioso había elegido para entregarle su amor esa noche.

Mas no fue un bonito corpiño ciñendo un apretado escote lo que quedó ante la vista del vampiro tras apartar la capa y revelar el busto de la joven. Más bien un vestido negro, con una enorme cruz roja pintada en él. La luz de las velas hizo resaltar su tono escarlata, tan intenso como un amanecer. Más que un vestido, la prenda parecía el tabardo de un templario pero con negro allí donde estos habían lucido el blanco. Por la rigidez de lo que había debajo, bien que la mujer podría llevar también una coraza. Los ojos de la joven contemplaron cómo los del vampiro se abrían por la sorpresa. Por su expresión, casi podía leerle el pensamiento.

—No puede ser —susurró para sí.

Todos los nosferatus habían oído hablar de las hermanas sangrientas. Puede que este en concreto no fuera uno muy antiguo con sus tan solo veinte años de no-vida; pero, ya que era un mutado, a efectos de poder contaban como si fueran un par de siglos. Pese a ello, esas monjas cazadoras de vampiros, las que llevaban una cruz roja como símbolo de su orden, esas mujeres castas y puras que habían sido entrenadas desde niñas para matarlos... le daban miedo. Eran como una especie de monstruo del saco para los suyos. Y, como siempre le habían advertido, su virginidad era como un imán que le atraía y le hacía querer beber su sangre. También le habían contado que su apodo de hermanas sangrientas se debía a que se aprovechaban de esa lujuria para descuartizarlos sin piedad, lo cual era algo que no quería comprobar. Prefería matarla antes de que ella le atacara. Dio entonces la voz de alarma y de inmediato sus cinco compañeros se giraron hacia él, listos para pasar a la acción. La monja, sin embargo, ladeó su rostro y se lo quedó mirando con lo que parecía compasión.

Compasión...

Hasta allí habían llegado. El nosferatu sintió cómo la rabia crecía dentro de él, superando al miedo. Sus amigos ya estaban a su lado, todos ellos formando un semicírculo alrededor de su enemiga. Esta acababa de dejar caer del todo su capa al suelo, revelando el mono de kevlar que llevaba debajo. En cuanto a su tabardo, una especie de vestido sin mangas que se cortaba en dos piezas a la altura de la cintura y caía recto por sus caderas, estaba sujeto por un cinturón lleno de cuchillos, viales y otras armas. Unas prácticas botas de cuero remataban su atuendo, con remaches de acero en sus punteras.

—¿Estás decepcionado, vampiro? —le preguntó sin perder la calma.

Pelear contra él era su trabajo, su sagrada misión, su destino. Pero no por ello dejaba de sentir pena por el ser humano que un día fue, por esa alma que se había perdido la oportunidad de ir al cielo.

—No puedes luchar aquí, está lleno de humanos —le indicó el aludido.

Sus garras se encontraban plenamente formadas, así como el resto de atributos demoníacos que él y sus amigos poseían.

—¿Qué no puedo? ¿Qué hago entonces?, ¿te dejo que los mates a todos? —Meneó la cabeza con tristeza—. No, vampiro, tú y tus amigos habéis planeado vuestra última matanza.

Las chicas que habían mirado a la pareja, anhelantes y fascinadas, ya no estaban allí. En cuanto habían visto las garras y los pinchos que sobresalían de las extremidades de los supuestos vampiros, habían gritado y retrocedido. Otros de los asistentes, atraídos por su reacción, se habían dado cuenta y apartado también. Era pues un semicírculo de humanidad el que rodeaba a la hermana sangrienta y a sus contrincantes. Había más de un metro de espacio vacío entre ambos grupos y el otro lado lo limitaba la barra.

Tras la certeza con la cual la mujer de la capa había pronunciado su última frase, el vampiro se abalanzó sobre ella, con sus garras apuntando a su garganta. Sin embargo, pese a su velocidad sobrenatural, para cuando esos dedos engarfiados y acabados en duras uñas llegaron al espacio que instantes antes había ocupado la pálida piel de la mujer, esta ya no estaba allí. La monja, entrenada para el combate y portadora de suficientes bendiciones como para poder pelear con un vampiro antiguo de igual a igual, a su misma velocidad, con su misma fuerza, se había apartado y girado. En esos momentos, con una mano agarraba la muñeca del nosferatu mientras con la otra le propinaba un golpe en la articulación del codo, justo por su parte posterior, quebrándosela en dos.

—Siempre es igual. No te resistas. No puedes cambiar tu final.

El aludido la miró con rabia.

—Una puta hermana sangrienta, a esto lo llamo yo tener mala suerte —siseó entre dientes, notándose el dolor en su voz.

Fue como si el insulto de repente rompiera algo dentro de ella, como si la niña que había estado llorando, bajo fuertes castigos corporales, se revoliera en sus entrañas. Su sonrisa cambió. Ya no le tenía lástima, ni piedad. Ya no era dulce. Más bien parecía una víctima a punto de convertirse en verdugo para resarcirse por todo lo que había vivido.

—Sí, una puta hermana sangrienta. Pero virgen, como a ti te gustan —le contestó con un peligroso tono acaramelado en su voz, como si esta fuera veneno recubierto de azúcar a punto de quebrarse.

Y, de algún modo, la manera sádica en la que la mujer contemplaba ahora al vampiro, hizo que la especie de tregua que había en la sala se rompiera. Los humanos que estaban mirando, entre asustados y fascinados, comenzaron a gritar y a correr hacia la salida. Al mismo tiempo, el resto de vampiros dejaron de aguardar a que el que parecía ser su cabecilla le diera su merecido a la monja y la atacaron al unísono. Por supuesto, aquel que había hablado, el del codo roto, también fue a por ella.

Se desató el caos.

Unos segundos.

Ni siquiera el tiempo necesario para que los humanos salieran fuera del local.

Mientras ellos todavía se apelotonaban en el umbral de salida, incapaces de mover la pesada puerta ya que esta se abría hacia dentro y la muchedumbre empujaba a los de delante contra la puerta, la hermana Custodia di Sanguie había sacado sus viales de agua bendita y se los había arrojado al rostro a los seis nosferatus mutados que iban por ella. Entonces, aprovechando la ventaja que le acababa de dar quemarles ojos y rostro, y mientras ellos ya se regeneraban, la monja desenvainó uno de sus cuchillos y, con él, tajó los cuellos de todo aquel que se le ponía a tiro. Su cuerpo era un borrón de velocidad que se movía y atacaba sin pausa. Recibió varios impactos de garras pero el tejido de kevlar impidió que rasgaran su carne. Uno de los mutados incluso sacó una pistola y le disparó a bocajarro un par de tiros, pero la fina coraza de grafeno

que llevaba bajo el tabardo impidió que las balas penetraran y redistribuyó el impacto. Perdió el equilibrio, impulsada hacia atrás, pero gracias a las bendiciones que llevaba en su cuerpo reaccionó rápido y continuó peleando. Cuando tuvo a todos los vampiros temporalmente inutilizados, sacó sus pistolas. Estaban cargadas con balas de munición fragmentada que explotaba en múltiples astillas de madera. Si conseguía que una de ellas se quedara clavada dentro del corazón del enemigo, este ya era historia. Entonces, a toda velocidad, les disparó sin perder su siniestra sonrisa. Sus enemigos no tuvieron ninguna oportunidad.

Nunca la habían tenido.

Las hermanas sangrientas eran muy pocas, apenas un par de decenas. Casi todas las aspirantes a pertenecer a la orden Custodia di Sangue acababan locas o muertas en los entrenamientos. Aquellas que lograban graduarse eran auténticas fanáticas llenas de fe y capaces de acabar ellas solas con decenas de vampiros centenarios o con uno único del nivel de los más antiguos, los milenarios.

Esta misión, para ella, había sido rutinaria y sencilla. Mucho antes de que el pánico humano remitiera y les permitiera abrir la puerta de hierro del local, la mujer recuperó su capa, se la puso y les habló. Su voz sonó alta y clara:

—Dejadme pasar, ya no hay peligro.

El tono conminatorio de su voz hizo que los del final se dieron la vuelta. Al ver a la mujer, llena de sangre y todavía en pie, al notar horrorizados la carnicería a sus espaldas, los cuerpos de los vampiros acribillados a balazos y tirados en el suelo o contra la barra, una especie de reverencial asombro superó su pánico y el grupo de humanos, como las aguas ante Moisés, se abrió para dejarle paso.

La monja, olvidada ya su vena sádica, los miró con tristeza y caminó sobre las baldosas del suelo. Sus botas salpicaron al pisar un pequeño charco de sangre que las recubría. Para una parte de ella ese sonido era el dulce aroma de la venganza pero, para el resto, no era más que el recordatorio de su deber. Esa misión sagrada que cargaba como la más pesada de las cruces.

DOS

Aunque siempre me ha encantado el fragor de una buena batalla —sentirme viva con la adrenalina latiendo por mi cuerpo y notar la sangre, cálida, caer sobre mi rostro y gotear por mi piel—, a veces una chica necesitaba algo distinto. Más sencillo, quizás, pero sin duda igual de satisfactorio. Por eso aquella noche yo me sentía feliz haciendo algo tan mundano como cenar con mi prometido Casio.

No hacía demasiado que se había puesto el sol. Mi vampiro favorito, aquel que me había robado el corazón y los sentidos, llevaba una de esas camisas que tan bien se ajustaban a su cuerpo de gladiador romano. Las estrellas, demasiado tímidas para mostrarse a través de las luces de la ciudad, habían dejado sola a la luna. Una luna grande, llena, que con su blanco fantasmagórico dominaba el cielo más allá de los edificios.

Cuando yo la miraba a través de los amplios ventanales de cristal del restaurante, sentía ganas de estar allí afuera, cenando con mi amado bajo la luz de esas esquivas estrellas. Sin embargo, aunque ya estábamos en marzo, este año hacía un frío inusual y el invierno todavía no nos había abandonado. Y, aunque yo no sentía el frío como los seres humanos, los dueños de este italiano habían retirado hacía mucho las mesas de la terraza. Una pena, pero no por ello disfrutaba menos del sencillo placer de deslizar mi mirada desde los angulosos rasgos del rostro de Casio hasta esa luna que parecía despertar a mi lado más romántico.

—¿Todo bien, Violeta? —me preguntó él mientras con su mano acariciaba mis dedos.

Contuve el suspiro que pugnaba por salir de mis labios y le sonreí. Por el brillo rojo que asomó a los ojos del vampiro, imaginé que tanto el ajustado vestido azul oscuro de noche que llevaba puesto, como la belleza que me brindaba mi mitad de súcubo, estaban haciendo su trabajo. Hmmm... ganas me entraban de adelantarme al postre.

—Todo es perfecto. Una cena romántica contigo y el resto de la noche libre para lo que nos apetezca —ronroneé—. ¿Qué más podría pedir?

—Me alegro. Has estado demasiado preocupada estos días.

—Lo sé. No las tenía todas conmigo de que Marta consiguiera salir ilesa del reto a su matrona. Además, nuestros enemigos alquimistas continúan reclutando nuevos aliados entre los demonios de los planos y la Iglesia se está reagrupando. Mi ataque al Vaticano ha sido el detonante que ha hecho que se rearme y aumente sus esfuerzos contra los endemoniados y los vampiros.

—¿No te sentirás culpable? —se rio, como si la posibilidad se le antojara extraña.

Fruncí el ceño. Vale que últimamente yo fuera más fuerte pero me había pasado años sintiéndome culpable por la muerte de mi madre. Para mí, ese sentimiento no era algo para tomárselo a broma.

—No. Me envió mi abuelo y él ya contaba con esa posibilidad.

—Bueno, cosas que pasan —se encogió de hombros—. En cuanto a tu amiga bruja, es más fuerte de lo que parece, me alegro mucho de que lo consiguiera. Y por nuestros enemigos no te preocupes: les venceremos como hemos hecho siempre.

—Lo sé. —Moví los dedos que él todavía me estaba acariciando para sujetar su mano y apretársela con cariño—. Lo sé. Tú eres el vampiro más fuerte, guapo, aguerrido y poderoso que

conozco. —Le sonreí con picardía aunque creo que una parte de mí me estaba mirando con una ceja enarcada ante semejante dosis de melaza—. Además, por si eso fuera poco, tenemos a mi abuelo haciendo planes. Por muy fuertes que sean los demonios del séptimo plano o esos mutados de los alquimistas, gracias al pozo mi abuelo lo es más. Eso sin contar los eones que lleva vivo. —Me estremecí—. De verdad que a veces me da miedo.

—¿A veces? —me preguntó Casio al tiempo que me miraba escéptico—. ¿Seguro que solo a veces?

—Bueno —reconocí—, en realidad casi siempre.

Casio se echó a reír y yo también, arrastrada por el sonido grave y sexi de su voz. Cuando le conocí, hacía ya varias décadas, nunca pensé que pudiera llegar a compartir esa camaradería con él. De cría yo era muy impresionable, ya que tres mil años de vida me parecían toda una eternidad comparados con mis dieciséis. Sin embargo, mi querido vampiro romano no era nada al lado de un demonio ancestral como mi abuelo y, aun así, podíamos bromear sobre ello. Noté cómo mi corazón se alegraba de estar a su lado. Sin embargo, una leve sombra de tristeza empañó el recuerdo pues, por un instante, un rostro se superpuso al de Casio. No el de mi abuelo sino más bien el de otro de mi raza. Rememoré unos ojos apenados y unos labios curvados con tristeza. De inmediato, le aparté de mi mente. Puede que él me hubiera abierto su corazón, pero yo no estaba libre. Era la prometida de Casio y así debía ser. Me centré los labios de mi vampiro, en esos sexis colmillos que quedaban tan visibles cuando se reía, y esa tristeza pasó. La llegada del camarero para retirarnos el primer plato y traernos el segundo, me ayudó.

No había nada como el delicioso olor de una pizza recién hecha para devolverme al presente, a mi chico, a mi vida soñada. Pero ya no me sentía tan feliz, así que me esforcé en aparentar lo contrario, como si así pudiera recuperar el momento.

Y ahí estábamos, degustando esa delicia italiana entre risas y bromas —sí, mi vampiro bimilenario bromeaba y, además, había aprendido a cortarse un poquito con sus comentarios machistas—, cuando me sonó el teléfono.

—¿No irás a cogerlo? —me preguntó.

—Claro, puede ser importante.

—Violeta, es nuestra noche, la primera libre que tenemos en mucho tiempo, por favor.

—Vamos, Casio, sólo será un momento.

Ignore su mirada de desaprobación para sacar el móvil de mi bolso y descolgarlo. Total, eran típicas en él, por una más...

—¡Ey, hola, Lucas!, ¿qué tal? —le pregunté nada más ver quién era.

—Violeta, estoy por el centro. ¿Puedo pasarme a verte?

—No estoy en casa. Estoy con tu padre en Il Principesco.

—Perfecto, ahora mismo llego.

Miré divertida al a veces aburrido prometido mío y le sonreí. Me estaba observando con el ceño fruncido.

—No te lo he comentado antes, Violeta, pero desde que me hicieron prisionero creo que te estás tomando demasiadas libertades con Lucas.

—Oh, vamos... ¿no lo dirás en serio?

—Por supuesto —me aseguró mientras fruncía sus labios en un gesto austero.

A Casio nunca le había sentado demasiado bien que yo bromeara y me metiera con su hijo pero de eso a sentirse celoso...

—¿Estás celoso? —le pregunté divertida—. Sabes que no tienes ningún motivo.

Mi prometido, quien acababa de endurecer aún más su expresión, no tuvo tiempo de contestarme porque en ese momento apareció Lucas a nuestro lado. Hace unos meses, os habría dicho que nunca lograría acostumbrarme a esa velocidad de los vampiros milenarios que hacía que un pobre humano mortal fue incapaz de verlos moverse y que una súcubo como yo tan sólo distinguiera su movimiento como si fuera una especie de borrón coloreado. Sin embargo, todo había cambiado con el pozo de todas las almas y, ahora, no había necesitado más que abrir un poco más mi acceso al pozo para verlo entrar por la puerta. En cuanto a los comensales que lo rodeaban, ninguno pareció darse cuenta de la súbita aparición de Lucas a nuestro lado. O, en todo caso, lo hizo al cabo de unos instantes la mujer que estaba en frente mío, quien se sobresaltó de repente al verle ocupar el espacio vacío a donde ella estaba mirando.

— Lucas, ¿qué es tan importante para que nos interrumpas? —le preguntó Casio con severidad.

Este Casio ya se parecía más a mi prometido. Suspiré al ver desaparecer su versión más romántica. Qué poco duraba lo bueno... Tendría que volver a recordarle luego, cuando estuviéramos a solas, lo que era tener a una súcubo como novia.

Práctica como siempre, me los quedé mirando. Los dos hombres contrastaban entre sí. Uno moreno, otro con cabellos de un rojo oscuro; uno con traje, el otro con vaqueros y una cazadora de cuero. Sin embargo, ambos tenían algo en común: su celo excesivo por el trabajo y su cansina preocupación por mi seguridad.

—Mis disculpas, señor. Sigo órdenes del Consejo.

—Justo en el que tú estás —le sonreí sin ironía a mi prometido, tan solo recordándole lo evidente.

Lucas ignoró mi intervención y continuó hablándole a su padre:

—Tengo un mensaje importante para Violeta y prefería dárselo en persona a por teléfono. Los alquimistas tienen unos recursos económicos nada despreciables y no me fío demasiado de que no puedan interceptar nuestras llamadas.

—Bien pues, danos tu informe.

—¡Oh, vamos! Lucas, siéntate. No hagas caso tu padre, que es siempre tan serio que es capaz de tenerte ahí de pie —bromeé.

Bueno, en realidad no estaba bromeando pero prefería que prometido lo pensara antes que tomarse mi comentario como un ataque a su manera de ser. Había cosas que eran complicadas de cambiar en un vampiro que llevaba tanto tiempo vivo y al mando de los suyos. Una de ellas era su machismo, sus comentarios de que yo estaría mejor en la cocina que peleando. La otra, este tipo de relación tan poco afectiva que tenía con su hijo. El pobre Lucas de verdad que necesitaba a alguien que le alegrara la vida. En cuanto acabará la guerra, tenía que buscarle novia.

—Acabamos de recibir un mensaje de los satanistas —nos comentó desde la silla donde acababa de tomar asiento; si bien me miraba a mí—. Mediante un hechizo han localizado al padre Bruno. Vamos a rescatarlo y te necesitamos. Tu abuelo insiste en que, ya que el cura te conoce, vengas con nosotros.

—Bien, entonces vamos todos —intervino Casio.

—Perfecto, más diversión —estuve de acuerdo mientras miraba a mi prometido a los ojos.

Ni rastro de irritación por cómo yo decidía por todos. Al fin y al cabo, estaba al mando de los suyos y él era mi guerrero, siempre lo había sido, aquel a quien quería para pelear a mi lado. Y si por un momento otro guerrero más alto, más fuerte y con un físico más imponente se apareció en mis recuerdos, lo ignoré. Yo era una chica práctica, siempre lo había sido. Si ese maldito incubo me ponía más que mi novio, mala suerte. Porque no pensaba hacerle ni puto caso a mi libido. Dejé

un billete de cincuenta sobre la mesa, sonreí con malicia cuando Casio me puso mala cara ya que siempre quería pagar él, me puse en pie y agarré mi abrigo de cuero. Los dos vampiros se apresuraron a seguirme. Una pena por las pizzas. Demasiado buenas para dejarlas a medias, pero así era la vida.

Ahora tocaba rescatar a un cura.

TRES

Diario de Arianhrod:

La juventud es impulsiva. No diré que, a su edad, yo no lo era; pero desde niña había aprendido por las malas que una bruja debe saber esperar, sobre todo si es hija de una matrona y la más fuerte de sus hermanas. Sin embargo Marta... Marta no tiene a nadie que le haya enseñado las virtudes de la paciencia pues ni siquiera sabe de qué línea desciende, ni lo sospecha. Puede que ahora, con el nuevo grimorio, empiece a darse cuenta. Las memorias de mis ancestros, de mi línea de sangre, hablan claro y fuerte dentro de mí. Algo mágico ocurre cuando una de nosotras toma de manera oficial el poder de una casa y sucede algo todavía más portentoso cuando se convierte en la líder del Matriarcado. No negaré que en mi juventud, la primera vez que experimente una de esas voces dentro de mí, me costó mantener tanto la cordura como el autocontrol. Quizás cuando mi joven pupila (si es que demuestra ser digna de serlo, si es que se cumple tanto lo que he leído en su alma y como en las líneas de un futuro probable) experimente unas cuantas de esas voces se dé cuenta de lo que significa pertenecer a la casa de la luna llena.

Porque desde la antigüedad hasta los años de la Inquisición española, habían sido tres los clanes más poderosos. Las gilean, con su magia curativa y su lealtad a la diosa de la vida. Las morrigan, que servimos a la diosa que personifica el arte de la guerra, aquella que en la época celta fue conocida con nuestro nombre. Nosotras, que nunca nos rendimos, ni siquiera cuando la Inquisición intentó erradicarnos, y que, además, conocemos los corazones y el fluir del tiempo. Y, por último, la casa de la luna llena, la única que siempre había sido más poderosa que nosotras, las siervas de la luna, cuya matrona era la matriarca suprema y quienes fueron degradadas y olvidadas a causa de la Inquisición.

Porque, hija mía, ya sabes que hay cuarenta y nueve deidades agrupadas en siete familias. Al principio, cada casa se correspondía con una deidad pero, desde que la primera casa intentó ascender en nuestra jerarquía, comenzó a haber diosas o dioses que eran adorados por más de una casa y, sin embargo, otros se quedaron sin seguidores, perdidos sus hechizos y sus rituales. El siete es un número de poder, como te enseñé de niña. Por eso en cada familia de dioses hay uno de esos siete que es más fuerte que los demás. Nosotras pertenecemos a rama de las artes, donde la guerra domina. Las gilean a la de la vida, la más poderosa de la familia del dolor, de aquello que sacrificamos por nuestra magia. Las moon-wolf a los cuerpos celestiales. Y sí, sé que siempre que te he enseñado las familias me has dicho que solo te he mostrado seis. Y que yo te he contestado que la séptima ha sido olvidada pues en tiempos muy antiguos casi causó la destrucción de todas nosotras y por ello fue prohibida. Vetada. Marcada. Desterrada.

Si como espero algún día seas la matriarca de nuestra casa morrigan, entonces ese día sabrás algo más sobre esa séptima familia. Te pido que me escuches, hija mía. Llegado ese día deberás dejarlo allí, en el fondo de tu mente y olvidarlo. Si lees este diario buscando respuestas, quedarás decepcionada, pues es mejor dejar enterrados a una magia y unos dioses que son más oscuros que la sangre, que piden más que el sacrificio de una vida, que buscan más que ser adorados. Son insaciables y deben permanecer olvidados. El mejor consejo que te podré dar nunca, hija mía, es este: deja a los muertos enterrados.

Mi entrada de hoy en el diario, además de para darte ese consejo, es para que tengas claro que la casa de la luna llena fue la más poderosa de todas aunque hoy en día esté caída en desgracia.

Por eso ahora, mientras mi pluma traza estas páginas que algún día pretendo que te lleguen, imagino que ya sabrás que si acepté la servidumbre de la pequeña hija de la luna llena fue porque vi potencial en ella. Las morrigan, las gilean (que tampoco tienen ahora el poder que ostentaron antaño) y la casa de la luna llena gobernábamos con equilibrio el Matriarcado. Tras la Inquisición, nosotras solas no pudimos continuar conservándolo y sé que hay quien está intentando hurgar en lo que debe permanecer escondido. Quizás, si te llega este diario, es porque he fracasado buscando a una aliada que me ayude a restaurar el equilibrio.

Pero todo esto son divagaciones...

Quizás, si lees esto, sí debas preguntarte sobre el pasado.

En todo caso, permíteme volver al hilo de mi historia y contarte que observo, con la distancia que me han dado las décadas y el poder, lo que va a convertirse en el triunfo o la derrota de la pequeña moon-wolf. Porque puedo verla. Quizás mis ojos, ancianos, ya no son lo que eran pero siguen siendo los más agudos que hay sobre la tierra. Y puedo, puedo verla.

Marta está allí, caminando en esta noche de luna nueva hacia la entrada de la mansión de su casa. Como ya sabes, llamarla mansión es más bien una manera de hablar, un recuerdo de cuando todas nuestras sedes lo eran. Ahora, sin embargo, la matriarca Sonia de la casa de la luna llena vive un sencillo y viejo edificio de dos plantas en el Burgo de Ebro, un pueblo limítrofe de Zaragoza. Se nota cuándo es un clan venido a menos, cuándo la magia no les permite ganar el suficiente dinero como para permitirse una residencia digna de su estatus. Aunque claro, para muchas de nosotras las moon-wolf tienen justo lo que se merecen: la peor residencia para la más baja de las cuarenta y nueve casas.

En todo caso, disculpa mis divagaciones. No son propias de la edad sino de los conocimientos que vienen con mi posición. Algún día, hija mía, leerás esto y entenderás porqué tú todavía no tienes lo que hay que tener para convertirse en matrona. Confío en que estas memorias te puedan ayudar a reclamar tu lugar como mi primogénita, tu herencia como matriarca de las morrigan. Pero ni siquiera entonces escucharás mi voz ya que, cuando yo muera, tan sólo aconsejaré a aquella bruja que ostente el poder supremo sobre las siete casas del Matriarcado. Es precisamente pensando en ese día en el cual comprendas que es el momento idóneo de desafiar a tu matrona, que te escribo estas líneas. No deseo que te compares con Marta, cuyo carácter es tan diferente al tuyo. Mi intención es más bien darte el poder del conocimiento, que sepas y entiendas cómo funciona nuestra política interna, porque lo necesitarás para poder vencer a la que hoy en día es tu matrona.

Así pues, no me desvié más del tema.

Si hace unos momentos Marta estaba caminando hacia la entrada de esa casa de pueblo, bajo la ausencia de luna que augura y favorece el cambio, ahora ya ha llegado, ya le han dejado pasar y ya está caminando por el pasillo hacia el despacho de su matrona.

Sonia no es una bruja joven. Con sus sesenta años de edad, al pertenecer a un clan que ha olvidado sus hechizos de poder, se conserva tan solo como si tuviera cincuenta. Como le han comunicado que Marta solicita una audiencia, la aguarda sentada en la butaca del siglo XVIII que alguna matrona anterior decidió que era digna de ser el trono desde el cual atender las peticiones de las suyas. Sin embargo, tan poco cuidada como está, ha perdido el color de sus tapices y la madera se encuentra demasiado pulida allí donde las matriarcas han apoyado sus manos durante siglos. Sonia lleva puesto un vestido largo, de un azul tan oscuro que casi parece negro, con

mangas que se abren a partir de sus codos y caen más allá de sus muñecas, y un cinto que se ajusta a su cintura. Como imaginas, podrían haber sido las ropas de una dama de la Edad Media. Marta lleva un vestido similar, uno ceremonial que ha encargado a una modista de propio para la ocasión. Su color es rojo, representando el valor que la lleva a la lucha.

—Dime, Marta, hija tercera de mi difunta hermana, ¿has venido por fin a traerme mi nuevo grimorio?

La bruja, que ha caminado por la habitación hasta quedarse a poco menos de un metro de distancia de su matrona, le contesta:

—No es tu grimorio, es del clan.

Hay dureza en su voz. Cuando fue descubierta, su tía se negó a hacerse cargo de su educación. Le dio una copia capada de su grimorio, la misma que daban a las niñas cuando cumplían los doce, y la despidió. Fue su novio quien la apoyó y ayudó a integrarse con su nueva faceta de bruja. Imagino que por eso no le dejó cuando todas se burlaban de ella por no cortar con él.

La habitación en la que ahora se halla, la más espaciosa de la casa, no tiene más muebles que la butaca y unas cuantas estanterías que adornan sus paredes. Un par de brujas se mantienen en pie y sin moverse a ambos lados de la puerta, dentro de la sala. Cuando escuchan la firme e irrespetuosa respuesta de Marta, no pueden menos que mirarla sorprendidas.

—Lo que es del clan corresponde a su matrona. Soy yo quien debe guardar el libro.

—Estoy de acuerdo, Sonia, en que es a la matrona este clan a quien corresponde el grimorio de la luna llena. Pero no he venido a traértelo.

La aludida aprieta las manos contra los reposa brazos de su butaca, clavando las uñas en la madera, blanda y con el barniz perdido demasiado tiempo atrás. Graba unos nuevos surcos que tendrán que volver a limar y pulir.

—Marta, hija tercera de mi difunta hermana, ¿a qué has venido?

—Yo, Marta, hija tercera de la hermana de la matriarca Sonia de las moon-wolf, he venido a retarte por el puesto de matrona.

La voz de mi discípula suena fuerte y clara. Puedo ver su corazón y sé que no es que no tenga miedo sino que ha aprendido a sobreponerse y a ocultarlo. Esa aventura en el Vaticano con mi hermana de magia negra le ha venido muy bien. No sólo porque ha tenido que sobreponerse su aversión a la sangre propia de una carnicería, sino porque ha descubierto el origen de su verdadero poder: su corazón, su fuerza interior. Porque sin voluntad no importan ni los hechizos que una conozca, ni lo fuerte que sea su línea de sangre o la deidad a quien adore. Sin determinación, una bruja no tiene nada. Por eso las moon-wolf llevan siglos amargadas, porque han olvidado quiénes eran, porque no tienen el valor de luchar por lo que es suyo, porque ya no saben creer en sí mismas.

El rostro de Sonia, por el contrario, se ha vuelto pálido como si de repente un vampiro hubiera tomado su sangre. Durante sus treinta años como matriarca siempre ha temido ese momento. Ella misma había aguardado a que la anterior líder de la casa, su abuela, fuera una anciana de ochenta años a quien la edad había mermado sus cualidades. Ahora le ha llegado a ella ese momento y no tiene delante de sí a una joven temerosa, que desea el poco poder que ser la matrona de la última casa puede darle, sino nada menos que a la sierva de Arianhrod, la amiga de una poderosa demonio y aquella que ha tenido tiempo de estudiar los hechizos el grimorio de la luna llena. Sonia sabía que tendría que haberlo reclamado, haberle ordenado a Marta que se lo entregara, pero el miedo a que esta se negara y la desafiara, el miedo a que llegara este mismo momento en el cual tenía que luchar por mantener su vida y su puesto, la había paralizado. Y yo, hija mía, que

puedo ver dentro del corazón de Sonia, me pregunto por un momento si mi discípula podrá conseguirlo. Porque su rival podrá no tener hechizos tan poderosos como los que la Inquisición les robó pero se ha preparado bien para la pelea. Como ya sabes, si algo nos caracteriza a las matriarcas es que siempre tenemos que estar buscando esas conspiraciones que, sin duda, alguien está hilando para tomar nuestro puesto. Es uno de los precios del poder.

Entonces, tras escuchar el desafío, la matrona se levanta. Es tal el silencio de la sala que se escucha con claridad cómo la tela de su vestido resbala por la butaca.

—Muy bien, aspirante, peleemos.

Y de inmediato la mujer de más edad alza sus manos por delante de ella, realiza un rápido dibujo en el aire y de su boca salen las palabras del hechizo que ha preparado con la ayuda de todas las suyas menos Marta, ese mismo hechizo sobre el cual les ha prohibido terminantemente decir nada.

—¡Deoghal gealach!

Su voz es como una onda sísmica que se transmitiera, en vez de por tierra, por el aire. Puedo sentir las diferentes ondas de presión que se acercan hacia Marta, haciendo vibrar la atmósfera en el escaso metro de distancia que hay entre ambas. Llegan a su objetivo. Chocan contra ella antes de que pueda pensar en conjurar un contra hechizo. La empujan hacia detrás, la sacuden. Para mí discípula, es como si el mundo se hubiera detenido. Su corazón vuelve a su infancia, a su juventud, a su etapa de novicia, a todos esos momentos donde todas las demás brujas le decían que no era nada, tan solo el último cero a la izquierda, el último mono, alguien que debía callar, obedecer y dar las gracias porque la ignoraran y le permitieran seguir viva. La matrona Sonia sabe del miedo. Uno de los pocos hechizos poderosos que las suyas todavía son capaces de hacer es una ilusión que confunde a su objetivo. Como un reflejo de la luna en el agua, a la vez seductor y esquivo, esa ilusión te llama y obliga a centrar tu vista en ella, te hace olvidar quién eres, te recuerda tus peores miedos, te agarra con sus dedos fantasmales, te aferra con fuerza, y te susurra que no eres nada.

Deoghal gealach. El drenaje de energía de la luna.

La aspirante, que estaba lista para utilizar el hechizo de ataque que había preparado y guardado para poder lanzarlo con rapidez, igual que en el Vaticano e igual que acababa de hacer su matrona, se queda paralizada. Congelada con su mano a medio extender por delante de su cuerpo. Con sus labios entreabiertos en un pequeño círculo que es como una O de sorpresa, pues así de oportuno es el momento en el cual la ha inmovilizado Sonia. En cuanto a su mente... vuelve al pasado, a la rutina de toda una vida sabiendo que no es nada, que cualquiera puede ser mejor que ella o reclamarle esos pequeños logros que le ha costado tanto tiempo conseguir. Pues la autoestima, la creencia sí misma y la fuerza de voluntad son lecciones que Marta ha comenzado a aprender tan solo en los últimos meses. Antes, como todas las brujas de las casas menores, intentaba hacerse la dura pero no era más que una máscara para sobrevivir. Está tan cansada de que le repitan que no es más que una patética moon-wolf, que el hechizo de Sonia la atrapa por completo.

La matrona no piensa quedarse parada a ver si Marta consigue salir de esa pesadilla interior en la que la ha sumido. En vez de eso, coloca sus dedos sobre el brazaletes de plata que lleva en una de sus muñecas y pronuncia las palabras del hechizo que allí tiene almacenado.

(Sí, almacenado. Es uno de los secretos que descubres al hacerte matriarca, junto con las voces).

De sus dedos salen pequeñas flechas fantasmales, no más largas que uno de mis índices, como si ella fuera una arquera que cuya mano estuviera formada por cinco cerbatanas. Las saetas se

dirigen raudas hacia la garganta de Marta. En mi visión yo puedo parar el tiempo y ver la fotografía de ese instante. Los proyectiles se quedan paralizados cerca del cuello de su víctima. Una estela blanquecina flota tras ellos. La matrona, con una mezcla de miedo y satisfacción pintada en sus rasgos, sabe que ha ganado. El verde de su vestido contrasta con el color hueso de las flechas y con la palidez del rostro de Marta. Observo la tenue iluminación que dan las velas a la estancia. La carencia de color del otro hechizo que atenaza a la aspirante. El rojo de su vestido. Y sin que yo parpadee, sin que siquiera separe los ojos de este diario que estoy escribiendo, al mismo tiempo que me veo aquí y allá, la imagen se mueve. Cambia. Las flechas llegan a la garganta de Marta y se clavan en ella. Sus astiles de color hueso se tiñen de sangre antes de desvanecerse en jirones de niebla. Ya no existen las flechas. Cinco agujeros se abren en el níveo cuello de la joven bruja, cinco pequeñas bocas anegadas en sangre.

CUATRO

No había pasado ni una hora y ya nos encontrábamos ante la puerta de la prisión. Se trataba de una nave amplia, abandonada y destartada a las afueras de Puibolea, un pequeño pueblo cercano a Huesca. Por lo que nos había contado Lucas, haría unos diez años la habían construido para instalar allí una granja de cerdos; sin embargo, el proyecto no había cuajado y la nave se había quedado abandonada. Lo que nadie se imaginaba era que posiblemente desde el principio lo de la granja no era más que una tapadera y el edificio había sido diseñado como una base para los vampiros mutados.

Para llegar a nuestro destino, habíamos utilizado dos vehículos. Casio, su hijo y yo en uno y cuatro de los vampiros que solían escoltar a mi prometido en el otro. Nos habría venido genial una bruja para realizar un hechizo de silencio ahora que teníamos que entrar en la nave. Como no la teníamos, Casio les ordenó a sus hombres que se acercaran a la puerta.

Desde el coche, les vi trabajar. Sabía que me odiarían si pudieran leerme el pensamiento pero... ¡qué monos estaban! Los veía activando sus juguetes tecnológicos y escaneando la zona para asegurarse de que no hubiera ninguna alarma ni nada que pudiera detectarlos. Sinceramente, esperaba que pudieran hacer algo con la señal de las cámaras en el más que probable caso de que hubiera unas cuantas conectadas y apuntando hacia nosotros. Venir por la carretera era algo normal, desviarse por el camino rural que llevaba a esta nave ya no tanto y, desde luego, que dos coches se detuvieran aquí menos aún. Al poco, estos chupasangres del Consejo, tan modernos y equipados con lo último en tecnología, decidieron que era seguro y uno de ellos intentó abrir la puerta mientras los demás le cubrían. Por lo que pude ver no estaba cerrada, tan solo atascada, como si fuera muy dura y se necesitara a alguien con fuerza sobrehumana para abrirla empujando. Curiosamente, algo tan sencillo como lubricar las bisagras (algo que hasta yo podría haber hecho) no parecía encajar con las habilidades tan «pro» de los guardaespaldas de Casio pues cuando abrió la puerta lo hizo en medio de un chirrido que a mí me sonó terriblemente fuerte. Miré a Casio: ¿de verdad que sus hombres eran siempre así de eficaces? Le vi susurrando unas palabras al comunicador que iba directo a la oreja de los suyos. Sonreí. Para que luego diga que yo no sé hacer bien las cosas, que mi entrada en el Vaticano fue un suicidio y que necesito su ayuda y la de su entrenadísimo equipo. Después miré por la ventanilla. Esperaba algo de acción por parte del enemigo, como verlos correr hacia nosotros o escuchar cómo sus balas entraban en la recámara (una que tiene el oído de lo más desarrollado cuando abre el acceso al pozo). Pero no. Silencio total. Decepcionante. O lo sería si no disfrutara tanto de esa arruguita de contrariedad en la comisura de los labios de mi amorcito milenario al apretarlos con desaprobación.

Ah... daba gusto que el motivo de su superioridad fueran otros y no yo.

Pero vamos, ya le quitaría esas estupideces en la cama, como siempre.

Una vez abierta la puerta de par en par, tanto que hasta yo desde el coche pude ver lo que había dentro, resultó que no era más que una enorme nave abandonada. Como único mobiliario estaban los comederos para los cerdos, que nunca llegaron a usarlos.

Enarqué una ceja y mire interrogante a Casio. Como no me prestaba atención, le susurré:

—¿Magia no tienen, verdad?

Tras dirigirme una rápida mirada, me contestó negando con la cabeza mientras, en voz baja, les daba instrucciones a los suyos a través del micro que llevaba enganchado a su oreja.

Su respuesta me tranquilizó un poco, pues al ver la nave vacía creí que los mutados podrían haber contratado (o coaccionado) a alguna bruja para que hubiera lanzado un hechizo de glamour. Sí, glamour, un nombre curioso que suena a criaturas mitológicas como las hadas; pero así es como me dijo Marta que se llamaban esos hechizos. Ella los conocía, aunque las de su casa era incapaces de realizarlos. En todo caso, glamour quería decir ilusión. Una ilusión que podía afectar a un único sentido, como la vista, o a varios.

Siguiendo las nuevas órdenes de Casio, el vampiro que había abierto la puerta estaba entrando a la nave, con los otros tres cubriéndole con sus pistolas desenfundadas. El efecto de nave abandonada lo habían clavado los mutados. La puerta no podría haberla abierto un humano pero dos o tres de ellos empujando a la vez, creía que sí. Si lo hubieran hecho, no se habrían encontrado con nada sospechoso o fuera de lo común. Las cámaras de vigilancia que seguro que había, estaban bien disimuladas. Desde luego, no eran tan evidentes como para que yo pudiera verlas desde el vehículo de Casio. Una bonita tapadera por si alguien del pueblo cercano tenía ganas de cotillear la supuesta granja de cerdos.

Una vez dentro, el vampiro continuó utilizando sus juguetes tecnológicos para ver si detectaba algo. Por lo que le escuché decir a Casio, tenían pirateadas las cámaras y habían localizado y anulado varias alarmas conectadas a sensores tanto ópticos como térmicos o de movimiento.

No le costó mucho averiguar que uno de los comederos podía desplazarse y daba acceso a un sótano. Quemando alma para agudizar mi oído, escuché que el chupasangres le contaba a mi amorcito que se trataba de una especie de túnel que se hundía en vertical varios metros, con las paredes lisas y sin ningún tipo de escalera o asidero para ayudar a la bajada. Algo que, por supuesto, no era un problema para un vampiro.

Con el resto de los sicarios cubriéndole, saltó y, una vez abajo, informó de que estaba todo despejado. Casio les ordenó que le esperaran y, a continuación, se giró para mirarme. Sabía que iba a decirme que me quedara en el coche así que intervine antes de que pudiera hacerlo. Le obsequié con mi mejor sonrisa y le informé de que bajaba con él. Por si acaso. Por si todavía no habíamos superado esa actitud suya tan molesta que situaba a las mujeres a salvo en la cocina.

Se limitó a mirarme con el ceño fruncido.

Así pues, Casio, Lucas y yo nos acercamos al sótano y saltamos abajo de uno en uno. De los tres sicarios restantes, dos bajaron detrás de nosotros y el último se quedó en la nave para cubrir nuestra retirada. Estábamos frente a un pasillo que discurría en línea recta, a oscuras, pero eso no era un problema ni para su visión nocturna ni para la mía cuando quemaba alma. Avanzamos por él, los tacones de mis botas repiqueteando contra el cemento del suelo pese a la desaprobación de los vampiros. Me daba igual. Yo de misión no me iba sin mis botas. Pero como tampoco quería estropearles la ventaja de la sorpresa, activé un regalito que Marta me había hecho. Por lo visto, en su nuevo grimorio había encontrado algo de lo más interesante sobre los sellos. Estos, que habíamos conocido como trampas en el Vaticano, podían utilizarse para unir un hechizo con un objeto. Las moon-wolf de siglos atrás eran diestras usándolos y mi amiga, mientras buscaba algo poderoso para vencer a su matriarca, se los encontró y decidió practicar con mis botas. Lo mejor de todo era que su magia le permitía que cualquiera, yo incluida, pudiera activar el sello. Me contó que se podía llegar a personalizar, pero que dejaba ese aprendizaje para más adelante. Así pues, me agaché sin dejar de mirar a esos vampiros estirados con una de esas sonrisas mías de súcubo que tanto les molestaban. Le guiñé un ojo al que tenía más cerca y con los dedos de mi

mano derecha recorrí el contorno de un dibujo que estaba grabado con levedad sobre el cuero de mi bota derecha. Al rozarlo se encendió por unos instantes con una suave luz oscura. Me incorporé y les insté a continuar caminando. Ninguna de mis botas emitió el menor sonido ya que, durante el par de horas que duraba, estaban bajo un hechizo de silencio. Una pena que el sello se hubiera gastado y no me sirviera para otra vez.

Disfrutando de la mirada que me dirigieron los chupasangres (Casio no; él ya sabía lo del regalo), avancé hasta llegar a una sala más amplia de la cual partían un par de pasillos. Su suelo y paredes también estaban recubiertos de cemento. Por uno de los corredores venía un sonido de voces discutiendo, por lo que continuamos por allí hasta llegar a lo que parecía una sala de torturas medieval. Sí, a mí que me pregunten cojones hacía una sala de torturas medieval bajo una nave de cerdos. Aunque imagino que sería de lo más útil para asustar a alguien antes de pasar al interrogatorio.

—Ya no aguantará mucho más —decía uno de los cuatro hombres que allí se encontraban.

Imagine que se trataba de mutados.

—Eso espero. Bastante nos ha costado ya trasladarlo desde la bodega hasta aquí. Venga, te toca hacer la prueba.

El aludido frunció el ceño y, a regañadientes, se acercó al padre Bruno.

Este estaba sentado dentro de lo que parecía una caja de madera acolchada, sin la parte de delante. Esta, la tapa, estaba apoyada contra una pared llena de argollas y diversos instrumentos afilados. Tampoco preguntaré por qué se habían tomado la molestia de forrar la parte interior de una caja con lo que parecía un mullido y suave acolchado. Desde luego, lo de poner cómodo al prisionero no tenía mucho que ver con la temática de damas de hierro y pinchos de la sala. Tampoco entendí lo que pasó a continuación, cuando el captor se acercó al prisionero y, con mucho cuidado, le dio un manotazo en el brazo. Después se giró hacia el que parecía ser su líder y negó con la cabeza.

¿Qué estaban haciendo? ¿Probar a hacerle hablar con caricias?

En todo caso, Casio no aguardó más y dio a sus hombres la orden de atacar. De inmediato, usando esa velocidad suya que hasta hacía poco yo no era capaz de seguir, se dirigieron hacia los cuatro captos. Pillados por sorpresa como fueron, tan solo a uno de ellos le dio tiempo a reaccionar. Tres de ellos acabaron con las cabezas separadas de su cuerpo por las espadas cortas que los vampiros habían desenfundado mientras se abalanzaban a por ellos, para rematar el trabajo estacando sus corazones. Imagino que por si acaso, ya que no sabíamos cuál era el alcance de los poderes de los mutados. Desde luego, el hecho de que sus cuerpos no se convirtieran en polvo de inmediato, me confirmo que eso era lo que eran. En cuanto al cuarto, el líder, aquel a por quien había ido Casio en persona, tuvo tiempo de reaccionar y saltar hacia el techo, en el cual se quedó pegado durante una fracción de segundo, inmóvil, con las articulaciones de brazos y piernas dobladas de un modo antinatural, como si fuera una enorme araña o uno de los demonios buscadores que habitan en el segundo plano.

Curioso.

Pero no le sirvió de mucho pues de inmediato Casio ya estaba saltando hacia la pared a la cual el mutado acababa de impulsarse. Lo interceptó en el aire y allí intercambiaron una serie de rápidos golpes. Casio aterrizó sobre dicha pared con elegancia, flexionando las rodillas, y de allí saltó al suelo. Su enemigo acabó golpeando el muro con su cuerpo destrozado por los puños del vampiro milenario. Parecía que Casio le había empalado contra uno de los ganchos que se anclaban en la pared pues su punta, curva y sanguinolenta, sobresalía en su pecho a lo que no yo

dudaba era justo la altura de su corazón. Considerando que era de acero, teníamos a uno vivo para interrogarlo. No pude evitar sentirme admirada porque hubiera sido capaz de pelear con Casio. Decididamente, los alquimistas eran muy peligrosos. Me pregunté si alguno de ellos tendría el poder suficiente como para vencerle.

—Padre Bruno —se dirigió Casio al cura tras acercarse a él— hemos venido a rescatarle.

—Vampiros... Dudo mucho que pretendáis rescatarme.

—Venga —le dijo mientras acercaba su mano para agarrarlo por el brazo y sacarlo de la caja. Algo que no consiguió.

—¿Qué es esto? —le preguntó Casio, extrañado al sentir una súbita presión en su brazo, justo por donde creía haber sujetado a Bruno.

—Un escudo de armas. Ninguno de ellos pudo tocarme. Tampoco podréis vosotros.

¿Un escudo de armas? Nunca lo había escuchado. En todo caso, el padre me conocía así que me acerqué para que pudiera verme, ya que estaba fuera de su ángulo de visión debido a los laterales de la caja.

—Buenas tardes, Bruno.

—¿Tú? —me preguntó con extrañeza al reconocermelo.

En el Vaticano me había visto trabajando con vampiros. También me había ayudado. Esperaba que pudiera confiar en mí lo suficiente como para bajar su escudo de armas.

—Sí, me alegro de ver que estás bien. Y espero que me creas si te digo que es cierto lo del rescate. Los que te han apresado son nuestros enemigos y también de los seres humanos. Puedes bajar tu escudo, padre, no vamos a hacerte daño. Tienes mi palabra.

—¿La palabra de un demonio? —sonó despectivo.

—Mi palabra. Creo que ya hemos peleado juntos como para que puedas imaginar que sé lo que es el honor.

—Además, si no lo bajas, ¿qué? —intervino mi amorcito, con tono cortante— ¿Vas a quedarte aquí sin moverte? Sé lo que es un escudo de armas solo que hace más de mil años que no había visto uno. La idea de los mutados de transportarte en una caja acolchada es simplemente sublime. Podemos hacer lo mismo hasta que el hambre y la sed te obliguen a bajarlo.

¿Y no se quedaría sin energía antes de morir de sed? Curioso. En todo caso, parecía que Casio sabía más que yo de este tipo de magia, así que me tomé nota mental de preguntarle más tarde. El cura, por su parte, parecía dudar. Tardó lo suyo pero, al final, bajó el hechizo y, pese a que intentó ocultarlo, yo diría que se asombró al hacerlo. Como si no acabara de entender o controlar esa magia.

—Vamos, padre —me acerqué a él antes de que pudiera hacerlo Casio o alguno de sus sicarios chupasangres—. Hay que salir de aquí y ponerte a salvo. Digamos que con esto ya estamos en paz por lo de la plaza De San Pedro.

—¿Por qué he de hacerlo, demonio? Ya te dije que tenía que seguir mi propio camino. —Su seguridad volvía a ser tan apabullante como siempre. Recordé que este hombre tenía el poder de exorcizarme. Me estremecí.

Me miró a los ojos con fijeza y yo le respondí intentando transmitirle mi sinceridad.

—No es un prisionero, padre. Puedes irte cuando lo desees. Pero primero vayamos a un lugar seguro. Escucha lo que queremos decirte. Después, podrás seguir tu camino si así lo decides.

De verdad que no le quería como enemigo. Ni a él ni a la Iglesia. Bastante teníamos ya con los alquimistas y los demonios del séptimo infierno.

—De acuerdo.

Casio, que parecía estar perdiendo la paciencia, me miró y me hizo un gesto con la cabeza, indicándome que nos pusiéramos en marcha. En cuanto al mutado superviviente, uno de sus hombres arrancó el gancho de la pared y se lo llevó, inmovilizado, tras darle otro fuerte golpe en la cabeza para asegurarse de que seguía inconsciente. Yo pensaba estar presente cuando lo interrogaran, pues tenía una cuenta pendiente con los asesinos de mi madre y quizás pudiera darme respuestas.

De lo que no tenía ni idea era de que un día después de que abandonáramos esa nave una mujer, una monja, iba a llegar allí buscándome.



Sí. Por fin estábamos llegando a la parte interesante. Había que reconocer que el mutado tenía tanto regeneración como aguante, pero tras media hora en las manos expertas de uno de los torturadores de Casio, estaba deseando hablar. Como yo se lo había pedido a mi prometido y llevaba ciertas fotografías en la cartera, me acerqué y se las enseñé al prisionero. Casio me las había pasado hacía meses, poco después de la cena donde nos acostamos por primera vez. Eran las fotos de dos de los vampiros que habían matado a mi madre y los únicos que todavía seguían «vivos». Habían sido tomadas antes de que se convirtieran en mutados. Y sí, las llevaba encima, pues para mí vengar a mi madre era algo muy personal y una nunca sabía dónde iba a presentarse la oportunidad de conseguir información que me acercará un poco más a mi objetivo. Pero, para mi decepción, él no los reconoció. Lo cierto es que era un coñazo eso de que los mutados se organizaran en células de tres, pues no había nada que hacer ya que no tenían contacto con las demás células y que sólo uno de ellos, el líder, tenía acceso a una dirección de Internet donde le daban las órdenes, una que cambiaba continuamente y que, cuando los mejores informáticos del Consejo intentaban rastrearla, descubrían que dichas órdenes habían sido enviadas desde la habitación de algún hotel donde no había ningún inquilino registrado o algún otro callejón sin salida similar. Encantadores ellos, cómo no. En todo caso, cuando le preguntaron al mutado por el cura, este sólo sabía que su jefe le había dicho que era importante, que tenían que capturarlo, atarlo, amordazarlo y llevarlo a un punto de recogida. No tenía ni idea de por qué era importante; tampoco fotos o la descripción física de la célula que iba encargarse de la recogida; tan sólo les habían dado la matrícula y la descripción de la furgoneta en cuyo maletero tenían que depositar al cura. Además, este mutado no era el líder de su célula, con lo cual no se sabía la matrícula. Por suerte, sí nos pudo dar la dirección del cubil donde se ocultaba su grupo de día y, desde allí, los hombres de Casio enseguida encontraron un portátil con los datos de dicha furgoneta.

Tras acabar el interrogatorio, lo mataron y nos fuimos de la nave de cerdos. Nos llevamos al padre Bruno con nosotros. Caminé cerca de él para que se sintiera lo más tranquilo posible y escuché con mis finos oídos que Casio le pedía a sus hombres que buscaran a un cura que también se llamara Bruno y lo capturaran. Que no fuera más que un párroco sin importancia, para no levantar las suspicacias de la Iglesia. Fruncí el ceño y me lo llevé a un aparte, pues no quería que el padre escuchara lo que tenía que decirle. Estamos ya fuera de la nave y los demás entraron en los coches.

—Para qué quieres que capturen a un cura? —le pregunté con sequedad.

—Para hacerlo pasar por el padre Bruno. Vamos a entregarlo con un localizador y vamos a averiguar a dónde lo llevan. Todo lo que podamos averiguar sobre las células será bienvenido.

No estaba mal pensado. ¿Qué iba a decir si le interrogaban?, ¿que le habían capturado unos vampiros?

—¿Y mi abuelo está de acuerdo? —le pregunté con escepticismo.

Porque, bien pensado o no, desde luego yo no estaba de acuerdo en coger a un pobre hombre inocente y entregarlo para que lo torturaran o algo peor. Eso imagino que a mi abuelo le daría igual, pero sé que no quería meter en nuestro conflicto a la Iglesia. Menos ahora que estaban empezando a reaccionar.

—Querida, fue precisamente tu abuelo el que propuso en el Consejo que si en algún momento teníamos la posibilidad de infiltrar a alguien para descubrir la localización de más células y así poder atacarlas a todas de golpe, lo hiciéramos.

—Oh. —Eso tenía sentido...—. Bueno, imagino que hablarás con él antes de hacerlo.

—Tanto él como Aldana estarán de acuerdo, no lo dudes —pareció querer recordarme que los triunviros eran tres.

—¿Te recuerdo yo que mi abuelo mandó a tu hijo para que me fuera buscar a mí para rescatar al padre Bruno? —maticé el «mí».

—Violeta, no seas tan susceptible. Habla tú con él si quieres, yo de vuestros rollos familiares paso. Pero no pongas en duda cómo hago mi trabajo. —Pareció molestarse.

—De acuerdo, lo siento —rectifiqué.

Me había pasado un poco. Imaginé que el susceptible era él porque yo poco menos que había sugerido que mi abuelo gobernaba sobre el Consejo cuando en realidad tanto él, como Casio y como Aldana tenían el mismo poder. O eso se creía mi amorcito, porque del mismo poder que un demonio ancestral que había vivido eones, nada.

Mirando su todavía expresión ofendida, entré en el coche con él. Imagino que para que yo le viera, una vez que los vehículos ya estaban de camino, sacó el teléfono y llamó a mi abuelo. (A mí que me pregunten cómo se enteró mi abuelo de que le estaban llamando desde el plano de la Tierra. Yo sabía que podía abrir un pequeño portal simplemente para pasar el teléfono por él, así que ya me esperaba cualquier cosa). Por lo visto, mi abuelo estaba encantado con la oportunidad que se nos presentaba. Sin embargo, yo seguía sin estar convencida con lo de enviar a un pobre cura a la boca del lobo (seré un demonio pero nunca me ha gustado hacer sufrir a inocentes). Entendía que en la guerra hay que hacer sacrificios pero, simplemente, no me parecía bien. En cuanto al padre Bruno, iba en el mismo vehículo que yo por aquello de ser una cara conocida, pero no había escuchado nuestra conversación ya que se sentaba solo en la parte trasera, la cual estaba separada por una lámina opaca que también la insonorizada.

«Pobre hombre», pensé. «Abandonado por los suyos y aun así sintiendo que el peso de su mundo, de salvar a la humanidad, recae sobre sus hombros». Entonces, me di cuenta de que en cierto modo era un poco la historia de mi vida y no pude evitar sonreír. Casio me miró extrañado, pero no dijo nada. Antes era un asco y una putada estar en mi piel; imaginé que así era como debía de sentirse en estos momentos el padre Bruno.

CINCO

Diario de Arianhrod:

Siento el dolor que Marta siente. Una brutal agonía en la garganta, tan intensa que parece capaz de sacudir ese hechizo que la tiene paralizada. Pero no es suficiente.

Apenada, pues confiaba en mi joven discípula, contemplo como la matrona, quien ya no tiene ningún hechizo más guardado, saca una daga del corpiño de su vestido y se abalanza hacia su rival.

Así es la vida. Algunas triunfan, otras mueren.

Sin embargo, cuando ya la doy por perdida, Marta reacciona. El dolor consigue recordarle quién es, qué hace allí, que batallas más duras ha peleado (bueno, en realidad tan solo dos: su etapa como novicia y la del Vaticano). Sus labios, que se habían quedado estáticos formando una O, recobran la movilidad. La palabra del hechizo deja de estar congelada en su boca. Sus labios, pintados en negro, moldean a toda velocidad la orden de mando.

—¡Saighead seacaid! —exclama.

Y de esa mano que la bruja acaba de alzar del todo, esa que está a menos de un cuerpo de distancia de la daga de Sonia, sale disparada una flecha. Una grande, mucho más que las saetas que ha utilizado su matriarca. Una que vibra con energía y tiene, no el color hueso de las ilusiones de la luna, sino el negro más oscuro de una noche de luna nueva. Mis ojos, que nunca han tenido ocasión de ver ese hechizo pese a que las voces de las antiguas matriarcas moon-wolf que moran en mi cabeza me susurran su nombre, lo reconocen y se dilatan con asombro. También siento orgullo. Es la flecha de la cazadora, uno de los hechizos de nivel medio—alto de la casa de la luna llena.

Aparte de hechizos básicos comunes a todas las casas, el repertorio de las moon-wolf lo conformaban inmovilizaciones, silencios, miedos, ilusiones y los de la cazadora. El hechizo que Sonia le había lanzado era de nivel medio y, hasta hoy, el más poderoso que el clan recordaba.

Por un momento mi mano deja de escribir, hija mía, y me permito que la visión me rodee. Estoy allí. En el espacio que hay entre ambas, atravesada por la flecha oscura. Incluso sin estar allí en realidad, puedo sentir su poder. La flecha impacta contra la daga que empuña Sonia sin apenas detener su velocidad, la tira al suelo, continúa su veloz trayectoria y se clava en el vestido verde, en el lado del corazón. Entonces, igual que ha ocurrido antes con las saetas de menor nivel, se desvanece al tiempo que la sangre, una rosa tardía, empapa el tejido verde.

Es la muerte.

Esta vez sí. El hechizo, poderoso pese a haber sido lanzado por el poder de una única bruja, mata al instante a Sonia. Marta, entonces, súbitamente consciente de lo que acaba de ocurrir, se lleva la mano al cuello, aprieta las heridas y camina los dos pasos que la separan del cuerpo caído en el suelo de la matrona. Entonces, mientras se da cuenta aliviada de que el hechizo de las saetas color hueso no tenía la suficiente fuerza como para haberle provocado heridas mortales, agarra el brazalete que lleva puesto la matrona.

La última joya que queda de las matriarcas de la luna llena. Separa por un momento su mano, tan tenida en rojo como su cuello y la tela de su vestido, de su garganta y se pone el brazalete. Le

gustaría decir algo, alguna palabra a modo de despedida póstuma, pero le duele demasiado y sus cuerdas vocales no le responden como deberían. Entonces, de un modo que no sabe explicar pues es parte de la magia del brazalete, su esencia se conecta con el metal bendito por su diosa. Este brilla mientras Marta intenta pronunciar sin mucho éxito las palabras de un hechizo de curación de nivel bajo, uno que debería ser capaz de detener la hemorragia y aguantar hasta que llegue a un hospital. Pero ahora es la matriarca, la suprema sacerdotisa de su diosa y su poder, gracias al brazalete, ha aumentado. (Sí, hija mía, otro de nuestros secretos). Las saetas de Sonia, tan pequeñas que podías haber pasado por dardo de cerbatana, habían llegado penetrar, atravesar la tráquea y a dañar las cuerdas vocales. Tras lanzar el hechizo, respirando con dificultad, pronunciando las palabras con sonidos líquidos, de repente siente una gran calidez y está curada. Tan sólo quedan en su piel cinco pequeñas cicatrices circulares. Palpándose con los dedos se asombra de la curación y nota los relieves de sus nuevas marcas. Las ignora. Erigida como una reina camina hacia la puerta, hacia las dos brujas que han estado mirando la pelea con unos ojos que, aunque pretendían ser inexpresivos, estaban cargados de curiosidad, incertidumbre sobre el futuro y, sobre todo, miedo y respeto. Es entonces, cuando ya tan solo está a un par de pasos de ellas, cuando Marta se desmaya de repente. Las dos centinelas se miran sorprendidas, sin saber qué hacer. Y Marta viaja a un reino al que yo no puedo seguirla. Mi visión se desvanece pero, como sospecho a dónde ha ido, la mandaré llamar a mis aposentos más tarde.



Ha pasado un día. Como quizás te pueda ocurrir esto a ti en un futuro, hija mía, quiero contarte lo que Marta me relató:

«Estaba caminando hacia la puerta de salida, hacia las dos moon-wolf que la guardaban, y de repente ya no estaba allí. Fue como aquella vez en la cámara del tesoro del Vaticano, solo que no había tocado nada. Las escaleras, amplias, de piedra y con dos temibles serpientes de roca guardándolas ambos lados, volvían a estar delante de mí. Ese sitio se sentía muy real; era como si con un paso me hubiera teletransportado de mi casa al inicio de esos peldaños. Como la otra vez, podía ver al fondo la amenazadora silueta del templo.

Cuando me sucedió al tocar el cáliz en el Vaticano, Violeta me confirmó que mi cuerpo no se había movido. Así pues, esto debía de ser algún tipo de viaje astral o, a saber, quizás tan solo una ilusión. En todo caso, como no sabía ningún modo de volver al mundo real, me armé de valor y comencé a subir las escaleras. Cada nuevo paso era más difícil, como si ganara peso o como si la misma fuerza de la gravedad aumentara conforme yo me acercaba al templo.

Este, parecido a los antiguos templos griegos, constaba de varias columnas decoradas con serpientes que parecían trepar por ellas, enroscándose en los capiteles y en los arquivoltas que unían las columnas. En la cornisa frontal estaba el tallado de una enorme sierpe. No tenía techo que lo cubriera y, una vez que hube llegado al final de las escaleras y me encontré a pocos metros de distancia, pude ver que en su centro había un agujero que se hundía en la tierra. De él emanaba esa misma presencia malvada y poderosa que la otra vez fue a por mí.

Tuve miedo y me estremecí.

La construcción en sí me era totalmente extraña, como si no perteneciera a mi mundo. La sensación de que en cualquier momento algo malo me iba a ocurrir era cada vez más fuerte. Yo no quería estar allí, tenía que volver a mi cuerpo antes de que las dos guardias de Sonia pudieran

decidir que, como estaba inconsciente, no había ganado el desafío. Si esto era alguna especie de videncia que quería mostrarme algo, lo mejor que podía hacer era acabarlo rápido. Decidí lanzarme, sin pensar, o me quedaría paralizada por el miedo y la incertidumbre. Así que superé las ganas de echar a correr escaleras abajo sin mirar atrás y avancé hacia las columnas. Cada paso seguía pesándome más que los anteriores. Entonces empecé escucharlo, un cántico. No veía a nadie. Solo oía voces femeninas, sibilantes, que arrastraban las eses mientras entonaban un hechizo en una lengua que yo no conocía. Al mismo tiempo, unos tambores tribales comenzaron a sacudir mi cuerpo como si estuviera en primera fila de un concierto con los bajos a todo volumen. Esos *dum* parecían resonar en mis huesos, como si lo correcto fuera que yo continuara andando hacia el templo. Entonces llegué a la altura de la primera columna y, como si hubieran estado siempre allí pero de algún modo ocultas a mi vista, comencé a verlas. Fue como si una niebla que no había se disipara poco a poco, revelándome de forma cada vez más nítida a las mujeres que estaban dentro del templo y rodeando el agujero que se abría en la tierra. Parecían formar parte de alguna antigua tribu indígena, con sus tops decorados con huesos de animales y sus faldas largas de cuero curtido y abiertas por los costados. Tanto sus tobillos como muñecas y brazos estaban llenos de pulseras de metal tintineante; por el color parecía oro. Sus cabellos, oscuros, se recogían en intrincadas trenzas. Sobre todo, sus ojos estaban velados, como si el blanco de la córnea se hubiera adueñado del iris y la pupila. Tenían los párpados abiertos de par en par, casi sin pestañear, daban miedo. Parecían estar sumidas en un poderoso trance. Pero lo peor de todo fue cuando vi la piedra de sacrificios que apareció de repente sobre el agujero, ocultándolo tan solo en parte. Estaba sobre una losa rectangular que se apoyaba en la tierra que había a ambos lados del pozo. Gruesas cuerdas rodeaban a siete de las columnas y se hundían en la roca a través de anclajes de metal. Una de las mujeres, la única que ni cantaba y ni tenía los ojos velados, me miraba fijamente. Entonces, me señaló con el dedo y pude ver al resto de las mujeres, las que todavía habían permanecido ocultas. Eran muchas más y estaban dentro del templo, rodeando a las que cantaban. Tocaban tambores hechos de barro y de piel tensada de animales. Otras estaban de pie, armadas con lanzas. Ante una orden de su líder echaron a correr hacia mí.

Me quede paralizada. Tenía que hacer algo y sabía que tenía que ser magia. Pero no tenía ningún hechizo guardado en recámara. Entonces me fijé en mis ropas. Ya no eran rojas sino verdes sino negras. Como la otra vez. No pude más. Dejé de intentar ser valiente. Podría haber comenzado a bailar, a recitar un hechizo con mi cuerpo y mi voz, como hacemos todas cuando no tenemos ninguno preparado. Pero no pude. La sensación de peligro era demasiado fuerte y cedí al miedo. Me di la vuelta y eché a correr. Curiosamente, esa fuerza de gravedad extra disminuía a cada paso que daba alejándome y corrí más rápido que nunca escaleras abajo. Las lanzas comenzaron a peinar el aire a mi alrededor, pero ninguna me dio. El cántico sonaba más alto, los tambores retumbaban con más fuerza. A lo que llegué a la base de las escaleras, una risa femenina, poderosa y malévol, sonó con tanta potencia que ahogó el resto de los sonidos. No parecía de este mundo sino algo más antiguo. Venía a por mí. Podía correr, pero supe que nunca escaparía.

En ese momento volví a mi cuerpo, al mundo real, a la sala de mi casa. Una voz, la de la difunta Sonia, resonó en mi cabeza:

—No puedes ganar —me dijo—. Nuestra casa ya no vale nada por más que tú pretendas lo contrario».

Así pues, Marta se encontró tumbada en el suelo y con las dos moon-wolf agachadas sobre ella. Ignoró la voz de la antigua matrona, achacándola a la pesadilla del templo, y se levantó de inmediato mientras sostenía sus miradas, de manera alternativa, con la peor cara de mala leche

que pudo componer.

Todavía estaba muerta de miedo pero supo que tenía que ocultarlo. Considerando que toda su vida como bruja había sido eso, fingir una dureza que no tenía, le salió bien.

—Yo soy la que queda en pie, la nueva matrona. Si pensáis desafiarme, hacerlo ahora.

Las dos brujas, sobresaltadas ante la determinación que brillaba en los ojos de Marta, agacharon la cabeza y se dirigieron a la puerta. La abrieron. Las demás integrantes de su casa estaban allí, reunidas. Sus miradas se fijaron en la sangre de su mano, en la determinación su postura, y reflejaron respeto y temor. Como una sola, se arrodillaron ante ella y le juraron la lealtad debida a su nueva matrona.

Marta, antes la hija tercera de la hermana de la matriarca Sonia de las moon-wolf y ahora simplemente la matriaca, es la líder de la cuadragésima novena casa.

En mi memoria, dejo que el bullicio del juramento se desvanezca, que los vívidos colores de los vestidos de las brujas se distorsionen con la luz de las velas. Vuelvo a mi diario. Confío en que lo que te he contado te pueda resultar de utilidad, pues algún día tú tendrás que reclamar la casa de las morrigan. También sé que ese día esta no será la primera de las cuarenta y nueve y que deberás reclamar el puesto de líder del Matriarcado. Deberás vencer a aquella que me haya asesinado.

En cuanto a esa extraña visión de Marta, quiero que sepas que es posible. Ya conoces que hay otros planos, algunos habitados por dioses. Si alguna vez te ocurriera a ti, si fueras tú la que viajara lejos de este mundo, no hace falta que te recuerde en estas líneas lo que has de hacer. Eres mi hija. Siempre te he contado lo que debes olvidar sobre lo que debe permanecer oculto, desde que eras un bebé y a tus oídos llegaban mis canciones de cuna y los cuentos para dormir. Siempre.



Extracto de uno de los libros más antiguos que se conservan en la biblioteca particular de la matriarca suprema:

(Nota: Los tachados corresponden a los dioses prohibidos. El más poderoso de ellos, de esa línea de siete, es el ~~væíþ~~).

Familias de dioses:

- 1- Cuerpos celestiales: Sol, Mercurio, Marte, Venus, Júpiter, Urano, y Luna. ~~Plutón~~.
- 2- Animales ancestrales: Serpiente, cuervo, oso, zorro, águila, lechuza y lobo. ~~Dragón~~.
- 3- Elementos: Aire, fuego, agua, tierra, hierro, luz y espíritu. ~~Oscuridad~~.
- 4- Dolor: Bienes materiales, sentimientos, memoria, sangre, carne, salud y vida. ~~Alma~~.
- 5- Abundancia: Caza, pesca, cosechas, minas, salud, vida y fertilidad. ~~Muerte~~.
- 6- Artes: Belleza, inteligencia, sabiduría, artesanía, poesía, política y guerra. ~~Destrucción~~.

SEIS

Había pasado un día. Los vampiros de Casio estaban vigilando el local a donde había ido la furgoneta a entregar al supuesto padre Bruno. Se trataba de un *ciber*, uno que incluso a altas horas de la noche estaba lleno de clientes. Por lo que me dijeron, muchos de ellos pertenecerían a las fuerzas de seguridad de los alquimistas. Como todos ellos estaban sentados frente a sus respectivos ordenadores con los típicos cascos con micro, me pareció una gran idea como tapadera. Considerando que allí llevaban prisioneros, tendría que haber también personal que los cuidara y alimentara y, cómo no, algún torturador especializado.

El local tan sólo cerraba de cuatro de la madrugada a diez de la mañana. Casio, para que no reconocieran a sus hombres como a los vampiros que eran, mandó a algunos de sus humanos de confianza para que entraran en el local e hicieran un reconocimiento. Por lo visto, había dos zonas claramente reservadas a los empleados donde no pudieron entrar. En una de ellas debían de tener al padre Bruno. Todavía no sabíamos que querían exactamente él, aunque sospechábamos que quizás intentarían averiguar algo sobre su magia clerical, sobre la seguridad del Vaticano o sobre por qué este cura en concreto era tan poderoso. En todo caso, como yo no podía hacer nada y mi abuelo no me había mandado ninguna misión (la última había sido la de ayudar a Marta con su grimorio), me fui a ver a mi amiga, a ver qué tal le iba como nueva matrona de su casa. Ayer mismo me había mandado un *SMS* diciéndome que lo había conseguido. Yo la telefoneé para darle la enhorabuena, pero como ella tenía prisa pues tenía que irse a ver a Arianhrod, no pudimos hablar apenas. Eso sí, me prometió que hoy iríamos juntas a comer y me lo contaría todo con pelos y señales.

Unos cuarenta minutos después, estaba ante la vieja puerta de madera de la casa de pueblo de su clan. Llamé y me abrió una bruja a quien no conocía, la cual dio un respingo al darse cuenta de quién era yo. Se disculpó por sus modales, me dijo que me estaban esperando y me guio hasta lo que debía de ser el salón de la casa; en este caso, una especie de sala del trono que comparada con la de mi abuelo, o con el *Sancta Sanctorum* del Samhain, quedaba ridículamente sencilla, vacía y poco amenazadora.

—Enhorabuena —saludé a Marta nada más verla—, estaba segura de que lo conseguirías.

Pues así era. La había visto crecer a pasos agigantados los últimos meses y, por ello, estaba convencida de que una bruja tan débil como la antigua matrona Sonia no sería rival para ella. Las *snake* que la estaban amenazando eran otra cosa.

—Gracias. —Me sonrió al tiempo que se levantaba de la butaca que hacía las veces de trono—. Te lo debo casi todo a ti.

—Bueno—. Me encogí de hombros—. Dejémoslo en que me debes una muy grande por haber metido a una pobre demonio en semejante nido de curas.

Por toda respuesta, se echó a reír. A continuación, me dio un paseo por las diferentes estancias de la casa, enseñándomelas mientras me contaba lo increíble que era estar al cargo de veinte brujas. Minutos después, nos fuimos a comer a un restaurante del pueblo y ahí estábamos, echando de menos a Marcos cuya clase se había tomado las vacaciones de Semana Santa unos cuantos días antes para irse de viaje de estudios, cuando Marta agarró con fuerza la servilleta con la que se

estaba limpiando y puso los ojos en blanco.

—Marta, ¿estás bien? —le pregunté.

No me contestó. Preocupada, pensé si podría estar siendo atacada por alguna rival. Miré a mi alrededor y no vi a nadie sospechoso. Pero eso no significaba gran cosa ya que las brujas no iban siempre vestidas con sus ropajes medievales o góticos, y, además, también podían atacar a distancia. Por suerte, antes de que pasara un minuto el cuerpo de mi amiga dejó de estar tenso, la mano de la servilleta bajó hasta el mantel de papel de la mesa y sus ojos recuperaron la normalidad.

—¿Estás bien?, ¿qué te ha ocurrido? —le pregunté.

—No, bueno sí, sí. Ha sido otra visión pero no tan vívida y tampoco daba miedo.

—¿Otra?, ¿te refieres a una como aquella que tuviste con las escaleras de barandillas de serpientes?

—Sí, esa fue mi primera visión y, bueno, tuve otra de esas hace poco pero en realidad esta ha sido distinta.

—¿Que tuviste otra?, ¿por qué no me lo has contado? —me preocupé.

—Si es que fue ayer mismo, tras derrotar a Sonia. Tenía pensado contártelo hoy, durante esta comida.

—Continúa, por favor.

Marta así lo hizo y, después de ponerme al corriente sobre su segunda visita a esa especie de templo, me habló de la visión que había tenido hacía unos minutos, la cual no tenía nada que ver con serpientes. Parecía ser que había visto a una mujer que tenía un hijo pequeño. Estaban los dos juntos en lo que parecía la habitación del chico cuando unos hombres entraron y la hicieron prisionera. Al niño, directamente le pegaron un tiro. El hecho de ponerlo en palabras hizo que le temblará un poco la voz, horrorizada ante lo que acababa de presenciar.

—No te imaginas la cara del niño. No entendía qué estaba pasando. Gritaba de dolor llamando a su madre y esta no podía ir a su lado porque esos hijos de puta la sujetaban. Y la expresión de ella... Diosa, no soy madre pero solo de imaginar lo que esa mujer debía de estar sufriendo...

No acabó la frase, no hizo falta. Por suerte, creo que podíamos salvar a ese chico.

—Las otras visiones no acabo de entenderlas: me parecen extrañas, como si fueran más amenazas que algo que vaya a pasarte —le conté lo que pensaba—. Pero esta última podría ser algo que todavía no pasado y que creo que puedes cambiar. ¿Quieres que le pregunte a mi abuelo por si puede ayudarnos?

Pues yo de visiones no sabía mucho, por no decir nada. Más bien había llegado a la conclusión de que era algo que se podía cambiar por las películas y el sentido común. La magia, aunque a veces caótica, solía seguir sus propias leyes y el sentido común solía funcionar con ella.

—¿Y molestar a tu abuelo? —se horrorizó—. No se me ocurriría. Mejor le pregunto a Arianhrod.

—Claro, como ella no es poderosa y no se puede enfadar porque estés cada dos por tres preguntándole cosas. —Me eché a reír.

Marta me miró un poco mal pero enseguida se me unió. Imaginé que le pasaría un poco como a mí con mi abuelo, que de la familiaridad se nos acaba olvidando con quién estamos tratando. Acabamos la comida charlando de temas más cotidianos y, antes de separarnos, le hice prometer que si en algún momento necesitaba mi ayuda, me la pediría. Entonces ella, muy seria, me sorprendió pidiéndome lo mismo. Deicidamente, tenía que empezar a pensar en Marta como en la poderosa matrona en quien llevaba camino de convertirse.

SIETE

Atzir'itz estaba inclinado ante su rey en el salón del trono del sexto infierno. La corte se había marchado, dejándolos solos, a una orden de su señor. Aunque al abuelo de Violeta le gustaba estar rodeado de los suyos, había cosas que era mejor que no escucharan más que los oídos torturados de las cabezas que sobresalían de su trono y decoraban el techo y las paredes.

—Yérgete, Atzir'itz. La servidumbre nunca fue para los de mi familia.

—Mi señor... —le dijo con respeto mientras se incorporaba y lo miraba a los ojos.

—Sabes que no eres el único pero sí uno de mis favoritos. En el pasado demostraste ser digno de la devorahuestes —señaló con un leve gesto de su rostro hacia el pecho de Atzir'itz, como si fuera en su corazón donde guardara la espada—. Y ahora ejerces una buena influencia sobre mi nieta favorita. Quiero que sigas.

—Como ordenéis, mi señor.

—Vuelve con ella. Ya sabes qué tienes que hacer.

—Sí, mi rey.

—Bien, no me decepciones y estará más cerca el día en el que pueda reconocerte como el cuarto candidato a la sucesión del trono. Por ahora, necesitarás esto.

En sus manos apareció un rubí del tamaño de una ciruela. Jugó con él, pasándolo entre sus dedos, un instante antes de lanzárselo. Atzir'itz lo cogió sin exteriorizar sus emociones, con su rostro tan impenetrable como siempre, y le dio las gracias. Sabía lo que era. Era idéntico al que guardaba dentro de su cuerpo, protegido tras las costillas y escondido cerca de su corazón. Era muy valioso; no sólo por el valor económico que pudieran darle los humanos sino porque le permitiría almacenar un alma en su interior. Sin estar reconocido como descendiente de su rey Atzir'itz no tenía acceso al pozo de todas las almas. Por eso, poder almacenar un alma adicional era una gran ventaja en batalla. No digamos ya si eran dos extras.

El incubo le dio las gracias a su señor y este le concedió permiso para retirarse. Vestido tan sólo con sus botas con remaches metálicos y sus pantalones de cuero ajustados, como solían hacer por allí los suyos, se inclinó como muestra de respeto ante su monarca y abandonó la estancia.

Volver a cuidar de ella...

Iba a ser mucho más duro de lo que quería reconocer. No sabía si su señor sospechaba algo pero, considerando que al igual que violeta él mismo era también un experimento, no descartó la posibilidad de que su señor lo mandara con su nieta favorita precisamente por eso.

Ah... emociones... eran sin duda más complicadas de lo que parecía. Si no fuera por la guerra, imaginó que su rey no habría querido jugar con ellas.

OCHO

Diario de Arianhrod:

A las pocas horas de haber tenido su visión mientras comía con mi hermana de magia negra, Marta viene a verme. La recibo en mi salita privada en los sótanos de Samhain. Yo estoy sentada y ella de pie. Tras saludarla, le pregunto que la trae de nuevo a mi casa. Como si no lo supiera...

—Siento volver a pedirte consejo tan pronto, pero he tenido otra visión.

—¿Es muy cómodo que te dejen bajar siempre a causa de tu vasallaje hacia mí, verdad? — observo y veo cómo se pone nerviosa.

—Me disculpo por molestarla, beolach.

Se dirige a mí con el término de respeto que fusiona los vocablos gaélicos con los que antiguamente se referían a quien ocupaba mi puesto. Una mujer sabia. La que más. La suprema sacerdotisa de todas las religiones. Hacía mucho que no lo escuchaba. Considerando la servidumbre que nos une, lo veo más que apropiado.

—Tranquila. —Le quito importancia—. Lo cierto es que quiero que me mantengas informada de tus visiones. Has hecho bien en venir.

—Gracias.

En realidad, hija mía, es que no sabe que la he elegido y que más que una sierva la considero una pupila. La edad y la experiencia me han enseñado a leer en el corazón de las personas y sé que en ella puedo confiar. Igual que leí el tuyo antes de que tuviéramos que separarnos y que sé que, llegado el momento, sabrás elegir bien.

Te di a las morrigan, mi antiguo clan, porque si te mantenía a mi lado como hija de la matriarca suprema estarías condenada. Sin casa, tu única posibilidad de ascender habría sido asesinarme y cualquiera que quisiera mi puesto habría comenzado a retarme quitándote del medio. Sé que tu infancia fue dura. Tu juventud más. Que a tu hermana y a ti os trataban con más inquina de la normal por ser hijas mías, que varias veces estuviste a punto de morir, pero fue lo mejor para ti. Confío que no me odies todavía porque leí entereza y bondad en tu corazón hace ya tantos años. También sé que así era como más probabilidades tenías de sobrevivir e incluso de reclamar el puesto que una vez fue mío y convertirte en la matrona de las morrigan.

En todo caso, permíteme seguir contándote la visita de Marta:

—Cuéntame qué viste —le pido.

—Está vez fue distinto. Vi a una mujer humana, en lo que debía de ser su casa. La apresaban y asesinaban a su hijo pequeño delante suyo —me contesta sin ocultar que el tema le preocupa bastante.

—¿Te ha pasado alguna vez más?

—No. Solo las dos del templo que ya le he contado.

Guardo silencio. Tengo que tener cuidado con la información que le doy. Siempre lo tenía pero ahora, con las casas revolviéndose como enjambres de avispa a punto de lanzarse los unos contra los otros, todavía más.

—Tus visiones, Marta, son videncias.

—Pero yo pensaba que lo del templo fue por haber tocado el cáliz —protesta al tiempo que

parece que contiene su impulso de acercarse un paso más hacia mí.

—Sí y no. El cáliz que te encargué —y que sabe la Diosa que necesito— tiene sus propiedades. Pero si tú no descendieras de la rama más fuerte de las moon-wolf, no tendrías visiones.

—Beolach, no entiendo nada.

Sonrí para mí. Como tú, hija mía, es muy joven y le queda mucho por aprender.

—Ya sabes que tu casa, la de la luna llena, era una de las más fuertes, si no la que más, antes de la Inquisición. La línea de poder de las brujas se transmite de madres a hijas pero no de manera uniforme. Aunque sacamos gran parte de la magia de nosotras mismas, el poder inicial le fue entregado a nuestras antepasadas por diferentes deidades. Por tanto, las brujas más poderosas deberían ser las originales, aquellas a quienes llamamos índigos, y, con cada generación, nuestro poder debería menguar. Sin embargo, de las muchas nietas y bisnietas que tuvieron nuestras antepasadas, algunas de ellas mantenían con más fuerza la línea de poder, apenas perdiéndolo al transmitirlo a sus hijas. E, incluso a veces, alguna bruja conseguía aumentar de tal manera el don con el que había nacido que se convertía en una nueva índigo.

Marta está escuchando muy atenta y asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Continúo.

—No conocí a tu madre pero sí a tu abuela. Descendía de aquella que fue matrona de las tuyas cuando la Inquisición actuó, quien a su vez era nieta de una índigo llamada Kendria. Nunca se lo dije, pero yo podía ver claramente su poder dormido aun cuando yo todavía no era matriarca.

—No puede ser —susurra Marta, más para sí que para mí.

—Sí puede. Que no conozcas tu potencial no quiere decir que no lo poseas. Así pues, tú, Marta, matrona de la casa de la luna llena, descienes de una índigo del siglo XIII, lo cual te hace bastante poderosa. Además de que tus antepasadas más cercanas, pese a desconocer sus orígenes, han preservado bastante bien el poder heredado. Por eso no es de extrañar que al tocar el cáliz se activara en ti el don de la videncia. A vuestra diosa siempre le han gustado las ilusiones. No se ha activado nada que no fuera tuyo por derecho.

—¿Así sin más?, ¿sin que tenga que hacer ningún hechizo para tener esas visiones?

—Sí. Es por tu poder, un regalo de tu diosa.

—Yo... no sabía que eso fuera posible. —Parece pensativa y algo anonadada.

—Puedes buscar en tu grimorio el hechizo correspondiente y así puedes tener visiones cuando lo desees. Aunque no creo que sean tan acertadas como las que te regala tu diosa.

—¿Entonces lo del templo me va a pasar? —se da cuenta por fin—. Yo creía que eran como un aviso, algo así como un ten cuidado con las snake.

—Es más que un aviso sobre las snake. Es algo que va a ocurrir si no lo evitas. En cuanto a ese mal que sientes... No eres la única que está teniendo esas visiones —decido sincerarme; aunque las mías son mucho más aterradoras, sobre todo si sabes interpretarlas—. Son un gran regalo que tu diosa te da porque eres pura, no lo menosprecies y no le falles.

—Señora, no lo entiendo. ¿Usted también? Y pura de qué, ¿de línea de sangre?

No, no lo entiende pues nuestras líneas siempre son puras ya que no tenemos hijos varones (hasta las moon-wolf de hoy en día saben cómo influir en el sexo de un bebé nonato), luego no podemos mezclar nuestras descendencias. Y, si se refiere a poder, a cercanía a una índigo, tampoco es eso.

—Pura de corazón—le comento aunque sé que no le aclarará mucho. Tampoco es el momento de contarle más: no está preparada.

Marta se queda un rato pensativa, mirando el suelo a sus pies más que a mí. Entiende que

volver a preguntarme por mis visiones no le servirá de nada.

—Entonces —dice al cabo de unos minutos—, ¿tengo que salvar a esa chica y a su hijo?

—Sí. Averigua quién es y la hora y el lugar donde los viste.

—¿Cómo?

Parece aliviada de poder hacer algo para intentar evitar esa muerte. Justo como su diosa imaginó o, por mucho que hubiera tocado el cáliz, nunca le habría dado ese regalo.

—Céntrate en los detalles que recuerdes. Quizás se viera algo de la calle desde una ventana o dijeron algo significativo. Si no lo consigues así, busca el hechizo para tener visiones en tu grimorio pero evita pedir ayuda a las tuyas para realizarlo. Créeme si te digo que para esto solo puedes confiar en mí y en tu amiga la princesa súcubo.

—¿Y en mi novio? Él me ha apoyado siempre.

—Niña, tu novio es un humano sin poderes. Si le quieres aléjalo de ti o podrá acabar muerto. ¿De veras crees que nuestras antepasadas se alejaron de los hombres por despreciarlos?

Me mira como si no me entendiera. Suspiro. Esto le va a resultar duro.

—Nosotras salvaguardamos a la humanidad, siempre lo hemos hecho. A veces nuestras parejas no lo entendían y otras acababan muertos, peones atacados para hacernos daño. Ahora eres matrona y él es tu punto débil. Aléjate de él si le quieres. El poder siempre tiene un precio.

—Entiendo —me contesta mientras se esfuerza en no dejarme ver lo que le duele.

Espero que me haga caso.

—Ten cuidado —acabo de aconsejarle—. El destino no está fijado y nunca sabes cómo pueden afectar tus acciones a lo que debería haber sido.

Esto último lo sé por experiencia. A veces, cuando crees que cambias algo a mejor, te encuentras con todo lo contrario. Hija mía, tú que leerás este diario, tú que como yo puedes, como morrigan, buscar el don de la videncia a través de nuestros hechizos de mayor nivel, tienes que conocer sus riesgos. Tu hermana gemela... su muerte pesará siempre sobre mí. Es de lo que más me arrepiento y lo que más me duele. Evité un mal mayor, de acuerdo, pero no supe que ella sería el precio hasta que fue demasiado tarde. Sé que por ello me odiaste un tiempo. Sé que ahora ya no soy para ti más que la matriarca suprema. Pero sé que cuando leas esto será porque yo ya no estaré y confío en que, con el entendimiento, llegues al perdón.

Al fin y al cabo, tu corazón también era puro cuando eras niña y Marta no es la única a quien su diosa manda visiones.

—Entonces —me pregunta aquella a quien considero mi pupila—, ¿puedo evitar ir al templo de las serpientes?

—Eso espero. Pero, si no lo haces, tienes que prepararte. Por la descripción que me diste, es el lugar donde las snake sitúan a su diosa, en un plano distinto al nuestro. Shanetta es una deidad vengativa y peligrosa. Si las tuyas piensan que tú te interpones en su camino, o que has hecho algo que las ha perjudicado, pueden intentar capturarte y ofrecerte a su diosa como un sacrificio.

—Pero me vi en ese plano, no en la Tierra.

—Se dice que la primera de las tuyas, en los tiempos de la Edad de Hierro cuando surgieron las primeras índigos, fue la única bruja que obtuvo sus poderes directamente en el plano de su diosa, en vez de que está la visitara en la Tierra. No tengo conocimiento de que algo así se haya repetido alguna vez, pero tampoco de que los dioses hayan vuelto a visitarnos. Algunas de las matriarcas más eruditas defendían que era necesaria una alineación especial de los cuerpos celestes para permitir ese viaje entre planos. Pero que desconozcamos si se puede viajar entre nuestro plano y el de los dioses, que lo creamos improbable, no quiere decir que no pueda pasar.

—No sabía que viajar entre planos fuera tan inusual. Violeta y otros demonios lo hacen a menudo.

—Una cosa son los siete infiernos, que están cercanos en términos cuánticos, y otra los lugares donde residen los dioses.

—Entiendo —me dice aunque parece algo confundida.

Ya lo asimilaré. Lo que le estoy contando es un conocimiento reservado solo a las matronas y, como una de ellas, imagino que pronto los espíritus de las antiguas líderes de su clan comenzarán a hablarle si no lo han hecho ya.

—¿Y el cáliz? ¿Puede decirme para qué es? —me pregunta.

Me acomodo un poco mejor en mi asiento. Es hora de despedirme de ella.

—No. Te agradezco el cumplimento de tu primera misión de servidumbre, pero no olvides que cada consejo que te doy es, como las visiones de tu diosa, un regalo. No estoy obligada a contarte nada.

Ella, algo avergonzada ante su manera de olvidar la jerarquía que nos separa, inclina la cabeza en señal de respeto.

—Tu segunda misión es proteger a esa humana y a su hijo. Puedes irte, Marta de las moon-wolf —la despido.

Observo cómo me mira sorprendida y parece dudar si decirme algo. Decide no hacerlo pues sabe que le he dado la orden de marcharse. Se inclina ante mí y abandona mi salita privada. Hay más seguridad en sus andares, ya no es la chica apocada y temerosa de antes. Le falta mucho para parecerse a las demás matriarcas, pero poco a poco.

Cuando yo ya no esté, hija mía, espero que Marta sea tu aliada. Hay cosas que he visto que ni aquí puedo plasmar para no favorecer que se hagan realidad. El mundo está a punto de cambiar, se acerca el Apocalipsis y, con este, el final de todas nosotras si yo no lo impido.

Si tengo éxito, no leerás nunca este diario. Si no, yo estaré muerta y en tu mano estará unirte a aquellas que me están ayudando (aunque no lo sepan) a evitar el final de la humanidad.

Lo único que puedo contarte es que yo también vi a esa mujer. Se trata de Miriam, la esposa de nuestro ministro de defensa. Nuestros enemigos los alquimistas, quienes en su deseo de la magia y la vida eterna están rindiendo culto a quien no deben y probablemente ni lo sepan, matarán a su hijo para dejar claro que van en serio y amenazarán con hacerle lo mismo a ella si el político no apoya el desarme unilateral de España. Son varios en el gobierno quienes, comprados o extorsionados, lo promoverán. Por desgracia esto, lo de naciones sin armamento nuclear y con ejércitos muy reducidos, pasará por todo el mundo. El planeta entero será una presa fácil para ellos. La biblia cristiana lo llama Armagedón; nosotras, el fin del mundo.

NUEVE

¿Por qué mi abuelo y mi padre estaban los dos en mi salón tomándose una cerveza? Y, ya de paso, el padre Bruno.

Mmm... creo que he planteado mal la pregunta:

¿Por qué sería que otra vez, los dos demonios más poderosos del sexto infierno, se habían venido sin invitación a mi casa?

Sí, creo que ahora sí lo he expresado bien.

Porque era mi casa, mía, privada y todo eso. Ya tenía bastante hacía unos meses con que se me colara el vampiro bimilenario Casio (por aquel entonces ni sabía que estaba enamorada de él), como para que luego lo hicieran mi padre y mi abuelo. Todo ello sin avisarme. ¿Es que no podían alquilar una sala de conferencias o algo así? Mi piso, aunque no tan humilde como el que tenía antes, seguía siendo demasiado mundano para contener a unos demonios con tanto poder.

Y si le uníamos a un cura que había perdido la fe en su Iglesia...

En fin, que esperaba que la próxima vez que abriera la puerta de mi casa y escuchara voces, no fueran de un puto ángel que hubiera decidido dejarse caer para hacerme una visita.

—Buenas tardes —saludé nada más entrar a mi salón.

—Llegas tarde, Klynth'Atz —me contestó mi padre.

Genial, se presentaban en mi piso sin avisar mientras yo estaba comiendo con Marta y ahora resultaba que llegaba tarde... Me armé de paciencia, al fin y al cabo, no me convenía contestarle mal. Eso sí, no pensaba disculparme.

—No sabía que habíamos quedado. ¿De qué se trata?

Cogí una silla y la acerqué hacia el sofá donde estaban los dos demonios sentados. El padre Bruno, en otra silla, se mantenía mucho más alejado de ellos de lo que lo habría estado si se hubiera sentado en el sitio libre del sofá.

—Hay que proteger al cura hasta el veintiuno de junio, el solsticio, la fecha del fin del mundo —soltó dijo mi abuelo—. Y por lo visto se niega a que lo haga tu padre. Ni siquiera otra súcubo, eso que le he ofrecido a una de las más guapas de la corte.

¡¿Qué?!!

Algún día me acostumbraré a mi familia. Lo prometo.

—Perdón, ¿el fin del mundo?

No entendía nada. Íbamos hacia una guerra con los alquimistas pero de allí al final de todo...

—Cuéntale, Trinj'At, que parece que tantas emociones le están nublando a nuestra general su capacidad de realizar asociaciones lógicas —le cedió la palabra a mi padre.

Asociaciones lógicas... ¿me estaba llamando rubia o tonta? Y yo que pensaba que solo le decepcionaba cuando no era capaz de realizar grandes matanzas...

—Klynth'Atz, ya fuiste informada de mi visita al tercer plano, a la cueva de la montaña de las tres hermanas ciegas.

—Sí.

—Sabes que el motivo de mi visita fue nuestra preocupación porque esta guerra llegara a oídos de la Iglesia y se armaran contra nosotros; así como que me dieron el nombre del padre Bruno y

que por ello acompañaste a la bruja Marta al Vaticano, ¿no?

—Sí.

Hablaban de todo esto delante del cura, quien escuchaba de lo más atento y sin perder su mueca de desagrado por estar rodeado de demonios. Habría perdido mi «capacidad lógica» pero no tenía dudas de que eso solo podía significar dos cosas: iban a matarlo o iba a convertirse en un poderoso aliado. Por lo que me había dicho mi abuelo, su magia clerical le resultaba de lo más apetecible. Así que, por ahora, apostaba por lo de aliado.

—Imagino que llegarías a la conclusión de que lo que viviste en el Vaticano había sido visto por las hermanas ciegas; así como que fue un momento importante. En realidad, para el padre Bruno fue una prueba.

Ahora sí que este se removió en su asiento. Parecía que quería decir algo, fuera para protestar o preguntar. Pero no lo hizo. Imaginé que por aquello de confraternizar con íncubos. El mal para los cristianos y todo ese rollo. Algo curioso, porque mi abuelo nunca me ha hablado de su dios y, si de verdad fuéramos los demonios de su biblia, ¿no deberíamos saberlo?

—¿Una prueba? —pregunté.

Mi padre sonrió de un modo feral que hasta a mí me dio escalofríos. De verdad que tengo que acostumbrarme más a mi familia. Lo de vivir tantos años en la Tierra me había hecho olvidar lo que es estar rodeada de seres capaces de destruir ciudades o países enteros ellos solitos, sin ningún tipo de ayuda.

—Pues si no lo dedujiste, está claro que no se te ocurrió pensar que algo más me dirían aparte de que el padre Bruno es muy importante. Algo relacionado con eso. Algo como que solo él puede impedir el fin del mundo.

Ahora sí que el aludido intervino. Por la mirada de mi abuelo, parecía que toda esta tontería sobre mi cerebro no siendo capaz de sacar conclusiones no era más que un modo de contarle un par de cosas y hacerle intervenir. Me pregunté de qué habrían estado hablando antes de que yo llegara. Por la salud mental del padre, esperaba que no de sexo.

—¿De qué estáis hablando? Solo os acompaño porque ella —me señaló —me pidió que escuchara lo que tenáis que decirme. Sin embargo, no volví a verla, me llevasteis a una habitación donde no hicisteis más que asegurarme que la humanidad estaba en peligro y que tenía que trabajar con vosotros. Cuando me levanté para irme intentasteis venderme a una de vuestras demonios como mi guardaespaldas ayudante, como si yo no fuera célibe y estuviera deseando ceder a los pecados de la carne.

Hmm... cierto. Yo quería ir con el padre, sobre todo después de haberlo convencido para que bajara el escudo de armas. Pero por lo visto yo ya no era necesaria y el coche en que salimos de la nave hizo una parada para dejar a Bruno en un piso franco. Lucas se quedó con él pero Casio y yo continuamos para supervisar como iba a realizarse la entrega de ese otro pobre cura de igual nombre a quien los suyos ya estaban buscando, localizando y capturando.

—Estamos hablando del Armagedón de tus textos sagrados. De la guerra entre vuestro dios y los gobiernos humanos, dominados o corrompidos por demonios, por lo que llamáis el mal. De una batalla que lo destruirá todo.

Sinceramente, todo esto me venía grande. Hasta hacía poco, yo solo me preocupaba por buscarme una comida que no fuera un buen tío. De repente, era un arma creada por mi abuelo, no había acabado de vengar a mi madre, estaba enamorada y comprometida con el vampiro bimilenario para el que trabajaba y tenía alas y un acceso al pozo, vamos, que podía jugar en la liga de los «mayores», que era todo un general que volaba a lomos de un wyvern encabezando un

ejército hacia la batalla en el primer plano. Suficiente cambio para toda una vida, ¿verdad? Pues no. Parecía que necesitábamos más emoción, algo así como ese fin del mundo que tanta guerra dio por Internet en el año dos mil pero que nunca había llegado.

Vale.

Por lo visto el pobre tenía un *lag* de cerca de un par de décadas.

—¿Estás hablando del Apocalipsis? Pese a lo que pueden indicar rumores profanos, el primer sello está intacto —estaba diciendo el padre Bruno, muy serio.

—Quiero que quede clara una cosa —intervino mi abuelo—. Yo soy antiguo, mucho, pero nunca me he encontrado con tu dios ni sé de dónde surgió el universo. No tengo más respuestas que las que da vuestra ciencia. Sin embargo, sí sé que hay otros planos, no solo los siete a los que nos fuimos los demonios que antaño poblábamos la Tierra. Son planos que puedo sentir pero que están lejos, tanto que no puedo llegar a ellos. Sin embargo, sí sé que allí moran seres poderosos, quizás tu dios resida en uno de ellos. Y no me mires como si estuviera blasfemando, pues lo único que quiero decirte es que ni yo ni los demonios del séptimo plano somos vuestro ángel caído. Si tenéis un infierno para vuestras almas no está en ninguno de esos siete planos.

Mi abuelo, pese a estar vestido tan solo con sus pantalones de cuero, rezumaba poder en esos momentos. Sus espolones, colmillos y otros atributos de nuestra raza, estaban tan a la vista como siempre que he estado ante él. Pero no eran estos, sino la majestad y la energía de la que se había rodeado, lo que hacían que el cura le escuchara sin intervenir. Estaba asustado. Por lo que sé de él, habría intentado defenderse y pelear si mi abuelo le hubiera atacado; luego no era esa clase de miedo. Más bien se trataba de una especie de respeto ante alguien cuya presencia resultaba tan imponente, tan aterradora e imposiblemente poderosa, que no podría evitar compararla con lo que había sentido en el Vaticano cuando su señor le dio vida a aquellas estatuas de santos.

—Así pues —le decía mi abuelo—, nosotros no somos tu enemigo. Si tienes que identificar al mal con alguien, que sea con quienes voluntariamente lo están realizando. Hay una secta de seres humanos a quienes llamamos los alquimistas. Están organizados, han utilizado la ciencia para robar poderes de demonios y dárselos a sus creaciones de vampiros mutados. Muchos de ellos son personas poderosas e influyentes en la sociedad humana. Están aliados con algunos de los demonios de los planos, como los del séptimo infierno. Buscan el control total de la Tierra y de los planos. Como ves, si pretendes salvar a la humanidad, somos aliados en esto pues yo no quiero tu planeta, solo mantener a salvo mi plano y, si puedo, conquistar alguno más.

Cuando mi rey acabó de hablar, nos quedamos todos un rato en silencio. No pensaba que fuera a ser tan claro con el cura pues corría el riesgo de que le contara todo esto a los suyos y acabáramos con la Iglesia también como enemigo. Imaginé (atando cabos con esa «capacidad lógica» que tener no sé si no tendría pero picajosa sí que era un rato, sí) que Bruno era una pieza mucho más importante de lo que parecía, quizás la clave para evitar ese fin del mundo.

—Entiendo —le contestó el padre Bruno tras reflexionar unos minutos—. Pero la batalla del Armagedón ocurrirá cerca de Nazaret y es parte del Apocalipsis. No puede darse una sin el otro.

—No soy quien para entrar en temas de tu religión. Solo te digo que las videntes más poderosas que existen han visto que tú eres una pieza clave. Que se te va a probar. Que tu primera prueba fue en el Vaticano y la superaste. Que si fallas el Armagedón ocurrirá. Si quieres buscar pruebas de sellos abiertos pese a que tus superiores Illuminato afirmen que están todos intactos, adelante. Yo solo quiero tenerte de aliado, que entiendas que no todos los demonios somos malvados.

—Te alimentas de almas humanas, almas que impides que lleguen al cielo, almas que has

conseguido tentándolas con los pecados de la carne —le dejó muy claro.

—Olvidas que tampoco están en tu infierno. Sin han caído en el pecado, ¿no deberían estar allí? Considéralo como otro tipo distinto de castigo.

—¿Afirmas no pertenecer a nuestra religión pero sí tentar a los humanos y castigar a los que pecan?

—No, no voy a entrar en discusión religiosa. Cree lo que desees sobre nosotros pero decide si vas a ayudarnos a parar tu Armagedón.

—No sois mis aliados. Pero no puedo rechazar la posibilidad de que Él haya puesto a la mestiza en mi camino. Solo trataré con ella. Para mí, todos sois el mal, todos amenazáis la pureza de las almas de los seres humanos. Quizás ella pueda salvarse.

Genial, hablando de mí como si no estuviera presente. Parecía que, lo de tener más poder no le quitaba a una que siguieran tratándola como a una niña.

—¿Crees que su parte humana tiene un alma y que puedes purificar su otra mitad? Curioso. — No supe descifrar la expresión de mi abuelo—. Bien, ve pues con él, Klynth'Atz, y ayúdale a superar esas pruebas.

—Como ordenéis —contesté.

No es que yo fuera servil, como no me cansaré de repetir, sino que a mi abuelo había que obedecerlo y punto.

—¿Qué dijeron exactamente esas videntes sobre las pruebas? —preguntó el padre.

Por su tono, parecía creer que podía ser posible lo que le había contado mi rey. Imaginé que, si creía en su dios, bien que podía creer en los poderes de ver el futuro de esas tres hermanas demonio.

—Fuerzas superiores a tu Iglesia te están probando. Ellas no identificaron si el origen era tu dios o sus ángeles y arcángeles. Pero sí que algo está pasando en la gente que cree en tu dios, que ni la mayoría de ellos ni todos los ministros de tu fe creen en él como deberían. Tú has sido elegido entre todos ellos para probar que tu fe es merecedora de darle una segunda oportunidad a la humanidad. O algo así, no hagas mucho caso a las palabras de un demonio —bromeó al ver el ceño fruncido con el que el padre le estaba mirando.

Yo sabía que el hombre había pasado por una crisis de fe en su Iglesia. Parecía que lo del Vaticano había demostrado que creía en su dios y que aceptaba que la institución de los Illuminato pudiera haber perdido el buen camino. Así que imaginé que una parte de él querría creer lo que le contaba mi abuelo pero, otra, le diría que creer así era algo demasiado orgulloso, que él solo era un humilde siervo de su señor y no merecía ese honor. O algo así. Pero vamos, por lo que había visto de cómo pensaba, era una psicología bastante básica. Aunque pese a ser básica funcionaba que daba gusto, pues cuando me vi atrapada en el recuerdo de aquel demonio del primer plano pude sentir la fuerza de su fe y era muy, muy, poderosa. No puedo ni pensar en esa luz blanca sin tener pesadillas.

Uf.

—Entonces me voy. Que ella esté en contacto conmigo.

—Deja que mi nieta te lleve a un sitio seguro para alojarte. Conoce unos cuantos pisos francos donde estarás a salvo.

No le hizo muy feliz la idea pero accedió.

Mi abuelo y mi padre se despidieron y se fueron en medio de una teatral desaparición. Me levanté para abrir las ventanas del salón y que se fuera el pestazo a azufre. El padre Bruno se puso también en pie y se me quedó mirando.

—Bueno, padre, te voy a llevar a la que será tu nueva casa, a dar mi número de móvil y a pedirte que por favor me llames cuando desees salir.

Me encogí de hombros. ¡Qué remedio! Tocaba hacer de niñera.

Habían dado el solsticio de verano como fecha, ¿no? Seguro que Marta y Arianhrod tendrían algo que decir a eso, pues esa fecha era uno de los días sagrados o de poder para las brujas. Intenté hacer memoria sobre lo que sabía de mitología celta pero, a diferencia de los vikingos, no me sonaba que tuvieran un fin del mundo.

—Te llamaré cuando sea necesario —me contestó Bruno—. No me gusta esta situación.

—¿Y de verdad pretendes salvar mi alma?

Tenía que estar muy impactada por toda la información de antes, porque ni siquiera se lo pregunté en plan seductor.

—Eres medio humana. Pude ayudarte en el Vaticano. Eso, hija mía, es una señal —su tono se suavizó, como si me estuviera incluyendo en su rebaño.

Pff, lo que me faltaba, que creyera que yo deseaba «curarme» de ser medio demonio y tener superpoderes.

—Bueno, primero salvamos el mundo y luego ya veremos. Venga, te llevo a su nuevo piso —Esta vez le guiñé un ojo.

Fui a por mi bolso y salimos de allí. No fue hasta unas horas después, cuando yo ya estaba de vuelta en mi casa y lista para relajarme con una cena tranquila y una película, cuando la voz de Marta llena me llamó para pedirme ayuda. Las brujas querían matarla.

«¡Sí!», ironicé para mí. Que no se diga que mi única amiga es aburrida.

DIEZ

La matriarca de la casa de la luna llena, tras abandonar el Samhain, se fue al piso que compartía con su novio para buscar respuestas. No sabía cuándo atacarían a la mujer de su visión, ni siquiera si los asesinos eran humanos o no; pero sí que debía darse prisa no fuera a ser que llegara tarde.

—¿Marta, eres tú? —le preguntó Daniel nada más oír cómo se abría la puerta.

—Sí, soy yo —le contestó mientras se quitaba el abrigo y el bolso y se dirigía hacia el salón.

Allí estaba su novio, sentado en el sillón y con la televisión encendida. Tenía el mando en la mano. La apagó y se puso en pie.

—Llegas más tarde de lo que pensaba. ¿Otro día complicado?

—No te imaginas cuánto.

La mujer, que ya había llegado a su altura, le besó y le dio un abrazo que mantuvo unos segundos más de lo que solía.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Daniel.

—Nada fuera de lo común con la que está cayendo últimamente. No te preocupes.

—¿Ser matriarca es más duro de lo que esperabas? Si es que mandar no es fácil —bromeó él.

Era su novia quien llevaba la voz cantante en la relación y Daniel quien siempre la apoyaba. A veces, cuando Marta decía que no tenían por qué hacer siempre lo que ella sugería, él le preguntaba riéndose si ya se cansaba de mandar tanto. A lo que ella solía contestarle que para nada.

—¡Y que lo digas! Pero ya te lo contaré otro rato que tengo que ir a hacer un hechizo.

—Marta, ¿seguro que no quieres que te ayude?

Daniel no quería presionarla pero se sentía preocupado. Los últimos meses habían sido muy exigentes para su chica y, aunque había conseguido derrotar a Sonia, imaginaba que era sólo el principio. No quería ni pensar qué tipo de trampas podrían intentar tenderle esas otras brujas ahora que había demostrado que se negaba a continuar siendo un cero a la izquierda.

Además, ese abrazo de antes, tan largo, parecía una especie de petición. No sabría decir si de afecto, apoyo o de qué, ya que su chica a veces era difícil de entender.

—Eres un cielo, pero de verdad que no. Mi segunda prueba de servidumbre es salvar a una mujer y a su hijo y para ello tengo que hacer un hechizo. Tengo que averiguar dónde están antes de que vayan a por ellos.

—Bueno, no sería la primera vez que te echara una mano. Dime qué puedo hacer.

Ella se separó un paso, poniendo distancia entre ambos.

—Nada, te dejo tranquilo. Tú sigue con la tele.

Daniel frunció el ceño. Ahora, más que cansada, parecía rara.

—Sabes que me encanta ayudarte cuando me dejas.

—Ya... Aunque lo cierto es que me espera tal cantidad de trabajo con esto de dirigir la casa moon-wolf que estoy pensando en mudarme.

—¿Al Burgo de Ebro?

—Sí, bueno, no sé. Me lo tengo que pensar.

—Marta. —Se acercó a ella y le agarró la mano—. Últimamente apenas nos vemos pero no te digo nada porque sé que es importante para ti. Pero esto no me lo esperaba. ¿De verdad quieres mudarte? No es por sonar agorero pero me parece un paso hacia atrás en esta relación, un paso demasiado importante como para que lo tomes tú sola.

Por un momento, Marta pareció triste pero enseguida endureció sus rasgos.

—Bueno, aún no lo he decidido del todo y será algo temporal, ¿vale?

Él la miró entre extrañado y dolido. Le gustaría seguir hablando con su novia pero se daba cuenta de que no era momento. Que Marta rescatara a esa mujer y a su hijo y, después, se sentaría con ella para averiguar cuál era el motivo real por el que quería irse; porque eso de tener demasiado trabajo no le parecía más que una excusa para alejarse de su lado.

Marta, por su parte, sintió alivio al ver que no le replicaba y se fue a la habitación que tenía consagrada a su diosa. Era el cuarto más pequeño de la casa y su novio sabía que no podía entrar allí si ella no le invitaba. Tenía, además de su nuevo grimorio, el altar, varias velas y los ingredientes sus hechizos, espacio despejado suficiente para poder realizar los movimientos que algunos de sus rituales requerían. Por ello, aparte de la mesita del altar y de un par de estanterías, la habitación estaba totalmente desamueblada.

Marta cerró la puerta tras de sí, subió un poco la persiana para que entrara luz natural y se sentó en el centro de la estancia, el mismo punto en el cual solía comenzar y finalizar sus hechizos. Se colocó en posición de meditación, cerró los ojos y expulsó lentamente el aire de sus pulmones. La energía que llenaba la habitación pareció reconfortarla cuando inspiró. No tenía muy claro cómo había sido capaz de poco menos que romper con su novio y mantener la compostura, de no dejar que ese dolor, que parecía estar retorciéndole el pecho al pensar que pronto lo alejaría de sí de manera definitiva, la paralizara. Por más que le jodiera, Arianhrod tenía razón. Iban a por ella y no podía permitir que hicieran daño a Daniel. Sería duro hacerle creer que ya no le quería pero aún lo sería más verlo morir o saber que su corazón ya no latía en este mundo. Dejó que por sus mejillas se deslizarán lágrimas de dolor y también de rabia. No le parecía justo que no pudiera intentar devolverle a su casa el puesto que se merecía al tiempo que era feliz con su familia. Porque ella quería eso: casarse algún día y tener hijos. Irónicamente, había sido Daniel quien la había apoyado y animado cuando descubrió que era una bruja, así como cuando decidió pelear por su casa y fue a recuperar el grimorio de la luna llena. Si hubiera sabido el precio, seguramente habría pasado y se habría conformado con la posición de las moon-wolf. Después de todo, no estaba tan mal ser la última en la jerarquía si así podía tener novio. Pero ahora, por desgracia, ya no había marcha atrás.

Así pues, intentó pensar que le diría Violeta si la viera así. Posiblemente se le enfadaría por estar llorando por algo que no tenía remedio. De verdad que admiraba la fuerza y el pragmatismo de su mejor amiga. No llorar... sí... eso era. Tenía que hacerse más fuerte.

Se limpió las lágrimas con un pañuelo y se centró en recordar su visión, en recordar algún detalle que pudiera ayudarla a establecer la localización de esa habitación infantil. No encontró nada. Había una ventana pero estaba cerrada y con la persiana bajada. Quizás fuera de noche o quizás no; pero le quitaba la oportunidad de averiguar a qué calle daba. Tampoco vio ningún otro tipo de pista menos evidente, ya fuera un papel garabateado, una dirección, alguna tarjeta de algún comercio o incluso restos en el suelo de algún tipo de barro que solo se encontraba en una zona concreta de la ciudad, como solía pasar en las películas de detectives. Una pena; aunque después de lo de tener que renunciar a Daniel tampoco era que le importara demasiado. Resignada, abrió el grimorio y buscó ese hechizo de videncia. Una vez lo tuvo localizado, cogió las velas, el

quemador y el resto de materiales que necesitaba. Después, realizó el hechizo y, sentada en el suelo, dejó que la visión llegara a ella.

Esta vez siguió a la mujer y al niño por un parque que no conocía pero que, por fotografías y la televisión, creyó que podía ser el Retiro de Madrid. Los dos estaban paseando por un sendero amplio y concurrido, con verde en el centro y estatuas blancas a los lados. Desde allí, salieron del parque y tomaron el metro. Marta pudo ver qué camino seguían al abandonarlo, por qué calles giraban y también el número de la casa a la que entraban. Número 58, 3º en el ascensor, C como letra. ¡Lo tenía! Emocionada, dejó que la visión la abandonara cuando entraban a la habitación del niño y acabó su hechizo, dando las gracias a la diosa.

¡Lo tenía!

Salió de allí corriendo y fue a la habitación donde estaba su ordenador para comprobar si era el parque del Retiro. Daniel se le acercó mientras reconocía por fotografías el paseo de las estatuas. En su entusiasmo, se le olvidó por un momento que debía mostrarse distante con su novio y le contó que había visto que mataban al chico y que ahora podía salvarlo. Él no mencionó su conversación anterior y le dijo que la llevaba a la estación, donde ella quería coger el primer ave que saliera para Madrid. Marta comenzó a asentir y a agradecerse hasta que recordó que no podía, que tenía que alejarse de él.

—No te preocupes, voy andando que solo son unos quince minutos y me irá bien el paseo.

Daniel no insistió. Había tomado la decisión de dejarla hacer y hablar con ella cuando volviera de su misión. Sin tener muy claro si eso la aliviaba o la entristecía pues parecía que él renunciaba demasiado pronto a acompañarla, Marta fue a por su bolso y su abrigo, se despidió de él y se marchó.

Le habría encantado que la llevara en coche pues tenía que darse prisa. Un autobús sería aún más lento por lo que tardaban en llegar a las paradas y en Zaragoza no era sencillo pillar un taxi salvo que salieras a alguna calle céntrica. Así pues, decidió ir andando a buen paso. Un error del cual se aprovecharon aquellas que buscaban detener su ascenso en la jerarquía de las brujas.



Era por la tarde, todavía a plena luz del día pese a estar en invierno, y ellas la estaban esperando. No sabían que Marta planeaba ir a la estación de tren, ni siquiera que casi había salido de su casa con su novio y por la puerta del garaje. Más bien llevaban unos días siguiéndola y habían observado que tenía el hábito de, a media tarde, salir a hacer la compra. Su conquista de la casa moon-wolf pareció dar al traste con esa costumbre o, al menos, llevaba desde entonces sin hacer la compra. Como sabían que había ido a ver a Arianhrod y que todavía no había ido a por comida, imaginaron que esa tarde sería un buen momento para que lo hiciera. Así pues, cuando ella entró en su casa fue el momento en el cual dieron la señal para que vinieran los camiones. Y allí estaban, aguardándola desde hacía unos veinte minutos, con dos camiones parados en la esquina de su calle, muy cerca del portal, con humanos contratados que sacaban cajas de la tienda de al lado. Justo las mismas que habían llevado minutos antes adentro y que, tras provocar una discusión con la dependienta solo para ganar tiempo, se llevaban de vuelta a su almacén. Uno de los camiones tenía la puerta abierta. Se trataba del de delante, el más cercano a la esquina. Cuando Marta salió y se dirigió hacia allí, como esperaban, uno de los hombres, uno de los que estaba apoyado contra la pared hablando, la agarró por detrás. Colocó una de sus manos en su

barbilla y presionó hacia arriba para que no pudiera gritar mientras, con la otra, la agarraba por la parte de atrás de la cabeza y la empujaba hacia dentro del camión. El otro vehículo y los hombres con las cajas la ocultaron de la vista de los transeúntes de la calle y también de la gente que estaba dentro de la tienda, de tal modo que nadie se dio cuenta de que acababan de raptar a una mujer. En cuanto a Marta, una vez estuvo dentro del camión, le acercaron la punta de un cuchillo a uno de sus ojos y le dijeron:

—Haz el mínimo ruido y estás muerta.

Solo que quien se lo dijo, dentro del vehículo cuya puerta estaban cerrando y cuyo motor se estaba poniendo en marcha, era una mujer. Para ser más concretos, una snake por el cuero ajustado con el que vestía.

La snake y la enorme punta de su cuchillo ocupaban todo el campo de visión de Marta. Le sonaba su cara de haberla visto alguna vez en el Samhain pero no era la camarera Slitia.

—Eso es, brujita. —Le enseñó los dientes en una mueca que no auguraba nada bueno—. Ahora vete despidiendo del mundo.

Marta tenía miedo. Estaba aterrada. Se daba cuenta de que iba en serio: la iban a matar. No sabía si en el camión o cuando este llegara a su destino. Una parte de ella, la que todavía protestaba ante su decisión de romper con Daniel, cedió ante la cruda realidad y agradeció que la hubieran cogido a ella y no a él. Parco consuelo ante la abrumadora y absoluta perspectiva de la muerte.

—No tendrías que haberle jurado servidumbre —le estaba diciendo la bruja.

Pero Marta no la escuchaba. Estaba intentando planear algo pero no sabía si había alguien más en la parte trasera del camión (aunque creía que sí) ni de cuánto tiempo disponía. Eso, junto al miedo, la paralizaba, la hacía sentirse inútil.

—Venga, acaba ya —musitó con desprecio una voz femenina a sus espaldas.

—Pero si es tan divertido. Mira cómo tiembla, cómo hiperventila: está cagada.

El cuchillo se apartó de su ojo para hacerle algo en el hombro derecho. Pero por cómo le seguía sujetando ese hombre por detrás, no pudo bajar la cabeza para mirar y, por el rabillo del ojo, solo vio sangre.

Sangre que avivó la sensación de dolor y que interrumpió el desesperado rumbo de sus pensamientos los cuales, en vano, buscaban averiguar qué hacer.

Entonces dejó de razonar. Sus instintos de supervivencia tomaron el control. Actuó.

—Iomadh saighead.

De su mano súbitamente extendida, aprovechando que el cuchillo seguía lejos de su ojo, salieron tres saetas. Era el mismo hechizo que Sonia había usado con ella. Marta lo había leído en el grimorio capado de la antigua matriarca y almacenado en su brazalete. No era muy poderoso, pero tampoco esperaba tener que usarlo para salvar su vida. Tan solo había pretendido aprenderlo.

Una de las pequeñas flechas fue directa a la garganta de la snake que tenía en frente y, las otras dos, volaron hacia detrás. La presión en su barbilla y cabeza se aflojó y Marta lanzó una patada hacia detrás, elevando el tacón de sus zapatos, mientras giraba el torso para soltarse. Se hizo daño en el cuello pero en esos momentos ni se enteró. La snake de delante estaba sorprendida y con su mano intentaba restañar la sangre que fluía de su cuello. Al darse la vuelta para salir de allí, vio al hombre. Estaba reaccionando lento debido a la herida en su garganta. No supo si la patada había sido efectiva o no, aunque creyó haber fallado y golpeado en la pierna en vez de en sus partes. En todo caso, había dos snake más. Una de ellas, la receptora de la tercera flecha, la

miraba con odio y estaba susurrando las palabras que sacarían las serpientes de su vientre. Esas malditas... sus tatuajes eran especiales y muy dolorosos de hacer. Su magia estaba allí, almacenada, y por eso podía ser usada de inmediato. Una gran ventaja para su casa pues ese tipo de magia de runas no lo otorgaba ningún otro dios. En cuanto a la tercera bruja, al no estar herida había sido más rápida y dos serpientes salían ya de su carne para ir directas a por Marta.

La cual no pensó. Se abalanzó hacia la puerta del camión, esquivando a las sierpes y empujando contra esta mientras tiraba de la manilla. Una de las serpientes, la más rápida en dar un quiebro y perseguirla, le mordió en la espalda. Sus dientes, pese al abrigo y al resto de la ropa que llevaba puesta, se hundieron en su carne. Marta gritó de dolor. Al mismo tiempo, la puerta se abrió bajo su peso y la joven cayó rodando a la carretera. La serpiente se desvaneció en cuanto su costado impactó contra el asfalto y ella comenzó a dar vueltas. El coche de detrás, un Audi gris que por suerte estaba a más de tres metros del camión, tuvo tiempo de frenar e invadir el carril contrario, el cual estaba cortado al tráfico gracias a un semáforo. El Citroën azul que lo seguía frenó y dio un volantazo hacia la izquierda al ver a la mujer que, caída en el suelo, intentaba incorporarse para ir hacia la acera. Pitidos de vehículos atronaron la calle. Una de las snake miró hacia Marta mientras cerraba la puerta del camión. Maldijo. Ya no podían ir a por ella pues había demasiados testigos. El camión aceleró. Dos coches chocaron cuando el vehículo que seguía al Citroën clavó el freno. Alguien, desde la acera, llamó a una ambulancia. Otros se apresuraron a ir a ayudar a la mujer de la carretera mientras que el resto miraba y comentaba el accidente. Por suerte, ninguno de los ocupantes de los vehículos que habían chocado estaba herido. Y Marta, aunque todavía estaba demasiado aturdida como para darse cuenta, tenía serios problemas porque ahora esas snake tenían como objetivo primordial acabar con ella antes de que la moon-wolf pudiera denunciar su ataque al Matriarcado.

Una vez en el hospital, ya de noche, en cuanto acabaron de curarle las heridas de la espalda y el hombro (gracias a su ropa la primera superficial y la otra no demasiado profunda), llamó a Violeta. Tenía el brazo derecho inmovilizado con un cabestrillo para poder curar bien el hombro, todavía no le habían quitado el gotero que le habían puesto y le habían pinchado varios antídotos por lo del veneno de la serpiente. No le querían dar el alta hasta que no hablara con la policía, que venía de camino.

ONCE

Cuando llegué al hospital, la policía ya había acabado de hablar con Marta pero, como habían intentado secuestrarla, había un par de agentes en su puerta. Cuando les dije que era yo era una amiga suya, uno de ellos entró para confirmarlo. Marta le dijo que sí, que me estaba esperando, y me dejaron pasar.

Uf, la policía custodiando a Marta. Malo, muy malo para el orden vampírico donde los humanos no tenían que ver ni peleas de brujas ni a súcubos desplegando sus alas. Menos mal que, como mi amiga me contó luego, ni iban a escoltarla a su casa ni a ponerle vigilancia; tan solo estaban allí mientras ella estuviera hospitalizada. Aunque le habían dado, eso sí, un número de teléfono por si en algún momento veía algo sospechoso o tenía miedo, en cuyo caso se pasaría una patrulla.

Marta estaba en una de las habitaciones de la planta tercera, recostada en la cama y con el torso y la cabeza elevados gracias a que era reclinable. No había nadie más en el cuarto pues, aunque era doble, no le habían dado a ningún otro paciente la cama de al lado. Mejor. Así podríamos hablar con tranquilidad, sin tener que evitar palabras como brujas, serpientes o ataques mágicos. Tan solo era cuestión de no elevar la voz no fueran a escuchar algo los agentes de afuera.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunté.

Por teléfono me había hecho un resumen rápido de lo ocurrido y pedido que viniera para acompañarla al Samhain.

—Sí. Enseguida me dan el alta y nos vamos de aquí. Tengo que ir a ver a Arianhrod y seguro que estarán afuera esperándome.

—Aclárame mejor lo de que te van a volver a atacar, Marta. ¿No dices que te has escapado? A ver, ¿le has contado a la policía que te atacaron y secuestraron en un camión?

—Sí.

—Entonces, ¿de veras crees que en vez de irse y ponerse a salvo van a estar esperando a que salgas del hospital para matarte?

—Vale —me contestó—. No te has dado cuenta. No pasa nada, yo tampoco me percaté al principio. Es por eso de que soy nueva en lo de las guerras de casas. Su regla principal es que no te pillen, por eso cuando las brujas atacan a una casa rival no dejan supervivientes. De un modo similar, a mí han intentado matarme y he salido con vida. Así que si no quieren ser ejecutadas tienen que acabar conmigo antes de que pueda denunciarlas ante el Matriarcado.

—Vale. Cierto. ¿Y lo que me pedías por teléfono de Daniel? ¿Crees que corre peligro?

—¿Has mandado a alguien, verdad?

—Sí, telefoneé a Casio para que mandara a uno de los suyos.

—Genial. Yo llamé a Daniel en cuanto me di cuenta de que, estando yo en el hospital, él era una presa mucho más sencilla de capturar. Tan sólo tienen que raptarlo y amenazarme con matarlo si no salgo y me entrego. Y lo haría. Lo haría pese a saber que nos matarían a ambos.

Por el sentimiento que cargaba su voz, aquí había algo más, algo que no me había contado y que hacía que mi amiga pareciera un revólver dispuesto a dispararse a la más mínima. Emociones... hasta a los seres humanos les costaba lidiar con ellas. No era pues de extrañar que yo antes tan

solo supiera encerrarlas bien al fondo de mi pecho, como si no existieran.

—Tranquila, Casio habrá mandado a Lucas o a otro de sus hijos. Tu chico está bien protegido.

—Gracias. En cuanto me di cuenta de que corría peligro le llamé y le pedí que por favor cerrara bien con llave la puerta de casa, bajara la persiana y no se le ocurriera salir. Es más, que no hiciera ruido, como si no estuviera en casa. Eso sí, no le he contado lo del hospital o habría venido. De hecho, no tiene muy claro por qué le he pedido que tenga cuidado. Estará preocupado, imagino.

—Pff—ironicé—, eso seguro. Te veo disculpándote

—No, es que tengo que dejarle, es por su seguridad —disparó de repente.

Menuda bomba. Así que era eso lo que la tenía tan alterada... (Y manda huevos que sea yo, la demonio emocionalmente capada, la que se dé cuenta).

En todo caso, lo de dejarle sí que no me lo esperaba. Me aguanté para no soltar un juramento. ¿Es que Marta estaba tonta?

—¿Qué dices? ¿Cómo vas a dejarle, si el otro día me contabas toda ilusionada que sospechas que para vuestro aniversario él está planeando pedir tu mano?

Me miró alterada, como si todo esto se le fuera de las manos. Pues sí, doy fe: se le va y mucho.

—Lo sé, Violeta, lo sé. Pero no soportaría que le hicieran daño. Mira, vamos al Samhain y si eso luego ya resolveré todo este lío.

—El daño se lo vas a hacer tú si le das puerta. Por no hablar del que te harás a ti misma —no estuve de acuerdo.

—¿Te crees que no me lo estoy haciendo ya? —me contestó de manera intensa, con sus rasgos contraídos en una mueca de angustia.

Sonreí. No pude evitarlo. Con la gente buena no me gustaba ser sádica pero no me podía hablar a mí de sufrimiento. Eso que experimentaba ahora no era nada. Nada.

—Marta, cuando durante el resto de los días de tu vida sientas el vacío que él dejará, cuando te preguntes una y otra vez por qué no luchaste por él, cuando pasen un par de siglos pues como bruja tu vida puede ser muy larga, entonces me hablas de dolor.

—¿Y qué quieres?, ¿que se muera? —estalló elevando la voz.

—No. Que si de verdad le amas tanto como dices, le dejes elegir a él.

Se quedó callada, congelada, como si ese revólver cargado que ella era hubiera, no disparado sus balas, sino sido agarrado por mi mano y metido dentro de un cubo de agua.

Bienvenida a la realidad, amiga.

Entonces uno de los agentes llamó a la puerta y entró. Quería saber si todo estaba bien o si Marta creía que los secuestradores podían ir detrás de alguien más. Les dijo que no. No podía mandarlos a su casa, donde ya había un vampiro protegiendo a Daniel. No porque si los policías veían algo sobrenatural el chupasangres se vería obligado a actuar.

El agente volvió a dejarnos solas y yo suspiré. Entonces, pasaron unos segundos de silencio y, con mis finos sentidos, escuché pasos acercándose. Quizás fuera su alta o quizás que alguna enfermera había escuchado también sus gritos. Bien, era pues hora de comenzar a actuar.

—Venga —le dije—, te he traído un jersey y una camiseta, como me pediste. Cámbiate y en cuanto te den el alta nos vamos.

Marta fue al armario para coger la falda que llevaba puesta antes de entrar al hospital, cuando entró el doctor. Hubo suerte, le dio el alta. Una vez con dicho papel en su poder, Marta se fue al baño a cambiarse. Después, cuando salió, agarró su abrigo. Este tenía un par de pequeños agujeros en la espalda, manchas de sangre y varias raspaduras por donde debía de haber rodado

por el suelo. Hmm, quizás debería haberle traído uno nuevo. En todo caso, le abrí la puerta de la habitación y nos pusimos en marcha.



Atzir'itz llamó a la puerta del piso que compartían Marta y Daniel. Al principio, no le abrieron. Tras insistir un par de veces, se escuchó sonido de pasos y alguien miró por la mirilla.

—Daniel, soy la protección que te envía Marta. Ábreme, anda.

El aludido se quedó callado unos segundos antes de contestarle.

—Marta no me ha dicho nada, solo que no abra.

—Y que no hagas ruido y, desde luego, no cometas tonterías como acercarte a la puerta a ver quién llama.

—No te conozco.

Atzir'itz se había tomado la molestia de ponerse uno de los jerséis que le había comprado Marta sobre su habitual torso desnudo. Así que, a través de la mirilla, parecía un hombre normal; si es que podía llamarse normal a alguien con la sobrenatural belleza de un incubo.

—Yo a tu novia sí. Ábreme. Podría haber entrado directamente en tu salón, pero no me parecía un buen modo de presentarme. Si quieres lo hago, pero luego no te quejes de lo que cuesta sacar el olor a azufre de la tapicería del salón.

—Mierda, eres amigo de la amiga demonio de Marta, ¿no?

—Sí.

—Bien.

Le abrió la puerta.

Atzir'itz, que era mucho más alto que él, entró y le indicó que cerrara con llave. Después, fueron al salón, el cual tenía un toque mucho más hogareño que el de Violeta.

—Ahora —le dijo Daniel una vez estuvieron sentados—, cuéntame por favor qué es eso de la protección y aclárame por qué no puedo salir de casa. Marta me colgó sin explicarme apenas nada y ni me coge el teléfono ni contesta a mis mensajes. Solo con un escueto «Quédate ahí y no te preocupes. Todo saldrá bien, te lo prometo».

—Las brujas van a por ella y como está en el hospital cree que les será más sencillo raptarte a ti y usarte para que salga y se entregue.

—¿Cómo que está en el hospital? —Se puso blanco Daniel—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Sí, tranquilo, solo unas contusiones y poco más. Un mordisco creo.

—¿Qué?

Daniel se puso en pie y comenzó a andar por el salón, a pasos demasiado largos y enérgicos para lo pequeño de la estancia.

—Tranquilo.

—Marta está herida, en el hospital, y no me lo ha contado. ¿Cómo voy a estar tranquilo?

—Bueno, yo que tú lo estarías. Al menos disfruta del tiempo que te queda con ella —le aconsejó el incubo, quien estaba sentado en actitud relajada, con una pierna sobre la otra y apoyado cómodamente en el respaldo del sofá.

—No. Si corre peligro quiero ir ayudarla.

—No te va a dejar. Si por eso te lo digo. Aprovecha mientras todavía esté contigo porque ella te quiere demasiado para ponerte en peligro.

Daniel se detuvo. Se quedó quieto de manera súbita al darse cuenta de lo que le estaba contando Atzir'itz.

Pero no podía ser. Ella no podía estar pensando en dejarle. Aunque estaba rara y lo de irse a vivir a la casa de su clan cobraba ahora un nuevo sentido.

—¿Es eso? ¿Quiere dejarme para no ponerme en peligro?

—Sí, tu chica se ha hecho fuerte. Tendrías que haberla visto en el Vaticano. Al inicio no podía ver ni un cadáver y luego... luego creó un pedazo de niebla que lo ocultó todo y le permitió pisarlos.

Daniel se acercó al sofá y se sentó. No se imaginaba a su chica pisando muertos. Claro que, cuando se conocieron, tampoco sabían ni él ni ella que era una bruja. Parecía que el mundo en el que Marta se movía era cada vez más difícil para un simple mortal como él. Pero no pensaba dejar que se fuera. Todo esto le venía grande y no quería morir, eso estaba claro; pero tampoco que le hicieran daño a ella y, desde luego, no pensaba perderla.

—De acuerdo, gracias por tu franqueza. Necesitaba saberlo.

—De nada. Creo que por aquí decís que para eso están los amigos pero, en mi caso, es más bien que creo que Marta todavía no tiene las cosas claras. Tiene que seguir evolucionando.

Daniel se lo quedó mirando. El demonio aparentaba unos veintipocos pero, como ya sabía por Violeta, eso no tenía nada que ver con su edad real. Imaginó que habría vivido mucho y que era la experiencia la que hablaba.

Se levantó otra vez y decidió cambiar de tema.

—¿Te apetece una cerveza?



Los agentes de policía tomaron un camino diferente al nuestro para salir del hospital. El motivo era muy sencillo: yo quería evitar la entrada principal al edificio. En el hospital Miguel Servet también se atendían consultas de especialistas y, por tanto, nosotras tan solo teníamos que andar un poco más por los pasillos para meternos en una de las zonas de consulta y, desde allí, irnos por una de las entradas secundarias.

Por un momento pensé lo que me habría encantado tener mi Lamborghini aparcado en el parking para, así, llevar a Marta al Samhain de manera rápida y sin percances. Sí, una pena que su llamada no hubiera sido más específica pero, por lo menos, yo estaba allí, ya que Marta se habría ido directa a la entrada principal del edificio, el lugar más probable donde las brujas la estarían esperando. Confíaba en despistarlas con esta pequeña treta y, a continuación, coger un taxi.

¿Os he dicho ya que a veces soy muy ingenua?

Si es que nunca aprendo...

Unas brujas que van morir si Marta le cuenta al Matriarcado que han intentado matarla tenían que estar, o huyendo, o tan desesperadas como para intentar algo en un hospital. Nada de esperar a la puerta.

Y huir, con la videncia de Arianhrod, no era una opción muy fiable.

Ah... ¡qué inocente fui!, mira que pensar que no tendrían cojones de atacar en un lugar tan lleno de gente.

Porque ellas ya estaban allí, en la tercera planta. Una vez que hubieron averiguado en qué hospital estaba Marta, entraron como si fueran visitas de algún paciente. Eso sí, se quitaron sus ropas de cuero ajustado para ponerse vaqueros y no llamar tanto la atención. De enfermeras no se disfrazaron, no fueran a pedirles que atendieran a algún paciente. Antes de poner un pie dentro del edificio una de ellas usó su telequinesis para girar todas las cámaras hacia arriba y aguardaron a que los dos policías de la puerta se fueran.

Sí: telequinesis.

¿Recordáis la snake de la barra y las botellas que me arrojó tan solo susurrando unas palabras?

Para luchar contra una demonio como yo, la magia de las brujas es un poco inútil en combate porque todos sus hechizos y rituales requieren de una preparación previa que varía de varios minutos a días. Encargarles un hechizo de silencio o que borren unas huellas dactilares, genial. Pero tenerlas a tu lado para pelear... digamos que, una vez gastado el hechizo que todas pueden tener preparado y en recámara, eran como un humano normal. Las matronas, como Marta había descubierto hacía poco, tenían la posibilidad de guardar dos hechizos y, por supuesto, Arianhrod tenía más. Cuántos, ya no lo sé aunque imagino que mi abuelo debe de saberlo. En todo caso, las snake son unas de las pocas brujas que juegan con ventaja pues con su magia de tatuajes, se colocan esas serpientes en la piel y pueden activarlas cuando deseen. Por si eso fuera poco, otro de los hechizos típicos que les facilita su deidad es la telequinesis. Lo poderosa que sea esa telequinesis va en función del poder de la bruja y del nivel del hechizo elegido (en sus grimorios, como otras casas, tienen a veces el mismo hechizo con diferentes niveles de dificultad y efecto). En este caso, mucho. Lo suficiente como para crear una oleada de poder dirigirla a todas las cámaras del edificio y tan delicada como para no romperlas, sino simplemente girarlas hacia el techo. ¿Que algún visitante se daría cuenta? ¿Y qué iba a hacer?, ¿sacarle un *selfie*? ¿Que el personal del hospital podía darse cuenta? Bueno, eran cámaras que grababan de manera pasiva, no había nadie vigilando lo que veían. Luego, si alguno se daba cuenta al mirar hacia arriba, informaría y a saber lo que tardarían en mandar a alguien de mantenimiento. Lo suficiente como para que las snake hicieran su trabajo sin ser grabadas, sin que se las pudiera acusar de algo tanto por el Matriarcado como por el Consejo vampírico.

Así pues, Marta y yo estábamos en la tercera planta entrando al ascensor y los policías ya casi habían llegado a la planta calle por la ruta que habían tomado, más directa. Dentro del ascensor había una enfermera que trasladaba a un paciente en silla de ruedas, así como un hombre que parecía un familiar de este. Saludamos y pulsamos el botón de la planta calle; pues ellos parecían ir al primer piso, donde por lo que comentaban iban a hacerle una radiografía al hombre.

Las puertas se cerraron y comenzamos a bajar. Entonces, de repente, escuché unos fuertes chasquidos y la cabina se sacudió. De inmediato, se oyó un ruido como de rotura y comenzamos a caer. Hacia abajo. Empujados por la fuerza de la gravedad y todo nuestro peso. La segunda de las tres snakes que nos perseguían acababa de usar su telequinesis para romper tanto los cables que sujetaban al ascensor como el sistema de seguridad de frenado.

Por supuesto, yo todavía no sabía nada de eso. Me enteré más tarde tras que tanto el Matriarcado como los hombres de Casio analizaran las pruebas. Más bien sentí la caída libre en mi estómago y comprendí que nos estaban atacando, que las había juzgado mal.

Escuché los gritos de miedo de los dos hombres y de la enfermera, que aferraba con tanta fuerza la silla del paciente que sus nudillos se habían puesto blancos. Miré a Marta, la cual parecía que no tenía nada para salvarlos. Actué. Abrí mi acceso al pozo de par en par, al menos todo lo de par en par que podía con el conducto de acceso que me había dejado mi abuelo tras el frenesí de la mayoría de edad. Dejé que mis dedos se transformaran en garras y, a toda velocidad, las clavé en el techo del ascensor como si fuera mantequilla y lo desgarré. Hice un agujero, agarré a Marta mientras desanclaba una de mis garras y, con la otra, me encaramé al techo. Desde allí, con mi amiga colgando por el hueco, clavé la garra en la puerta cerrada del piso por el que estábamos pasando. El primero.

¡Señor! Cómo adoro la velocidad que me da mi acceso a las almas del pozo.

Al poco se escuchó el estruendo del impacto bajo nosotras. Marta temblaba, podía sentirlo en

el brazo con el cual rodeaba su cintura.

La cabina había rebotado unos centímetros hacia arriba y vuelto a bajar, chocando con el suelo del sótano y con la pared del fondo. Su estructura se había deformado. La placa de los números colgaba agarrada por tres finos cables. La silla de ruedas había golpeado a la enfermera, aplastándola contra la pared del fondo y el familiar había sido impulsado contra ambos.

Una pena. No había podido ayudarles. En todo caso, estaban en un hospital así que pronto recibirían asistencia médica; yo tenía que ocuparme de Marta.

Le pedí que me agarrara fuerte. A continuación, la solté y usé la mano que se me acababa de quedar libre para sacar un cuchillo de mi bota y clavarlo en la pared. Después, desclavé la garra de la puerta y forcé su abertura. Ante los ojos atónicos de otra enfermera, una que estaba en el pasillo del primer piso, había escuchado los ruidos y nos miraba, aupé a mi amiga hasta la planta y yo salí tras ella. Desconvoqué la garra antes de que pudiera verla y me apresuré a guardar el cuchillo en mi bota. No quise hablar con ella. El ascensor de al lado había salido ileso y por la señal luminosa estaba bajando hacia esta planta. Imaginé que la enfermera debía de haberlo llamado. Así que le di la espalda y aguardé a que llegara. Fue rápido pero Marta, quien se sentía incómoda, farfulló algo sobre el accidente. La enfermera quiso preguntarle. Agarré a la bruja para que entrara conmigo al ascensor, donde había más gente preguntando qué era eso que había pasado y por qué habían sentido una sacudida. Los ignoré, me apresuré a dar al botón de cerrar puertas. Entonces, cuando ya estábamos bajando, escuché gritar a la enfermera. Imaginé que se había asomado al hueco del otro ascensor.

Y sí, sé que, siendo la única testigo, tendría que haberle nublado los recuerdos pero no tenía tiempo. Ya lo haría luego o ya le pediría a Casio que me cubriera, que mandara a alguien, aunque eso supusiera comerme una bronca de mi vampiro milenario favorito.

Tuvimos suerte. Llegamos a la calle sin más percances. Como luego me enteré, las brujas tenían sus propios planes: estrellarnos con el ascensor, bajar corriendo, abrir las puertas y partirnos el cuello con la telequinesis de la única de las tres que todavía tenía ese hechizo en recámara. Por mala suerte para ellas (pues a coger el ascensor de al lado no se atrevieron no fuera a verse afectado con la caída del nuestro), cuando llegaron abajo se había agrupado un pequeño corro de personas que intentaba abrir la puerta. Así pues, les dejaron hacerlo. Una de ellas, como si fuera a ayudar, miró dentro. No nos vio pero sí el boquete del techo; con lo cual entró como si fuera a ayudar al familiar a incorporarse y miró hacia arriba. Nos vio desapareciendo por la primera planta. De inmediato, ayudó al hombre a salir y con la cabeza le indicó a las otras snake que volvieran a las escaleras. Dejó al hombre, quien era el que había salido mejor parado pues solo se había fracturado un hueso de la pierna, con las otras personas que intentaban ayudar y se fue con sus compañeras. Una vez hubieron doblado la esquina del pasillo, echaron a correr hacia la planta primera. Cuando ellas se iban del sótano, la policía, los mismos dos agentes que todavía estaban en el edificio cuando el ascensor impactó contra el suelo, se dirigía hacia el lugar del siniestro.

Las snake no tuvieron suerte: cuando llegaron a la segunda planta Marta y yo ya estábamos saliendo del edificio. Y desde luego, de mi idea inicial de tomar un autobús por aquello de que no se atreverían a atacarnos rodeadas de tantos humanos, como que no. Fuimos a la parada de taxis que estaba al poco de salir del hospital y cogimos uno. Y de allí directas al Samhain, que una de esas brujas aún tenía que tener su hechizo de telequinesis listo para ser lanzado.

Por el camino Marta llamó a su novio. La buena noticia fue que, como imaginaba, el hecho de que hubieran ido a por ella lo dejaba fuera de la ecuación.

Como yo siempre he dicho, las brujas tienen un sistema político que favorece las intrigas y los asesinatos. Su sociedad parece un campo lleno de nidos de avispas a punto de lanzarse los unos contra los otros. Pero esto, un ataque desesperado en un hospital público, no me lo esperaba.

Estaba pasando algo más que el que la nueva matrona de la última de las cuarenta y nueve casas tuviera un grimorio nuevecito y reluciente. Pero cuando entramos al *Sancta Sanctorum* y pude hablar un momento con mi hermana de magia negra antes de que esta convocara de urgencia una sesión del Matriarcado, no me quiso contar nada. Se limitó a mirarme de ese modo enigmático suyo, con la telaraña de arrugas de sus ojos más marcada de lo normal, y a decirme que se trataba de asuntos privados de las brujas.

—Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo —le aseguré.

—Lo sé, igual que sé que tu abuelo tendría que estar de acuerdo. Pero por ahora, Klynth'Atz, toda ayuda que puedes prestarme es la que le das a Marta.

Entonces movió su mano y me teleportó a mi casa. Sí, no parece normal que siempre se guarde precisamente ese hechizo en recámara, ¿verdad? O que, si lo hace, lo gaste conmigo en vez de para alejar a sus enemigos en caso de ataque. Pero yo sospecho que tiene bastantes, pues por algo es una entre siete. La matriarca suprema de las brujas del Matriarcado.

Y en cuanto a las snake, como más tarde me contó Marta, su propia matrona las asesinó.



Diario de Arianhrod:

Hay días que salen bien. Este ha sido uno de ellos. Pero no quiero, hija mía, que pienses que detener una de las conspiraciones que hay contra mí ha sido cuestión de suerte, puesto que uno de mis objetivos al tomar a la súcubo como mi hermana fue potenciar sus lazos de amistad con Marta de las moon-wolf. En todo caso, no he podido implicar a la matrona de las snake pero eso era algo que no sucedía en ninguna de las líneas de futuro que teníamos abiertas. Como buena líder de la casa número dos sabía cubrirse bien las espaldas. Así pues, una de sus varias medidas de seguridad había sido apostar a dos de las suyas en la puerta del Samhain, fumándose unos cigarrillos. Las snake que perseguían a mi hermana y a la matrona de la casa de la luna llena iban en coche a toda velocidad hacia el bar, con la esperanza de alcanzarlas y detenerlas. Nunca llegaron. Sufrieron un accidente al acercarse al polígono industrial, al ponerse dentro del rango del ritual que la matrona había realizado con un selecto grupo de las suyas y cuyo resultado mágico había entregado a la bruja que estaba apostada en el techado de una de las naves, una desde la cual se divisaba bien la carretera de entrada al polígono. Las snake del vehículo no tuvieron nada que hacer. Una rueda se les reventó de repente y tanto el volante como el pedal de acelerar parecieron tener vida propia, estrellando el coche contra un edificio cercano. De inmediato, el depósito de gasolina se incendió y la explosión resultante acabó con las ocupantes antes de que estas pudieran hacer nada más que arrancar la puerta del copiloto y arrojarla lejos con el último hechizo de telequinesia que tenían preparado. Sus cuellos, rotos por la bruja del tejado justo antes de la explosión, fueron atribuidos al choque. Entonces, la bruja del tejado avisó, mediante el micrófono que llevaba sujeto a la oreja, a las dos de la puerta. Estaba hecho. Ya podían ir andando a comunicárselo a su matrona, que estaba en el Samhain. Como sabes, dentro de mi *Sancta Sanctorum* no permito que nadie más que yo utilice tecnología humana.

Así pues, como ya había visto que podía suceder, las dos snake entraron para avisar a su

señora, poco antes de que lo hicieran Klynth'Atz y Marta. Más tarde, la noticia del accidente de coche me confirmó cuál de los posibles futuros había sucedido.

Si no hubiera tantos futuros, si yo pudiera confiar en otras matriarcas... sin duda habría apostado a alguien en ese tejado. Ser matriarca suprema hace que no tenga ninguna casa de brujas para servirme. En momentos como este, donde las lealtades son más cuestionables que nunca, es un puesto solitario.

En todo caso, pese a no poder inculpar a la matriarca snake, la sesión del Matriarcado que convoqué fue de lo más satisfactoria. Me agradó ver la sonrisa falsa y tirante en los labios de Esteno cuando Marta presentó su queja formal por el intento de asesinato al cual había sobrevivido. Sí, una de nuestras reglas siempre ha sido que si vas a matar ni te pillen ni la víctima pueda contarlo. De inmediato, yo acepté su reclamación y pedí a todas las matriarcas que convocaran a las suyas, para que Marta pudiera señalar a sus agresoras. Porque quedaba una viva y ella la identificó. Sin embargo, esta juró que era algo suyo personal contra Marta y que quienes la habían ayudado eran simples seres humanos, que no tenía nada que ver con su casa snake. Antes de que yo pudiera reclamarla para interrogarla en persona, el veneno que la bruja había ingerido antes de entrar al Samhain hizo su efecto y la asesinó. Como pruebas, teníamos el mordisco de serpiente que había sufrido la moon-wolf, algo que sin duda una única snake podía haber logrado. Las cámaras y el ascensor... bueno, para eso hacían falta dos hechizos y Esteno señaló que no podíamos probar que lo del cable del ascensor hubiera sido por telequinesis. Por desgracia era cierto, pues no podíamos con el control policial que había ahora en el hospital y la franja temporal que tenían mis hechizos de detección de magia una vez que esta se había disipado. Además, aunque tener un hechizo tan poderoso como la telequinesis tenía la contrapartida de que necesitaba un tiempo largo y unas condiciones ambientales concretas para poder lanzarlo, eso no impedía que una única bruja pudiera haber lanzado el de las cámaras y después el del ascensor. Sabíamos cuándo habían sido lanzados ambos (para el de las cámaras no había más que ver cuándo comenzaron a grabar el techo). Habría ido muy justo de tiempo pero sin la snake implicada viva, yo no podía demostrar si ella tenía capacidades o no para hacerlo de un modo tan rápido.

No me gustaba. Como había previsto, no había nada de lo que acusar a Esteno. Pero igualmente había sido satisfactorio pues ella había perdido a cuatro brujas poderosas y, sobre todo, ahora sabía, sin lugar a dudas, que yo conocía su conspiración contra mí. Un paso en falso y sería mía.

DOCE

—No, Marta, no pienso quedarme al margen.

La aludida lo miró con el ceño fruncido. Acababa de levantarse de dormir unas horas y estaba en la cocina con un café bien cargado delante. Daniel, quien por lo visto había estado hablando con Atzir'itz, le acababa de decir que tenían que hablar, que estaba al tanto de lo que pasaba y que no pensaba perderla.

Por una parte, ella se sintió feliz pero por otra... no iba a permitir que lo usaran como a un peón al que torturar para atacarla a ella.

—Tendrás que hacerlo. Esto es peligroso. Y a todo esto, ¿cómo es que vino el íncubo? No se suponía que venía uno de los vampiros de Casio.

Daniel se encogió de hombros. Eso lo sabía, Atzir'itz selo había contado.

—Por lo visto Casio estaba con el abuelo de Violeta cuando ella le llamó. El abuelo dijo que él se encargaba de mandar a alguien y me alegro. Atzir'itz tiene las ideas claras y me ha ayudado a ver lo que aquí está pasando.

Se lo notaba enfadado. Claro, no todos los días uno se enteraba de que su novia planeaba dejarle... Marta se reprochó mentalmente lo mal que estaba llevando la situación y tomó un buen sorbo de café. Fuera lo que fuera, no podían resolverlo ahora.

—De acuerdo —cedió—, tenemos que hablar. Pero no ahora. Tengo que irme a rescatar a esa mujer y su hijo si es que no llego ya tarde. Lo siento.

Daniel le cogió la mano y la obligó a mirarle a los ojos, algo que ella estaba evitando.

—¿Me lo prometes?

—Sí, tienes mi palabra. Pero no me quedo tranquila. Tengo que decirle a Violeta que te vuelvan a mandar a alguien. Mi casa no es segura.

Daniel asintió pues no le quedaba otro remedio. No le hacía gracia lo de necesitar niñera pero, por el momento, no era más que un ser humano sin poderes en medio de titanes. Quizás su chica, en vez de desear alejarle, debería buscar el modo de darle algún objeto mágico o algo con lo que él pudiera defenderse. Por el momento, esas clases de tiro que llevaba un tiempo tomando tendrían que servir.

En cuanto a la moon-wolf, no pudo negar que su chico tenía cojones. No había salido huyendo cuando se enteraron de que ella era una bruja y tampoco lo hacía ahora. Hombres así, supuso, no podía haber muchos. Pero su beolach era sabia y sabía que su consejo no era en vano.

Se acabó el café, se vistió y salió de su casa.

A diferencia de la vez anterior en la cual había intentado ir a ayudar a la mujer y al niño de su visión, en esta ocasión no había ninguna snake apostada en un camión para impedirselo.

Marta era consciente del tiempo que había pasado, de que podía ser demasiado tarde. En concreto, entre el hospital, el juicio, el tener que volver a preparar uno de sus dos hechizos de recámara y dormir un poco, casi veintidós horas. Había tenido que comprarse un nuevo billete de ave.

Su trayecto hasta la estación Delicias transcurrió sin percances, igual que el viaje en tren hasta Madrid. Una vez allí, cogió un taxi. Gracias a haber memorizado el recorrido de la mujer desde el

parque del Retiro y a *Google Maps*, no tuvo problemas para darle la dirección de la casa al conductor. Cuando estuvo en el portal del número 58, llamó al tercero C. Estaba un poco nerviosa, pues era su primera misión importante en solitario. Hasta entonces, su trabajo como bruja se limitaba a limpiar huellas para Violeta y otros vampiros, así como a la realización de hechizos menores. Nada que ver con salvar a una familia. Se habría sentido más segura de tener a Violeta a su lado, como en el Vaticano; pero le agradaba la sensación de saberse independiente y, sobre todo, lo suficientemente fuerte como para que su diosa le encargara una misión.

Su deseo de localizar a la mujer y sacarla rápido de allí se vio satisfecho cuando le contestó una voz femenina. Cuando la había visto en su visión, por el sol parecía ser por la tarde. En esos momentos estaba anocheciendo, así que una de dos: o ya habían vuelto del paseo por el parque o este aún no había tenido lugar.

—¿Diga?

—Buenas tardes, mi nombre es Marta y tengo algo importante que contarle. ¿Puede abrirme, por favor?

—¿Disculpe?

—Será solo un momento.

—Mejor dígamelo desde allí.

—Es sobre su hijo.

La voz, que primero había sonado dubitativa y después seca, se volvió preocupada:

—¿No será usted la madre de Adrián?

Marta decidió aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

—Sí.

—Vale, ya me ha contado la tutora que Dani le rompió las gafas por accidente... suba.

¡Por fin!, pensó Marta para sí y se apresuró a subir al tercero. Una vez en la planta, los pisos estaban distribuidos de dos en dos. Los C y D a la derecha, aislados del ascensor y de la escalera por una puerta metálica. Tras cruzarla, la bruja vio que la esperaba una mujer morena, alta y atractiva de unos treinta años, con la puerta de su piso entreabierta a sus espaldas. El verla con el mismo traje de chaqueta que llevaba en su visión hizo que la moon-wolf palidciera. Se les acababa el tiempo. Marta caminó con normalidad y una sonrisa hasta llegar a la altura de la mujer. Entonces, se apresuró a esquivarla para meter una pierna y medio cuerpo, ladeado, dentro del piso.

—¿Qué está haciendo? —la propietaria elevó la voz—. Salga o llamo a la policía.

Marta le mostró las palmas para que viera que no tenía armas ni pretendía atacarla.

—Tranquila, solo quiero asegurarme de que me escuche y no me cierre la puerta. Estoy aquí para ayudarla. Su hijo y usted corren peligro.

Los ojos de la mujer, por un segundo, miraron más allá de Marta, como si recordara algo.

—¿Ha pasado algo? ¿La manda mi marido?

La bruja, que vio la oportunidad de apresurar las cosas, decidió mentirle.

—Sí. Vamos, casi no hay tiempo.

—Espéreme fuera que preparo a Luis y vamos.

—Mejor en el umbral.

—Muy bien.

La mujer se llevó la mano a uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó su móvil.

—¿Qué haces? No hay tiempo para eso —le dijo Marta.

—No pienso ir a ningún sitio sin hablar antes con mi marido.

Y eso le revelaría la mentira.

Marta, deseando que en el piso D no hubiera nadie que pudiera escuchar los gritos que sin duda iban a producirse, le quitó el teléfono de las manos.

—¿Estás loca? ¡Devuélvemelo!

La mujer intentó recuperarlo. Marta aprovechó para entrar en su piso y ella comenzó a elevar la voz pidiendo socorro.

«Mierda. No tenía que ser así. Esto siempre parece más sencillo cuando lo hace Violeta», pensó la moon-wolf, no teniendo muy claro qué hacer ahora.

Sin embargo, no le dio tiempo a solucionarlo pues estaba entre taponar la boca a la mujer o intentar explicarle la verdad, por extraña que sonara, cuando una videncia la dejó paralizada durante un par de minutos.

Eran ellos, los atacantes. Seis vampiros que salían de dos vehículos con los cristales tintados. En su visión, por el cielo, el sol acababa de ponerse. Le pareció un aviso de su diosa, una especie de grito para que se diera cuenta de la urgencia.

Cuando recuperó el control de su cuerpo, se encontró en pie, apoyada contra la pared del pasillo, y con la dueña del piso que había recuperado su móvil y estaba hablando con la policía. Los vecinos, ya fuera de abajo o de la puerta de al lado, no habían dado señales de vida.

Ni se lo pensó. Le quitó el teléfono de las manos y le dijo con urgencia:

—Seis hombres vienen a matarte a ti y a tu hijo. Puedes creerme o no pero no pienso dejar morir a un niño pequeño. Me lo llevo. Si eres lista, vendrás conmigo.

La mujer, que no parecía estar acostumbrada a la violencia, se quedó sin saber cómo reaccionar. Una extraña que decía venir de parte de su marido se le había metido en casa y quería raptar a su hijo. Le había dado tiempo de dar su dirección a la policía. Seguro que ya estaban de camino. Al ver que esa chica se le metía en la casa, reaccionó y fue tras de ella. Decidió asegurarse de que no le hiciera nada a su pequeño Saúl y mantenerla allí hasta que los agentes llegarán.

Alguna vez había medio bromeado con su marido sobre si por ser él el ministro de defensa, alguien podría intentar raptarlos a ella y a su hijo; pero la idea era rápidamente descartada por improbable. Ahora mismo, deseaba haber dejado que le pusiera un guardaespaldas.

Por su parte, Marta corría por el pasillo buscando la habitación del niño. El sol casi se había puesto del todo y era entonces cuando los mataban. Tenía que darse prisa. Cuando dio con el cuarto correcto, escuchó los pasos de la madre, quien por fin había reaccionado y se abalanzaba tras ella.

El niño, de unos siete años de edad, estaba jugando en el suelo con sus peluches, vestía como en su visión y se la quedó mirando cuando ella irrumpió en su cuarto.

—¡Saúl! —gritó la madre—, aléjate de ella.

Marta no le dio tiempo a reaccionar: llegó hasta él, lo agarró y lo cogió, apretándolo contra su pecho para que no se le cayera.

—Suéltalo —la amenazó la madre, quien acababa de bloquear el umbral de la puerta de la habitación de su hijo.

Saúl se puso a patalear y a retorcerse de mala manera, sorprendiendo a Marta con su fuerza, quien casi lo dejó caer al suelo.

—No. No pienso permitir que le pase nada —contestó la bruja mientras, en silencio, soltaba varios juramentos por lo mal que le estaba saliendo su misión de rescate. Se notaba que era la primera.

—Suéltalo —repitió la madre, quien se esforzaba por mantener la calma.

En ese momento sonaron pasos entrando en el piso.

«Mierda, la puerta, no la hemos cerrado», pensó Marta.

Aunque tampoco era que haberlo hecho pudiera haber retrasado mucho a unos vampiros de fuerza sobrehumana.

—Coge a tu hijo y detrás de mí —ordenó la moon-wolf al tiempo que soltaba con cuidado al chico y apartaba rápidamente a la mujer de la puerta. Algo sencillo ya que esta, al ver a Saúl en el suelo, se apresuró a abrazarlo y cogerlo en brazos.

Marta se asomó al pasillo, por donde venían cuatro vampiros armados con pistolas. Tras de ella, la mujer comenzó a gritar pidiendo socorro. Marta bufó. No eran precisamente la policía y, desde luego, no acudían en su ayuda. Al verla, los atacantes la confundieron con la dueña del piso y la apuntaron con sus armas.

—No te muevas —le ordenaron

Marta sintió miedo. De repente fue como si, entre latido y latido de su corazón dolorosamente acelerado, se diera cuenta de qué estaba haciendo. Ella, que un año atrás lo más peligroso que experimentaba era freír un huevo frito con exceso de aceite, estaba frente a cuatro vampiros armados. Quizás hasta fueran mutados. Su miedo se convirtió en certeza: la iban a matar, a ella, a la madre y al niño. Entonces recordó el Vaticano, a todos esos guardias armados que los esperaban fuera del ascensor. Eran más y pudo hacerlo. Antes de que pudiera decirse a sí misma que en el Vaticano estaba con Violeta, su corazón latió, el instante de duda pasó y extendió sus dedos.

—¡Gainne gealaich! —exclamó.

De sus yemas salió el hechizo de noche cerrada sin luna, el aturdimiento que dejó a sus enemigos congelados. Esta vez lo había sacado del nuevo grimorio, en una de sus versiones de más alto nivel. Duraría más, por supuesto; sin embargo, no sería mucho.

Se giró hacia la mujer con urgencia y la miró a los ojos.

—Son asesinos. Van a mataros. Por favor, vamos.

La mujer debió de ver la sinceridad en el rostro de Marta, porque desvió la mirada a los hombres armados vestidos con vaqueros y decidió que el mal menor era creerla. Susurrándole palabras tranquilizadoras a su pequeño echó a correr detrás de la desconocida. Habían pasado cinco segundos, el hechizo solo duraría treinta. No habían avanzado ni un par de pasos que dos mutados, en un visto y no visto, habían pasado de estar vigilando afuera del piso a colocarse a espaldas de las dos mujeres e inmovilizarlas. Quedaban veintiún segundos. Marta, cuyos brazos estaban pegados a su cuerpo y sujetos por el vampiro, no dudó. Habían cometido el error de no taponarle la boca, quizás todavía no se hubieran dado cuenta de que lo que retenía a sus compañeros era magia.

—Iomadh saighead —susurró.

De sus dedos pegados contra sus caderas salieron disparadas diez pequeñas saetas las cuales, en vez de chocar contra el suelo, giraron en redondo y volaron hacia los corazones de sus enemigos. Impactaron. Los vampiros acusaron el golpe y aflojaron su presa. No eran de metal o madera, no los habían inmovilizado o ejecutado, pero sin duda les habían dañado un órgano vital que tenían que regenerar.

—¡No sueltes al niño y corre! —gritó Marta mientras hacía lo mismo.

Quedaban trece segundos.

No iba a ser suficiente y a la matrona de la luna llena no le quedaban más hechizos en

recámara.

Abrieron la puerta que las separaba del ascensor. Este estaba subiendo.

—¡Escaleras abajo! —indicó Marta mientras ella misma se abalanzaba hacia estas.

Si el ascensor subía a un piso superior, quizá ellos lo siguieran escaleras arriba y ganaran algo de tiempo.

Cuatro segundos.

La mujer, con su hijo en brazos, llevaba bajados unos cuantos escalones cuando el ascensor se detuvo en su piso y las puertas interiores comenzaron a abrirse.

Cero.

Los cuatro vampiros iniciales pudieron moverse y devoraron el espacio que había entre ellos y la puerta de entrada del piso. Ellas siguieron corriendo. El ascensor se abrió del todo y la policía se encontró cara a cara con los mutados. Para ellos, cuatro sospechosos armados.

—Policía, no s... —comenzó a decir uno de ellos mientras acercaba la mano a la funda de su pistola.

No le dio tiempo. Sonaron disparos y los agentes fueron acribillados. Sus cuerpos, agujereados, no habían comenzado ni a sangrar ni a caer al suelo que los mutados ya se habían dividido en dos parejas y corrían tanto escaleras arriba como abajo. Sus oídos eran muy agudos pero, pese a los silenciadores, los disparos les habían inutilizado temporalmente ese sentido por lo que no eran capaces de percibir las pisadas de Marta y la mujer bajando los escalones que las separaban de la segunda planta. Desde que habían comenzado a correr Marta estaba susurrando. Su cántico, una versión de menor nivel y más apresurada que el hechizo de niebla que había aprendido en el Vaticano, salía de sus labios mientras que sus manos se contorsionaban creando extrañas figuras en el aire. Cuando escuchó los disparos dejó que la mujer con el niño en brazos la adelantara. Estaba mirando hacia atrás, hacia el piso de arriba, cuando los dos vampiros llegaron. Todavía no estaba lista. Una mano con garras la agarró por el cuello y elevó hacia arriba. La bruja hizo un último dibujo con sus dedos y, pese a la presión en su garganta, logró pronunciar el final de su hechizo. La niebla, espesa, salió de sus yemas mientras que ella se las ingeniaba para agarrar el brazo del mutado. No tenía muy claro qué podía conseguir así, aparte de apoyar allí su peso para ver si lograba aliviar la presión en su cuello. Tuvo suerte. Su enemigo no sabía qué hacía esa niebla. Podría ser venenosa o corrosiva. Aflojó su presa y Marta aprovechó para soltarse y echar a correr. No se veía a la mujer. El hechizo había cubierto la escalera del edificio un par de pisos por arriba y por abajo, además de desorientar a los mutados. Cuando la moon-wolf chocó con la mujer, le susurró que callara y la atrajo hacia la pared. Le tapó la boca al chico y aguardaron. Los mutados bajaron, pasando cerca de ellas y sin detectarlas. A Marta le pareció escuchar una voz femenina en su cabeza que le decía «bien hecho». Le extrañó pero no era el momento de perder el tiempo con cábalas. El policía que se había quedado en el coche pidió refuerzos al no poder contactar con sus compañeros. Las dos mujeres y el chico bajaron con cuidado y salieron a la planta calle, a la cual había llegado también la niebla. Una vez estuvieron a varias manzanas de distancia, Marta entró en una cafetería y se sentó en una mesa.

—Tendrás tus preguntas —dijo.

La mujer, en pie ante ella, frunció el ceño. Desde que llegaron los hombres armados hasta entonces, se había limitado a seguirla y a hacerle caso. Le había parecido lo más seguro para ella y su hijo.

—¿Estamos a salvo?

—No del todo. Podrían venir y matarnos junto con el camarero y esos de ahí. —Señaló hacia

las otras dos mesas con clientes del local—. Pero necesito hacer una llamada y saber que confías en mí.

La aludida dejó a su hijo en el suelo, le dijo lo bien que lo había hecho y le pidió que se sentará. Después, encaró a Marta.

—No trabajas para mi marido pero nos has salvado. ¿Quién eres y qué quieres?

Por un momento, Marta sopesó decirle la verdad. La mujer parecía decidida a tomar el mando, eso que hacía minutos habían intentado matarla. Se preguntó quién sería. Quizás debería haberlo investigado tras averiguar su dirección. Decidió ver si sabía algo del submundo sobrenatural.

—¿Sabes qué has visto?

—No me estás contestando.

—Tú a mí tampoco.

Se miraron a los ojos hasta que la mujer accedió.

—Muy bien. A tu manera pues. —Suspiró y se sentó en una silla—. He visto a unos hombres armados demasiado rápidos y a ti susurrando palabras y haciendo juegos de prestidigitación con los dedos como si fueras una de las protagonistas de *Érase una vez*.

Marta asintió ante la comparación. No había visto más que un par de capítulos de esa serie, los justos para saber que había una bruja.

—No has visto mal pero no me creerías si intento explicártelo. Digamos que supe que iban a matar a tu hijo y vine a ayudarlos.

—Me sirve por ahora. ¿Qué eres? ¿Una especie de salvadora?

—No, yo no. Pero la amiga a la que voy a llamar, sí.

—Bien, yo llamaré mientras tanto a mi marido.

—¿Quién es tu marido? —sintió curiosidad Marta ya que en un principio ella pensaba que le había puesto un guardaespaldas.

—¿No lo sabes? Es Juan Antonio Borges, el ministro de defensa.

La moon-wolf se quedó sorprendida. No se esperaba eso. Parecía que su visión no le había mostrado a una mujer y un niño cualesquiera.

—Por eso te buscan... —susurró.

—¿Quiénes? —Frunció el ceño.

—Ellos.

No le apetecía ponerse a explicarle que se trataba de unos vampiros mutados. Bastante complicado sería ya que aceptara que la magia existía y que lo que había visto no era algún tipo de truco tecnológico.

—De acuerdo, pero cuando estemos a salvo me lo cuentas todo —le propuso con voz firme mientras le tendía la mano.

Marta asintió y se la estrechó. La mujer tenía carácter, seguramente podría asumir que su mundo no era como se imaginaba.

—Por cierto —continuó diciéndole la mujer—. Me llamo Ainhoa.

—Marta.

A continuación, mientras Ainhoa intentaba hablar con su marido, Marta llamó a la caballería.

—Violeta, necesito tu ayuda —le dijo sin saludarla nada más esta descolgó.

—¿Otra vez? Me parece que al final sí que me vas a tener que hacer un buen descuento.

Se refería a las huellas dactilares y a los otros servicios de limpieza para los cuales la solía contratar cuando trabajaba como cazarrecompensas; aunque hacía ya unos meses que más bien parecía dedicarse a cumplir las órdenes de su abuelo en esa guerra de guerrillas, encubierta, que

se llevaban con los alquimistas.

—Veinte por ciento. Que tengo que ganarme la vida.

—¿Cómo matrona no administras los ingresos de tu clan?

—Todavía no he podido ponerme. Ni creo que pueda si no vienes ayudarnos. ¿Recuerdas la mujer del niño la visión?

—Sí.

—Pues dos células de vampiros mutados intentan matarnos. Estamos en una cafetería de Madrid y no sé cuánto tardarán en encontrarnos.

Violeta soltó un juramento.

—Dame tiempo. Estoy en Zaragoza. Intentaré ir a través de un vórtice para llegar antes. Si crees que no estáis seguras en la cafetería, iros, mándame un mensaje y dime dónde estáis. Y dame también el nombre de la cafetería dónde estás ahora y su ubicación por *WhatsApp*. Voy para allá. Ten cuidado.

Marta colgó y observó que la mujer todavía hablaba por teléfono. Por lo visto, le salía el contestador todo el rato. Entonces llamó a su marido al trabajo y la secretaria le pasó directamente con el jefe de seguridad. Este escuchó que la habían intentado atacar y le pidió que esperara en la cafetería, que le mandaba ayuda. El niño lo miraba todo con los ojos muy abiertos y en silencio, agarrando la mano su madre. Marta se preguntó cómo iba a decirle que esos hombres que le mandaban no servirían de nada si los mutados las encontraban.

TRECE

Colgué el teléfono y solté otro par de juramentos. Como estaba en mi casa, sola pues Casio había salido, cogí rápidamente mis armas y corrí escaleras abajo hacia mi Lamborghini. Marta tenía suerte de no haberme pillado siguiendo al cura, quien por lo visto estaba descansando en el piso franco.

Una vez que llegué a mi destino, orillé el coche en el camino rural y atravesé los campos que me separaban del árbol, ignorando cómo mis tacones de aguja se hundían en la tierra al avanzar. Y allí, apoyado en el árbol que ocultaba la puerta dimensional, estaba él. Una figura masculina que no era mi novio y que mi traidor corazón reconoció con un vuelco tan emocionado que me entraron ganas de arrancármelo.

El maldito Atzir'itz...

No llevaba puestos sus jodidos pantalones de cuero pero, aun vestido con la ropa mundana que le había comprado Marta, unos sencillos vaqueros y un jersey, su atractivo sobrenatural hacía que le quedaran tan bien que a cualquier mujer que lo viera se le haría la boca agua. Malditos incubos... Ningún ser humano, ni siquiera el modelo con más *sex appeal*, podía compararse con ellos. Y yo, que debería ser inmune al pertenecer a su raza, resultaba que tenía una mitad humana que hacía que mi cuerpo se tensara humedecido solo de darme cuenta de la provocadora manera con la que él me estaba mirando.

Demasiado.

Yo no quería verlo. Se lo había dejado más que claro. Entonces, ¿qué cojones estaba haciendo aquí? Además, esa puñetera sonrisa desafiante no colaboraba precisamente a calmarme. El muy capullo incluso se permitió darme un repaso con la mirada de arriba a abajo mientras yo me acercaba. ¿Es que quería morir? Porque desde luego parecía haber más que superado aquel momento triste donde había quedado claro lo que no podía haber entre nosotros. Puto incubo...

Me cabreé, quemé alma y eché a correr hacia él mientras dejaba salir mis garras con la liberadora intención de agarrarlo por el cuello y apretar hasta que le doliera y sangrara. Mucho.

Con una sonrisa tan fugaz como rápida fue mi carrera, él se hizo a un lado y me agarró por la muñeca derecha, tirando de mí para desequilibrarme y que mi espalda cayera contra su pecho. ¡Y una mierda! Ya que quería jugar con mi impulso, yo también: doblé el brazo izquierdo poniendo el codo hacia detrás y dejando salir mi espolón. Si no se apartaba, eso iría directo hacia su estómago. Lo hizo, me soltó y retrocedió hacia atrás. Yo acabé mi giro y me quedé cara a cara frente a él. Mi corazón latía acelerado, rabiando por transformar esta pelea en algo más. Mi cuerpo parecía recordar el strip-sable con Casio y gritarme que esta vez sería con alguien a mi altura, un demonio diseñado para el placer. Por supuesto lo ignoré y por supuesto él no tuvo que ser muy listo para darse cuenta de cómo me tenía (un simple vistazo a mi camiseta bastaría). Me sonrió con prepotencia. Suficiente. Desconvoqué mi garra, cerré el puño y apunté a su nariz.

Me paró.

Quemé más alma y comencé a golpearle con ambos puños una y otra vez y todas y cada una de ellas él me paraba. Pero yo tenía acceso al pozo y él no, acabaría vacío mucho antes. Debió de

darse cuenta de lo mismo porque de repente su nivel de fuerza aumentó y me vi con ambas muñecas inmovilizadas y, en un segundo, estaba con mi espalda contra la corteza del árbol y con él mirándome de cerca, sus ojos encendidos en un ámbar furioso. Imaginé que como los míos.

Oh, señor... Yo ya no pensaba en darle una lección sino más bien en tirármelo.

Algo que no podía permitir que pasara.

—Ni sé qué estás haciendo aquí ni permito que ningún subordinado me mire así.

—Pues tiene un problema, mi señora, porque son órdenes de su abuelo.

Por su voz, ronca y agitada, parecía costarle controlarse tanto como a mí. Oh, sí. Con eso podía jugar. Me humedecí los labios y dejé que mi pecho se elevara más de la cuenta con mi respiración.

«Salta, Atzir'itz, y guardia personal de mi abuelo o no, estás muerto», pensé.

—¿Órdenes de mi abuelo? —Enarqué una ceja. —¿Y él te ha ordenado que me inmovilices y me devores con la mirada?

Nuestros ojos se dijeron demasiadas cosas ahora que mi rabia se había transformado en deseo. «Intenta besarme si te atreves», pensé. Y por un momento creí que iba a hacerlo. Sus manos apretaron tanto mis muñecas que me hicieron daño, todo su cuerpo en tensión y muy muy cerca del mío, tanto que podía sentir el calor que desprendía. Y esos labios... ya no sonreían desafiantes, más bien los entreabría como si estuviera a punto de tomar lo que sin duda consideraba suyo. Solté un jadeo, cargado con mi deseo. Quería hacérselo más difícil, quizás así aprendiera a dejar de joderme con su presencia.

Se acercó, tanto que su aliento entró en mi boca y pude saborearlo. Olía a sexo. Gemí y esta vez de verdad. Entonces él me soltó, se apartó, se dio la vuelta y, de espaldas, aguardó hasta que se calmó.

Eso me dio tiempo para recuperar el control yo también. Maldito Atzir'itz, ¿íbamos a jugar siempre a esto?

Cuando se dio la vuelta, su lenguaje corporal había cambiado del todo, pasando a ser el de un soldado ante su general. Sus ojos no me miraban, algo muy extraño en él, parecían preferir el suelo. Sonreí. Mi cuerpo, excitado, todavía le deseaba dolorosamente. Me encantaría decirle a mi abuelo que dejara de hacerme la vida imposible así, pero cualquiera le chistaba al señor del sexto plano alias demonio ancestral con el poder de hacerte inmortal para así poder colocarte en la decoración de su trono y torturarte con sus garras por toda la eternidad.

No, gracias.

—Su abuelo me ordenó que la esperara aquí —dijo Atzir'itz—. No me dio explicaciones, sólo que usted necesitaba.

—¿Que yo qué?

Justo como imaginaba, mi abuelo tenía ejércitos a su disposición pero, cuando creía que no me vendría mal algo de músculo bruto para ayudarme, me mandaba a este. Me irritaría, de verdad, pero estaba demasiado ocupada intentando volver a ser yo y dejar de imaginar lo que podría pasar si me acercaba al demonio, le arrancaba la ropa y era yo esta vez la que lo empujaba contra el árbol. «Violeta, respira, serénate...»

Decididamente, para haber logrado cierto control emocional Atzir'itz era capaz de desmontármelo entero. Preferí no pensar por qué esto solo me pasaba con él. Sabía que era un punto a favor de estar ciega, pero me negaba a ir más allá.

—Yo no te necesito—afirmé—. Pero si mi abuelo dice que vengas, me vendrás bien para abrir portales. Eso sí, no quiero que esto vuelva a repetirse.

Entonces me miró, elevó los ojos del suelo con lentitud, como si le costara demasiado trabajo

hacerlo y seguir serio. No había ni jactancia, ni desafío ni brillo ámbar en sus ojos. Pero sí una determinación que hizo que mi corazón volviera a dar un vuelco (ya iban dos, a ver cuándo Casio se aplicaba y me provocaba este efecto).

—Le prometo que no volverá a pasar hasta que usted me lo ordene o suplique.

Por un momento, por un puñetero momento, volvió a hacerlo. Me vi cara a cara con él en medio de los cadáveres del Vaticano, volví a sentir la excitación de la lucha y esa certeza de que él, y no mi vampiro, era el guerrero que encajaba a mi lado. El momento se fue y yo comencé a sentirme triste.

¡¡¡Joder!!!

Prefería estar furiosa.

Todo había sido muy sencillo cuando descubrí que estaba enamorada de Casio. No lo pedí, no lo quise, pero no fue demasiado complicado seducirle. Ahora no podía permitirme ningún otro tipo de descubrimiento pues no me parecía correcto jugar con los sentimientos de mi prometido.

Imaginé que sí que tendría que hablar con mi abuelo después de todo, para pedirle que por favor me mandara a otro guardaespaldas.

—Vamos pues, sígueme—le dije a Atzir'itz resignada—. Del sexto plano pensaba ir al a Madrid por el vórtice que conecta con sus afueras pero ya que estás aquí, vas a ser tú el que me abra un portal hasta la cafetería.

Me sostuvo la mirada y debió de notar mi repentina tristeza, pues suavizó la seriedad de su rostro. Asintió y aguardó mientras yo convocaba el portal y entraba adentro. Una vez en el islote del sexto plano, le di la dirección de la cafetería y le pedí que nos acercara lo máximo posible. Lo mejor habría sido entrar por los baños pero, una vez que aparecimos en una calle cercana, imaginé que Atzir'itz no tenía la precisión a la hora de abrir vórtices a la que mi abuelo me tenía acostumbrada. Después de nublarles la mente a un par de transeúntes que nos habían visto aparecer tan de la nada como el propio portal, miramos en qué calle estábamos y saqué el móvil (llevaba un hechizo de bruja para protegerlo del agua) para que *Google Maps* nos guiara a la cafetería. Una pena lo de estar empapados por el agua del estanque de los vórtices, pues la gente nos miraba al pasar y también cuando entramos al local. Bueno, llamar la atención era una constante en mi vida y, además, estaba todavía demasiado triste como para que me importara.

Maldito control emocional... ¿No se suponía que lo había alcanzado gracias a Marcos? Preferí no pensar en lo que volver a ser tan voluble como una adolescente significaba, pues tendía a ocurrirme cerca de él.

—¡Violeta! —me llamó Marta aliviada al verme entrar.

Estaba con una mujer delgada, de aspecto frágil pero decidido, y un niño con pijama. Genial. Eso me centró. Trabajo. Yo podía con ello.

—Me alegro de haber llegado a tiempo —fue todo mi saludo—. Vámonos.

—Los hombres de seguridad de mi marido vienen a ayudarme. Yo no me voy —aseveró la mujer.

Me acerqué a ella y le hablé en susurros, para que nadie más me oyera.

—Hay seis vampiros con poderes de otros demonios buscándoos a ti y a tu hijo para mataros. Mi amiga, la bruja, os vio en una visión y quiere ayudaros. Créeme si te digo que vas a venir con nosotros.

—Estás loca —me contestó sin elevar la voz, no sabiendo si era el momento de montar un número para pedir ayuda a la gente de la cafetería.

Lo solucioné dejando que mis ojos brillaran en ámbar.

—Soy la caballería y no voy a dejar que Marta haya venido a salvaros para nada. Esos vampiros acabarán sin pestañear con los hombres de tu marido. Os venís conmigo.

Debió de ser el ámbar de mis ojos o la seguridad con la que le expuse la realidad, pues tragó saliva y asintió. Marta me miraba sorprendida. Yo estaba convencida de que se imaginaba lo que yo le había contado a la humana así como imaginaba que ella le habría explicado lo mínimo. El Orden vampírico velaba porque estas cosas no se desvelaran a los humanos pero estábamos en tiempos de cambio y las leyes siempre se desdibujaban con la guerra.

La mujer cogió a su hijo en brazos y salimos de allí. Mientras abandonábamos la cafetería, pude ver cómo Marta le preguntaba en voz baja a Atzir'itz por Daniel. Es verdad, se suponía que estaba vigilándolo... La respuesta fue que no se preocupara, que había otro incubo con él. Perfecto pues. En cuanto llegamos a la calle, busqué algún vehículo. Mi intención era elegir uno de los que estaban allí aparcados y robarlo. De acuerdo que no era muy ético pero la vida de dos seres humanos estaba en juego; ya me encargaría yo luego de devolver el coche junto con un añadido en billetes para compensar a su dueño. Sin embargo, como solía ocurrir en mi vida, los planes rara vez funcionaban. Al menos los míos, ya que a mi padre y a mi abuelo les había ido de vicio con lo de dejarme tirada en la Tierra para convertirme en un arma. Así pues, habíamos llegado a una calle más estrecha, por la que gracias a la noche no se veía caminar a nadie, cuando de repente los escuché y los vi. Atzir'itz también. O no había gastado toda su alma peleando conmigo o sus poderes base de incubo eran más fuertes de lo que yo creía porque no tuvo ningún problema en identificar a esos borrones de velocidad, que llegaron en un visto y no visto, como a vampiros.

Vinieron por delante y por detrás. Le grité a Marta que protegiera a los humanos y vi que Atzir'itz se giraba para encarar a los de nuestras espaldas. Perfecto, yo pararía a los que venían de frente. En menos de un segundo estaban ya aquí. Tres mutados que habían sacado las garras y las imponentes filas de colmillos de un hombre lobo y que intentaban pasar de mí para ir directos a por la mujer y su hijo. Ilusos... Abrí mi acceso al pozo de par en par. Y lo sentí... el poder, la euforia, ese detenerse del tiempo por un instante mientras todos mis sentidos se amplificaban y yo era más yo que nunca.

Por supuesto, la impronta humana asociada al alma también estaba allí, intentando invadirme con sus sensaciones y recuerdos. Nada que no pudiera asimilar. Pasó una milésima de segundo y yo ya estaba corriendo hacia ellos a su misma velocidad sobrenatural, con una daga en cada mano. Fui a por el que más cerca tenía, el de la izquierda, mientras lanzaba la daga de mi mano zurda al espacio vacío donde en breves iba a estar el del centro. Mientras chocaba contra él, con el hombro por delante, escuché a la daga impactar. El mutado cayó al suelo, conmigo encima. Noté sus garras desgarrando la carne de mi espalda, eso dolía. Pero sabía que curarme sería muy sencillo, tanto como rajarle el cuello con mi arma favorita, la que me regaló mi abuelo, y dejar que esta me pasara su esencia y sus poderes. No demasiado tiempo, por supuesto, o Marta tendría que vérselas con dos vampiros ya que por lo visto el del centro había sido capaz de esquivar algo mi daga y esta, en vez de clavarse en su corazón, lo había hecho un par de dedos a la derecha. Así pues, fueron solo unos instantes los que dejé el filo de mi daga favorita en contacto con la carne y la sangre de la garganta del mutado, los justos para debilitarlo y yo tomar algo de su regeneración. Después, saqué una estaca de mi cinturón y se la clavé en el corazón. Uno menos. Los otros dos habían pasado de mí. El del centro era el más regazado, ya que el metal cerca del corazón los ralentizaba y, como ya había comprobado con otro mutado, por lo visto a estos les afectaba más que a los vampiros normales. Sin embargo, pese a que mi pelea con el cadáver a mis pies había

durado menos de un par de segundos y a que yo les había interceptado a varios metros de distancia de Marta, el tercero ya casi había llegado a donde la moon-wolf se interponía entre este y los humanos. Por cómo mi amiga movía los labios estaba claro que no tenía ningún hechizo preparado. Me abalancé contra el tercer mutado aprovechando el instante de duda que tuvo al ver a Marta extender sus dedos ante sí y pronunciar la palabra final de un sortilegio de ataque. No pasó nada. Al menos no por parte de la bruja. Pero yo clavé mi puñal en la espalda del mutado y lo dejé allí hasta que lo mató y el cadáver empezó a cuartearse como ocurría con estos vampiros falsos.

—Un farol, bien hecho —alabé a mi amiga.

La mujer apretaba al niño contra su pecho, para que no pudiera ver nada, al tiempo que nos miraba con los ojos abiertos de par en par. Me giré. Pero ya no había tercer mutado que rematar porque Atzir'itz, quien había acabado sin problemas con sus vampiros, acababa de arrancarle la cabeza. De acuerdo que los vampiros tenían la capacidad de regenerarse pero ninguno podría con eso. De inmediato vi al cuerpo decapitado comenzar a agrietarse. El primero que yo había matado ya era polvo. Así, desde luego, era mucho más sencillo que con los chupasangres normales, pues una no tenía que andar deshaciéndose de los cadáveres para que la policía humana no los encontrara.

—Bien hecho —le dije a Atzir'itz.

Por el brillo ámbar de sus ojos pude ver que le encantaría contestarme y desde luego no con un simple «gracias». Bien por él por no hacerlo, porque teníamos a una humana que quizás estuviera a punto de tener un ataque de histeria.

No fue así.

La mujer respiraba agitadamente; se veía que tenía miedo y que le costaba controlarse. También que abrazaba a su hijo apretándole más de la cuenta pero este, que debía de sentir el terror de su madre, no protestaba. Me acerqué a Marta y susurré para que solo ella (bueno, y el íncubo por su agudo oído demoníaco, claro) pudiera escucharme:

—Será mejor que lo hagas tú. ¿O le quito los recuerdos y la dejamos con esos hombres de su marido?

—Si la buscan, mejor que esté alerta y conmigo.

La moon-wolf se giró hacia la mujer y se acercó el medio paso que la separaba de ella.

—Lo que has visto ha sido un ataque de seres sobrenaturales. No sé por qué os quieren pero yo vi a tu hijo morir en una visión así que tengo que salvaros. Sois importantes.

Punto para ella, la mujer fue capaz de hablar y pareció incluso asumir lo que acababa de vivir y estaba escuchando.

—¿Puedes llevarnos con mi marido?

—Puedo ponerte a salvo y entonces avisar a tu marido para que venga.

—¿Quién eres? —quiso saber la humana.

—Me llamo Marta y soy la matriarca de la casa de la Luna Llena. Soy humana, como tú, pero tengo el don de la magia. Mi amiga es una princesa demonio y su compañero un guerrero que la sirve. Los que te atacaron eran vampiros alterados genéticamente con otras razas y, si quieres que tu hijo esté a salvo, acepta mi ayuda.

Marta adoptó un porte sereno y regió al decirlo. Nunca la había visto así. Una especie de luz interior la iluminaba. Me gustó esa nueva Marta. Además, lo que decía de los mutados tenía más que sentido, pues estos habían sido mezclados con licántropos e imagino que habían encontrado a la mujer por el olfato. Menos mal que yo y mi «guerrero que me sirve» habíamos llegado a

tiempo.

Vi cómo la mujer aceptaba las palabras de Marta y su ayuda. Volvimos a mi plan de confiscar un coche. Le pregunté a la moon-wolf si quería que los lleváramos a alguna casa franca del Consejo pero me dijo que no, que a la de su clan. Por mí de acuerdo, pero pensaba dejarle a un par de vampiros como guardaespaldas. Por el camino llamé a Casio.

CATORCE

El padre Bruno salió a escondidas del piso franco. O eso creía él. Recordando su entrenamiento con los Illuminato, identificó a los guardias que lo custodiaban (el evidente en la puerta principal más otro en la azotea del edificio). El piso era el quinto de un bloque en Arcosur, una zona de viviendas en Zaragoza que por una mala gestión carecía de los servicios básicos y estaba prácticamente desierta. El cura aguardó paciente para ver cuándo se hacía el cambio de guardia. Resultó que no había tal pues los vampiros no necesitaban descansar y tenían también en su poder el piso de al lado, donde guardaban sangre en la nevera. Entonces, aguardó a que uno de ellos estuviera bebiendo para fingir irse por la ventana. Cuando el otro vampiro, el de la azotea, se acercó a mirar, el cura salió por la puerta. Había considerado gastar sus fuerzas en una protección contra el mal, para evitar ser detectado con facilidad. Pero sabía que era algo agotador y para lo que solían necesitarse varios sacerdotes. Un sello de captura para cuando el demonio de la azotea entrara por la ventana a mirar si Bruno se encontraba dentro, también estaba fuera de sus capacidades. Por eso confió en poder alejarse lo suficiente y, si le detenían, tendría que exorcizarlos. Eso no le agradaría a la demonio Violeta, supuso, pero tampoco a él lo de ser un «aliado» a quien tenían retenido. Así pues, no había acabado de bajar las escaleras cuando los dos vampiros estaban ante él, pidiéndole con amabilidad que volviera al piso.

Bruno no dudó.

Exorcizamus te —comenzó a recitar—, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas.

Los vampiros no eran demonios dentro de un cuerpo humano, más bien humanos convertidos en demonios por lo que un exorcismo, que les transmitía la palabra de Dios, era letal para ellos. Estos, por su parte, en cuanto escucharon el «exorcizamus te» decidieron que ni de broma pensaban intentar tocar la mente del cura para obligarle a entrar al piso, no en ese momento en el cual estaba en contacto con su Señor. Pese a que su velocidad y sus poderes parecían estar anulándose, se las ingeniaron para retroceder y alejarse hasta la azotea, donde la voz del cura ya no llegaba. Este acabó de salir del edificio y los miró. Imaginó que avisarían a Violeta. Bien, estaba dispuesto a tratar con ella en caso necesario. Caminó hasta la parada del único autobús urbano que iba por allí y aguardó a que llegara. Los dos vampiros lo siguieron manteniendo las distancias y lo vieron marcharse en el autobús. Otro, un tercero que también había estado vigilándole, cogió el transporte público en la siguiente parada.

—Señora, el cura ha salido —telefoneó uno de los dos primeros a la mujer de Casio.

Esta, que estaba en un vehículo con Marta, Atzir'itz y los dos humanos conduciendo por la autovía, frunció el ceño. No se atrevía a pedirle a Atzir'itz que le abriera un portal al sexto plano para, desde allí, acudir al del árbol en Zaragoza. No quería dejar a Marta sola hasta que la mujer y el niño estuvieran en su casa.

—Ahora no puedo ir —contestó—. ¿Lo estáis siguiendo como os dije?

—Sí.

—Perfecto. Quiero saber dónde va y qué hace. Si habla con alguien, quiero la conversación por escrito.

—Descubrió y se quitó los dos micros de su ropa.

—Bien, por suerte tenéis el oído fino.

La súcubo colgó el móvil y deseó que, allí donde fuera el padre, no hubiera una protección divina que impidiera que el vampiro se acercara lo suficiente como para escucharle.

En cuanto al padre Bruno, siguió en su autobús hasta hacer un transbordo que lo llevó a otro más y finalmente al aeropuerto. Una vez allí, compró el primer billete disponible para Roma e hizo una llamada. El vampiro que lo seguía no se perdió palabra.

—Excelencia, soy Bruno Badía. Necesito verla.

Le contestó una voz femenina que sonaba dulce a la vez que pausada.

—Bruno, amigo... Cuánto tiempo. He oído que has sido excomulgado.

—Sin embargo, sigo teniendo la bendición de nuestro Señor.

Pasaron unos segundos en los cuales el fino oído del nosferatu detectó un suspiro al otro lado de la línea.

—Sí... He oído que no has acatado las órdenes del comendador Bosetti, que has dado la espalda a la Iglesia pero que afirmas no haber rechazado al Señor.

—Estamos viviendo en una época donde el mal se hace más fuerte. Como custodio, necesito de su sabiduría, Excelencia. Si accede a hablar conmigo en privado y después de eso cree que estoy errado, me entregaré y aceptaré mi castigo.

—No eres el único que sabe interpretar signos proféticos. De acuerdo, quedamos en la iglesia Santa Maria della Vittoria. ¿Estás en Roma?

—Todavía no.

—Avísame cuando llegues.

El vampiro se apresuró a informar a Violeta. Al ser una iglesia, era terreno sagrado el cual debilitaba a los suyos. Además, si tenía alguna protección contra el mal, no podría escuchar su conversación. Un inconveniente, pero sus órdenes siguieron siendo las mismas.

Horas más tarde, cuando el padre Bruno entró en la iglesia, el vampiro se sentó en uno de los bancos de madera, como si fuera un feligrés o un turista, mientras que el cura caminaba hasta el altar y entraba a la estancia que se encontraba a la izquierda de este. Allí le aguardaba María Elena, custodio de los almacenes del Vaticano y también una vieja amiga y mentora. Había sido una anciana cuando Bruno la conoció y, aunque hacía años que no la veía, no parecía haber cambiado mucho excepto por la profundidad de los surcos de sus manos y su rostro.

—Excelencia Reverendísima, me alegro de veros otra vez.

La aludida, que estaba sentada en una silla de madera finamente tallada, no se levantó pero sí le indicó que tomara asiento.

—Dime, Bruno, ¿por qué has renegado de tu Iglesia?

El cura se sintió evaluado por la severa pero preocupada mirada de sus ojos. También avergonzado. Pero sobre su culpabilidad quería que fuera ella, en su sabiduría, quien decidiera. Así pues, comenzó a hablar y le contó todo, desde la visita del demonio y la bruja hasta la pelea final en la plaza de San Pedro y su apresamiento por los vampiros. Una vez hubo acabado, María Elena se tomó un tiempo para reflexionar y asimilarlo todo.

—Entonces —dijo finalmente—, tu dilema es si deberías pedir una audiencia con su Santidad el Papa con la esperanza de que crea que los Illuminati se equivocan, o ver que estás errado y entregarte, o luchar contra el mal por tu cuenta.

—Sí, Excelencia. Confío en vuestra sabiduría y consejo.

La mujer suspiró y le miró preocupada.

—Te encarcelarían, no puedes intentar cambiar lo que es. Yo misma, cuando te escuché por

teléfono, imaginé que tras escucharte tendría que pedirte que te entregaras; sin embargo, no eres el único que ha visto señales del maligno haciéndose cada vez más fuerte. Las estatuas de piedra te ayudaron, eso me habla de favor divino. —Comenzó a animarse su voz—. En cuanto al escudo de armas... Mi antecesora me contó que los ángeles velan por nosotros y pueden darnos su magia si nos consideran dignos de ella y capaces de contenerla. —Le brillaron los ojos—. Hay un libro que habla de ello. Lo he leído y reconozco esa magia. Se trata de una oración y no la has lanzado tú sino un ángel. Tú has sido un canal, el cual él ha usado para ayudarte. Por eso, padre, creo que deberías seguir con tu cruzada porque tienes Su bendición.

Bruno se sintió aliviado. Estaba dispuesto a aceptar la decisión de María Elena pero no deseaba entregarse. Para él, escuchar que no se había equivocado, que no había pecado de orgullo al creer que estaba cumpliendo Su voluntad, fue muy importante. La última confirmación que necesitaba para seguir su camino.

—Sin embargo —seguía diciéndole ella—, no tengo el libro. Desapareció.

—¿Alguna pista de por dónde puedo empezar buscándolo?

—No. Y no creo que debas buscarlo. Solo sigue escuchando las señales de Nuestro Señor. Tu fe es poderosa, Bruno Badía. Los demonios pueden verlo y yo también. Él te ha elegido para Sus planes, siéntete honrado y cumple Su voluntad con humildad.

—Sí, Excelencia.

—Me ha alegrado verte, Bruno. Ya de niño prometías mucho. No diré nada de tu visita.

—¿Puedo recibir su bendición, Excelencia?

La mujer asintió y se la dio. El cura salió de vuelta a la nave principal de la iglesia donde el vampiro, que no había podido escuchar nada, lo miraba irritado. Bruno cruzó sus ojos con él. Le reconocía, por supuesto. Pasó por delante y salió de la iglesia. El vampiro, resignado, fue tras de él. Ya que no tenía información para la mujer de su triunviro, al menos serviría de escolta.

QUINCE

Diario de Arianhrod:

Mi querida hija, estoy comenzando a dudar si este diario llegará alguna vez a tus manos; pues aunque yo estoy bendecida con un fuerte don para ver las líneas del tiempo, estas a veces son como madejas enredadas y se empeñan en confluir en un punto por más que yo intente evitarlo.

El fin de los tiempos.

Todas esas películas sobre el apocalipsis y los seres humanos no tienen ni idea... Ni siquiera la Iglesia.

Cada vez que me dejo llevar por las visiones de lo que puede llegar a ser, últimamente no hago más que confluir en ese punto, donde yo muero. Muero junto con la matriarca de la casa de la Luna Llena y la princesa súcubo que es mi hermana de magia negra queda muy malherida.

En un futuro sin esperanza, este diario no podrá llegarte. Pero yo no he alcanzado esta edad por ser de las que se derrumban cuando la evidencia es una losa más pesada que una montaña. Ruego a nuestra diosa, la Guerrera, la que trae oscuridad, la de las alas de cuervo, que me ayude. La matrona de la Luna Llena es importante. Mi hermana de magia negra es importante. El padre Bruno es importante; hay unas pruebas que no debe fallar. En cuanto a mí, yo soy la aguja que debe guiar sus hilos por la urdimbre del tiempo para evitar que se corten. El apocalipsis no debe suceder y si tú, hija mía, estás leyendo estas líneas será que lo hemos logrado evitar.

Si no... si no, escribir deja de tener sentido.

DIECISÉIS

Todavía en el coche de viaje de vuelta a Zaragoza, Marta aprovechó una parada, a causa del niño que tenía que ir al baño, para telefonar a Daniel. Quería asegurarse de que se encontraría bien.

—Marta, ¡menos mal!, me tenías preocupado —le dijo él nada más ver por el número quién le llamaba.

—Tú a mí también. —No pudo evitar sonreír ella.

Le quería mucho; había echado de menos su voz.

—Con el guardaespaldas que me habéis puesto no creo que corra peligro.

«Un incubo, según Atzir'itz» —pensó ella—. «Incubos... menos mal que su sex-appeal no funciona con hombres heterosexuales». Entonces, de repente, recordó que lo suyo no podía ser y sintió más agudo ese dolor en su pecho que la había estado acompañando desde que decidió dejarle, esa losa que parecía aplastar su alegría de vivir, que pesaba tanto que hasta respirar costaba y que dolía como si le clavaran un puñal en el corazón y lo retorcieran. Y sin embargo... sin embargo por unos momentos, al escuchar el cariño y la preocupación genuinos en su voz se había olvidado de todo y sentido feliz, aliviada y completa.

Mierda.

Dolía.

Dolía demasiado protegerle, hacer lo correcto.

—Me alegro de que estés bien. Yo... siento mucho haberte puesto en peligro. En cuanto sea seguro, tendrás que irte.

—¿Otra vez con eso, Marta?

"¿De verdad no me quieres contigo?", quiso decirle. Pero era mejor aguardar a cuando la tuviera delante. Tenían que hablar, ella se lo debía.

—Ya lo sabes —susurró Marta, triste. Tanto como él.

—¿Vienes a casa, verdad?

—He rescatado a la mujer y su hijo pero voy a llevarlos a la sede de mi casa. Allí estarán más seguras. Me quedaré con ellas.

Daniel se quedó unos segundos pensativo.

—¿Quieres vaya?

—No. Si te quedas donde estás, ellas pensarán que, después de todo, no soy tan blanda como para que me importes. Cuando todo esté más calmado, te vas y se sabrá que hemos roto —le tembló la voz, como si fuera a echarse a llorar.

—Marta, si estás rompiendo porque temes por mi seguridad, deberías dejarme decidir a mí. Recuerda que me prometiste que hablaríamos.

—Tienes razón, yo... Espera, la mujer y su hijo han vuelto del baño, mejor te cuelgo. Tengo que irme.

Colgó.

Daniel se quedó con la sensación de que eso de que tenía que irse no era más que una excusa. Parecía apuntó de echarse a llorar. Ella le quería.

El vampiro que le hacía de guardaespaldas desde que Atzir´itz se había ido, había estado con él en la cocina cuando su novia le llamó y ni siquiera se había ido para darle algo de intimidad. A diferencia de Atzir´itz, se limitaba a hacer su trabajo con frialdad y cierto desdén. Así que fue Daniel quien, dejando las galletas de su desayuno a medio sacar del paquete, se marchó de allí. Necesitaba estar solo. La estaba perdiendo y no sabía si, si iba a verla, ella se enfadaría.

DIECISIETE

Dejamos a la mujer y a su hijo en la casa de las moon-wolf y yo fui hacia la mía. Le había mandado un mensaje a Casio y este me esperaba allí. También le había pedido que dejara como refuerzo a un par de los suyos patrullando por el barrio de Marta, no fuera a ser que los mutados descubrieran dónde estaban sus víctimas fugadas e intentaran volver a acabar el trabajo. Lo que no le dije a mi prometido era que no iba sola. Me habría gustado, de verdad, pero con eso de que mi abuelo se lo había ordenado, comenzaba a sospechar que a este paso iba a tener problemas para guardarme un poquito de intimidad. Y no era por ser agorera, pero cuando entré en casa seguida de cerca por Atzir'itz, Casio no puso precisamente la mejor de sus caras. Más bien, en un visto y no visto se desplazó del sofá donde me aguardaba a ese escaso espacio que mediaba entre mi guardaespaldas y yo. Me giré.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Casio cortante.

—Órdenes de mi rey. ¿No te lo ha contado? —le contestó Atzir'itz impertérrito.

—Dijo que le mandaría ayuda a mi mujer pero no que serías tú otra vez.

Atzir'itz se encogió de hombros. Casi parecía como si, por dentro, estuviera riéndose de mi vampiro.

—Bueno, pues pídele que me cambie.

—Lo haré.

Esta vez fui yo la que se aguantó la risa, irónica, por supuesto. A mi abuelo nadie le decía lo que tenía que hacer, ni siquiera otro triunviro. Suspiré. Estaba claro quién tendría que mediar entre ellos, como si me apeteciera... Coloqué una mano conciliadora sobre el brazo de mi prometido. Estaba tenso.

—Amor, a mí tampoco me apetece tener a un guardaespaldas de mi abuelo siguiéndome hasta para ir al baño, pero habrá que aguantarse.

Frunció el ceño. No solía llamarlo «amor». Bueno, lo cierto era que no solía prodigar palabras de cariño, prefería demostrárselo de un modo más físico; así que le pillé un poco por sorpresa. También le halagué dejando clara la situación: yo de Casio; íncubo sexy = una puta molestia. A regañadientes, mi prometido accedió a la situación y se relajó un poco; por supuesto, no dejó de mostrar su desagrado hacia Atzir'itz de mil y una maneras, como evitar dirigirse a él o las miraditas que de vez en cuando le echaba. Bueno, tendría que vivir con ello, qué remedio. Si algo tenía claro era que ningún demonio con dos dedos de frente desobedecía a mi abuelo.

Nos sentamos y le puse al día de lo de Marta. Casio me dio las novedades sobre el preso, que por lo visto eran cero avances. Pese a la tortura, no habían logrado que les dijera nada que ya no supieran. Los alquimistas se estaban organizando, de acuerdo; eso era viejo. Y, para variar, el preso no sabía nada de otras células mutadas. No sabía para qué querían al cura, solo sus órdenes de raptarlo. Ah, eso sí, había rumores sobre que su líder les había prometido una gran victoria y reinar en la tierra. Vamos, la motivación típica. No se me ocurrió que podrían ir en serio, que esa promesa podía estar basada en algo grande que se avecinaba. Una pena. Porque así era.

—Creo que es la hora de las noticias —me comentó Casio al cabo de un rato.

Atzir'itz seguía con nosotros, lo cual se notaba que le jodía incluso más que a mí.

—¿Noticias? —pregunté.

¿Las de la tele? ¿Desde cuándo las veíamos?

Mi prometido, en vez de contestarme, cogió el mando y encendió la televisión. El telediario estaba empezando y no contaba nada que me resultara de interés. Me pidió paciencia. Al cabo de unos minutos me dijo que prestara atención, que esta era la noticia que quería enseñarme.

Por lo visto, los hombres de seguridad del ministro de Defensa acababan de ser brutalmente asesinados y este mismo se encontraba en paradero desconocido. Habían descuartizado sus miembros y, pese a que la cámara no nos mostró la escena del crimen, por la descripción y las reacciones de quienes sí la habían visto, esta era bastante dantesca. Se creía que un nuevo grupo terrorista lo había secuestrado como método de presión contra el gobierno. El reportero hablaba de él como si fuera un mártir. Por lo visto, hacía unos días le habían amenazado con hacer daño a su mujer y su hijo si no colaboraba. Al final, al negarse, habían entrado en su casa y lo habían secuestrado y dejado los restos de sus guardaespaldas como una clara amenaza. Esto último había ocurrido tan solo hacía unas horas; hasta entonces, había estado presionado y amenazado. Además, su mujer y su hijo estaban en paradero desconocido. Entonces salió una fotografía de los dos en pantalla y me di cuenta de quiénes se trataban. Parecía que la visión de Marta estaba metida de lleno en la guerra. Cuando acabó la noticia, Casio apagó el televisor y yo me giré hacia él.

—¿Qué es esto?

—Algo que está ocurriendo por todo el mundo. Nuestros enemigos quieren un desarme global de todas las naciones. Están presionando y amenazando para cumplirlo. En este caso, al ministro de Defensa.

¿Un desarme? No sonaba bien... No con un montón de vampiros mutados y demonios de otros planos deseando atacar a la raza humana.

—¿Y lo han logrado?

—En España, no. En otros países, sí. Nosotros, el Consejo, hemos destapado a los dirigentes de dos cadenas televisivas y un periódico que están comprados.

Me quedé totalmente sorprendida. ¿De qué me estaba hablando?

—¿Comprados?

—Violeta, ¿no ves las noticias?

—Eh... no.

Nunca me han gustado, solo cuentan desgracias; además, he estado muy ocupada con todo esto de ser un general del ejército de mi abuelo. «Así que, Casio querido, deja de mirarme con desaprobación. No eres mi padre», pensé. Aunque a mi padre le importaban las noticias humanas incluso menos que a mí.

—Bien —continuó con ese tono de superioridad machista que yo cada vez empezaba a encontrar menos provocador y más cargante—, deberías hacerlo. La gente lleva semanas descontenta. Los alquimistas están comprando, amenazando o suplantando a altos cargos por todo el mundo. Quieren un desarme global para que nadie pueda defenderse de ellos cuando ataquen. Aquí, el ministro de Defensa se negaba a proponerlo pese a la presión civil de las manifestaciones.

¿Manifestaciones? Bueno, recordaba haberme cruzado con una el otro día, pero creí que sería alguna protesta más por la nueva ley educativa. Esto era más serio de lo que pensaba. La Iglesia excomulgaba al cura que les avisaba de que algo malo se acercaba, los gobiernos humanos se desarmaban y los alquimistas fabricaban cada vez a más mutados y, sin duda, también los portales necesarios para traer aquí a hordas de demonios de otros planos. Por un momento, me sentí como

en un mundo paralelo, donde yo otra vez no era una poderosa princesa súcubo sino una niña mestiza a la que nadie quería, abandonada en un mundo desconocido y hostil. Joder, no podía dejar que el miedo se colara entre mis emociones. Apreté con fuerza la mandíbula. No pensaba sentirme indefensa nunca. Yo era un demonio y, si había guerra, estaría allí, en primera línea, segando vidas y almas mientras pudiera continuar blandiendo una espada.

—Pues muy bien, Casio, gracias por la información. ¿Sabías a quién iba a salvar Marta?

—Yo no; pero imagino que tu abuelo sí, ya que te ha mandado a su guardaespaldas.

El aludido, perteneciente en efecto a la guardia personal del rey, le miró con ironía. Parecía disfrutar del hecho de que a mi prometido no pareciera sentarle bien ni su presencia ni el que mi abuelo no le hubiera contando quiénes eran esa mujer y su hijo.

—Los caminos de mi señor son inescrutables. —Me encogí de hombros, resignada.

Creo que esa frase se la había escuchado decir al padre Bruno. Si me oyera comparar a mi rey con su dios sin duda no le gustaría pero bueno, solo quería picar un poco a Casio... No me gustaban sus celos, no siendo que yo le había elegido a él como mi pareja. Debería tener un poco más de fe en mí.

—Bueno —continuó con su tema sin desear cambiarlo—, también estamos publicando mucho en las redes sociales, pero los alquimistas parece que lo hacen mejor. O eso o la gente está deseando seguir su mensaje descerebrado de «no a la violencia, sí al desarme mundial». Parece ser que son fáciles de influenciar con cortos sentimentales sobre las guerras mundiales o la guerra fría y que la verdad de nuestras palabras les da igual. Se está formando una coalición con los países que ya se han desarmado y la controlan los alquimistas. Les están engañando con mentiras sobre un mundo mejor, donde las naciones se ayudan, no hay guerra, no existen refugiados...

—¿Y se tragan eso?

—Sí. Por lo visto han asesinado y suplantado a algunos líderes en Oriente Próximo y están pacificando la zona.

Eso no me gustaba. Que yo supiera, los únicos demonios con el poder de cambiar de aspecto eran los incubos. ¿Es que habían capturado a alguno para poder experimentar con sus poderes? En todo caso, no me gustaba cómo Casio me estaba pintando la situación.

—¿Les decís a la gente que los demonios existen? —Enarqué una ceja.

—No.

—Pues ya está. U os inventáis mentiras como nuestros enemigos o no veo que podáis ganarnos la opinión de la gente, no si ellos les venden paz.

—No se preocupe, mi señora —intervino Atzir'itz—. Nuestro rey está al tanto de todo y no permitirá que pase.

Casio se giró para echarle una mirada irritada por la interrupción y yo no pude evitar sonreír. Hasta ahora esta guerra había sido de guerrillas. Parecía que los enemigos habían movido ficha y dado un paso hacia delante. Por suerte, mi abuelo sabría qué hacer. Si algo podía esperarse de un demonio ancestral que llevaba eones vivo como señor del sexto plano, era que continuara así.

—Te agradezco que te preocupes por mi mujer —le contestó Casio de manera cortante—. Pero, si no te importa, deja que sea yo quien lo haga. —Se giró hacia mí—. Violeta, tengo algo para ti. Un regalo. Me habría gustado dártelo en privado pero, ya que aquí el lacayo de tu abuelo no parece dispuesto a irse, te lo daré ahora.

¿Un regalo? Esto era nuevo. Casio a veces me daba flores o joyas pero no solía hacerlo en persona, más bien me las traía un mensajero con una nota suya. Lo que hacían los celos...

Le sonreí.

—Verás —me dijo—, mi regalo es en realidad algo que deseas, porque yo sí te conozco bien. Tengo el paradero de uno de los vampiros que mataron a tu madre.

¿Qué?

Ahora sí que sonreí de verdad, en una mueca pletórica y feral.

Mi madre...

Quedaban dos vivos y, si me cargaba a uno, pronto su recuerdo podría descansar en paz.

—¿Dónde está?

—Aquí está todo. —Me tendió un *pendrive* negro—. He estado investigando en persona pues sé lo importante que es para ti y he dado con su célula.

Emocionada, cogí su regalo y le besé. En esos momentos ni me acordaba de que allí estaba Atzir'itz (o sí, pero no importaba; vengarme siempre había sido una constante en mi vida). Sí... Venganza. Tan dulce que alimentaba el deseo. Me apreté contra mi prometido y cuando le solté mis ojos brillaban en ámbar. Me fui a mi dormitorio, para abrir el *pendrive*.

—Es mía. —Escuché que Casio le decía al íncubo una vez me hube ido—. No te le acerques.

Entonces Atzir'itz se echó a reír. Su carcajada me llegó con tanta claridad como su respuesta:

—La nieta de mi rey no es propiedad de nadie.

Cierto, muy cierto. Pero ahora eso no importaba, tan solo averiguar dónde estaba ese asesino de mi inocente madre que osaba seguir vivo.

Hmm... un piso en Sevilla... Bien. Tenía hasta sus horarios. Sería sencillo. Estaba volviendo al salón cuando me sonó el teléfono. Miré a ver quién era. Se trataba del padre Bruno. Perfecto. Descolgué.

—¿Así que no puedes escuchar nada de lo que dicen? —resumí en cuanto el vampiro que le seguía hubo acabado de contarme lo ocurrido.

Lo cierto era que no me había hecho nada de gracia cuando me enteré que el padre se iba del piso franco pero al menos lo tenía controlado. Y ahora, el tampoco enterarme de qué estaba hablando con su antigua mentora no me gustó demasiado. Eso pasaba cuando una mandaba a un chupasangres a hacer su trabajo.

—Sí, señora —me contestó el vampiro.

—Bueno, entonces quiero que aguardes y que cuando salga de la Iglesia le sigas. Una vez se haya alejado un par de manzanas ponme al teléfono e intercéptalo. De mi parte, le pasas el móvil y le dices que yo quiero hablar con él. Por supuesto, una vez que yo haya colgado el teléfono le sigues para protegerlo.

—Entendido, señora.

—Bien.

Colgué. Ante la interrogante mirada de mi prometido, les conté cómo la protección de la iglesia impedía que su hombre pudiera enterarse de qué estaban hablando el cura y la custodio María Elena. Pues sí, sabíamos quién era, ya que al menos el chupasangres sí había hecho los deberes después de que Bruno la llamara en el aeropuerto y, por tanto, sabíamos quién era.

—Y ahora a esperar —les dije.

Lo cierto es que no fue demasiado. Unos quince minutos después me volvió a sonar el teléfono y aguardé mientras el vampiro se acercaba al padre y le informaba de que era yo quien estaba al otro lado de la línea.

—¿Padre Bruno? —le saludé.

—Sí, soy yo.

Perfecto. No me anduve con tonterías.

—Teníamos un trato. No me gusta que te hayas ido sin avisarme.

—Necesitaba aclarar mis ideas.

—¿Y ya están claras? Porque mi abuelo insiste en que eres fundamental en la guerra que va a venir. Si no colaboras conmigo, que busco ayudar a la gente igual que tú, no sé lo que pueda ocurrir.

—Sí, ya están claras.

—Muy bien. ¿Estás conmigo o no?

Hubo una pausa al otro lado del teléfono.

—Sí, demonio —me aseguró como si le costara—, estoy contigo.

—Bien, pues vuelve a Zaragoza. Te necesito aquí.

Omití, por supuesto, que si lo perdía igual mi abuelo me unía a la decoración de su trono por fracasar en algo que me había encomendado. Pero también me había pedido que ayudara a Marta... No quise darle más vueltas. Ni, ya que estábamos, quedarme en mi salón donde las ganas de estrangularse mutuamente de mis dos invitados estaba comenzando a darme dolor de cabeza. Como no quería que nada me amargara mi futuro momento de venganza, les dije que me retiraba por hoy. Atzir'itz, si no se iba, podía dormir en el sofá y Casio, si no se retiraba a su propia casa, en la habitación de invitados. Ignoré su ceño fruncido y ofendido y me fui a darme una ducha. Sola. Me negaba a estar con Casio mientras Atzir'itz no se largara de mi casa, pues el incubo tenía un oído de lo más fino y a mí lo de ser una exhibicionista no me ponía. Todavía faltaban unas horas para la noche y, cuando llegara, yo quería dormir tranquila. Tenía que reponer fuerzas y prepararme para visitar a Sevilla.

DIECIOCHO

Diario de Arianhrod:

Lo que hoy he tenido es más que una visión. La he visto a ella, a mi señora Morrigan, algo que no había pasado desde la noche anterior a mi pelea por el Matriarcado.

Todo empezó buscando, como ya es parte de mi rutina en estos tiempos tan revueltos, hebras que me indicaran si la misión de Marta ya estaba cumplida. En muy pocos futuros vi a la mujer y a su hijo capturados o muertos y en ninguno de estos era la matrona de la casa de la luna llena quien los protegía. Además, una vez muriera su esposo, ellos dejarían de estar en peligro. Y, lo que era más importante, se estaba forjando una líder fuerte, una que iba a endurecerse al perder a uno de los dos seres que más amaba y que sería capaz de hacer lo correcto por el bien de la humanidad. Una mujer, hija mía, lo cual no es casualidad.

Estaba ya saliendo de la videncia cuando de repente me encontré en una planicie verde de hierbas altas. Casi de inmediato, un sentido de peligro me invadió y las tinieblas y las sombras cubrieron el llano y ella llegó a mí. Era una guerrera cuya armadura estaba hecha de acero y cuero. Portaba una espada corta y un escudo, los cuales parecían tan oscuros como su coraza y sus cabellos negros, que ondeaban con un viento que mi rostro no sentía. Mi corazón, alarmado, no dejaba de gritar que estaba en presencia de alguien que podía acabar conmigo con solo desearlo pero yo ya no tenía miedo pues supe que era ella, mi diosa, mi señora. Lo supe no por su porte o por el aspecto fantasmal de su piel pálida; sino porque al estar ante ella sentí la muerte y la destrucción, así como un deseo imperioso de ponerme de rodillas y adorarla. Lo hice.

Su rostro estaba envuelto en sombras cuando me habló:

—El día del juicio se acerca.

Su voz fue como la recordaba, como el poderoso y rítmico golpeteo de antiguos tambores de guerra resonando en mis huesos. La última vez que la vi me dio su bendición a cambio de guiar a las casas siguiendo su camino. Ahora, sus palabras podían ser la ayuda y la esperanza que mis visiones de muerte necesitaban.

—Se ha elegido a un hombre para juzgar a toda la humanidad. Será probado y responderá por todos, ciudadanos, soldados, gobiernos, iglesias... por todos.

Eso me sonaba a religión cristiana. Mi señora debió de leerme el pensamiento pues me contestó:

—No he sido yo ni ninguno de los dioses que frecuento quien lo ha elegido. Este fin del mundo no es nuestro. Pero sí puedo ver que fracasará y que tú no puedes contárselo a nadie. Sin embargo, quiero que te prepares. Algunos de mis hermanos están tomando caminos prohibidos. Tú, la matriarca suprema, eres nuestra máxima representación en este mundo. He venido a avisarte. Tienes que seguir al mando.

Me estremecí. Durante décadas, ella me había dado las videncias y mostrado su voluntad a través de ellas. El que ahora se presentara solo podía significar que había algo en las demás casas de lo que yo no era consciente, una intriga por derrocar me que iba más allá de los intentos que suelo cortar. Si mi señora me necesitaba, no podían ganar.

Morrigan, sin decir nada más, se acercó a mí. Sentí cómo su cercanía parecía quemar mi carne,

más aún cuando se inclinó y me besó en la frente.

El dolor fue tan fuerte que me sacó de la planicie, esa donde los vientos solo movían sus negros mechones y se podía escuchar el batir de alas de los cuervos.

Volví a mi cuerpo, que todavía dolía. Me levanté y fui a coger un espejo. En la frente llevaba su marca. Otra vez. Sabía que pronto se desvanecería; así como que había vuelto a bendecirme con sus dones. Entonces, antes de que pudiera sentarme de nuevo, la vi.

Era como una sombra que se escondía a la espera de poder escabullirse. La reconocí. Estaba justo donde una de mis visiones me había avisado que estaría. Si escapaba, la voluntad de mi señora no se cumpliría. Se trataba de una de las brujas que habían muerto bajo un hechizo de servidumbre, una snake en concreto. Como esos espectros esclavos eran unos espías perfectos que incluso podían colarse en las visiones (aunque dudo mucho que hubiera estado en la mía o mi diosa la habría carbonizado), no pensaba permitir que escapara. La marca de mi frente era un secreto que nadie debía saber. Incluso este diario está protegido de tal modo que si no es por mi mano o la tuya, hija mía, no se abrirá. Si lo intentan forzar con magia, la mía provocará locura en quien lo intente y, si lo logran, entonces sus letras se desvanecerán en el olvido.

Así pues, nada más ver la sombra usé uno de los hechizos que siempre guardo en recámara para aprisionarla. Otro más para torturarla. No habló, no podía. Le dejé el hálito de vida justo para que volviera con su señora. Una vez allí, moriría antes de que esta pudiera conectarse a su mente. Solo hay una matrona con sangre snake cuyos espectros encadenados no pueden hablar. Está en mi matriarcado. Es Aunia, la que ostenta el liderazgo de una de las casas snake que surgieron cuando esas brujas comenzaron a conquistar otras casas. Imagino que estará confabulada con Esteno.

Bien.

Descansa en paz, pobre bruja que cometió el error de atarse a ella en vasallaje.

En cuanto a Aunia, tendré que hacerle ver que todavía no han llegado a su fin mis días como matriarca, no si mi señora Morrigan así no lo desea. No voy a permitir que reúna el suficiente poder para retarme. Pero, lo primero, debo averiguar quiénes le siguen y a qué se refería exactamente mi diosa con lo de los caminos prohibidos.

Todo esto, junto con las visiones de Marta sobre el templo de Shanetta, me ha dado una idea de lo que puede estar amenazándonos. Espero equivocarme, pues se trataría de una magia con consecuencias más terribles que la vida de quien la lanza. Una magia desterrada, aberrante, demasiado oscura para ser considerada. Una que traería el fin de los tiempos y la destrucción total del alma de quien la usara.

Sí, hija mía, te estoy hablando del más poderoso de los siete dioses prohibidos.

Deseo con todas mis fuerzas estar equivocada, pues solo yo y mis antecesoras conocemos lo que ocurrió en el pasado, la extinción que casi llegó, así como el modo de utilizar esa magia. Una vez olvidada, como sus dioses, ninguna bruja debería ser capaz de convocarla.

Siento miedo, hija mía, lo confieso. Ostento el poder de todas y cada una de las brujas que existen, mío es si les ordeno dármele. Igual que sus vidas. Y, sin embargo, pese a que mi diosa acaba de bendecirme, siento miedo.

Si los siete dioses olvidados han vuelto, aquellos que son los más poderosos de las cuarenta y nueve deidades al igual que las siete matronas del Matriarcado lo son sobre el resto de las cuarenta y nueve casas... entonces... entonces sería estúpido no sentir miedo.

DIECINUEVE

Llegó la mañana. A las seis, me levanté descansada y me fui a ver si Casio estaba en la habitación de invitados. Lo estaba. Tras saludarle, procedí a contarle mi plan, el cual había perfilado anoche mientras me dormía. Claro que... no le sentó muy bien.

Pues si Casio se pensaba que iba a esperarle para ir a matar a un vampiro por la noche, cuando ya podía haber salido de su guarida... es que no me conocía. Por supuesto, no le gustó que planeara hacerlo a pleno día y sin él. Menos aún que le dijera que iba a irme con Atzir'itz, ya que este no se me despegaba. Le molestó tanto que casi me acompaña, ya que por su edad avanzada el sol apenas le debilitaba y, desde luego, para él la exposición directa no era mortal o, si lo era, siempre a un ritmo más lento que el de los demás chupasangres. De hecho, si de verdad hubiera querido venir lo habría tenido tan sencillo como un coche con ventanas tintadas que nos dejara a las puertas de la calle sevillana donde la célula mutada se ocultaba. Pero no... protestó, se irritó (estaba muy sexy cuando se enfadaba, eso sí) e intentó que lo retrasara hasta la noche. Pues no. Si yo hubiera querido ir a esas horas, lo habría hecho antes. Pero no quería, pues toda una vida como cazarrecompensas me había dejado algunas cosas muy claras, como atacar a tu presa cuando está confinada y debilitada.

Ahh, Casio, mi amor. Cualquiera diría que quieres tenerme perdiendo el tiempo. Bruno llegaría hoy al aeropuerto de Zaragoza, a las 21:30 horas, y pensaba estar allí, no camino de Sevilla.

Aunque, eso sí, me tenía que ir yendo ya no fuera a perder el ave. Sí, en tren, pues abrir portales era cansado y yo prefería tener a un Atzir'itz fresco por si había que pelear.

—Última oportunidad, guapo: ¿te vienes? —le pregunté.

—No. Estamos en guerra. No es sabio que un triunviro viaje de día, donde es vulnerable.

—¿Tú vulnerable? —Me reí.

—Violeta, deja de comportarte como una niña.

Otra vez...

—Pues hasta luego.

Me levanté de la cama donde estaba sentada y caminé hacia el salón.

— Atzir'itz —elevé la voz—, me voy de caza. Imagino que por tus órdenes te vienes, ¿no?

—Cuando me digáis, mi señora.

Su voz me llegó desde el otro lado de la puerta del salón. Entré. Estaba de pie y, por el brillo malicioso de sus ojos, había escuchado toda mi conversación con Casio.

Casio...

¿Por qué no podía ser menos prepotente y más razonable? Y ya si me obedeciera sería increíble. Como el demonio que tenía delante quien, por jerarquía, estaba dispuesto a hacer todo lo que yo le ordenara.

Por un momento, solo por uno, no me sentí culpable por desearle.

VEINTE

Violeta descolgó el teléfono. No le sonaba el número.

—¿Sí? —contestó con recelo pues ella era muy cuidadosa y no le daba a cualquiera su móvil.

—Disculpa que te moleste. Soy Daniel, el novio de Marta. ¿Puedes pasarme con Atzir'itz?

La semisúcubo enarcó una ceja. Eso no se lo esperaba.

—¿Con Atzir'itz? ¿Y Marta te ha dado mi número para esto?

—Marta me lo dio cuando os fuisteis al Vaticano, para quedarse tranquila por si a ella le pasara algo. ¿Me puedes poner con él?

—Espera, ¿que no es ningún recado de Marta ni nada? Vamos, que llamas a Atzir'itz porque te apetece hablar con él.

—Eso es.

Violeta se aguantó las ganas de decir algo irónico. No sería justo para el novio de Marta pero es que él y el incubo de amigos, como que no pegaba.

—Vaaaale, voy buscarle. Un momento.

Al otro lado de la línea se escucharon pisadas y una breve conversación. Ambos estaban en el mismo vagón del ave pero no habían conseguido dos billetes contiguos. Al poco Atzir'itz estuvo al teléfono.

—Daniel, ¿qué tal?

Se escuchó de fondo un resoplido femenino y más amortiguado, como si Atzir'itz estuviera tapando el móvil con la mano, la voz del incubo:

—Mi señora, no tengo muy claro los códigos de cortesía humanos pero, ¿no se supone que hablar por teléfono es algo privado?

La respuesta no sonó con la suficiente claridad como para que Daniel pudiera escucharla, pero sí la aclaración posterior de su interlocutor de que se iba un momento al vagón de la cafetería para poder charlar con más tranquilidad, al menos sin Violeta y sin que la señora anciana que estaba sentada a su lado pudiera escuchar algo que no debería.

—Dime, Daniel, ¿qué tal? —repitió Atzir'itz en cuanto estuvo a solas.

—Bueno, no muy bien. Por eso te llamo. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos?

—Claro. Y sé que Marta se ha quedado en la sede de su casa, con lo cual lo tienes complicado para hablar en serio con ella como querías hacer.

—Y más con este demonio de los tuyos que me han puesto de carcelero. No me deja salir, dice que son órdenes. Pero yo tengo que ir a verla, si no la voy a perder. ¿Puedes venir y llevarme?

—Claro, pero no ahora. Estoy camino de Sevilla. Tendrás que esperar a que vuelva. No serán muchas horas, volveré por portal si hace falta y yo me encargaré de tu carcelero.

—Gracias, tío. Te espero.

Atzir'itz se fue a devolverle el móvil a su dueña y le informó de que cuando acabaran en Sevilla se iba a ir un momento a llevar a Atzir'itz a donde estaba Marta.

—¿No le protege uno de los tuyos?, ¿no puedes pedirle que le lleve?

—Obedece órdenes directas de nuestro señor de no dejarle salir de allí. No me haría caso. Pero puedo relevarle, ya que su abuelo también me ha ordenado cuidar de Daniel.

Violeta frunció el ceño, extrañada.

—¿Daniel? ¿Por qué?

—Porque, si muere, Marta no estará centrada para pelear y es importante que la bruja no muera.

—¿Qué sabes que yo no sé?

Ahora sí que estaba intrigada y también algo molesta.

—Nuestro rey es sabio dosificando la información. No puedo revelaros exactamente qué ha considerado necesario contarme para llevar a cabo mi misión.

Violeta se acercó a él, más de lo que la prudencia aconsejaba. Le miró a los ojos, quería asegurarse de que le decía la verdad. Ignoró el latir acelerado de su corazón al verse abrumados sus finos sentidos por su aroma y el calor que emanaba de su piel.

—¿Puedo confiar en ti? —le preguntó muy seria.

Él se perdió en lo profundo de sus ojos claros al contestarle:

—Siempre, mi señora.

Porque si algún día las órdenes de su rey fueran en contra de su nieta favorita, Atzir'itz tenía claro que no la traicionaría.

—¿Eso que no sé tiene que ver con algo que vieron las videntes ciegas?

—Sí.

—¿Puedes ayudar a Marta?

—Eso espero.

Ella asintió con la cabeza de manera casi imperceptible. Atzir'itz era sincero. Eso era algo que su parte demoníaca no podía saber, pero sí la humana.

—Entonces de acuerdo. Y no te preocupes si tardas, no necesito niñera.

—Señora —inclinó la cabeza y se volvió a su asiento.

VEINTIUNO

El viaje en ave había durado un poco menos de cuatro horas. Después un taxi y ya estábamos aquí, ante la puerta del piso franco, una casa de tan solo dos alturas. Pasaba poco de las doce del mediodía, el momento más debilitador para los chupasangres. La calle estaba medianamente concurrida. Bien, sin problemas. Mientras hablaba con Atzir'itz, con naturalidad simulé sacar mis llaves del bolsillo, aunque en realidad eran unas ganzúas. Él se colocó para cubrirme con su espalda y, en pocos segundos, tuve la puerta abierta. Lo de que las brujas no trabajaran para ellos era un alivio, pues ningún hechizo me había impedido abrirla. Tampoco parecían tener ningún tipo de guardia humano. Ante mí había un recibidor. Pasamos adentro y cerramos la puerta a nuestras espaldas. Los vampiros no podían estar muy lejos. Le hice un gesto con la cabeza a Atzir'itz indicándole que buscara en la planta de arriba. Yo iba a registrar esta en la que me encontraba. Entonces empezó a sonar una alarma. Bien, parecía que, después de todo, no íbamos a estacar a los nosferatus mutados mientras dormían. Atzir'itz, que estaba de camino a donde le había mandado, dio la vuelta con suma velocidad y se colocó a mis espaldas mientras yo abría de par en par el acceso al pozo de todas las almas. Fui yo la que se giró porque todos venían de las escaleras. Le hice una seña al incubo. Con rapidez, nos metimos en una habitación cercana, para que no pudieran venirnos más por detrás. Instantes después aparecieron los mutados. Perfecto. Mi compañero había dejado que sus dedos se alargaran, curvaran y recubrieran de un hueso que tanto los reforzaba como proveía de afiladas aristas en sus extremos. Yo, por mi parte, transformé la mano izquierda para así parar ataques y dejé la derecha en forma humana, pues me permitía empuñar una daga con más facilidad. La pelea, si es que merecía llamarse así, fue muy rápida. Básicamente, ellos eran cuatro y se abalanzaron sobre nosotros. Atzir'itz clavó sus dedos en la carne del pecho del que primero llegó hasta él, utilizando su propio impulso para penetrar hasta el corazón, el cual atravesó. Entonces, mientras movía la garra para destrozar el órgano, acabó el movimiento de su brazo lanzando al mutado hacia la derecha, por donde venía otro atacante. Con el primero temporalmente fuera de combate (al menos hasta que se regenerase) y el segundo obstaculizado por su compañero, Atzir'itz se giró para ayudarme. Pero yo ya había clavado el filo de acero de mi daga en el corazón en uno de mis enemigos, inmovilizándolo por completo, y estaba encargándome del segundo. Así pues, el guardia personal de mi abuelo volvió a prestar atención al mutado que le quedaba mientras yo disfrutaba del cuerpo a cuerpo. Mi adversario no debía de tener más de un par de décadas, como aquel mutado que me encontré en el bar de la emboscada, pues no aparentaba más de unos doscientos años de poder de un vampiro normal. Antes, habría sido más que suficiente para acabar conmigo si yo no peleaba sucio; ahora, era lento y predecible. Pero podía ser el cabrón al que estaba buscando. Así que, recorrida por una vena sádica, paré sus golpes mientras con mis garras le tatuaba la carne con regueros sangrientos. No sé cuánto tiempo pasó pero vi que Atzir'itz ya había dejado fuera de combate al otro vampiro y me estaba mirando con una ceja interrogante levantada. De acuerdo... a regañadientes, me decidí a sacar una daga para inmovilizarlo. Ya veríamos luego quién de los cuatro era el ganador de una lenta y dolorosa muerte. Eso si no me lo llevaba para poder torturarlo una y otra vez, que algo bueno tenía que tener que las sanguijuelas se regeneraran.

—¿Es ese que buscamos? —me preguntó Atzir'itz.

—No lo sé. Averigüémoslo.

Mi sonrisa me delató: estaba deseándolo. Por suerte, el demonio que me acompañaba no iba a escandalizarse por eso, ni a reprobarlo. Sí... considerando que uno de ellos era el malnacido que había participado en el asesinato a mi madre, una mujer humana e inocente, todos los años de soledad y de lamentar su muerte hacían que la perspectiva de la venganza fuera más que dulce.

Me acerqué al primero y saqué la sierra de mi bota. Hacía mucho que no la utilizaba pero siempre me había funcionado para que los vampiros hablaran. Me costó dos piernas y un brazo averiguar quién era el que buscaba. Como no tenía nada en especial contra los otros, acabé con la agonía del torturado con una estaca de madera y le indiqué a Atzir'itz que se encargara de los otros dos. Mientras su piel comenzaba a agrietarse y adquirir un tono grisáceo, me acerqué al vampiro por el cual habíamos venido. Era el primero al cual se había enfrentado el íncubo y, con su corazón ya regenerado, estaba inmovilizado por uno de mis puñales en su corazón. Bien, no podría hablar pero sí formar palabras en mi mente. Por supuesto, lo de controlarme ya lo habían intentado los cuatro y, considerando la resistencia que me daban las almas del pozo, nada que unos mutados de tan solo un par de décadas de existencia pudieran hacerme. Encantada de por fin enfrentarme con él cara a cara, le sonreí. Con rencor, con delicia, con ansia por su dolor y su sangre.

Ah... venganza. Olías dulce, como los abrazos de esa madre que apenas recordaba.

—Solo quiero escucharlo antes de acabar contigo. ¿Tú mataste a mi madre, verdad?

—Ya te lo ha dicho mi compañero —escuché su voz en mi cabeza.

Le serré un par de dedos.

—Quiero que me lo digas tú.

—Sí, yo estaba con el grupo que mató a aquella humana que tenía al hijo de un demonio en su interior.

El que pareciera tan tranquilo no me gustaba. Los prefería cuando se ponían a insultarme o a gritar suplicando la muerte.

—Queda uno de vosotros vivo. Como tú, es un experimento de los alquimistas, ¿dónde está?

—No lo sé. No pertenece a mi grupo.

Como imaginaba... Acabé con los dedos de esa mano y le quité un par de la otra.

—Entonces, ¿no tienes nada para mí? ¿Nada que pueda hacer más rápido tu final?

—¿Aparte de desearte un final tan solitario y triste como el de tu madre?

Serré su muñeca. Como estaba inmovilizado, no podía moverse pero yo imaginaba que le dolería pese a que, por su voz relajada, no lo parecía. Tendría que ser más creativa... Pasé al codo del otro brazo.

—Espera —me interrumpió y yo dejé quieta la sierra, encajada en la articulación—, puede que tenga algo.

Sonreí.

—Yo estuve destinado unos días a la casa del Pirineo donde el vampiro con el que vas estaba preso —continuó.

El vampiro con el que voy... Bueno, esto era una mejora sobre la última sanguijuela a la que interrogué, al menos yo ya no era «su puta».

—¿Y? Eso no tiene que ver con mi madre.

—Pero querrás saber que trajeron a otra prisionera, una humana que se quedó un par de noches. Se la llevaron al triunviro, para que hablara con él.

—Sigo pensando que intentas distraerme.

—No, pues yo estaba de guardia y pude escuchar parte de su conversación. Te interesa. Tanto que quizás hasta me dejes ir.

Me eché a reír. ¿Dejar yo ir a uno de los asesinos de mi madre, a quienes llevaba toda la vida buscando?

—Sí, porque fue Casio quien pidió que le llevaran a la prisionera y quien le dijo que...

La última palabra murió en mi mente, junto con la vida del no-muerto. Una bala de francotirador había entrado por la ventana e impactado en su corazón. A juzgar por las grietas que comenzaban a formarse en su piel, era de las que reventaban al impactar dejando salir minúsculas astillas de madera.

Genial.

Me encantaría saber quién era el hijo de puta que acababa de dejarme sin venganza.

Atzir'itz, un encanto él, ya estaba en la calle, corriendo hacia el atacante. Fui a asomarme por la ventana pues, si hubiera habido otra bala para mí, ya me habrían disparado. Al otro lado de la calle, en el edificio de enfrente, había varios sitios donde un francotirador tendría una buena visión. Maldita suerte... Volví adentro. Los miembros amputados ya eran polvo y el mutado tenía la piel grisácea y llena de fisuras. Le di una patada y fue como hacerlo a un tronco carbonizado. Me manché la bota y el pantalón de polvo y seguí quedándome con las ganas de venganza. Maldito cabrón, ya lo encontraría, ya...

A los pocos minutos volvió Atzir'itz y me encontró todavía dándole vueltas a la situación, bastante cabreada.

—He descubierto el sitio, una ventana del tercer piso del edificio de enfrente, pero el atacante ya no está.

—¿Alguna idea de por qué alguien sabía que estábamos aquí y no quería que este mutado hablara?

—No, mi señora. Solo que parece que tenía algo realmente importante que contaros sobre Casio y esa prisionera humana. Si el mutado de verdad creía que la información era tan buena como para que le dejarais con vida, entonces puedo imaginar que alguien quisiera ocultároslo.

—Pff—bufé—. Menuda decepción. En fin, aunque no haya sido por mi mano al menos ya solo queda un mutado para que mi madre esté vengada. ¿Sabes lo peor?

—No.

—Que me está dando la sensación de que esto, venir aquí, no ha sido más que una gran pérdida de tiempo.

—¿Cómo si alguien no os quisiera ayudando a Marta, a vuestro abuelo o vigilando al cura?

—No, no considerando que venir aquí era un regalo de Casio.

Cogí las dagas, las limpié del polvo en el cual se había transformado la sangre que manchaba sus filos, y me las guardé.

—En fin, vámonos. No estoy tranquila.

Para nada lo estaba. De repente, era como si ese caramelito de venganza que me habían quitado se hubiera transformado en una urgencia por estar en otro sitio, en una sensación de que venir aquí había sido un error.

Me estremecí.

Yo no era la bruja. Ni visiones, ni corazonadas ni presentimientos que se cumplieran. Esa sensación era ridícula; pero no podía quitármela de encima.

VEINTIDÓS

—Matriarca, Daniel Pérez y Atzir'itz han venido a verla.

Marta se quedó congelada, mirando a la bruja que acababa de interrumpir su entrenamiento de magia sin realmente verla.

¿Daniel, su Daniel, había venido a verla? Así, en contra de sus deseos de que se quedara a salvo en la casa que compartían... De alguien tan buena persona como su novio no se lo esperaba. Él que siempre era tan complaciente con ella... Con otras personas, no, de acuerdo, pero con ella siempre. Le hacía caso, la cuidaba e incluso la mimaba, quizás en exceso. Si no estaban de acuerdo en algo, lo hablaban y solía capitular él. Decía que si ella era feliz, él también. Esta era la primera vez que le llevaba la contraria en algo serio y Marta no se lo esperaba.

Por otro lado, otra parte de ella, la que no estaba aturdida por la noticia, se sentía irracionalmente feliz. ¡Había venido! La quería tanto que había venido. Aunque eso era como una declaración de que estaban juntos, una que lo marcaba como blanco para sus enemigas. Entonces lo más seguro para él sería que no rompieran, ¿verdad?

Sin embargo, la parte más fría de la mujer recordaba a Arianhrod hablándole de su amor perdido y de cómo el poder exigía sacrificios. Mientras las brujas que con ella estaban entrenando magia la miraban con curiosidad, mientras la que le había dado la noticia aguardaba su respuesta, Marta endureció su corazón y decidió que tenía que verle, sí, pero en público para que todos fueran testigos de cómo pensaba rechazarle. Y humillarle. Tenía que quedar claro que él no era nada para ella. Porque si dudaba, si mostraba lo que le amaba, Daniel acabaría muerto tarde o temprano. Eso ella no podría soportarlo.

—Muy bien, que vengan —logró decir con la voz controlada, sin que se notara lo que estaba sufriendo por dentro.

—Matrona, ¿les dejamos solos? —le preguntó una de las brujas a las que estaba enseñando hechizos del grimorio de Luna Llena.

—No. Esto será rápido.

Les indicó que fueran todas a esperarla al fondo de la sala y ella misma se colocó en el centro.

—Pasa —le indicó con sequedad a su novio una vez este hubo llegado a la entrada de la espaciosa sala.

Este así lo hizo; Atzir'itz se quedó en el umbral de la puerta.

—¿A qué has venido?

—Marta, me gustaría hablar contigo en privado.

—No tengo tiempo. Lo que tengas que decirme, que sea aquí y ahora.

Daniel se tomó unos segundos para pensar. Su novia estaba inusualmente borde y rodeada de todas las suyas. Considerando que creía que dejarle era lo mejor que podía hacer por él, se dio cuenta de que le había puesto el momento en bandeja. Bien, pues no le dejaría. Cambió totalmente de táctica. Nada de intentar convencerla de que la amaba y que quería ser él quien eligiera ponerse en peligro por estar a su lado. El riesgo, la expectación, provocaron que de repente se sintiera más vivo que nunca. Su miedo a perderla seguía allí, pero ya no estaba nervioso.

—Vengo a quedarme en tu casa. Órdenes de arriba —señaló hacia Atzir'itz, como dándole a

entender que era este quien le había traído.

Y Atzir'itz solo obedecía o a su rey o a la nieta de este.

Marta, sorprendida, se quedó sin saber qué decir. Desde luego, ya no podía humillarlo con aquello de cómo un simple humano sin poderes osaba creer que le importaba a una bruja... El íncubo, por su parte, la miró a la espera de que Marta buscara confirmación.

—¿Eso es así? —acabó preguntándole al demonio.

—Sí.

—¿Violeta lo sabe?

Porque su amiga se lo habría contado.

—No. No son sus órdenes —le aclaró Atzir'itz.

—¿Por qué?

Daniel iba a contestarle pero, sin embargo, se le adelantó el íncubo. Lo que fuera que planeara decir Daniel sería mentira y las mentiras eran sencillas de pillar. Sería más eficaz revelar algo de la verdad. A Atzir´itz le caía bien Daniel y habría hecho lo mismo de estar en su lugar. Además, su rey quería que la pareja no se rompiera, al menos no hasta que llegara el fin del mundo, por lo que sí que era cierto que estaba actuando bajo las órdenes de su monarca.

—Porque su vida y su seguridad están atadas a la tuya, matrona de la casa de la Luna Llena. Te guste o no, debe estar donde puedas protegerlo.

—¿Qué? ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo? —le gritó Marta, desesperada, al escuchar eso de que sus vidas estaban ligadas—. Ahora van a ir a por él sí o sí.

—Entonces protégelo.

El demonio dejó caer sus palabras como si fueran la sentencia de un juez implacable y salió de la sala. Daniel sonrió. Tendría que hablar con Atzir´itz, pedirle disculpas por haberle implicado. Demonio o no, se había portado con él como un buen amigo; esperaba que su rey no se sintiera ofendido por haber dado a entender que eran órdenes suyas. En todo caso, le daba igual. Estaba con Marta y eso era lo único que importaba.

Ni se le ocurrió pensar que Atzir´itz no había mentido, que eso de que sus vidas y seguridad estaban ligadas podría ser verdad.



Tras la marcha de Atzir´itz, Marta le pidió a una de las brujas que llevara a Daniel a uno de los cuartos de su propia planta. Lo quería cerca para poder protegerlo mejor. Ella dormía en la antigua habitación de la matrona y, en las puertas contiguas, había una serie de estancias que estaban reservadas para las segundas al mando de la casa. Como la moon-wolf todavía no había decidido en quiénes podía confiar más, estaban vacías.

Después de que Daniel se fuera de la sala de entrenamientos, Marta acabó rápidamente la clase y salió ella también; pero no para hablar con Daniel (se negaba: estaba demasiado mortificada y enfadada) sino para dar un paseo pues necesitaba estar un rato a solas. Cuando, una media hora después, volvió a la sala, se encontró con que sus brujas estaban criticándola.

Serían moon-wolf, la última casa, la venida a menos, aquella a quien todas despreciaban... y, sin embargo, allí estaban como pequeñas aprendizas de las arpías que podían llegar a ser las snake o las brujas de cualquier otra casa. Parecía que, el hecho de que las demás brujas se burlaran de ellas no les había dado ni una pizquita de empatía.

«Qué vergüenza, su novio en la casa del clan», «vamos a ser la risa de las demás casas», «nuestra matrona es débil, más que Sonia», «un varón en nuestra casa... ¡es una afrenta a la diosa!» y varias frases más, algunas susurradas y otras pronunciadas en voz más alta, es lo que se encontró Marta. Cuando la vieron entrar, algunas se callaron pero otras continuaron con sus maliciosos comentarios.

Por un momento, al verse juzgada, Marta volvió a todos esos años donde no era más que la aprendiz de la última casa, donde cualquier bruja podía mofarse de ella. Por unos instantes, se empequeñeció, dejó que la costumbre la hiciera dudar, que sintiera ganas de darles la razón y salir de allí corriendo. Pero pasó, pasó rápido. Porque esas mujeres no tenían ni puta idea de magia. Sonia era débil. Ni tenía hechizos buenos ni voluntad de conseguirlos. Ella, en el momento en el cual se ató a un contrato de servidumbre con la matriarca suprema con tal de recuperar el

grimorio, había dejado de ser un blanco fácil de mujeres como estas, que buscaban descargar su propia frustración en sus compañeras. Bien, por desgracia para ellas, con el enfado que aún llevaba por lo del incubo y su novio, este era un mal momento para intentar hacerle *bulling*.

Recuperó su postura erguida, esa que por un instante había perdido, y caminó con tranquilidad hasta quedar enfrente de ese corrillo de brujas. Algunas eran más jóvenes que ella, otras le sacaban décadas; daba igual, por su nivel de magia todas eran novatas.

Marta comenzó a canturrear las palabras de un hechizo sin dejar de mirar a los ojos a las últimas que habían susurrado algo. Sus manos y brazos se movían marcando en el aire los dibujos necesarios, sus caderas y piernas también. Incluso su cabeza cuando tuvo que girarse. Quizás alguna aprovechara ese momento para atacarle. Que lo intentaran. Llevaba en su brazaete de matrona un hechizo protector. Ninguna tuvo agallas; se miraban entre sí mientras pasaba el tiempo, como alentándose entre ellas a atacarla. Varios minutos después, Marta completó su magia.

—Reamhar gealach —pronunció.

De inmediato, el hechizo de inmovilización de nivel avanzado que hacía poco había aprendido salió de su boca como un torrente de brillo lunar. Fue como si una luna enorme y fantasmal flotara sobre las brujas. Los brazos, torsos, piernas y cabezas de las moon-wolf de repente pesaron demasiado, como si la gravedad de la luna fuera más fuerte que la terrestre pero solo les afectara a ellas. Sus cuerpos subieron raudos hacia arriba y golpearon el techo con pesadez. Más de una gritó tras el impacto. El astro fantasmal las atravesaba, intangible, brillando entre ellas. Marta, que estaba disfrutando del momento, las observaba irónica.

—¿Y bien? ¿Ya tengo vuestra atención? —les preguntó.

Nadie osó contestarle.

—Porque soy vuestra matrona por derecho propio. He demostrado ser más fuerte que Sonia y, desde luego, mucho más que vosotras que no sabéis ni reaccionar para lanzarme el hechizo que sin duda tenéis en recámara. Esta casa, la casa de las bailarinas de la luna llena, era importante en tiempos de la Inquisición. Yo voy a volver a levantarla. Vosotras sois prescindibles: la puerta está abierta para la que se quiera marchar. Porque va a haber peleas, y sangre, y muerte. Si os vais, intercederé por vosotras ante el Matriarcado para que os quiten todo recuerdo sobre la existencia de la magia y podréis vivir entre los humanos. Oh, sí, entre esos que tanto despreciáis porque os creéis superiores por tener magia cuando Daniel tiene más cojones que todas vosotras juntas. Y, ya que estamos, os recuerdo que nuestra matriarca suprema es la hermana de magia negra de la nieta del soberano de los incubos y que, por tanto, no seré yo quien le niegue a ese demonio protección para el humano que él quiere que esté en esta casa. Aparte de que esa nieta es mi mejor amiga, capaz incluso de acompañarme al Vaticano. —Hizo una breve pausa y cambió su voz, de irritada a divertida—. En cuanto a este hechizo que os tiene suspendidas en lo alto, lo aprendí el otro día y la silla con la que lo probé todavía está colgada del techo. Os deseo suerte, al ser más igual hasta os caéis en un par de horas. Intentad no romperos nada —les sonrió y se fue.

Lo de que la silla aún estaba en el techo era un farol. Pero las caras que le habían puesto aquellas que se suponía que la servían no tenían precio.

VEINTITRÉS

La hermana sangrienta entró en la casa. Revisó la primera planta y, cerca de las escaleras, localizó la habitación donde había ocurrido la pelea. Cogió un puñado del polvo esos nuevos vampiros entre sus dedos y dejó que se deslizara de vuelta hacia el suelo. Ella, la demonio súcubo a la que perseguía, había estado allí. La monja, al igual que a la nave industrial de aquel pueblecito de Huesca, llegaba tarde. Pero menos. Si seguía así, pronto sería capaz de dar con ella.

Y cuando la encontrara...

Una sonrisa de placer curvó sus bonitos labios rojos, dándoles dureza cuando se transformó en algo más sádico.

Cuando la encontrara, esa demonio ladrona iba a saber lo que significaba meterse con la Iglesia.

VEINTICUATRO

—Pasa, Marta, te estaba esperando.

La aludida entró en la salita de los sótanos del Samhain donde otras veces ya la había recibido la matriarca. Esta, sentada en su silla tapizada, al verla avanzar le sonrió con aprobación. Sin embargo, se notaba que estaba preocupada. Las arrugas de su frente, profundas por la edad, estaban más marcadas de lo normal.

—Beolach —la saludó Marta con una respetuosa reverencia.

—Siéntate, por favor. —Le señaló un taburete cercano, de madera tallada y tapizado con la misma tela que el resto de asientos de la salita. —Te he mandado llamar no para preguntarte por tu misión, pues ya sé que la llevaste a cabo con éxito, sino para asegurarme de que tienes cuidado.

—La mujer y su hijo están en mi casa. Yo estoy estudiando los hechizos del grimorio de la Luna Llena y también enseñado a mis brujas algunos de ellos, preparándolas por si hay que pelear.

—Cuando tomaste el mando de tu casa, sus integrantes no eran capaces de lanzar hechizos de nivel alto. ¿Y ahora?

—Ahora estoy enseñándoles magia defensiva y ofensiva de nivel básico y medio. Hay alguna bruja que promete, imagino que con ella podré avanzar un poco más.

—¿Nombres?

—Evelyn y Muriel.

—Las dos descenden de antepasadas poderosas. En concreto, si tu descienes de la matriarca de tu casa en los tiempos de la Inquisición, Muriel de su hermana. Ambas son una buena elección. Pero asegúrate de que te son fieles y leales.

Marta la miró con gravedad y asintió. Lo entendía perfectamente. Hasta que ella proclamó ir a por el grimorio, a nadie le interesaba su casa, nadie se molestaría en intentar comprar la fidelidad de una de sus integrantes. Pero ahora era diferente y tener a una traidora entre las filas podría ser muy útil para aquellas que buscaban la caída de la matrona de la Luna Llena.

—Verás —continuó Arianhrod—, tanto mis visiones como mis ojos en el Matriarcado indican que hay brujas que están conspirando más de lo normal. Si solo pretendieran conseguir mi puesto, no te habría llamado. Es parte de nuestra costumbre que cualquier bruja capaz pueda conspirar para obtenerlo. Sin embargo, buscan la destrucción de las casas y de la magia tal y como la conocemos, además de ayudar al enemigo que intenta arrasar el mundo.

—¿Los alquimistas con sus aliados del séptimo plano?

—Sí. No sé si son aliados, pero sí que persiguen un fin similar.

Marta se estremeció. Después asintió para sí, como si hubiera tomado una decisión.

—Decidme, beolach, ¿qué puedo hacer yo para ayudarlos?

—Tener cuidado. La servidumbre que nos une hace que puedan atacarte a ti para llegar a mí. Además de que espero grandes cosas de las bailarinas de la luna llena ahora que el grimorio ha vuelto a sus manos y que una digna descendiente de Kendria es su matrona. Sigue protegiendo a esa mujer y ese niño, entrena a las tuyas, ten alertas todos los ojos y oídos que puedas. Ahora dime, ¿has vuelto a tener visiones?

—Sí.

—¿La misma escena en ese templo de la serpiente?

—Sí. Parecía avanzar un poco más en cada visión, pero acababa antes de que me sacrificaran.

Arianhrod se quedó pensativa unos instantes. Eso no era bueno, pero tampoco era que se hubiera esperado otra cosa. Marta era su sierva y también su futura aliada. Se preguntó si era el momento de contarle algo más. Tantas décadas en el centro de las confabulaciones de las suyas por el poder la habían vuelto muy cuidadosa y reservada. Decidió que todavía no lo era.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Está claro que van a por ti.

«Y yo te vi muerta», pensó.

—Bueno —dudó Marta, como si no supiera si era relevante—, en realidad en mis dos últimas visiones había algo distinto.

Arianhrod se quedó como congelada entre dos respiraciones. Ella ya había escuchado esas palabras antes, en una de sus visiones, y sabía muy bien cómo acababan.

—Había algo detrás de la imagen de la serpiente —continuó la bruja—. La primera vez no lo vi claro y creí que era otra, más grande y gruesa. Pero no. Era un dragón.

La matriarca suprema sintió miedo. El peor de los futuros parecía estar haciéndose realidad. Lo impediría. Más ahora que contaba con la bendición de su diosa.

—Bien, Marta de las moon-wolf, ¿qué sabes de la magia prohibida?

—¿Magia prohibida? —preguntó desorientada.

—Veo que nada. Como debe ser. Pero hay quienes la están haciendo resurgir y por eso voy a ponerte en conocimiento de algo que jamás debe salir de tus labios. Será tu tercer trabajo como sierva. Cuando lo cumplas, quedarás libre.

—Como digáis, beolach.

—Bien pues, sabe que no hay solo seis familias de dioses como crees. Seis familias por siete dioses por familia dan cuarenta y dos dioses. Sé que muchas niñas preguntan por esto en su aprendizaje y siempre se les dice que es así, que es la excepción a la regla del poder del siete. Pues bien, no es así. Nunca lo fue. Conoces a la familia de los cuerpos celestiales donde tu diosa, la Luna, es la de más poder. O eso crees. Conoces las otras familias: a los animales ancestrales donde destaca el lobo, a los elementos con el espíritu, al dolor con la vida, a la abundancia con la fertilidad y a las artes con la guerra, con mi señora Morrigan. Pues bien: olvídale. Hay una séptima familia que es tan poderosa que en vez de ser una familia aparte son los octavos elementos de cada una de esas seis familias. Más un séptimo. Y todos y cada uno de ellos tienen más poder que el resto de los dioses de cada familia juntos. Así pues, no es la Luna la más poderosa de los cuerpos celestiales sino Plutón. Y no es la guerra la que domina sobre las artes sino la destrucción. Lo que tú has visto, el dragón, es el más poderoso de los animales ancestrales. Sobre esos seis, que son Plutón, el dragón, la oscuridad, el alma, la muerte y la destrucción, domina el séptimo, el más poderoso: el vacío.

Marta la escuchaba sin dar crédito a lo que oía. La existencia de otros siete dioses, tenía sentido por aquello de completar el número cuarenta y nueve, como las casas; pero, al mismo tiempo, era como si le estuvieran contando que todo lo que daba por cierto no valía nada. Exactamente igual que cuando descubrió que era una bruja. Quizás por eso empezó a asimilarlo con rapidez, a apartar todo tipo de incredulidad y a darlo por bueno.

Arianhrod continuaba contándole:

—Los siete dioses que no conoces han causado casi todas las guerras y destrucción de la antigüedad. Casi logran extinguirnos a nosotras las brujas en el proceso. Las consecuencias de su magia son mucho más terribles que la vida de quien la lanza. Es una magia desterrada, aberrante,

capaz de traer el fin de los tiempos y la destrucción total del alma de quien la use.

—Entonces, ¿han vuelto? ¿Las snake están adorando al dragón?

—Eso me temo. Ojalá me equivoque, pero ese fin del mundo cristiano que Violeta está tratando de impedir puede estar unido a esos dioses de los que las brujas renegamos hace casi dos mil años.

—¿Fin del mundo cristiano?

Arianhrod movió su mano en un gesto habitual en ella, con el encaje de telarañas de su manga realizando un arco en el aire.

—Olvidé que no puedes saberlo aún. Pero mi hermana de magia negra sí. Ella te contará.

Marta asintió.

—Ahora quiero se sepas que corres peligro, que no solo las snake sino también las morrigan pueden estar corrompidas por esa magia prohibida. Es importante que ayudes a Klynth'Atz pero también que te mantengas a salvo. He visto los posibles futuros y necesito que estés a mi lado cuando reúna al Matriarcado para ayudar a Klynth'Atz como ya lo hice en vuestra misión al Vaticano.

—Sí.

—Entonces, ahora puedes re...

La matriarca se interrumpió al ver cómo de repente Marta dejaba de mirarla y sus ojos se desenfocaban como si no estuvieran allí. Al mismo tiempo, su cuerpo se aflojaba. Pese a su edad, se apresuró a levantarse y recogerla antes de que se cayera al suelo. La dejó sobre una silla y aguardó a que Marta terminara su visión.

El poder de la matrona de la Luna Llena era grande, mucho más del que Marta imaginaba. La necesitaba viva.

Mientras Arianhrod esperaba, Marta veía morir a un hombre inocente.

VEINTICINCO

El padre Bruno acababa de aterrizar en el aeropuerto de Zaragoza. Tras pasar los controles, como no llevaba equipaje, se dirigió de inmediato hacia la salida para ir a la parada de taxis. Eran más de las dos de la madrugada, algo que sin duda le venía genial al vampiro que le seguía unos pasos por detrás. En no-muerto, tras pasarle a la demonio por teléfono, se había limitado a callar y ser su sombra. Una vez allí, el cura cogió un taxi y el vampiro otro, pidiéndole al conductor que le siguiera. Como antes de llegar a la autovía el segundo vehículo giró por un camino de tierra lateral, el vampiro abrió la puerta y saltó al suelo. El conductor era humano, de eso no había duda. Tanto él como el padre Bruno habrían detectado a un mutado. Sin embargo, estaba claro que querían separarles. El nosferatu rodó por el suelo y se levantó de inmediato, su cuerpo regenerando las magulladuras. Echó a correr a toda velocidad hacia el otro vehículo, en el cual el cura estaba siendo raptado. Llegó poco después de que el taxi parara en un restaurante, en cuyos aparcamientos una fila de hombres armados aguardaba. Le abrieron la puerta al cura. El vampiro se abalanzó sobre ellos al tiempo que le gritaba a Bruno que se protegiera.

El vampiro atacó por la espalda a los dos mutados que había cerca de Bruno, tanto el que acababa de abrir la puerta del vehículo como el que estaba entrando adentro. Pero le habían oído y el de la puerta paró sus golpes. El vampiro, un descendiente de Casio, tenía más de quinientos años pero el mutado era más viejo que los que se habían encontrado hasta entonces, pues a nivel de poder estaban igualados. Sin embargo, no tenía la experiencia en combate de su rival, por lo que este logró estacarlo en el corazón y abalanzarse sobre el que estaba intentando sacar al padre del vehículo. Bruno, en su asiento, se protegía con una cruz y con el exorcismo que estaba recitando, en voz muy baja pues quería debilitar y hacer más lento al mutado, no al vampiro que en esos momentos era su aliado. Hasta ahora había conseguido que el mutado no le agarrara o le hiciera daño. El hombre de Casio, al darse cuenta, no se acercó demasiado; se limitó a quitárselo de encima al padre y a clavarle una estaca en el corazón. Bruno dejó de orar y miró a su aliado; sin embargo, este ya se había dado la vuelta. Los mutados, que sabían que con balas no llegarían a alcanzar al vampiro, acababan de decidir probar con el cura y estaban comenzando a apuntarle con sus armas. Su protector se debatió por unas diezmilésimas de segundo entre salir del vehículo e ir a por ellos o cubrir al humano con su propio cuerpo. Pero eran demasiados y tenían poderes de otras razas que él no poseía. Hiciera lo que hiciera, estaban perdidos. En un visto y no visto, empujó a Bruno para que se tumbara en el hueco que había entre los asientos de detrás y los delanteros. De inmediato, se colocó encima suyo. Mientras las balas llegaban e impactaban, la mayoría en la carrocería del vehículo, algunas en las lunas arrancando cristales y otras en él, sacó el móvil e intentó llamar a Violeta. Por supuesto, ya había avisado telepáticamente a Casio a través de su línea de sangre. Sintió un par más de balas clavándose en su espalda. Por suerte, no eran de carga explosiva con madera. El estruendo era tan alto que no podía escuchar si ella le había cogido el teléfono. Los enemigos eran muchos, demasiados. Con su cuerpo paraba tanto balas como fragmentos arrancados de la carrocería. Pronto moriría. Entonces, de repente, se hizo el silencio. Dejó de escuchar los tiros y los impactos. También dejó de sentir dolor, al menos del procedente de nuevas heridas. Giró la cabeza para mirar hacia arriba. Seguían disparándoles,

pero todo proyectil que iba hacia ellos retrocedía en el aire y volvía por donde había venido. Entonces se dio cuenta de que no todo era silencio. El padre respiraba y, por el teléfono, sonaba la voz de Violeta.

—¿Qué ocurre? ¿Estáis bien? —repetía preocupada.

—Hasta hace unos segundos no. El cura ha hecho algo.

—He escuchado disparos. Dime dónde estáis y si aún corréis peligro.

—Cerca del aeropuerto, en los aparcamientos de un restaurante que hay en la carretera que lleva a este. Estamos rodeados por mutados armados, dentro de un taxi. Nos dispararon y cubrí al cura con mi cuerpo. Creí que estábamos perdidos, pero ahora hay como un escudo invisible que nos protege.

—El escudo de armas... No es la primera vez que el padre Bruno lo utiliza. ¡Aguantar! Voy con refuerzos. Yo... dile al padre que siento no haber ido a buscarle. Esto es culpa mía.

El vampiro se movió, acercándose a esa coraza invisible que les protegía. Miró por la ya inexistente luna delantera del vehículo.

—Gayarre. Estamos en el restaurante Gayarre.



Tras colgarle al vampiro, telefoneé a Casio para pedirle ayuda. Imaginé que el vampiro, como descendiente suyo, ya le habría llamado pero yo quería hablar con él. Sin embargo, mi prometido no le cogió la llamada. Volví a probar. Nada. Me saltó el contestador un par de veces. Le dejé un mensaje contándole la urgencia de la situación y pidiéndole ayuda. Yo estaba con Atzir'itz. Ya habíamos vuelto de mi misión de venganza. Nada más acabarla, el íncubo se adelantó para volver antes a Zaragoza y llegó a mi casa apenas media hora después que yo. Para ser más exactos, hacía ocho minutos.

Mi abuelo me había dejado al cargo de Bruno, de acuerdo, pero como también quería que ayudara a Marta, el hecho de haberlo dejado solo por irme a Madrid con ella no me preocupaba. Sin embargo, mi venganza era otra cosa. Un deseo de sangre que había hecho que no fuera al aeropuerto a buscar al cura, una negligencia que, si mi abuelo decidía castigar, me costaría caro.

Me estremecí.

—Atzir'itz, hay que ir a la carretera del aeropuerto.

Sin aguardar su respuesta, comencé a marcar en mi móvil el número de la compañía de taxis más cercana. Sería el modo más rápido de llegar al restaurante, pues tenía a mi Lamborghini en el taller por un cambio rutinario de neumáticos. Desde luego, el taxi sería mucho más rápido que ir a buscar el portal más cercano al sexto plano, y, en cuanto al taxista, le nublaría la mente y listo. Lo por el sentía por él pero, al fin y al cabo, estábamos salvando su mundo.

Por el camino, volví a intentar contactar con Casio sin éxito. Preferí no pensar donde estaría. Quizás en problemas. En todo caso, no era el momento de preocuparme por un vampiro bimilenario capaz de salvarse él solito.

Una vez estuvimos cerca del restaurante, le indiqué al taxista que parara unos doscientos metros antes de llegar. Sería mejor así, por lo menos para él. Una vez se hubo marchado, abrí el acceso al pozo de par en par y, a toda velocidad, me dirigí con Atzir'itz hacia los aparcamientos del restaurante. Lo primero que vimos fue a una fila de doce hombres rodeando y apuntando con sus armas hacia un vehículo con las lunas rotas y acribillado a balazos. Parecía que no nos habían

oído llegar. Tampoco había ni rastro de la policía. Me pregunté si los mutados habrían vaciado primero el restaurante para evitar problemas. En todo caso, le hice un gesto con la cabeza Atzir'itz para indicarle que se encargara de los de la derecha. Yo iría a por los de la izquierda. Me entendió a la primera. No podía negar que nos compenetrábamos lo cual, sin duda, era una pena. Saqué la daga que era regalo de mi abuelo, pues si me herían quería curarme con rapidez, y me lancé por ellos. El incubo, por su parte, sacó lo que parecían dos hachuelas curvas de mango estrecho. A toda velocidad, fue a por ellos. Imagino que ambos, dos demonios sobrenaturalmente hermosos saltando por los aires con fuerza aumentada era un espectáculo que no se veía todo los días. Claro que, si hubiera habido aquí algún ser humano, tampoco habría podido apreciarlo debido a nuestra velocidad. Los mutados se percataron de la presencia del incubo, se giraron y comenzaron a dispararle. Le vi parar las balas con sus armas, moviendo sus brazos en ese borrón de velocidad que meses atrás yo no era capaz de percibir. Me dejó sorprendida. Mucho. Pues yo no sabía hacer eso. «¿Quién eres, Atzir'itz?», me pregunté. De inmediato él ya había llegado hasta ellos, quienes habían cambiado sus pistolas por espadas cortas. Pero Atzir'itz, pese a ser solo uno, acababa de extender una de sus armas, haciendo que el mango siguiera la dirección de la hoja en vez de formar un ángulo de noventa grados con esta. Con su nueva espada, paró un par de estocadas al tiempo que aprovechó el hacha de su otra mano para agarrar a uno por detrás del cuello y tirar. Fue entonces cuando me di cuenta de que la hoja curva de sus armas era de doble filo. Por un momento, tan solo unos segundos, me olvidé de todo, simplemente viéndole pelear. Giraba, aprovechaba la fuerza de su impulso y nunca cortaba un movimiento, más bien lo transformaba en otro ataque o defensa. Sus armas cambiaban de forma, de estilizada hachuela a espada según le conviniera. Mmm... potencia, velocidad, elegancia, fuerza... Sin duda era un placer verle pelear. Pero parte de los vampiros me estaban apuntando y dudaban, como si estuvieran entre atacar al incubo o venir a por mí. Porque yo me había lanzado a por ellos para pararme a mitad de camino, contemplando al incubo e ignorándolos. No era algo muy inteligente, no... Suspiré y dejé de relamerme como si fuera un gatita ante un plato de leche, apartando los ojos de Atzir'itz para correr hacia ellos, los cuales dejaron de observarme recelosos por mi comportamiento anterior y comenzaron a disparar. Bien por mí, como siempre tan previsor... Dolió, mucho. Yo podría tener super velocidad pero no era capaz de esquivar balas, menos aún si me las lanzaban prácticamente a bocajarro. Pararlas, como el guardia de mi abuelo, tampoco. Debieron de vaciarme los cargadores enteros. Por pura fuerza de voluntad, ignoré el dolor. Pero las articulaciones destrozadas, ah..., eso era otra cosa. Mi cuerpo cayó al suelo. Ni con la inercia de mi carrera conseguí llegar hasta ellos. Si antes, cuando me había detenido, se podían haber creído que era alguna especie de treta o truco, ahora ya no dudaban de que yo debía de estar pirada. Bien, mientras cometían el error de subestimarme, de creerme derrotada y se ponían a recargar en vez de atacarme directamente, convoqué mis alas. Mis grandes, oscuras y sedosas alas de demonio que yo tanto apreciaba. Esas alas que no tenían ni un rasguño y que, gracias a mi compuerta al pozo en todo momento abierta de par en par, me llevaron más que raudas hacia ellos. No se lo esperaban. Mi brazo derecho, el del puñal de mi abuelo, tenía el hombro inutilizado. Con el otro, me lo apreté contra mi cuerpo mientras dejaba el arma apuntando hacia delante, como si fuera el aguijón de una maltrecha abeja con alas de murciélago. En un visto y no visto, llegué al primero de ellos y le clavé el filo hasta la empuñadura. Podrían ser mutados con carga genética de otros demonios pero seguían siendo vampiros. Cuando sentí el ansia de alimentarse de mi daga, un estremecimiento me recorrió pues yo estaba experimentando lo mismo. Necesitaba su vida, su esencia, ese poder de regeneración que mi arma me transmitía. Y mientras yo estaba allí, inmóvil,

absorbiéndola, los mutados que lo rodeaban reaccionaron y soltando sus armas intentaron separarme de su compañero. Ahhh... Nada. Un par por cada lado usaron primero sus manos en vano, pues cuando mi puñal agarraba era mejor que la mandíbula de un sabueso. Después, intentaron cortarme el brazo con sus garras. Por el aspecto, habían sido mezclados con licántropos. Pobres lobitos... si se enteraran de que su ADN estaba allí, en el cuerpo de esos chupasangres que tanto detestaban...

Por mi parte, ni siquiera su intento de dejarme sin una extremidad tuvo efecto pues yo ya estaba prácticamente regenerada y tan solo tuve que desclavar mi daga de su presa y comenzar a pelear con ellos cuerpo a cuerpo. Incluso me dejé mis alas pues, ¿qué más me daba que fueran un blanco fácil si podía sanarlas?

Lo primero fue clavar el puñal de acero sin runas, que acababa de sacarme de la bota con mi mano zurda, en el corazón del que estaba hiriendo mi brazo derecho. No lo mataría, pero sí estaría inmovilizado hasta que yo me aburriera. Después, convoqué mis espolones y con unos cuantos codazos y tajos de la daga de mi abuelo logré separarme de ellos. Eran tres, pues el del suelo no contaba. Más otros tantos que, viendo la pelea, habían decidido, en vez de ayudar a sus aliados con el íncubo, hacerlo conmigo. Perfecto. Porque yo ya tenía espacio para batir mis alas. Además, había sentido la avidez de mi daga por esa sangre que había probado brevemente. La quería. Yo también. Todo mi ser me pedía más. El latir de la batalla, ese furor en mis venas, ese sentirme más viva por la adrenalina mientras mis ojos, relucientes con un furioso ámbar, reflejaban mi excitación, me gritaban que necesitaban más. Más sangre. Más muerte. Más. La parte de mí que era un demonio había nacido para esto. Así que volé. Hacia arriba, varias decenas de metros, para luego caer hacia abajo y agarrar a uno de ellos. Parte lobos, cuando estaba remontando con mi presa otros dos me saltaron encima. Sin problemas. El que había cogido tenía el puñal de mi abuelo en su pecho, así que se estaba quietecito mientras le quitaba su vida. Como querían hacerme caer, cada uno se agarraba de la base de un ala e intentaban inmovilizarla mientras la desgarraban con sus garras. Conseguí separarme unas cuantas decenas de metros del aparcamiento, colocándome sobre el tejado del restaurante. Allí me dejé caer. Gracias al que ya era un cadáver agrietándose alrededor de la daga de mi abuelo, yo todavía tenía las alas funcionales. La regeneración de esas sanguijuelas era, sin duda, una maravilla; quizás porque fueran parte licántropos, una raza también conocida por su regeneración, y, de algún modo, la mezcla de ADNs había hecho que esta se potenciara. Perfecto. Desconvoqué mis alas. Dolió mientras se ocultaban en mi espalda, con sus garras desgarrándolas allí donde la sujetaban mientras mi piel y mis músculos se deslizaban hacia mis omoplatos. Bien. Porque me pensaba cobrar esas heridas con su carne. Ya que estábamos cuerpo a cuerpo, aproveché que estaban aferrándose a mis ya casi recogidas del todo alas para darles un buen par de patadas. Una vez desequilibrados, apuñalé al de mi derecha con la daga de mi abuelo. Cerca del cuello, de acuerdo (una no siempre puede acertar en el corazón); pero gracias a los poderes de mi arma estaba inutilizado mientras esta vibraba y, como si de una descarga eléctrica se tratara, succionaba hacia mí su esencia y sus poderes. El otro estaba contraatacando. Ya que mis heridas se regeneraban con gran rapidez, había decidido agarrarme por detrás y, con un brazo por mi cuello, intentar asfixiarme. Además, los mutados restantes nos habían seguido. Debían de tener todos genes de licántropo pues se habían transformado en los lobos más feos que yo jamás hubiera visto y estaban saltando por las paredes del restaurante para llegar al tejado. Bueno, entre las almas del pozo y mi daga no serían ningún problema. Con problemas para respirar, aguardé para asegurarme que el chupasangres estaba muerto y recuperé mi puñal. Su filo rúnico brillaba y goteaba sangre. Con

cuidado de no atravesarlo, lo clavé en el brazo que rodeaba mi garganta. Los tres restantes ya habían llegado. Genial. Y yo sin saber repetir aquellas bolas de fuego que lancé en mi mayoría de edad, cuando el acceso al pozo era mucho mayor de lo que me correspondía por ser nieta del rey. En fin, tendría que apañármelas lo que ahora tenía. Mientras el más rápido de esa especie de lobo deforme se me acercaba, yo clavé mi codo izquierdo en las costillas del mutado que me aprisionaba y le empujé hacia detrás y la derecha. Como mi daga le inmovilizaba mientras le drenaba, me fue sencillo girarme al tiempo que bajaba mi cabeza para liberarla de la presa de su brazo. Pude ver un primer plano de ese lobo que ya tenía a menos de un metro y me reafirmé en lo de que era feo. Grotesco más bien. No se parecía en nada a la elegancia y la fuerza con la que se movía un auténtico licántropo, pues era como si sus huesos fueran demasiado grandes o hubieran olvidado cuál era su lugar en las articulaciones. En fin, desclavé el puñal del brazo del vampiro y, como tenía mi propio brazo en un mal ángulo, pese al alma que estaba quemando fui demasiado lenta y el lobo mutado clavó sus fauces, no en mi garganta como pretendía, pero sí en mi hombro izquierdo, que era el que yo tenía más adelantado. Considerando el tamaño de su mandíbula, todo el hombro y la carne que había hasta mi cuello quedaron dentro de esa boca que perforaba, machacaba mi carne y apretaba para quebrar mis huesos. Lo logró justo antes de que yo le clavara el puñal de mi abuelo por la espalda. Al vampiro que acababa de liberar no lo había drenado del todo; luego me atacaría. Confiaba en que se tomara un tiempo para recuperarse. Los otros dos lobos ya los tenía también encima. Uno había hecho presa en el brazo de mi arma y el otro venía por el lateral derecho y había logrado frenarlo con una patada justo sobre su hocico.

Malditos mutados...

Justo cuando una chica asaltaba y conquistaba planos demoníacos, se creía inmortal, iban ellos a recordarle que seguía siendo medio humana.

Pf...

Pero eran duros, mucho. Lo único que me mantenía viva era la energía y la regeneración que me transmitía la daga de mi abuelo. Si salía de esta, de verdad que le pondría un nombre de una vez por todas. En cuanto a Atzir'itz, no tenía ni idea de cómo le iba ni si iba a venir a ayudarme. O el padre Bruno, ya que estábamos, que de todos los aquí presentes era el más cualificado para matar vampiros. En todo caso, mientras el filo rúnico absorbía la vida de mi presa a más velocidad de la normal (y yo se lo agradecía porque el lobo del brazo mordía, desgarraba... incluso cerraba las fauces, arrancaba bocado y tragaba mi carne el muy bastardo), el mutado de la patada en el hocico había logrado hacer presa en mi pierna. Esta era una situación de lo más incómoda (y dolorosa) para una princesa súcubo. Y si le añadimos lo de que no me gustaba nada que ese cabrón estuviera, de un modo desagradablemente literal, devorándome el brazo, yo estaba más que furiosa. Estos eran los mutados más fuertes con los que me había encontrado hasta ahora y no dudaba de que los habría con más poder, ya que para ellos un año de antigüedad les daba la fuerza que un vampiro normal lograba con varias décadas. Así pues, cuando el mutado que mordía mi hombro estuvo muerto, agarré la daga con la mano izquierda (la derecha no valía para nada) y se la clavé al lobo de mi brazo. En un ojo. Y retorcí. La manera en la que el brillo rojo de su otro ojo se apagó para mostrarme miedo y dolor me encantó. Ese cabronazo se estaba dando un festín a mi costa. Ya era hora de devolverle el favor. El de mi pierna, viendo que así no iban a poder conmigo gracias a que su propia regeneración me sanaba y cerraba mis heridas poco después de que se abrieran, incluso generando carne, músculo y piel nuevos, me soltó y retrocedió para volver a adoptar forma humana. Mejor. Así podía curarme del todo mientras acababa con este. Mi daga vibraba y brillaba, bañando mi mano de una luz rojiza. Su filo estaba muy caliente, seguro,

tanto como para hacer hervir la sangre. En momentos como este creía que podía tocar su esencia. No era solo un arma, era algo más. Desconocía la magia que había realizado mi abuelo, pero sin duda allí había atrapada una consciencia ávida de muerte. Cuando el mutado, junto con el que me había intentado asfixiar antes, fueron a por mí con cuchillos apuntando a mi corazón, desclavé mi daga y paré sus ataques. El primero con la daga, el segundo con la garra que acababa de convocar en mi otro brazo. No se parecía mucho a mi garra de súcubo, más bien era como la de los licántropos. En todo caso, yo no era un vampiro, a mí el metal en el corazón no me inmovilizaba. Pero, sin embargo, seguro que me mataba si no tenía acceso a esta regeneración tan brutal. En todo caso, prefería no averiguar si mi teoría de que no me pasaría nada era cierta. Por delante de mí vi a Atzir'itz, quien ya debía de haber acabado con los suyos. Perfecto, pero llegaba tarde. Esquivé el tajo de uno de ellos, agarré su brazo y lo utilicé como escudo para la cuchillada de su aliado. Después, saqué una estaca de mi cinturón y se la clavé en el corazón. El otro, cuando se vio solo contra mí, pareció empequeñecerse. Sí. Porque había dejado de ser el cazador para convertirse en la presa y yo, más que cabreada por los mordiscos, estaba deseando comérmelo.

¡¿Qué?!

A través de la daga, de acuerdo. Pero contaba como comer.

Una vez su cuerpo se hubo comenzado a agrietar alrededor de mi arma, la solté y enfundé. Esta parecía pesar en mi mano.

—Skitkk Maaz.

«Muerte cebada», la nombré.

—Eres lento —le dije a Atzir'itz tras guardar mis armas. Una de mis dagas estaba por abajo, en el suelo, habría que ir a por ella.

—No quería sacar mi espada.

Arqué una ceja y le miré. ¿En serio no quería sacar su espada? Porque si yo la hubiera tenido no me la habría guardado, no con esos lobos mutados intentando convertirme en la abuelita de Caperucita Roja.

El aludido se encogió de hombros.

Parecía bastante entero. Había guardado sus hachuelas y, quitando un par de heridas por garras en el estómago y en un brazo, se le veía bien. Que yo supiera, no tenía armas rúnicas del rey. Puñetero ícubo guardia personal de mi abuelo... Yo aquí apurada y él casi ileso. Estaba claro que me ganaba en fuerza. Me enfadaría, pero de algún modo eso me ponía en un demonio. Casio también me era más fuerte que yo pero, como había demostrado en cierto strip-sable, yo sabía ser más hija de puta. Me pregunté qué pasaría si me ponía a pelear con Atzir'itz y sentí unas ganas repentinas de inmovilizarle, atarle, y dejarle hundirse dentro de mí.

Mierda.

No eran pensamientos que yo quisiera tener, menos con el puñetero ícubo tan cerca y observándome con un brillo ámbar en sus ojos.

Tomé aire.

Conté hasta diez.

—Venga, vamos a por el cura —le dije mirándole a la cara, dejándole claro que yo seguía al mando.

Yo, no esa parte animal que él (o las improntas de la esencia de los mutados) parecía ser tan bueno despertando.

Me acerqué al borde del tejado y salté. No quería alas, no quería nada que pudiera seguir llamando la atención en el mundo humano. El padre estaba en el vehículo acribillado a balazos,

sentado sobre un asiento destrozado. El vampiro aliado estaba a su lado. El cura ya no tenía escudo de armas a su alrededor y sonreía como si estuviera en paz.

—¿Padre? —le pregunté, no teniendo muy claro si se encontraba bien.

—¿Padre? —repetí pues no me contestaba.

Poco a poco, pareció darse cuenta de que le estaba hablando.

—He visto a un ángel —me contestó con la voz tomada, como si estuviera drogado—. Era glorioso. Me ha tocado con su gracia, me ha dicho que pasé una prueba la primera vez que me dio el escudo de armas y que ahora acabo de pasar la segunda. Que llega el apocalipsis y que yo voy a ser juzgado.

Vale.

¿Qué contesto yo a eso? Menos mal que no parecía importarle que yo fuera un demonio o, quizás, lo hubiera olvidado ante el rapto religioso que todavía parecía estar experimentando.

—¿Apocalipsis?

—No si yo lo evito. El ángel me ha elegido por mi fe. Por ahora he sido digno dos veces de recibir su gracia. Si paso la prueba final, seré su recipiente y el juicio se retrasará.

—Te ayudaremos.

Mi abuelo, desde luego, sabía lo que hacía al querer protegerlo.

—La única ayuda que necesitaré será la del Señor.

Eso me molestó. De acuerdo, seguía siendo muy susceptible. Iba a tener que olvidar todo eso de la integración emocional. Aunque me servía para las improntas de las almas y ahora mismo, con todas las que había quemado, tenía muchas.

—Pues si no te hubieras largado del piso franco, todo esto nos lo podríamos haber evitado. No deberías haberte ido.

Soné como una mezcla de niñera regañando y una mujer amargada. ¿Yo qué había comido?

Bruno, que pareció volver del todo a la realidad y recordar con quién estaba hablando, enfocó su mirada, esa que antes había estado perdida, y me contestó:

—¿Acaso tú no te habrías ido? No eres quien para recriminarme, demonio.

Touché.

Y pese a todas esas improntas que pretendían volver locas y ajenas a mis emociones, recordé la sensación que había tenido antes, en Sevilla. Esa de que había algo importante que no había estado haciendo. ¿Era esto, ayudar a Bruno?, ¿u otra cosa? Me pareció que había algo importante que estaba pasando por alto.

Me estremecí y sacudí la sensación de encima. Fuera lo que fuera, me las apañaría.

Le indiqué a Atzir'itz con la cabeza que se quedara con Bruno y con el otro vampiro, el aliado, y yo fui a recoger mi daga perdida y a arrancar uno de los vehículos de los mutados. Era hora de irse. El veintiuno de junio estaba cada vez más cerca.

VEINTISÉIS

Marta, cuyo cuerpo estaba sentado junto a Arianhrod, se vio a sí misma en una habitación cerrada y sucia. Solo que cuando miró sus manos, atadas, no eran suyas sino las de un hombre. El lugar en el que se encontraba era minúsculo, tanto que para tumbarse tendría que recoger las piernas y tener cuidado de no tirar lo que parecía un orinal medio lleno. Quizás de allí venía ese olor... O quizás no, pues había restos pegados al cemento del suelo que prefería no averiguar qué eran. En todo caso, sabía que estaba en una visión e imaginaba que no duraría demasiado. Deseó que hubiera algún espejo o superficie metálica donde poder verse el rostro. Por ahora, no tenía ninguna pista de quién era ese hombre y dónde estaba.

Al poco, se abrió la puerta de la minúscula estancia y un hombre armado le agarró y le sacó de allí con brusquedad. Había dos más con él. Nada revelaba una posible condición sobrenatural pero la mujer imaginó que podrían ser mutados.

—Es tu última oportunidad —le dijo el que le había sacado—. O estás con nosotros o mueres.

—Mi mujer y mi hijo...

—Se resistieron cuando los apresamos. Están muertos.

Marta estaba dentro del hombre y al mismo tiempo no estaba. No era ella quien había hablado, pese a haberse escuchado a sí misma hacerlo con voz masculina. Tampoco era ella quien estaba sintiendo esa pena desgarradora y, sin embargo, podía paladear la emoción, como si fueran lágrimas negras, venenosas y ácidas, quemándole el pecho.

—Jamás colaboraré para que unos monstruos conquisten mi país y acaben con millones de personas.

—Lo suponía.

El arma disparó y la bruja volvió de repente a su cuerpo. Se llevaba con ella la determinación del hombre, así como su dolor. Le costó un tiempo volver en sí, apartar todas esas emociones tan vivas.

—¿Marta? —le preguntó Arianhrod preocupada al cabo de un rato.

—Yo... estoy bien. He visto, he visto el asesinato de un hombre. El marido de la mujer que salvé si no me equivoco.

—¿El ministro de defensa?

—Sí.

—Tienes que impedirlo. —Su voz sonó firme—. Pídele ayuda a Violeta. Dile que se lleve al padre Bruno.

La aludida se quedó un poco extrañada por lo del cura. Pero su matriarca sabía más de visiones que ella.

—Sí —asintió.

Todavía afectada por ese futuro posible, sacó el móvil y telefonó a su amiga.



Estábamos de vuelta, de camino hacia mi casa. Habíamos cogido uno de los vehículos de los mutados. Normalmente, yo habría llamado a Marta para quitar con cuidado mis huellas del taxi acribillado a balazos (los cadáveres no, ya que esas sanguijuelas especiales tenían el detalle de deshacerse en polvo). Sin embargo, como el enemigo podía volver en cualquier momento, tenía que poner al padre Bruno a salvo y no me quedaba tiempo que perder con hechizos de brujas. Por eso le prendí fuego. Las llamas y una bonita explosión del depósito de gasolina se encargarían por mí. No me gustaba llamar tanto la atención del mundo humano pero seguro que ni Casio me criticaría ya que, salvo que pudiéramos impedirlo, íbamos de cabeza a una guerra donde todos sabrían de nuestra existencia.

(En cuanto a los empleados del restaurante, Atzir me había confirmado que estaba vacío. Al menos, los mutados no los habían asesinado. Quizás fueran los dueños del lugar o, simplemente, habían pagado por ello o era el día de descanso semanal.)

En todo caso, estábamos ya en el casco urbano de Zaragoza cuando me sonó el teléfono. Como era yo quien conducía, lo cogí con el *manos libres*. Se trataba de Marta. Otra visión.

—¿El marido de la mujer que salvamos? —le pregunté una vez que me lo hubo contado.

—Sí. Yo voy camino de mi casa, la de las moon-wolf. Necesitaré ayuda para impedir que lo maten. Arianhrod dice que, cuando sepamos dónde está, se venga también el cura.

Bueno, lo tenía sentado detrás escuchando, así que me ahorraba pedírselo.

—¿Y no sabes dónde está? ¿Ninguna pista?

—No.

—Joder. Eso es lo primero que necesitamos. Intenta averiguarlo, yo haré lo mismo.

—De acuerdo. No se me da muy bien lo de buscar una visión en concreto pero lo intentaré. De hecho, por eso voy camino de mi casa.

Nos despedimos y, tras colgar, el padre me preguntó:

—¿Por qué intentáis salvar al ministro de defensa?

Suspiré. No tenía muy claro que el hombre se acabara de creer lo de que estábamos en su bando.

—Porque intentan que promueva un desarme en España. Sin armas, las naciones del mundo serán presa fácil para los mutados y los demonios del séptimo plano.

—No es la primera vez que los nombras. ¿Tan distintos son de ti o de tu acompañante?

Sonreí irónica. No pudo verme.

—Padre, si los endemoniados a los que exorcizas son hormiguitas y yo y Atzir´itz ratones, esos demonios no son el gato, ni siquiera un león; más bien son un rinoceronte acorazado del tamaño de varios elefantes.

Un poco gráfica con metáforas que no venían al caso, de acuerdo, pero seguro que así se hacía una idea. Hasta hacía poco, para él un único endemoniado ya era un reto. Veríamos cuando nos enfrentáramos a un ejército de esas aberraciones demoníacas cuya sola presencia te empequeñecía y hacía sentir que la naturaleza y sus leyes acababan de ser brutalmente violadas.

Pues eso. Bruno se quedó pensativo. Yo esperaba que ese ángel que le ayudaba le diera mucho poder. Por mi parte, lo primero pensaba dejar al padre en el piso franco y vigilado también por Atzir´itz (y que no se atreviera a decirme que mi abuelo ordenaba que me siguiera como si fuera mi niñera). Después, ya que seguía sin cogerme el teléfono, iría a buscar a Casio. A sus casas, al Consejo, a donde hiciera falta. Necesitaba ayuda para localizar a ese político y, además, estaba preocupada.

No quería ni pensar que podría haberle pasado algo.

Varias horas después, me lo encontré en mi casa. Sí, después de dejar al padre y a Atzir'itz, seguir llamando a su teléfono y buscarle por sus pisos en Zaragoza, me lo encontré en la mía cuando se me ocurrió que, aunque no vivíamos juntos, él sí tenía llaves y quizás me estuviera esperando. Irritada, cuando lo vi no supe si comenzar a preguntarle dónde cojones se había metido o abrazarle aliviada porque se encontrara bien.

Opté por lo segundo para, a continuación, comenzar a interrogarle.

—Violeta, para —me cortó—. No te contesté porque no podía.

—¿Y qué tal llamarme en cuanto sí podías? —le reproché.

Esa actitud tan calmada y condescendiente suya, como si me estuviera haciendo un favor al estar aquí hablando conmigo, me enervaba. ¿De verdad alguna vez encontré eso sexy?

—He venido.

—Si me hubieras devuelto alguna llamada, o mandado un mensaje, yo no habría estado tan preocupada por ti.

—Violeta, déjalo. Pareces una niña, no te comportes como tal.

¿Sería gilipollas? Yo me lo cargaba...

—¿Recuerdas el *ciber*, no? —me preguntó, ignorando la mala leche con la que lo estaba mirando.

Asentí.

—Hasta que se dieron cuenta del cambiazo con el cura, pudimos averiguar la ubicación de varios de sus células. Así pues, estaba ocupado en una operación donde íbamos a por ellas y, además, asaltábamos al mismo tiempo el *ciber*, para hacernos con los datos que pudieran tener en sus redes informáticas.

¿Y? Eso no era tan lento y Casio llevaba ausente horas.

—¿Y cuándo te llamó tu vástago? Casi matan al padre Bruno.

—Sentí su llamada de urgencia pero no pude ir. Estábamos en plena misión.

—Espero que al menos haya sido un éxito.

—Bueno, estuve con Lucas en el asalto al *ciber*. Lo tomamos pero habían borrado todos los datos. Sospecho que tenemos un topo. De hecho, llevo tiempo sospechándolo pero por ahora no tengo más que suposiciones sobre quién puede ser. En cuanto a las células que atacamos, no eran más que pisos desiertos.

Un traidor... Primero mi tío y ahora otro. Ni que los alquimistas estuvieran regalando caramelos...

En fin, por lo menos Casio tan solo era un egoísta insensible (nada nuevo) y no estaba herido o en peligro. Decidí pasar por alto las peculiaridades de su personalidad y le pregunté si se quedaba conmigo un rato. Antes, imagino que me habría metido con él a no poder más, como cuando decía que las mujeres en la cocina. Pero no me apetecía. Quizás fueran esos ojos ámbar que nunca me menospreciaban, o el que pese a mi edad por fin estuviera comenzando a madurar un poco. Yo quería un guerrero fuerte y poderoso a mi lado, sí, como el vampiro bimilenario y triunfador del Consejo lo era; pero creo que empezaba a darme cuenta de que no me bastaba solo con eso. Él siempre había sido paternalista y condescendiente conmigo. Podía entenderlo dado que, a su lado, mi edad era ridícula y, además, me conoció siendo yo una cría. Estaba también toda esa superioridad racial que los chupasangres sentían, como si cualquier humano o medio humano fuera inferior. En Casio no era demasiado acusada pero, a veces, salía. Mientras le abrazaba me sentí triste. No me gustó. Imaginé que era todavía la consecuencia del atracón de almas que me había dado en ese restaurante de carretera.

Malditas improntas... ¿Qué me había comido? ¿La esencia de alguna mujer infeliz en su matrimonio? ¡Joder! Que yo era una súcubo de sangre real, no debería volver a sentir ganas de llorar, no ahora que mi madre por fin casi estaba vengada del todo.

Fue entonces cuando me volvió a telefonar Marta para contarme que teníamos tiempo.

VEINTISIETE

Había llegado el momento. Yo volvía a ser yo, sin resto ya de toda esa sensiblería y esas gilipolleces sobre mi amorcito. De hecho, había pasado casi una semana. El supuesto día del juicio estaba cada vez más cerca y yo, Atzir'itz, Bruno, Marta, un licántropo, dos brujas y cuatro vampiros armados del Consejo estábamos a punto de rescatar al político.

Nos había costado, pero por fin sabíamos dónde lo tenían preso. Marta, por más que lo intentó, no logró ninguna visión que le diera pistas sobre su paradero. Tan solo aquella que le había mostrado que la que le había mandado su diosa sucedería en unos días, no de inmediato. Por otro lado, a mí todos los recursos del Consejo me parecían inútiles pues tampoco lograban averiguarlo. Era como si el ministro se hubiera esfumado de la faz de la Tierra. Sin embargo mi abuelo, quien no era *Google* pero a veces, con todas las almas que devoraba, lo parecía, descubrió algo. Mi padre vino a verme para contármelo. Pasaban de las diez de la noche, pero eso a él, al igual que la protección que yo tenía para evitar visitas indeseadas, parecía darle lo mismo. Una estaba tranquilamente viendo una película en su salón y al instante siguiente seguía viendo una película en su salón pero con su padre sentado en el sofá de al lado, las piernas cruzadas y una cerveza abierta que se parecía sospechosamente a las que yo tenía en la nevera. Así pues, una vez que me enteré de dónde tenían retenido al político, con la ayuda de Casio fue pan comido planear el rescate. Le pedí a algunos de sus vampiros para que se encargaran de las alarmas y las cámaras. Por darme, me facilitó hasta la ayuda de un licántropo. Sin embargo, no adelantemos acontecimientos pues mi padre me contó más cosas interesantes. Por ejemplo, que cada vez más gobiernos humanos estaban desarmándose en su totalidad. No solo armas nucleares (los que las tenían) sino también misiles, tanques y cualquier otro tipo de armamento pesado. Solo les quedaban pistolas, fusiles y poco más. Incluso en los países árabes. Allí, por lo visto, no secuestraban a la familia de quien debía promover la ley de desarme, sino que más bien un señor demoníaco se teleportaba cerca suyo y, mientras devoraba una pierna de uno de sus hombres, le decía que si no le obedecía él sería el siguiente. Israel, donde según la biblia ocurriría el Armagedón, había sido de los primeros países en quedar indefensos. Estados Unidos se resistía, con gran parte de la población protestando en contra el proyecto de ley de desarme que un senador había presentado. No me gustó nada el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Mi progenitor me tranquilizó. Me aseguró que mi abuelo seguía reforzando sus alianzas. Teníamos a los entes de fuego del primer plano. Los satanistas, a cambio de poder, estaban también de nuestro lado. En el cuarto plano también habíamos encontrado aliados y, sobre todo, estaba el cura. Se suponía que el padre Bruno salvaría a la humanidad e impediría la guerra. Impedir la guerra... para un demonio ancestral como mi abuelo eso debía de sonar de lo más irónico. Pero la Tierra era nuestra fuente de sustento. Si se la cargaban, el pozo se vaciaría. Sin duda no le interesaba.

Volviendo a la misión del rescate del político, al haber pasado ya una semana, estaba claro que corría un peligro inmediato, que la visión de Marta podría ocurrir en cualquier momento; así pues, nos organizamos de manera rápida. Telefoneé a Casio y este me dijo que una media hora tenía un par de coches a la puerta de mi casa con el licántropo, los vampiros y sitio por si yo quería llevarme a Marta. Él no podía venir, estaba ocupado, pero me aseguró que los vampiros que me

mandaba eran de su línea de sangre y de total confianza. Una pena que no me mandase a Lucas. A Marta la telefoneé de inmediato para que viniera, por supuesto. Mi amiga no sólo estaba implicada con el caso a través de sus visiones sino que ahora era una poderosa matrona con un grimorio nuevo. Bueno, lo de poderosa todavía se lo estaba currando, pero yo no dudaba de que llegaría a serlo. Marta se trajo a dos de sus acólitas, según ella las que más destacaban en sus clases de hechizos de batalla. Atzir'itz se vino también. A diferencia de mi novio, quien cada día me recordaba más a un alto ejecutivo por aquello de la imposibilidad de verle sin pedirle cita a su secretaria, del puñetero incubo no había quien se librara. Marta y sus dos brujas tardaron algo más de media hora en llegar a mi casa. Los chupasagres, dos *hackers* y un par matones, fueron mucho más rápidos y vinieron con un licántropo aliado. Mejor, más músculo y un olfato más fino que el de un incubo o un vampiro. En cuanto llegó Marta, montamos todos en los coches y fuimos al piso franco a por el padre Bruno.



La nave industrial en la que retenían al ministro estaba en un polígono industrial a las afueras de Madrid. Apenas pasaban un par de minutos de las dos de la madrugada cuando llegamos a nuestro destino. Perfecto. Conociendo a mi padre, una diría que lo había hecho adrede para que llegáramos a la nave cuando las calles estuvieran más desiertas y no hubiera nadie trabajando dentro de la nave. Con un poco de suerte, tan sólo estaría la vigilancia que le hubieran puesto al político.

Lo primero de todo fue dar el visto bueno a los dos vampiros que iban a inutilizar las alarmas. Uno de ellos se quedó con nosotros, en los coches, mientras su compañero se bajaba, cruzaba la calle y caminaba hasta el final de esta, donde estaba la nave. Como la tecnología y yo no nos llevábamos demasiado bien (yo tenía mi móvil y mi *tablet*, pero de programación y electrónica, ni idea) me limité a ver teclear al que tenía en el asiento de detrás mientras su compañero hacía algo en el exterior de la nave. Por lo visto, había conectado un dispositivo al sistema de alarma y, una vez estuvo inutilizado, nos pusimos en marcha.

La nave tenía una ventana relativamente cerca de la puerta metálica, ahora cerrada, por la cual de día imaginé que debían de entrar los trabajadores y los camiones. Consideré que la ventana sería un buen lugar para introducirnos dentro pero, primero, le pedí a Marta que comprobara que no había ningún hechizo defensivo. En principio, no debería. Las únicas brujas que existían en el mundo habían vuelto en su totalidad a España y dudaba que alguna de ellas trabajara para los mutados. Las brujas vendían hechizos por dinero, de acuerdo, pero Arianhrod no permitiría que trabajaran para el enemigo. Bueno, quizás quedara alguna descendiente de brujas, ignorante de su sangre como le ocurrió a Marta, en América, pero precisamente por creerse humana no sabría realizar hechizos. Esto, la escasa cantidad de mujeres capaces de hacer magia en el mundo, era algo que siempre me resultaba extraño pero, dado que me contó mi abuelo que eran sus dioses quienes primero las elegían y luego el don pasaba de madres a hijas, podía entenderlo. En cuanto a otros posibles proveedores de magia, estaban los señores demoníacos del séptimo plano, pero esa magia era como una aberración que devoraba las leyes de la naturaleza y, sin duda, yo la habría sentido. ¿Qué quedaba? Satanistas quizás, pero se suponía que estaban de nuestro lado. También algún otro demonio y la Iglesia. Pues eso, que casi seguro que aquí no había ningún hechizo defensivo o de alarma, pero no estaba de más que Marta y sus dos seguidoras lo

comprobaran. En estos momentos, estaban medio bailando mientras canturreaban su hechizo. Era uno detector y por ello no merecía la pena que lo tuvieran en recámara. A mí, desde luego, no me importaba aguardar unos minutos mientras lo lanzaban. Una vez hubieron acabado, Marta se quedó unos segundos silenciosa, como viendo algo que yo no era capaz de percibir; después me dijo que no había nada, que estaba limpio.

Perfecto.

Indiqué a los otros dos chupasangres, los que no eran *hackers*, que se encargaran de la ventana. Con un pequeño soldador cortaron las uniones con la pared de los barrotes que la guardaban y, después, se encargaron de la ventana propiamente dicha con un corta cristales. Lo dejaron todo en el suelo, con cuidado de no hacer ruido. Estos chicos de Casio eran siempre muy eficaces. Con una sonrisa sádica que debió dejar clara mi opinión sobre las sanguijuelas (se salvaban mi prometido y su hijo; ninguno más), le indiqué a uno de ellos que se pusiera a cuatro patas sobre el suelo. Podría haber saltado, pero así sería más cómodo y seguro. Así pues, me subí a su espalda (una pena lo de mis tacones de aguja...) y de allí a dentro de la nave. Mis botas llevaban un hechizo para no hacer ruido, con lo que cuando salté y aterricé en el suelo, ningún sonido me delató.

Miré a mi alrededor. Estaba en lo que parecía una oficina con las luces apagadas. Gracias a la ventana y a las farolas del polígono, había cierta penumbra. Entre esta y mi visión aumentada, no tuve problemas para ver dónde me encontraba. Era una habitación rectangular, con varios puestos de trabajo compuestos de mesa más ordenador y muchos archivadores en un estante a mi derecha. Por las paredes, parecía uno de esos módulos de oficinas prefabricados que suelen tener algunas industrias. Bien. Antes de moverme, comprobé que no había encendida ninguna de esas lucecitas pequeñas de las alarmas. No había ninguna; parecía que el chupasangres *hacker* había hecho bien su trabajo. A continuación, comencé a dirigirme hacia la puerta de la oficina, hecha del mismo panel aglomerado forrado de plástico que las paredes. Al hacerlo, pasé por delante de un ordenador que tenía conectado lo que parecía un disco externo de memoria. Normalmente lo dejaría allí, ya que el vampiro encargado de estas cosas sin duda iba a dedicarse a copiar los discos de los ordenadores en cuanto entrara. Pero recordé aquella sensación de estar pasando algo importante por algo, incluso de urgencia, y no me lo pensé dos veces: lo agarré y lo metí en uno de los bolsillos de mi cazadora, cerrándolo con la cremallera. Enseguida llegué a la puerta de la oficina y eché un vistazo. Tenía cerca una ventana con uno de esos estores hechos con finas láminas metálicas, el cual me venía perfecto para separar un poquito dos de dichas láminas con los dedos y mirar hacia el otro lado. Allí sí que no había ningún tipo de luz, pero gracias a mi visión aumentada pude ver el resto de la nave, la cual era espaciosa pero se encontraba prácticamente vacía excepto por unas cuantas cajas y estructuras metálicas dispersas por el suelo, así como un par de máquinas para cortar metal y lo que parecía ser una cabina de pintura. Me encogí de hombros y llevé la mano al pomo de la puerta, para abrirla. Estaba cerrada con llave. Perfecto. Así usaba mis ganzúas que llevaban las pobres unos cuantos meses oxidándose, más bien desde que yo había cambiado de liga y pasado de estar con los cazarrecompensas a sueldo a jugar en la de los señores demoníacos y otros chicos grandes. En seguida escuché el chasquido característico de que ya lo tenía (mi sentido del oído aumentado me dejaba oír hasta la respiración de los vampiros, las brujas, el cura y el lobito que estaban fuera de la nave) y abrí con cuidado la puerta. Bien. La nave estaba vacía. No dudaba que habría guardianes y, por supuesto, aquel a quien íbamos a rescatar; pero tampoco que estarían en algún lugar oculto e insonorizado pues la tortura y los asesinatos solían tener la mala costumbre de hacer ruido. En fin, por ese pinganillo

que me habían prestado los chicos de Casio, les susurré a mis aliados que estaba despejado. En seguida entraron. El *hacker* se quedó con los ordenadores, los demás vinieron conmigo. Y menos mal que le había pedido a Marta que ella y sus acólitas también tuvieran el calzado hechizado para no hacer ruido, porque para nada poseían la gracia y el sigilo de Atzir'itz, el licántropo o los vampiros. El padre Bruno tampoco la tenía, claro, así que era el único que no se movía en medio de un escalofriante silencio.

En todo caso, a quien yo quería ahora era al lobo. El licántropo, con esos bíceps que parecían a punto de reventar su camiseta, físicamente imponía más que cualquier vampiro, Casio incluido. Claro que ni tenía el aura de poder y peligro de mi prometido o ese sex-appeal rabioso del puñetero incubo. Pobre lobito, él tan grandote, fuerte y exudando testosterona y se veía tan empequeñecido al lado de las compañías que yo frecuentaba últimamente. Me pregunté qué rango tendría en su manada.

—Quiero que uses tu olfato —le dije pues, pese a los finos sentidos tanto míos como de los chupasangres, a la hora de olisquear no había nada como un buen perrito.

El lobo no me miró precisamente con buena cara. Ah... porque yo no era su alfa; peor aún: era una mujer. Pero una con poder y la que aquí estaba al mando, así que no le quedaba más remedio que obedecerme. No aparté mi mirada, ahora burlona, de sus ojos y continué:

—El humano que buscamos está aquí, en algún lugar oculto. Búscalo —acabé con una sonrisa de deleite mientras le tendía un pañuelo del ministro que Marta le había pedido a su esposa. El lobito me miró como si le costará contenerse. Decididamente era más fácil de picar que Lucas. Una pena que no fuera el momento de quedármelo para jugar un rato.

El licántropo tardó un poco más de lo que yo me esperaba. O no era muy bueno o los mutados habían limpiado bien el rastro, el cual, por otro lado, tendría más de una semana. En todo caso, me indicó lo que parecía el típico foso de mantenimiento de vehículos que esperarías encontrarte en un taller. Se trataba de un hueco grande, de más o menos metro y medio de ancho, tapado con una rejilla metálica. Estaba nada más entrar por la puerta de la nave, a unos cinco o seis metros, y tenía manchas de grasa alrededor, algún tornillo caído, trapos sucios sobre la rejilla y un charco de aceite en su interior. Considerando la furgoneta que había aparcada en la calle con el logo de la empresa, estaba claro que aquí le hacían el mantenimiento. Y si mi instinto no me fallaba, también algo más. Avancé para mirar de cerca pero antes de que pudiera agacharme para probar a levantar la rejilla una de las brujas me detuvo.

—Cuidado, hay una trampa.

Fruncí el ceño, extrañada. Porque para que me lo dijera una de las moon-wolf de Marta estaba claro que tenía que ser mágica y, que yo supiera, Arianhrod no permitiría que ninguna bruja vendiera sus hechizos al enemigo pues estábamos en guerra. Miré a Marta y esta me hizo un gesto que indicaba que estaba tan sorprendida como yo. La mujer desactivó la trampa, la cual por lo visto era tanto una alarma como un hechizo inmovilizador, y yo me agaché para agarrar la rejilla. Metí los dedos por los huecos y tiré hacia arriba. No me hizo falta ni aumentar mi fuerza con las almas del pozo; cualquier hombre fuerte podría haberla levantado. La dejé en el suelo a la derecha y me metí en el foso para mirar más de cerca. Mis pobres botas... me iba a costar quitarle las manchas de aceite. Esperé que al menos mereciera la pena. Había un plástico bajo el charco grande de aceite. Lo aparté y dejé al descubierto una trampilla. Bueno, pues por un poco de grasa más sobre mi ropa... Me agaché, manchándome los vaqueros y comencé a abrir la trampilla. Entonces sonó un disparo y casi al instante noté un dolor furioso en mi pierna. ¡¡¡Joder!!! Ni noté que aflojé las manos y la trampilla se me escurrió para volver a caer al suelo y cerrarse. Yo

misma me hubiera caído al suelo si no llega a sujetarme alguien. Más tarde me di cuenta de que era Atzir'itz. Más tarde, porque en esos momentos bastante tenía con aguantar consciente con el agujero que me habían hecho en la pierna, a la que le faltaba un buen trozo y tenía incluso el hueso reventado. Mucho tenía que dolerme, porque ni siquiera me fijé en que al menos mi atacante había tenido el buen gusto de dispararme por encima de mi bota favorita, la cual, quitando la sangre, seguía intacta. Sonó otro tiro. Lo ignoré. Agarré la daga de mi abuelo de esa bota que ceñía lo que me quedaba de pierna y llamé a uno de los vampiros. Ni me inmuté cuando se la clavé en un brazo y empecé a drenarle su poder. Bueno, su vida, de acuerdo; pero lo que a mí me interesaba era su capacidad de regenerarse.

Pero no funcionaba.

Mecagüendios... Saqué la daga para no matarlo. Yo tenía un enorme agujero en la pierna por encima de la rodilla y no se curaba. ¡Joder! En algún puto momento había abierto la compuerta del pozo de par en par pero ni el dolor se iba ni yo me veía capaz de andar.

—Déjame en el suelo —le ordené a esos brazos fuertes que me sujetaban y que ya había identificados como pertenecientes al íncubo.

Mira, esta vez su puñetera aura de lascivia se había ido a tomar por culo. Si es que hasta un tiro en la pierna servía para algo...

—¿Estáis bien? —me preguntó algo preocupado mientras me sacaba del foso y me dejaba sentada en el suelo.

Bien, mejor, porque si me hubiera dejado sobre la grasa y el aceite muy bueno no habría sido para mi herida, no...

El demonio, sin esperar a que le contestara, estaba aplicando presión en mi pierna para que yo no me desangrara. Imaginé que querría evitar ponerme un torniquete. Muy mono, pero estábamos en mitad de una misión y no teníamos tiempo para delicadezas.

—Tú no, que presione el vampiro.

Estuve a punto de llamarle bocadillo, porque me había quedado con las ganas de seguir drenándolo a ver si me curaba de una jodida vez.

No muy entusiasmado, el aludido se acercó y le cambió el puesto a Atzir'itz. Entonces este le hizo una seña al lobito para que abriera la trampilla del suelo, indicándole por dónde. De inmediato, el licántropo clavó sus garras en el rectángulo metálico que era la trampilla. La derecha con fuerza por donde estaban las bisagras, la izquierda en el otro extremo y menos profunda. Entonces tiró y la arrancó del suelo, para a continuación tirarla a un lado y dejar que sus uñas se desanclaran con el movimiento. No le pasó nada. A diferencia de mí, él se había colocado a un lado, no delante como yo había hecho. Cuando arrancó la trampilla, no quedó más que espacio vacío en el lugar a donde ese hijo de puta mutado estaba apuntando. El cual, sin duda, se acabaría de quedar desconcertado, momento que aprovechó Atzir'itz para, en medio de un borrón de velocidad, acercarse y lanzarle una daga directa al corazón. Lo inmovilizó pues el guardia, mutado con genes de otros demonios o no, seguía siendo un chupasangres. El vampiro que presionaba en mi pierna y una de las brujas de Marta se quedaron conmigo. Los demás, entraron y remataron al enemigo. Mi amiga pareció vacilar, como si no quisiera dejarme pero le dije que fuera. Al fin y al cabo, era su visión, su misión de rescate. Bruno, sin embargo, no dudó. Para él esos vampiros (como los que estaban conmigo) eran enemigos de su dios, por lo que entró tras el íncubo. Allí yo dejé de ser testigo directa de los acontecimientos pero, por lo que Marta me contó luego, llegamos tarde. La trampilla daba a un pasillo estrecho que comunicaba con un par de habitaciones. En el primero había otro guardia que habían dejado por la noche y un cadáver: el del

político, quien había muerto de un tiro, justo el que habíamos escuchado tras del que me había inutilizado. Por lo visto, el pobre hombre había sido torturado y, cuando les pillamos por sorpresa irrumpiendo en la nave, lo mataron. Qué rabia me daba fallar. Y más aún porque mientras todos entraban en esa primera sala, tan solo fue el vampiro restante quien se dirigió a comprobar la otra sala del sótano. No tuvo ninguna oportunidad. Allí dentro, junto con armas y equipos, había una decena de mutados que le partieron el cuello (un disparo, aun con silenciador, se habría oído) y después estacaron antes de que pudiera dar la alarma. Atzir'itz estaba acabando sin problemas con el mutado cuando el padre Bruno, al sentirlos, gritó en señal de alarma. De inmediato estaban dentro y la acólita de Marta, que había estado en el umbral de la puerta, había acabado inconsciente en el suelo, tras que la sorprendieran con su increíble velocidad y se la quitaran de encima con algo tan sencillo como golpearle la cabeza contra la pared que tenía al lado. También apagaron las luces de la habitación, con lo que Marta se quedó sin saber qué hacer. Tenía sus hechizos en recámara pero no podía ver en la oscuridad. Por lo que me contó, comenzó a escuchar golpes y sonidos de pelea sin un solo grito. Algo para ella escalofriante pues se imaginaba a esos enemigos invisibles que podían cortarle en cuello o pegarle un tiro en cualquier momento. Por ahora no había habido disparos, tan solo ruidos de hueso contra hueso o metal contra metal. Como estaba cerca de la pared derecha de la estancia, retrocedió despacio hasta sentirla contra su espalda. Entonces, colocó su mano diestra cerca de su rostro y se centró en el oído y el tacto. A la mínima que notara que alguien se le aproximara le iba a dar igual que fuera aliado o enemigo: pensaba lanzar la flecha de la cazadora. Pasaron unos interminables segundos. El padre Bruno debió de hacer algo porque de repente el crucifijo de plata que llevaba al cuello con una fina cadena estaba iluminándose. Pese a la escasa claridad, Marta pudo ver que tan solo Atzir'itz y el licántropo seguían en pie, este último bastante malparado. ¿Es que esos mutados eran de un nivel superior? Entonces el cura susurró «confío en vos, hacedlo» y, de repente, brilló. Brilló como si su piel contuviera un sol que crecía en su interior, dejando ver sus venas y sus huesos; posiblemente hasta hubiera dejado ver su corazón a través de las costillas si no hubiera estado vestido con su sotana. Era como si una estrella hubiera entrado en él y amenazara con hacerlo explotar en una brutal supernova. Todos los allí presentes —Marta, los vampiros, el incubo y el hombre lobo— se quedaron capturados por su luz. Unas alas hechas de puro blanco salieron de golpe de su espalda y se abrieron. Entonces, el padre Bruno se acercó a los mutados. Marta se dio cuenta de que todos ellos, incluidos Atzir'itz y el licántropo, querían huir pero no podían. Ella tampoco podía moverse; sin embargo, como humana que era, no se veía tan afectada como sus dos compañeros, quienes por sus ojos y el humo oscuro que salía de su piel parecían estar sufriendo. El cura, si es que todavía se trataba de Bruno, tocó a cada uno de los enemigos en la frente. De inmediato, la luz blanca entraba en ellos y salía por sus ojos y boca, rompiéndoles los globos oculares y manchando la manga del padre con polvo, el mismo polvo que ya eran sus cadáveres y caía al suelo. La descomposición de los mutados se había acelerado y era casi instantánea. Marta sintió miedo. Por una parte, sabía que era su señora Arianhrod quien le había pedido a Violeta que se llevara al padre pero, por otra, aun teniéndolo en su bando era un poder sagrado demasiado fuerte y, sobre todo, pertenecía a una deidad distinta de su diosa.

En pocos segundos estuvieron todos los mutados, quienes por lo que me contó Atzir'itz serían milenarios, pulverizados. Entonces el padre pareció dudar, como si también quisiera acabar con ellos. Pero fue solo un instante. De inmediato la luz se fue, como si nunca hubiera estado allí, y el padre cayó exhausto al suelo. Se fueron de allí. Cogieron a los heridos y subieron a donde yo estaba.

Más tarde hablé con Bruno. Era un ángel. Un puto ángel. Bruno había escuchado una voz que le pedía fe, que confiara en él, que le dejara entrar. Un ángel tomó posesión temporal de su cuerpo y acabó con nuestros enemigos, pasando así el cura su segunda prueba. También hablé con Atzir'itz, un guardia de mi abuelo que jamás ha sentido miedo ni retrocedido ante el enemigo y, ante esa luz blanca y pura, supo que no podría hacer nada si el ángel le hubiera tocado. Mi abuelo no era un demonio de su religión pero daba igual. Estábamos muertos si el cura así lo deseara. Sin duda mi rey lo sabía pero yo, que todavía recordaba esa fe pura que experimenté a través de ese demonio del primer plano, sentí miedo. Como Marta me confesó haberlo experimentado. Yo había cambiado de liga pero este cura parecía ser capaz de invocar seres contra quien yo era un cero a la izquierda. Bien. Eso me anclaría a la realidad, porque lo de ser una princesa súcubo poderosa se me estaba subiendo a la cabeza.

Volviendo a la nave, cuando mis aliados salieron del sótano se trajeron consigo el cadáver del humano. Seguramente a su mujer le gustaría poder llorarle y darle sepultura. Como yo no me estaba curando (de hecho, dolía como el demonio, y no me refería a mi abuelo), salieron rápido para poder llevarme a uno de los hospitales del Consejo. Nada más llegar a mi altura, Atzir'itz dejó a la bruja inconsciente en el suelo y me cogió en brazos. El licántropo llevaba al político y el vampiro que me había estado ayudando bajó a por el cuerpo sin vida de su compañero. Yo llevaba la camiseta del chupasangres enrollada sobre la herida, para hacer presión. El vampiro que había estado copiando los datos de los ordenadores de la oficina se nos unió y levantó a la bruja inconsciente. Estábamos saliendo de la nave cuando, dado que yo miraba hacia arriba, las vi. Las lucecitas de la alarma, esas que el vampiro de afuera había desactivado. Estaban encendidas. No fruncí el ceño pues el dolor ya tenía mis rasgos contraídos; sin embargo, me extrañé: ¿estaba sonando la alarma? Y si era así, ¿por qué, si nuestro *hacker* la había desactivado?

Ambas buenas preguntas y, si hubiera pensado más en ellas, me habría podido ahorrar futuros problemas. Pero entre el dolor y que al abrir la puerta de la nave nos topamos de bruces con una jodida hermana sangrienta... pues eso, que se me olvidó. Una tiene siempre presente aquello que le dijo su padre de no meterse con ellas y lo cierto era que, vestida con su armadura de batalla, ese tabardo negro con la cruz roja, imponía y mucho. Por mi mente comenzaron a pasar todas las historias que había escuchado sobre ellas. Parecía que el chute que me estaba metiendo de almas me estaba volviendo gilipollas, pues lo que aquí se necesitaban eran reflejos rápidos. Por suerte mi bruja favorita tenía preparado ese hechizo de aturdimiento que había usado en el ascensor del Vaticano y, casi a la vez que nos gritaba que cerráramos los ojos, lo lanzó.

La única de las suyas que seguía consciente no reaccionó a tiempo. El licántropo la cargó sobre sus hombros. La monja no se esperaba encontrarse con nuestra comitiva de bruces, así que se quedó allí, inmóvil, mientras la sorteábamos y pasábamos de largo. A toda velocidad, entramos y pusimos en marcha los vehículos. Este hechizo debía de ser de más nivel que el del Vaticano, pues la monja estuvo algo más de tiempo sin poder reaccionar. Cuando lo hizo, ya estábamos perdiéndonos calle abajo. Pese a mi herida, giré mi cabeza para mirarla a través de la ventanilla. Nuestros ojos se encontraron y vi sed de sangre en los suyos. Me estremecí. Sin duda yo era su presa. Si no por mi pierna inutilizada juro que habría mandado a la mierda todas las advertencias de mi padre y me habría bajado para pelear con ella. Porque no soy la presa de nadie. Pero no era el momento. Ella debió de ver mi deseo de pelea. Pero solo fue un fugaz segundo. El coche giró y la perdí de vista, no sin antes ver que ella parecía decidir que no podría alcanzarnos.

Perfecto.

No tenía dudas de que volvería a encontrármela. Solo tenía que curarme y estaría más que lista

para pelear con ella, por muchas muertes demoníacas que se asociaran a las hermanas sangrientas. Daban miedo sí. Como yo siempre decía, no temo a la noche ni a la oscuridad porque yo misma era una de las criaturas temibles que allí prosperaban. Las monjas eran diferentes, eran luz. Sin embargo, yo era una princesa súcubo y dudaba mucho que esa hermana sangrienta llegara al nivel del cura de convocar ángeles. Sí, el cura... Aquel resplandor cegador de la fe del padre Bruno había sido terrible pero también único y mi abuelo era un ser de poder ancestral. Si algo había heredado de él, podría enfrentarme a la monja y, sin duda, sería una buena pelea.

Sonreí.

Animada por la anticipación había hasta relegado ese dolor infernal a un segundo plano.



La hermana de la orden Custodia di Sanguine por fin encontró a su presa. Sin embargo, el hechizo de una bruja la había aturdido, impidiéndole actuar y poner punto final a su misión. Daba igual. Cada vez estaba más cerca de ella y, esta vez, casi la había pillado. Sin duda la próxima llegaría a tiempo y, ahora que sabía que tenía como aliadas a brujas poderosas, se haría con protecciones contra el mal orientadas a la magia. Las que llevaba eran para salvaguardarla de los poderes mentales de las súcubos o los vampiros. Una pena. Porque con todo su cuerpo, su ropa y sus armas rebosando bendiciones, estaba convencida de que su potencia era más que suficiente como para haber acabado con ese grupo entero ella sola.

Ya que su cacería debería esperar un poco más para ser concluida, decidió entrar en la nave para averiguar qué había llevado allí a la demonio. Nada más entrar, vio la reja del foso apartada y la puerta arrancada de la trampilla. También las luces de alarma. Consideró sus opciones unos instantes y decidió entrar en el sótano. Allí halló armas y equipo. También vio restos de sangre. Juntó sus manos y oró una breve oración destinada a identificar el mal. Allí, en la sala donde debían de haber torturado a algún humano, vio brillar algunos cuchillos y un montón de polvo. Este último pertenecería al cadáver de uno de esos extraños nuevos vampiros. Viendo que allí no había nada para ella, se dispuso a marcharse del sótano cuando de repente el rezo le avisó de que el mal se aproximaba. Le dio tiempo de sacar sus pistolas y esconderse detrás de la puerta abierta de la habitación antes de que ellos entraran. Eran diez mutados armados que en un visto y no visto habían entrado al sótano de las manchas de sangre, con las pistolas desenfundadas, en una formación que, gracias al rezo de la monja, relucía marcándolos como enemigos. La mujer imaginó que venían por la alarma que había activado su presa. No parecían haber tardado mucho, posiblemente serían los que simulaban ser personal trabajando en esa nave durante el día. Bien. Pese a la clara inferioridad numérica la hermana sangrienta sonrió. Se le había escapado la súcubo pero hoy no volvería a la iglesia sin purificar un poco el mal de este mundo. Como gracias a una de sus protecciones ellos no iban a escuchar ni el latir de su corazón o el inhalar de su aliento, se preparó y, mientras estaban entretenidos intentando averiguar qué había pasado en la sala, salió de su escondite y les disparó a bocajarro.

Sus balas, de munición explosiva con astillas de madera, se cargaron a cuatro de ellos antes de que reaccionaran. Pero seguía habiendo seis y ese no era un buen lugar para pelear, por lo que la monja salió de inmediato al estrecho pasillo de sótano y apuntó hacia el umbral de la puerta. Era consciente de que quizás hubiera alguno más afuera vigilando y que en cualquier momento podría entrar a por ella.

—Tú... —bufó uno de los vampiros, quienes se habían girado hacia ella y también la apuntaban con sus pistolas—. ¿Qué has hecho con el humano que había aquí?

—¿De quién se trataba? —contestó la hermana con otra pregunta, pues realmente le gustaría saberlo.

—Hacerte la inocente no te va a servir. Vas a hablar. Tú decides lo doloroso que va a ser antes de contárnoslo.

La mujer le miró con sus ojos verdes, angelicales y en claro contraste con su pecaminoso cabello rizado y pelirrojo. Era un vampiro, como todos los demás y era fácil debilitarlos por sus apetitos. Sin embargo, no pareció funcionar. Ni el que había hablado ni los demás se dejaron distraer por su aparente vulnerabilidad o por esa belleza por la cual había sido elegida como un arma contra ellos y reclutada de niña.

—Esos trucos tampoco te servirán. Por si matar a nuestros compañeros no fuera suficiente, tu cruz deja más que claro lo que eres.

Una pena.

Y si no había sido su aspecto lo que les había hecho hablar en vez de atacar, era que venían refuerzos en camino. La hermana sangrienta no sentía ningún deseo de que la atacaran por la espalda. Quizás, después de todo, ese pasillo no había sido tan buena idea, pues no le dejaba apenas margen de maniobra. Entonces, casi al unísono, tanto los vampiros de la sala como ella dispararon. Los nosferatus a sus piernas y brazos, pues querían cogerla viva para interrogarla sobre la localización del prisionero. La monja al corazón, pues quería acabar con ellos antes de que la atacaran también por detrás.

Tarde.

Tres de sus balas estaban volando cuando sintió el mal repentinamente cerca. Disparó la última, pero sabía que no daría en el blanco porque acaban de agarrarla, moviéndola. Entonces sintió varios impactos de bala. Dolieron, pero tanto las bendiciones como el mono de kevlar que llevaba bajo su vestido impidieron que la bala traspasara su armadura. Tres de sus balas, sin embargo, dieron de lleno o en el corazón de los nosferatu o cerca de estos, lo suficiente como para que, cuando la munición estalló dispersando astillas de madera, algunas de estas se clavaran en el órgano vital provocando su muerte. Sin embargo, pese al placer que solía provocarle acabar con vidas impías, la hermana no pudo alegrarse en esos momentos pues el nosferatu que la había agarrado por detrás y tiraba de sus brazos para inmovilizarla era fuerte. Parecía que incluso más que ella, quien con sus bendiciones igualaba sin problemas a un vampiro milenario. Y de inmediato tuvo al que quedaba ileso en el cuarto frente a ella y dándole puñetazos en el rostro.

Escoria...

Pretendían agotar sus protecciones para después torturarla e interrogarla. Quizás incluso mancillar su cuerpo violándola.

No pensaba permitirlo.

Había tenido bastante de tortura, tanto física como mental, en sus años de entrenamiento. Desde luego, tenía que seguir siendo virgen o no le serviría a la orden.

Así pues, ya que no parecían estar funcionando sus intentos por desequilibrar al de detrás con sus pies o de soltar sus brazos, que tenía retorcidos hacia detrás e inmovilizados, decidió comenzar a rezar. Las hermanas Custodia di Sangue no solían realizar exorcismos, pero eso no quería decir que no pudieran hacerlos. Comenzó. Entre golpe y golpe, sus labios se abrían y cerraban, y en breve las palabras debilitaron a sus captores. Justo a tiempo, pues sus protecciones físicas estaban a punto de acabarse.

—Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incurtio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica, in nomine et virtute Domini Nostri Jesu Christi, eradicare et effugare a Dei Ecclesia.

Ya los tenía. Logró soltar una de las muñecas y sacó varios viales de agua bendita, que arrojó primero contra el que aún la golpeaba y después contra el de detrás. Sacó dos estacas y peleó con ellos sin dejar de recitar. Eran fuertes, mucho, sobre todo el que la había sorprendido por detrás, pues seguían luchando sin quedarse inmovilizados por su rezo. Le dio igual, golpeó con el codo para después estacar al de delante y a continuación se centró en el otro. Rezó hasta que se quedó quieto y entonces, en lugar de acabar rápido el exorcismo para eliminarlo, comenzó a orar más despacio. Era delicioso verle sufrir, inmóvil, con esa mueca de odio congelada en su rostro mientras ella iba purificándolo, matándolo, poco a poco. Le gustaba, sentía placer al someter a un enemigo, más aún si era tan fuerte como ese demonio. Ella era el bien y la justicia y el mal debía ser erradicado. Pero despacito... se había ganado disfrutar un rato. Cuando acabó, estacó también su corazón y tardó unos segundos en marcharse. Tenía que serenarse, que dejar de respirar de manera tan agitada. Y entonces comenzó la culpabilidad porque su Señor no miraba bien que ella disfrutara tanto de su tarea. Volvió a rezar mientras salía, esta vez como disculpa, como inicio de la penitencia que le daría el padre confesor. Era pecado sentir ese placer y ese deseo de infringirles dolor. Pero no podía evitarlo. A ella se lo habían hecho, y mucho. En sus pesadillas todavía recordaba esa vena sádica de sus maestros.

Era mujer, era pecadora, era indigna.

Apresuró sus pasos para volver a la iglesia y, así, poder confesarse y quitarse ese peso de su alma.

VEINTIOCHO

—Se viene conmigo. Arianhrod podrá ayudarla —escuché que decía Marta, hablando de mí como si yo no estuviera presente.

Una costumbre de lo más molesta, sobre todo cuando era yo la ignorada. Los vehículos habían parado hacía nada en la puerta de la casa de mi amiga para dejar allí el cadáver del político. Entonces, uno de los vampiros había dicho que me llevaban a uno de los hospitales del consejo, Atzir'itz había sugerido que mi lugar estaba en el sexto infierno y Marta, que últimamente parecía muy unida con mi hermana de magia negra, acababa de afirmar que me quedaba con ella.

—Casio no estará de acuerdo con eso —le contestó el chupasangres.

Un encanto por citar a mi prometido pero... ¿no era el que hablaba el *hacker* que tan mal había desactivado las alarmas?

—La magia la curará. La matriarca sabrá cómo.

—Necesita un buen hospital, con laboratorios de análisis para averiguar por qué no está regenerando.

—Os repito —volvió a intervenir mi íncubo tocapelotas favorito—, que en el sexto infierno la curaremos sin problemas.

—Chicos —carraspeé para atraer su atención, algo no tan sencillo ya que yo era la única de los allí discutiendo que no había salido del vehículo—, que yo decido a dónde voy.

—Señora... —reconoció Atzir'itz mi derecho a decidir.

—Voy al hospital. Los mutados no juegan con magia, más bien ciencia y alquimia y, si algo hay que reconocerle al Consejo, es que sus instalaciones son impecables y con lo mejor que la tecnología humana puede ofrecer.

Marta comenzó a protestar y el vampiro sonrió con suficiencia. Le miré mal. Algo que tampoco era ninguna novedad ya que en general su raza tenía un ego insufrible.

—Estaré bien, Marta, y en cuanto me cure vendré a verte.

No muy convencida, me contestó:

—De acuerdo. No te preocupes por la esposa del político, yo me encargo de darle la mala noticia.

Eso no se lo envidiaba, para nada.

—Suerte.

Me despedí de ella. Atzir'itz se volvió a sentar a mi lado y los vampiros arrancaron de nuevo los coches. Esperaba que pudieran ayudarme. Llamé a Casio. Se mostró preocupado al enterarse de que estaba herida y me aseguró que iba de inmediato al hospital. Me relajé un poco. Después, hicimos una breve parada para dejar al padre Bruno en el piso franco (ni de broma llevaba yo a un cura a un edificio repleto de vampiros). El mundo podía ir camino de irse a la mierda pero, en estos momentos, a mí me tocaba descansar un poco. Acabé recostando mi cabeza contra el hombro de Atzir'itz y cerré los ojos. Dolía, pero también me sentía extrañamente a salvo. Debí de dormirme. Cuando se detuvo el vehículo Casio estaba esperándonos. Pese a que no le hacía gracia, Atzir'itz dejó que fuera mi prometido quien me cogiera en brazos para colocarme en la camilla. Más tarde, horas más tarde, me enteré de que había una mezcla de microorganismos

encapsulada dentro de la bala y que su composición bioquímica estaba diseñada para evitar la regeneración vampírica. Además, esos microorganismos podían reproducirse. Estaba claro que los mutados habían invertido recursos en la investigación. Ver hasta dónde habían llegado resultaba incluso escalofriante. Estuve allí, hospitalizada, más de un día hasta que dieron con el modo de neutralizarlos. Entonces, me acercaron la daga de mi abuelo para que me curara con uno de los enfermeros. Casio estuvo velándome casi todo el rato. Atzir'itz también. Me habría gustado observar en detalle ese mal humor que ambos parecían compartir por el hecho de no ser los únicos que me cuidaban. Sí... ya lo creo que sí. Pero estaba agotada, algo no muy habitual en mí. Me explicaron que era otro efecto de esa bala pero tampoco es que me importara mucho pues tan solo quería descansar, curarme y dormir.

Cuando por fin abrí los ojos, mi pierna estaba regenerada del todo, yo me sentía normal otra vez y me cabré bastante conmigo misma precisamente por eso. Marta me necesitaba; mi abuelo y Bruno también. De inmediato, le pedí a Casio un informe de la situación. En medio de un «todo está bien, no te preocupes» me dijo que la humana seguía con Marta, que iban a enterrar al político, que Bruno estaba a salvo en el piso franco y que no parecía haber mucha actividad de nuestros enemigos.

—¿Había algo en esos ordenadores de la nave industrial? —le pregunté.

—Nada. —Se encogió de hombros.

¡Qué rabia! Estuve a punto de decirle si habían visto el disco duro de mi cazadora pero entonces Atzir'itz intervino en la conversación, diciéndome que Marta había llamado a menudo para preguntar por mí y que había dejado recado de que la llamara para tranquilizarla cuando me curaran. Casio, que sabe lo que la aprecio, me sonrió, dio un beso en la frente de despedida y dijo que me dejaba para que acabara de recuperarme y pudiera llamarla. Bien. Perfecto. Pero de beso en la frente nada, no me gustaba esto de ser la enferma o de que mi novio se volviera tan paternal. Le sujeté antes de que se separara demasiado de mí y rectifiqué ese beso donde tenía que estar: en mis labios. Atzir'itz nos miró con expresión imperturbable y se despidió a continuación. Conociéndolo, no iría muy lejos, quizás al otro lado de la puerta en el pasillo. En todo caso, le agradecía el gesto y, una vez a solas, llamé a mi amiga.



Marta caminó hacia la entrada de su casa seguida por sus dos acólitas y por el vampiro que cargaba con el cuerpo muerto del esposo de aquella a quien protegía bajo su techo. Se detuvo ante la bruja que estaba de guardia en la puerta en esos momentos.

—¿Dónde está la mujer?

—En el jardín trasero, con su hijo.

—Envíale a alguien para que le diga que la espero en mis aposentos. El niño que no venga. Que preparen también la enfermería.

Con un cabeceo, le indicó a sus dos acólitas que se dirigieran hacia ese último lugar. En cuanto al vampiro, no le hacía gracia permitirle entrar en su casa (por más que Violeta se hubiera aliado con ellos, unos seres que vivían de perforar gargantas y chupar sangre seguían resultándole desagradables, más aún cuando podían utilizar sus habilidades para intentar «hechizarla» y que se dejara morder).

—Danos el cuerpo y vete —le dijo con sequedad.

—Las brujas no me dan órdenes.

—Me da igual si esperabas un «por favor». Deja el cuerpo y vete.

Marta se asombró a sí misma contestándole con tanta seguridad. Ella no solía ser así. Pero llevaba el cadáver de un buen hombre, un político que no quiso dejarse comprar ni aun siendo su vida el precio. Estaba cansada de tanta tontería. Ese vampiro se largaría y punto porque para algo estaba bajo las órdenes del prometido de su amiga. No pensaba dejarse intimidar por esos ojos rojos que parecían desear matarla lentamente pero que no podían. Ya no. Y el nosferatu pareció darse cuenta porque dejó el cadáver en el suelo y se dio media vuelta. La matrona le pidió ayuda a la bruja que estaba de guardia para llevarlo a una de las habitaciones vacías de invitados. Lo dejaron sobre la cama. Una acólita llamó para decir que la humana la estaba esperando. Sin perder tiempo en asearse un poco, Marta se dirigió para allí. No pensaba hacerla esperar.

—Marta... —la saludó Ainhoa preocupada en cuanto esta entró en el pequeño y acogedor saloncito que tenía anexo a su dormitorio.

—Toma asiento, por favor —le contestó apenada.

—¿Mi marido? ¿Lo habéis encontrado?

—Por favor. —Señaló la butaca.

Ainhoa palideció, entendiendo lo que tener que recibir la noticia sentada implicaba. Con movimientos rígidos, como de una autómatas, se sentó. Marta la miraba con tristeza e hizo lo mismo levantando una silla para que quedara frente a la de la mujer.

—Los mutados que raptaron a tu marido buscaban que promoviera el desarme. En todos los países están haciendo lo mismo. Cuando el mundo humano ya no tenga sus misiles, bombas, tanques y otro armamento para defenderse, serán presa fácil de esos monstruos.

—He visto las noticias. Imaginaba algo así. ¿Le habéis encontrado? Mi marido, ¿mi marido está bien? —preguntó con un hilo de voz.

—Tu marido es un héroe. Se ha negado a ceder, a dejar que España sea un blanco fácil para ellos. Ha muerto con honor.

La mujer ahogó un grito tapándose la mano con la boca. Sus ojos comenzaron a llorar. Su cuerpo se tensó de la angustia.

—Juanan no era un héroe. No dejaría a su hijo así, sin padre —sollozó pasados unos minutos, cuando su cuerpo se derrumbó al final sobre la butaca dejando escapar toda su pena, como si esta pudiera así aliviarse y no siguiera destrozando su corazón.

—No cediendo os ha dado una posibilidad a ti, a tu hijo y a todos los demás niños. Es un héroe. Lloro por él y luego pelea para que lo que ha hecho sirva para algo.

Marta misma estaba llorando. No podía ver así a la mujer sin dejarse arrastrar por su dolor. Sin embargo, sabía lo que se les venía encima y ella misma deseaba esconderse en algún rincón y volver a ser la Marta que era antes, una moon-wolf débil más. Alguien en quien nadie se fijaría, anónima, invisible, una bruja sin apenas poder a quien no merecía la pena ni dar una patada. Diosa... Con lo sencilla que era su vida hacía unos meses y ella sin saberlo... Pero no pensaba hacerlo. No podía. Arianhrod la necesitaba. Violeta la necesitaba. Sus acólitas la necesitaban. Y esa mujer, esa simple humana que había aparecido en sus visiones, también la necesitaba. Era el momento de no dejar que se rompiera por la desesperación, de hacerla reaccionar. Si su diosa se la había mostrado, ella tenía que ser importante. ¿Tenía contactos, no? Si su marido había caído, si los mutados atacaban, si pasaba lo peor y peleaban por evitar el fin del mundo, alguien tendría que plantarse y hacer que los humanos lucharan.

Era una locura, pero sentía que tenía que hacerlo. Sin secarse las lágrimas, se medio incorporó,

agarró con sendas manos los reposabrazos de la butaca de Ainhoa y con su rostro a un palmo de distancia del de ella continuó:

—Toma su relevo. Sal en la prensa y en las redes aunque ellos quieran callarte. Cuenta lo que hay. Llama a los guardaespaldas de tu marido para que os protejan y yo misma te pasaré un par de brujas y le pediré a Violeta que me ayude a defenderte. Deja que la gente se entere de lo que ocurre. Desvélo todo. Que dé igual que te llamen loca. La magia existe, los monstruos existen y están aquí para destrozaros. Acusa a la Iglesia de saberlo y acallarlos. Crea una revolución en las redes, cuenta tu experiencia. Hay una fecha para el fin del mundo y estamos peleando para evitarlo. Ahora que tu marido no está buscarán otro modo de desarmar vuestros ejércitos. No lo permitas. No dejes que su sacrificio haya sido en vano.

—No puedo, es demasiado.

Marta la miraba muy de cerca, con pasión y vehemencia en la voz. Pero era demasiado...

—Sí puedes. Piensa en tu hijo, en que tenga un futuro diferente a acabar asesinado, tirado en la calle con su cuerpo roto y desangrado. ¿Quieres ver cómo le arrebatan la vida sabiendo que te llama pidiendo ayuda y no eres capaz de ayudarlo?

Ainhoa dejó escapar un grito horrorizado.

—¿Qué crees que vi en mi visión y de qué crees que os salve? El fin del mundo es el veintiuno de junio. ¡¡¡Reacciona!!! —la agarró por los hombros y sacudió.

Ainhoa continuó llorando, pero sus ojos se endurecieron como buscaba Marta. Había visto la fuerza que ocultaba en su interior esa mujer de aspecto frágil. Sabía que no se rendiría. Sentía no dejarle tiempo para estar de duelo.

—¿El veintiuno de junio? ¿En menos de tres meses?

—Sí.

—¿Me ayudarás a mantener a mi hijo a salvo?

—Sí.

—De acuerdo. Cuenta conmigo. Pero el niño no se viene conmigo. Diremos que ha muerto. Yo voy a ser un blanco y quiero que él esté a salvo: protégelo.

Marta se sintió extraña. ¿Desde cuándo la gente le decía «cuenta conmigo»? En cierto modo, la responsabilidad, el no ser capaz de cumplirla, la aterraba. Pero más asustada estaba esa mujer y ella tan solo era humana, sin poderes, sin magia. Otra heroína, como su marido. Haría lo imposible para no fallarle.

Muy seria, le tendió la mano y ella se la estrechó. Se miraron, ambas con las mejillas mojadas y los ojos brillantes. Una estaba destrozada pero decidida, la otra sabía lo que de verdad se les echaba encima y buscaba con desesperación convencerse de que podría estar a la altura, *debía* estar a la altura.

Cuando de niña veía series en la televisión donde los protagonistas tenían superpoderes, vencían al mal y hacían hazañas asombrosas nunca imaginó que la motivación podía ser algo tan sencillo como proteger a tu hijo y por extensión a todos los demás niños o, como en su caso, porque alguien tenía que hacerlo. Tanto su mejor amiga como su matriarca necesitaban la ayuda de una casa de brujas fuerte, la que antaño fue la casa de la luna llena, y ella no podría vivir sabiendo que las dos morían peleando mientras se quedaba escondida sin hacer nada más que intentar volverse invisible de nuevo.

Sintió como si prendiera una luz en su interior que la llenó de calidez.

A veces una bruja simplemente tenía que hacer lo que tenía que hacer.

VEINTINUEVE

—¿Marta? Soy Violeta.

La saludé en cuanto descolgó el teléfono.

—¡Violeta! Menos mal, ¿estás ya bien?

—Les ha costado pero han conseguido curarme. Parece que los mutados tienen una munición especial anti-vampiros que neutraliza su regeneración. Lo malo es que llevo más de un día desconectada... dime, la mujer del político, ¿cómo se encuentra?

Escuché una respiración más profunda al otro lado de la línea.

—Uf, mal. Pero lo está superando. Y se está esforzando por abrirles los ojos a los demás ante lo que se avecina. De hecho, necesito tu ayuda.

—¿Aún no he salido del hospital y ya necesitas mi ayuda? Córdete un poco —bromeé.

Daba gusto volver a hablar con Marta. No me trataba como si hubiera estado a punto de romperme, como Casio y Atzir'itz.

—Si supieras... Incluso le he prometido tu ayuda.

—¿A quién?

—A Ainhoa. Tenía que darle un empujoncito para que no se derrumbara. Le dije que me ayudarías a defenderla. Vamos, mándame a un par de vampiros de los de tu prometido o algo.

—O algo. —Sonreí.

—Mira, Arianhrod me ha conseguido un lugar seguro para su hijo y lo hemos mandado allí. Pero la madre tiene que asistir a eventos, darse a conocer por las redes... Vamos, que ya ha dado un par de entrevistas para los medios con motivo del funeral de su marido que va a ser mañana y ahora mismo hay una gran polémica sobre si está loca o de verdad los vampiros existen.

—¿¿Qué?!?

Casi se me cae el móvil al suelo. ¿Qué cojones me estaba contando Marta?

—¿Pero tú estás loca? Si lo desvela el Consejo la matará. ¡Es un puto suicidio!

—¿Loca? ¿Y me lo dices tú que siendo un demonio me acompañaste al Vaticano a robar un grimorio?

De verdad que si no llevara un gotero conectado al brazo me levantaba y comenzaba a pasear. Solía hacerlo cuando me sentía encajonada en una habitación demasiado pequeña para la mala leche que se me estaba poniendo.

—Marta, que la van a Matar, joder.

—No. Tu abuelo me ha asegurado que el Consejo no va a ir a por ella.

—¿Qué mi abuelo qué?

¿Y por qué cojones Atzir'itz no me había puesto al tanto en vez de interesarse por mi salud como si fuera una mamá gallina? (Lo cual no le pegaba una mierda aunque fuera sexy en su papel de no-novio preocupado).

—Vino a verme.

Ahora sí solté el móvil. Se me cayó en el regazo pero daba igual. ¿Qué hacía mi abuelo visitando a una humana? Era más: ¿qué tenía el rey del sexto infierno con esta bruja que incluso vio con buenos ojos que yo la acompañara al Vaticano?

—¿Violeta? ¿Sigues allí? —escuché que me decía.

Volví a sujetar el móvil.

—Sí. De verdad que no lo entiendo.

—Yo tampoco. Lo cierto es que todo esto se me ocurrió a mí en un momento de inspiración. Ella está a punto de romperse por la pena y yo no quiero que España apruebe el desarme y nos quedemos indefensos frente a esos mutados. Y la Iglesia que lo sabe no dice nada... De verdad, tenía que hacer algo. Pensé en las redes sociales, en los medios, en que ella es ahora mismo una persona mediática... Y le prometí ayuda.

—Ya.

Diría que increíble pero considerando que se trataba de Marta, alias *supuesta-bruja-dura-que-en-realidad-es-una-mosquita-muerta-que-evolucion-a-en-matrona-bruja-suicida*, mejor me callaba.

—Bueno, no sé cómo pero tu abuelo se enteró y se me apareció para asegurarme que tú me ayudarías y que él se encargaría de que el Consejo no interfiriera.

Que yo le ayudaría...

«Atzir'itz, bonito, ¿dónde estás?» —pensé como si este fuera un perrito—. «Porque cuando te pille te vas a enterar... Pues estoy segura de que mi abuelo te ha informado, ya que eres mi puñetero guardaespaldas».

—En fin, ¿no te enfadas, verdad? —continuó—. No podía dejarla así. Y además parece que está funcionando, la gente hace preguntas e incluso hay quien está diciendo por *YouTube* que ellos también han visto cosas raras o gente con colmillos.

Señor... me llevé la mano zurda a las sienes, como si así pudiera aliviar toda esta avalancha de información que jamás habría creído posible. ¿De verdad que la mujer del asesinado ministro de defensa estaba diciendo que a su marido lo mataron unos vampiros?

—No, tranquila. Te ayudaré. Y más vale que sea pronto, no vayan a intentar atacar en el funeral. Ahora mismo hablo con Casio y cuenta conmigo para estar allí. Vas a ir, ¿verdad?

—Sí.

—Vale. Ya me da miedo preguntar si hay alguna novedad más.

—¿Miedo tú? Anda ya.

—Menos bromas, Marta, que contigo no gano para sustos. Te recuerdo que lo del Vaticano fue todo idea tuya.

—Nada más, prometido. Bueno...

Mierda.

—¿Bueno?

—Sí, pero no es nada... Solo que desde que soy matrona de vez en cuando oigo voces en mi cabeza. He hablado con Arianhrod y parece que son antiguas matriarcas pero yo... No digas nada, se supone que es algo secreto.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque me daba cosa mentirte. A ti no. Además, sé que puedes guardarme el secreto.

—Claro. Ostrás, ¿no te hablará Sonia, a la que mataste?

—Eh... creo que al principio era ella pero ahora creo que es otra, una más antigua. Y otra cosa... —dudó.

—Dime.

—¿Sabes eso del hechizo en el foso ese?

Asentí y, como ella no podía verme, vocalicé un escueto «sí».

—Pues yo creo que algunas brujas no son de fiar.

—Toma, como que han intentado matarte —ironicé.

—No por eso. Yo creo que pueden estar trabajando a espaldas de Arianhrod, incluso aliadas con los alquimistas.

—Pero tampoco es algo que puedas ir contando —entendí.

—Eso es.

—Gracias por contármelo. ¿Algo más?

—No. Ahora sí está todo —escuché un leve eco divertido en su voz e imaginé su sonrisa.

—De acuerdo. Ten mucho cuidado, Marta. Ahora te dejo, que tengo que hablar con Casio y con Atzir'itz, ver si me dan el alta y prepararme para el funeral de mañana.

—Gracias por todo —me susurró.

—¿Gracias? Si salimos de esta, después del día ese del apocalipsis me debes como mínimo la cerveza de toda una noche de borrachera.

—Pero sin quemar almas, ¿eh? Que si no me arruinas —bromeó.

Colgamos y le pedí a Casio que entrara. Me confirmó lo del Consejo. Por lo visto los tres triunviros, dada la fecha que habían dado las hermanas ciegas, habían decidido que empeñarse en seguir manteniendo el mundo sobrenatural oculto solo repercutiría en más muertes humanas en la batalla que sin duda se libraría ese día.

—¿Batalla? —le pregunté interesada.

No podía evitarlo. Una parte de mí siempre despertaba ante la idea de una pelea. Sin embargo, esta vez no la deseaba, no al precio de las vidas de cientos de miles de inocentes.

—Sí.

—¿No se supone que tenemos que intentar evitarla a toda costa?

—¿De verdad crees que con la mayoría de los países desarmados vamos a poder evitar el ataque de los alquimistas y de los demonios con los que se han aliado?

Bufé.

No. Por desgracia, parecía bastante infantil creer que podíamos evitarlo. No sé en qué momento había creído que, como hasta ahora los humanos no habían participado en esta guerra encubierta que nos llevábamos con ellos, podría seguir así y que no habría bajas de inocentes.

Así que solo había una cosa que podía hacer: cumplir mi misión. Hacer que el padre Bruno pasara las pruebas y esa guerra no llegara. Que diera igual lo que nuestros enemigos tuvieran planeado. Le había visto en acción y, aunque no en lo de la nave industrial, sabía de lo que era capaz. Si de verdad un ángel podía entrar en él, si de verdad había alguien capaz de evitar el fin del mundo, ese era el padre Bruno. Yo no creía en su dios pero podía creer en él.

—No te preocupes, tenemos al cura. Evitaremos la guerra pero está bien que los humanos abran los ojos y se preparen para defenderse o esconderse en refugios seguros por si acaso. Seguro que la nueva amiga de Marta, la mujer del ministro, se encarga de eso.

Nuestra conversación acabó pronto, tras asegurarme Casio que mandaría a dos docenas de hombres a custodiar el funeral, pues yo quería pedir que me dieran el alta y largarme del hospital. Y, sobre todo, quería llegar a mi casa, sin Casio, para poder encarar a Atzir'itz. Quería mucho a mi prometido pero los asuntos del sexto infierno era mejor tratarlos en privado. No era algo que pensara hacer en un hospital del Consejo.

Porque eso de que mi abuelo me había encomendado ayudar a Marta y que este no me hubiera puesto al día nada más despertarme... Eso no me hacía nada de gracia e incluso lo consideraba un fallo de quien ahora mismo era mi subordinado.



—Mi señora, no os lo conté porque el vampiro estaba delante.

—El vampiro es mi prometido y un triunviro, junto con mi abuelo. No creo que pasara nada porque escuchara que tengo que protegerla. De hecho, le he pedido ayuda para ello.

Estábamos en mi casa, en el salón. Yo con los brazos en jarras echando chispas y el puñetero íncubo mirándome con esa cara impenetrable que tanto parecía gustarle poner cuando yo me enojaba. De acuerdo, todavía tenían que durarme las improntas de todas esas almas que tomé cuando mi herida pues se suponía que yo ya no era así, que tenía más integrado mi control emocional.

«Ah, abuelo... cómo entendía eso de que tu general debía de ser capaz de lidiar con las emociones. Tan solo deseaba que no me entraran ganas de partirte la cara en plena batalla el día veintiuno de junio o sería yo la que acabaría estampada».

—Mi señora, no quería hablar de nada de esto delante de Casio porque sus vampiros han borrado datos de los ordenadores de la nave industrial y mentido sobre lo que han encontrado allí.

—¿Y eso? Oh, ¿has mirado el disco duro que cogí?

—Sí. No se ha dado cuenta pero no ya no está en su cazadora. Lo cogí y puse a salvo. Sospeché por las alarmas, ya que se activaron mientras estábamos dentro.

Las alarmas, las luces...

—¿Tú también te diste cuenta?

—Sí. Sospeché que fue el vampiro que se quedó en el vehículo.

Arrugué la frente.

—¿Por qué iba a querer eso? Es de los nuestros.

Ahora sí que estaba intrigada. ¿Qué intentaba decirme Atzir'itz?

—Si me lo permite, será mejor que le muestre lo que he encontrado en el disco duro y, después, hablarle de las instrucciones de nuestro rey.

Vale. No parecía mala idea.

—De acuerdo.

Atzir'itz se giró y salió de mi salón. También de mi casa. Volvió unos veinte minutos después con un portátil. Mejor no le preguntaba ni de dónde lo había sacado ni adónde había ido a buscarlo. No obstante, debió de leer mi rostro porque, mientras lo apoyaba en la mesa y lo encendía, me comentó:

—No podía usar el suyo, no sé si ese vampiro tiene acceso.

Imaginé que por «ese vampiro» se refería a mi prometido. Decididamente, cuando todo esto acabara tendría que volver a hablar con Atzir'itz, pues por el tono de voz con el que se había referido a Casio (así como por la manera en la que el aire de mi habitación del hospital había parecido enrarecerse con tanta testosterona junta, haciendo difícil respirar otra cosa que no fuera su no pronunciado gruñido de «mía») yo apostaría a que estaba celoso y que se le estaba olvidando eso de que entre nosotros jamás podría haber nada.

—Enséñame qué tienes. Espero que justifique todo este secretismo.

Apartó la mirada de la pantalla para centrarse en mis ojos. Su rostro dejó por un momento de mostrar esa expresión impenetrable y su boca se curvó en una mueca que me dio escalofríos. Parecía una sonrisa pero no era de burla, más bien de una especie de placer retorcido. Fruncí el

ceño y centré mi atención en la pantalla. Él hizo lo mismo y abrió un video.

—Estaba en el disco duro. —Fue toda su explicación antes de darle al *play*.

Era una habitación pequeña, con unos grilletes anclados a la pared que me sonaban demasiado. Mi corazón se ralentizó de repente, porque reconocí la bodega donde tuvieron preso a Casio y lo torturaron una y otra vez. ¿Qué iba a ver? ¿Cómo lo hacían? Eso sería de muy mal gusto. Me giré de golpe hacia Atzir'itz.

—Mi señora, espere —me dijo con tono firme en cuanto yo abrí la boca para pedirle explicaciones o que lo quitara.

—¿Es que quieres que vea cómo le hacen daño?

—Espere, por favor. Tiene que verlo.

Muy bien. Ni le contesté. Volví a mirar la pantalla de su portátil y lo que vi me dejó sin palabras:

Allí estaba mi amor, en la bodega, encadenado. Mi corazón latió con dolor al verlo así, eso que todavía no le habían estacado el corazón con acero y, aunque su ropa estaba sucia y con restos de sangre, nada que ver con el estado de tortura en el cual me lo había encontrado cuando lo rescaté.

A los pocos segundos, debió de abrirse la puerta pues entraron un par de guardias (a uno lo reconocí, fue al que interrogué) con una mujer. No sabría decir si era o no humana. En todo caso, se la veía algo asustada. Hmm... quizás fuera un vampiro. Una mujer humana con dos dedos de frente estaría aterrada ante la posibilidad de ser encadenada y torturada.

Una vez que los guardias le hubieron cerrado los grilletes en torno a las muñecas y hubieron salido de la bodega, Casio, quien hasta entonces había estado sentado en el suelo y con los ojos cerrados, se puso en pie y la miró. Para ser mi vampiro arrogante favorito, había cierta amabilidad en sus rasgos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó en francés.

Por suerte yo conocía el idioma, pues hacía años, cuando llegué a la Tierra, estaba por aquí más de moda que el inglés o el chino.

—Sí —le contestó ella, no muy convencida, con un marcado acento extranjero.

Miraba sus cadenas con aprehensión.

—Creo que desde que te raptamos has visto suficiente.

—¿Raptamos? Oh. —Sus ojos se abrieron, como si de repente entendiera algo—. ¿Eres tú el dirigente con el que iba a reunirme? ¿Aquí? ¿Preso?

Casio compuso una de sus sonrisas de suficiencia.

—Casi todos los de aquí, guardias incluidos, creen que soy un prisionero. Sin embargo no es así y te han traído para que negocies conmigo. Porque eso dijiste después de que te raptáramos. ¿No?

—Sí. La amenaza a mis hijos me llegó alta y clara. No te preocupes. Haré todo lo que esté en mi mano para que tengáis vuestro desarme.

—Entonces, que me quede claro, trabajarás con nosotros para el desarme de Francia.

—Sí, eso he dicho.

—Perfecto, no necesito más. Ya conoces los detalles de lo queremos que hagas. Ahora, además, te informo de que estamos grabando esta conversación. Si decidieras hacerte la valiente, además de recibir por correo paquetes diarios con trozos de tus hijos, haríamos pública nuestra pequeña conversación. Por supuesto, cortaremos toda alusión a que lo haces bajo coacción.

Le sonrió de un modo que yo nunca había visto en él. Me puso la carne de gallina. Parecía estar disfrutando de amenazar a esa pobre mujer, de hacerle poner a sus hijos por delante de su país.

Porque imaginaba que sería alguien influyente, como el político que habían raptado en España.

No podía ser.

Este video tenía que ser un error o un montaje.

Ante mis ojos, vi cómo Casio y la mujer humana comenzaron a repasar los detalles del desarme pero yo ya no escuchaba. En mi cabeza volvía a repetirse una y otra vez esa sonrisa sádica y siniestra. Ese no era mi prometido. No podía ser.

El video acabó antes de que se llevaran a la mujer pero, por lo que yo ya sabía, no estuvo allí demasiado tiempo. ¿Y luego qué? ¿Casio se dejó estacar y torturar?, ¿que le cortaran con cuchillos y arrancaran trozos de su cuerpo hasta que dejara de regenerarse? ¿¿¿Qué absurda locura era esta?!?

Me puse en pie.

No quería seguir imaginando ni recordando ese día. No quería volver a verme a mí misma entrando allí, horrorizándome por su estado, avivándose en mí la rabia por sus heridas y mi amor gritando por cuidarle. No si ahora tenía la duda de que todo podía haber sido mentida.

¡No podía!

No podía creerlo. No quería ni la sombra de la duda. Algún malnacido hijo de la gran puta había manipulado este video.

Sí. Eso era.

Me tranquilicé y me giré hacia Atzir'itz, quien seguía sentado.

—Dime —le dije—, ¿sabes ya por qué los mutados han hecho este montaje? ¿Quizás pretendían mandarnos el video para sembrar la duda interna en el Consejo?

—Mi señora... —Cabeceó él—. Me temo que este video no ha sido manipulado. Ya lo he comprobado.

—No. No puede ser. ¿Quién lo ha comprobado? ¿No se lo habrás pasado al Consejo? —me horroricé al pensarlo.

—No. Han sido expertos humanos en el campo, que no tienen nada que ver con vampiros ni con nada sobrenatural.

Comencé a andar por mi salón, el cual de repente me parecía muy pequeño y opresivo.

—No puede ser. Está mal seguro. ¿O sugieres que obligaron a Casio a fingir traición para grabar el video? No... él aguantaría todo tipo de tortura y coacción, estoy segura.

Atzir'itz acabó poniéndose en pie y se me acercó, bloqueándome el paso para hacerme parar.

—Señora, lo siento mucho pero lo que ha visto es lo que es. Debemos contárselo a su abuelo.

—¿No lo has hecho ya? Si eres su hombre de confianza...

—No. Quería mostrárselo primero, dado lo delicado de la situación.

Yo estaba hecha un lío. Mi prometido no podía ser un traidor. Atzir'itz estaba retrasándole información a su rey cuando eso podía suponerle un lugar eterno entre los cuerpos agonizantes de su trono y, además, me hablaba de «lo delicado de la situación». ¿Qué estaba pasando aquí?

—Violeta —me llamó por mi nombre humano, algo extraño en él—, tengo el deber de contárselo a su abuelo. Solo quería que lo supiera.

Sus ojos parecían vulnerables. Demonios... me vino a la mente la única otra vez donde se los vi así: sensibles, mostrándome su alma en vez de impenetrables e irónicos. Aquella vez donde le informé de que él y yo no podíamos ser nada más que princesa y soldado.

Sabía que no podía pedirle esto, que no tenía ningún derecho. Era más, que él no debería ni considerar hacerme caso. Pero también, muy dentro de mí, en esa parte más humana y menos súcubo que recordaba aquel «te quiero» suyo que flotó en el aire entre nosotros, sin ser dicho, yo

sabía que él lo haría por mí.

Porque a veces yo podía ser así de egoísta.

—Atzir'itz, por favor, espérate. No se lo cuentes aún.

Leí el dolor en sus ojos. Juro que no entendía cómo podía hacerle daño a un demonio si se suponía que Atzir'itz no tenía que tener sentimientos. Mentira... sí lo sabía, o al menos lo sospechaba. Y pese a todo le sostuve la mirada y dejé que viera parte de mí, esa parte que no era más que una chica vulnerable a cuyo prometido le habían tendido una trampa.

Y tenía que pedírselo a él...

Sí, yo era una auténtica cabrona.

—Mi señora, sabe que me pide mucho.

—Lo que tienes solo son sospechas, Atzir'itz. Yo asumo toda la responsabilidad.

—Igualmente seré castigado.

—Por favor —me tembló la voz al suplicárselo.

Ese «por favor» mío fue demasiado. Vi como la parte de él que todavía se resistía a hacerme caso caía fulminada por dos palabras tan vacías. Si me quedaba alguna duda de que Atzir'itz no era un íncubo cualquiera, de que tenía sentimientos, esto me las quitó.

Una pena que no siguiera analizando el por qué. Pues si mi abuelo me había creado, había sido para tener un general capaz de lidiar con las emociones humanas del pozo de todas las almas. Yo siempre había sido un poco egocéntrica (mi madre muerta, mi padre decapitado, mis tíos, mi venganza...), por eso tras tener esta nueva pista tampoco se me ocurrió pensar que yo podía no ser el único intento de mi abuelo por conseguir ese líder para sus tropas.

—Sabe que no puedo negarme, señora, aunque seguramente su abuelo hará que me arrepienta.

Una parte de mí se sintió de repente más cálida, llena y feliz de lo que nunca jamás había estado desde que era un bebé en brazos de su madre. Ni siquiera tras aquella conversación con mi sobrino.

Sin embargo, tampoco eso me dio una pista de lo que realmente Casio significaba para mí. Achaqué, sin querer darle demasiadas vueltas, ese sentimiento al hecho de que iba a poder demostrar que ese video era falso, que a mi prometido le habían tendido una trampa.

Pero las emociones son complicadas. A veces duelen, a veces son como caballos rabiosos que se te van galopando de las manos y otras, en cambio, son remansos de calma donde te gustaría quedarte a descansar un rato. Lo mío nunca había sido entenderlas, por más que hacía unos meses me hubiera felicitado por lo contrario. Por eso, le di las gracias a Atzir'itz y me apresuré a salir de la habitación. No era que quisiera dejarle solo, pero sí que necesitaba pensar sobre cómo averiguar la verdad de ese video.

¿Debería quizás llamar a Casio?

Había llegado a la cocina, donde agarré el terminal de teléfono fijo que tenía allí, mientras me movía inquieta por la sala. Cogí un vaso de agua, lo llené y bebí un poco.

Llevarle sería lo normal pero... ¿y si él no tenía una buena razón para esa conversación del video?

Dejé el vaso, abrí la nevera y la volví a cerrar. No quería nada de allí dentro, solo era que no me acababa de decidir y estaba comenzando a sentir dudas y eso no me gustaba.

Pero me estaba perdiendo algo. Lo sabía. Tenía otra vez ese presentimiento. Siguiendo un impulso, marqué seis dígitos en el teléfono pero no los de Casio, sino los de su hijo. No se me ocurrió que, en el improbable caso de que mi amor fuera un traidor, podía estar confabulado con su hijo. Atzir'itz, por supuesto, podría escucharme con sus finos oídos desde el salón pero

tampoco era que en esos momentos mi falta de intimidad me preocupara mucho.

—¿Lucas? —le pregunté en cuando escuché que cogía la llamada—. Soy yo, Violeta.

—Violeta, hola, dime.

—Es importante. Necesito que me ayudes a demostrar que el video que tengo donde tu padre está aliado con los alquimistas es mentira.

—¿Qué?

—Ven, por favor —le pedí sin darme cuenta de que ya iban dos por favores en poco tiempo. Esta situación me estaba ablandando. O algo—. Te lo enseñó pero eso sí, no le cuentes esto a nadie.

—Como vampiro me debo al Consejo. Según lo que sea la ley me obliga a dar parte.

Lo que me faltaba, otro soldadito demasiado atado a sus obligaciones.

Genial.

Esa parte de mí suplicante le acababa de dejar paso a la Violeta de siempre. Para mí fue un alivio enfadarme un poquito y dejarle claras dos verdades:

—Como hijo de tu padre te debes a él, que además es uno de tus tres triunviros. Déjate de gilipolleces que bastante he tenido ya con convencer a Atzir'itz de que por ahora no cuente nada.

TREINTA

Habían pasado algo más de un par de meses y faltaban menos de cuatro días para el supuesto apocalipsis cristiano. En ese tiempo, Violeta y Lucas habían intentado en vano encontrar alguna prueba de que ese video era falso pues los diferentes técnicos humanos a quienes se lo habían llevado, coincidían en su autenticidad. Lucas incluso había ido en persona a Francia a hablar con la mujer de la celda. Le había costado pillarla a solas, sin que sus guardaespaldas le vieran. Cuando lo hizo, ella no negó la conversación y se rio cuando Lucas le preguntó si estaba amañada. Era más, le dijo que ella había cumplido su parte, que su país estaba desarmado, que por favor la dejaran en paz a ella y a su familia. Sin duda, al ser vampiro, le había tomado por uno de sus captores y él no la sacó de su error.

Lo que les dejaba con tan solo la posibilidad de que alguien hubiera obligado a Casio a fingir o de que este se hubiera infiltrado entre los alquimistas en alguna misión secreta de la que solo los otros dos triunviros supieran.

Pero ni Violeta quiso preguntar a su abuelo para no ponerlo sobre aviso si no era así, ni ninguno de los dos se sintió con ánimos de hablar con Casio. ¿Para qué? Si era un traidor no se lo iba a confesar.

Y aquella vez, cuando casi mataron al padre Bruno en los aparcamientos de un restaurante, cuando Casio no se ponía al teléfono y había dado la excusa de estar con Lucas... Aquella vez había salido en la conversación de manera casual a lo largo de los días y Lucas no pudo corroborarlo: era mentira.

—Sabré si me miente —le había dicho Violeta a Lucas un par de semanas atrás, cuando creyó que hablar con Casio sería lo mejor.

—Mi padre tiene milenios de vida. ¿De verdad crees que es tan sencillo saber si miente? —le contestó Lucas.

Y ella decidió no decir nada, seguir en silencio y muy atenta a los acontecimientos. A Atzir'itz lo evitó todo lo que pudo, pues no soportaba ver cómo el ícubo la miraba con tristeza, como preguntándole sin palabras cuándo iba a aceptar los hechos e ir a hablar con su abuelo. Pero ella no quería porque deseaba con todas sus fuerzas que su prometido estuviera siguiendo algún retorcido plan de su abuelo para infiltrarse en el enemigo y, desde luego, si ese fuera el caso su rey se lo negaría.

Así pues, las semanas habían pasado. Ainhoa estaba cada vez más metida en política, apoyada por una multitud que la seguía en las redes sociales y la polémica contra la Iglesia estaba más que desatada. No daba discursos en persona, pues era peligroso, pero por ahora había conseguido impedir el desarme en España. En el resto del mundo, casi ya no quedaban países que no se hubieran unido a este y, por fin, su rey les había convocado para ultimar los últimos detalles para evitar el Armagedón.

—Faltan setenta y nueve horas, treinta y seis minutos. Las hermanas ciegas siguen confirmando la fecha que nos dio el padre Bruno, Arianhrod también —estaba diciendo su abuelo quien, junto con representantes de sus aliados, estaba reunido en una de las casas de Casio en Zaragoza.

De parte de los vampiros estaban allí los otros dos triunviros, Casio y Aldana, junto con Lucas.

Por las brujas Arianhrod y su sierva Marta. El padre Bruno representaba a la Iglesia aunque esta no le apoyara. Mi padre, mis dos tíos y Atzir'itz por parte del sexto infierno. De nuestros aliados los seres de oscuridad del primer infierno no había venido nadie y, por parte de los licántropos, estaba su alfa europeo acompañado del de España. Al principio, había venido un hombre de unos cuarenta años como representante de los satánicos pero el cura se había negado a quedarse si el «adorador del mal» no se marchaba. Razonamientos del estilo de que yo también soy un demonio y me toleraba no sirvieron, así que Lucas le acompañó afuera y debió de quedar en llamarle tras la reunión para informarle de cuáles serían sus instrucciones. Por lo visto, a cambio de unas cuantas almas y de la posibilidad de invocar como sirvientes a algunos de nuestros demonios menores (los que nos limpiaban el palacio, sin ir más lejos) ellos estaban más que dispuestos a ayudar a mi abuelo.

—Tenemos que centrarnos en garantizar que el padre Bruno pase su última prueba si queremos evitar que se desate la guerra generalizada en el plano de la Tierra, el Armagedón o como preferáis llamarlo —continuó diciendo mi abuelo.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó uno de los licántropos, para quien la noticia de que un cura humano podía pararlo todo era nueva. Vamos, de hacía unos minutos cuando mi abuelo lo había dejado todo claro, porque hasta entonces los lobitos se habían limitado a saber que su mundo estaba en peligro, que había una guerra encubierta con los alquimistas y los mutados y que el Consejo estaba organizándolo todo.

—Hay que ir a Jerusalén, donde está escrito que empezará. El ángel le ha dado al padre la ubicación exacta de su última prueba.

—¿Un ángel?

No me extrañaba su sorpresa. Se suponía que los ángeles o no existían o estaban con su dios en el cielo. Desde luego, yo nunca me había encontrado a ninguno, Casio tampoco y, en cuanto a mi abuelo, eso era algo que solo él sabía.

—El padre Bruno es especial, su fe es fuerte y ha sido elegido.

Se escuchó un carraspeo. Parecía que el aludido no estaba muy cómodo escuchando a un demonio hablar de algo tan privado para él como su relación con su divinidad.

—Disculpa, Bruno. No era mi intención molestarte.

Escuchar a mi abuelo ser tan diplomático me habría dejado extrañada si no fuera porque todo dependía del cura. Este aceptó las disculpas y mi abuelo continuó explicando los preparativos. No sé cómo serían las reuniones del Triunvirato vampiro pero, en casa, en el sexto infierno, esto era siempre así: él ordenaba, los demás obedecíamos.

—Arianhrod reunirá al Matriarcado para realizar un ritual como el que hizo por mi nieta cuando esta fue al Vaticano. Necesitaremos ayuda mágica del más alto nivel en el caso de que las cosas se pongan feas. No dudo que el padre Bruno pasará la prueba pero, por si no fuera el caso, habría que neutralizar las fuerzas enemigas lo antes posible y, mi querida matriarca, en el plano de la Tierra nada hace tanto daño como todo el poder de tus cuarenta y nueve casas de brujas canalizado a través de las siete matriarcas más poderosas y, a su vez, dirigido por ti.

—Me halagáis, como siempre —sonrió la aludida.

Era curiosa su relación con mi abuelo. Yo sabía que se conocían, que él había tenido que ver en su nombramiento como matriarca suprema, pero no los había visto juntos hasta esta noche. Cualquiera que los mirara, creería sin duda que la bruja era la anciana y el joven mi abuelo. Sin embargo, ella se acababa de ruborizar como una chiquilla a quien alguien que admira le acabara de dedicar un cumplido.

—Por otro lado, quiero a un destacamento importante de licántropos en Jerusalén, junto con otro de vampiros.

—Yo lideraré al nuestro —intervino Casio y mi abuelo asintió como si fuera algo que se esperase o que ya hubieran hablado.

—Hay que reforzar las demás ciudades del mundo, por si acaso.

—Ya he hablado con el alfa americano y el chino —intervino uno de los dos licántropos, el líder europeo—. En las demás zonas no están de acuerdo conmigo en cuanto al nivel de amenaza al que nos enfrentamos y ni me darán tropas para ayudar en Jerusalén ni piensan estar preparados para defender sus naciones ese día. ¿Puedo contarles lo del cura?

—No —se negó mi abuelo.

El alfa, quien reconocía a un líder por encima de su nivel pese a que no era de su raza, acató su voluntad. Decididamente mi yayo, con su salón del trono, sus eones de existencia y esa mirada que a veces ponía, como volviéndonos a todos conscientes de que podría matarnos sin usar ni una fracción de su poder, daba miedo.

—Los vampiros en España vigilaréis las sedes importantes del ejército, el gobierno, la población civil y aquellos lugares que sospechamos o sabemos son de los alquimistas. Lo mismo en los demás países.

—Yo me encargo de eso —asintió Aldana.

—Yo y los míos nos reuniremos en el estanque de los portales del sexto infierno, por si tuviéramos que intervenir. No vamos a desvelar nuestra existencia a los humanos, asustándolos con nuestros guerreros y nuestros wyverns, salvo que sea necesario porque se haya desatado el Armageddon. En cuanto a los satanistas, Lucas, infórmale de que quiero que se dispersen por todo el mundo, listos para ayudar con su magia en caso de ser necesario.

Lo que no dijo al estar el cura presente, pero que yo sobreentendía, era que les habría dado almas suficientes para garantizar que sus hechizos serían efectivos.

—¿Y yo, abuelo? —pregunté para cambiar de tema.

No quería que Bruno le diera vueltas a eso de que éramos demonios aliados con satanistas, no fuera a ser que cambiara de opinión en lo de dejarnos ayudarlo.

—Tú a Jerusalén. El padre Bruno está a tu cargo. Atzir'itz te ayudará como guardaespaldas.

Asentí. Ya lo sabía.

Las dos siguientes horas estuvieron llenas de detalles técnicos y tácticos. Nadie le discutió a mi abuelo. Si él no hubiera estado presente, seguramente las distintas facciones habrían tardado en ponerse de acuerdo en cómo organizarse. Sin duda, si algún día aspiraba a ser, no su sucesora sino una buena líder, tenía mucho que aprender de él.

Poder...

Yo jamás tendría tanto.

Me pregunté cómo debía de sentirse mi abuelo, siendo un ser tan antiguo y solitario. Siempre lo había visto como una especie de dios moviendo las fichas de un ajedrez. Sin embargo, entre las aberraciones que eran los señores demoníacos del séptimo plano, había sin duda algún que otro demonio ancestral. Mi rey podría estar a punto de entrar en guerra contra los únicos demonios que, tanto por su poder como por la magia que les ofrecía el azufre del séptimo infierno, podrían derrotarnos.

Si yo fuera él estaría llena de euforia por la perspectiva de una buena batalla pero, conociéndole, lo tendría todo más que planeado para evitarla pues llevaba demasiado tiempo defendiendo el sexto plano como para ponerlo en peligro por los humanos, por mucho suministro

de almas que estos significaran para él.

Por un momento, me sentí culpable por no contarle lo de Casio. ¿Qué pasaría si de verdad nos estaba engañando? Se iba a encargar del ejército de apoyo de vampiros en Jerusalén, si nos traicionara sería terrible. Pero solo fue un momento. Casio NO era un traidor y, además, el padre Bruno era aquí el protagonista. Es decir, que si él pasaba la prueba no habría guerra y punto. Daba igual que cientos de vampiros se pusieran de lado de los mutados. Si el ángel lo juzgaba un digno recipiente y ocupaba su cuerpo, la humanidad y la Tierra estaban a salvo.

TREINTA Y UNO

—¿Vamos? ¿Estás lista?

Había anochecido haría una media hora y Casio y yo íbamos a salir a cenar afuera. Mientras me vestía, no podía evitar recordar mi última conversación con Marta.

Porque se lo había contado.

Y ella me había pedido que tuviera mucho cuidado. Entendía que no se lo quisiera contar a mi abuelo pero no le gustaba el peligro que corríamos todos.

No sé qué había esperado de mi amiga pero, desde luego, si había sido un «haces lo correcto, verás como al final, cuando quede claro que él es inocente y tú nunca dudaste, te lo recompensa» me quedé con las ganas.

En fin...

—Sí, voy —le dije al tiempo que me colocaba el último pendiente y salía al salón.

—Estás muy guapa —me halagó mientras me recorría con su mirada y se acercaba para darme un beso.

Y yo solo podía pensar, como todos estos días, «que no se me note, que no se me note que le oculto algo».

Relaciones de pareja... apestaban.

Con lo sencillo que sería sacar la daga de mi abuelo, ponérsela contra la garganta y obligarle a decirme si está conmigo o es un maldito traidor que siempre me ha tenido engañada.

Eso de amar a alguien era más doloroso de lo que parecía.



Marta no podía seguir evitando a su novio. Le habría encantado, ya que lo quería bien lejos para que estuviera a salvo, sobre todo con la que se avecinaba. Sin embargo, este y Lucas le habían dejado claro que ya estaba implicado y que a su lado sería donde más seguro se encontraría.

De acuerdo.

Pero en medio de toda la preparación para el día del juicio final, de despertarse de esas pesadillas con las snake cada vez más a menudo e incluso de frustrar otro intento para asesinarla, no había tenido mucho tiempo para pararse a pensar sobre su vida. Y debería. Porque Daniel lo había dejado todo por seguir a su lado.

Si no él fuera tan débil...

No era que no fuera un chico fuerte y esas cosas, sino que era un humano sin poderes en un mundo donde la magia y las razas sobrenaturales dominaban la noche y, como no impidieran el Armagedón, se desataría una guerra abierta.

No le gustaba.

Sin embargo, tenía que vivir con ello. Igual que Arianhrod, a quien cuanto más conocía más admiraba. Y por eso, porque corrían tiempos difíciles, tenía que dejar de evitar esta conversación.

No todas alejamos a nuestros hombres; pero tuvimos que pagar el precio en su sangre, dijo una voz dentro de su cabeza, una que no era la suya. No sonaba como la de Sonia, sino como la de esa otra matriarca más antigua.

Intentó hablar con ella, preguntarle quiénes no, pero la voz se quedó muda, como solía hacer. Pues perfecto. Marta suspiró.

—Hola. —Se pasó a ver a su novio después de cenar, buscándole en su habitación.

Le gustaría pedirle que dieran un paseo por el jardín de la casa pero estaba vigilado por sus brujas y ella quería intimidad.

—Marta.

La sonrisa con la que la recibió la hizo sentir culpable. Le había estado evitando en lo que quizá hubieran sido los últimos días de vida de los dos. Era tonta, muy tonta.

—Siento no haber venido antes.

—No te preocupes, has estado muy ocupada entrenando a tus brujas, estudiando magia, haciendo los recados de tu matriarca y todo eso. ¿Pasas?

Él se había puesto en pie y, ahora, le señalaba la única silla del cuarto, una que estaba junto a un pequeño escritorio. Marta asintió, dejó que él cerrara la puerta tras de ella y se sentó en la cama, donde también había sitio para que Daniel tomara asiento pues prefería tenerlo cerca.

—Se acerca lo que puede ser el fin del mundo, pero creo que ya lo sabes, ¿no?

—Sí.

—Daniel yo... siento haberte estado evitando.

—No pasa nada.

Ella se giró, dejó de mirar hacia delante para centrar sus ojos en los de su novio. Quería asegurarse de que entendía lo que iba a contarle:

—Sí pasa. Has renunciado a tu vida y me has seguido hasta aquí, aunque haya sido en contra de mi voluntad. No quiero ni pensar lo que habrás dicho en tu trabajo.

—Ni lo hagas, eso no importa si se acaba todo.

—¡Pero sí importa! Soy una bruja y te he arrastrado a esto. Si se acaba todo, el resto de los seres humanos vivirán sus últimos días con normalidad, no encerrados. Yo te he puesto en peligro y arrastrado a esto. Cuando nos conocimos, ni siquiera sabía que era una bruja. No voy a recriminarme no haberte dejado cuando me enteré pues no imaginaba que pudiera ponerte así en peligro.

—Shh...

Él tomó sus manos y la tranquilizó.

—No pasa nada, yo sabía dónde me metía. Y no te preocupes, he elegido seguir a tu lado porque te quiero, ya lo sabes.

Las lágrimas comenzaron a caer de los ojos de Marta. Ella, desde que se suponía que era una bruja, había evitado llorar con todas sus fuerzas pues, aunque sabía que no era fuerte, tenía que aparentar serlo.

Él la abrazó y Marta le respondió con fuerza.

Le quería tanto...

Se lo dijo entre hipidos.

En algún momento, se besaron y, en otro, acabaron desnudándose y acariciándose. Las horas pasaron despacio. Cuando se quedó dormida, esta vez Marta no tuvo ningún sueño y, al despertar, observó el rostro de Daniel iluminado por los primeros rayos de la mañana que se colaban por las ranuras de la ventana casi cerrada del todo.

Parecía tan vulnerable...

Pero ella también era humana. Y, además, los seres humanos también podían pelear en esta guerra. Daba igual estar en desventaja. La determinación, el querer proteger a los tuyos, era un punto importante y estaba claro que su chico quería cuidar de ella.

—Daniel —le susurró para despertarle.

—Mmmm.

—Quiero que estés conmigo cuando todo pase. Le he pedido permiso a Arianhrod y me lo ha dado. Estarás en el *Sancta Sanctorum* del Samhain conmigo, apartado en un rincón, sin decir nada, cuando Arianhrod y las otras seis matronas del Matriarcado realicen su ritual.

Daniel abrió los ojos y se medio incorporó, sorprendido.

—¿Yo?, ¿un hombre?

—Sí.

—¿Cómo lo has conseguido?

Marta sonrió. Ese peso que llevaba encima desde que había discutido con él, ya no estaba. Se sentía mucho más fuerte y ligera.

—Pidiéndoselo a mi señora.

Daniel se echó a reír.

—Eres increíble. Lo sabes, ¿verdad?

Por toda respuesta ella le besó. Le esperaba un día largo pero, ya que todavía no había llegado el fin del mundo, bien que sus obligaciones podrían esperarla unos minutos más.

TREINTA Y DOS

Diario de Arianhrod:

Mañana es el día que me atormenta en mis visiones. Mi querida hija, mañana decidirá si, cuando leas estas líneas, mi espíritu no estará arrepentido de habértelas escrito.

Porque he visto algo, algo nuevo que no estaba en videncias anteriores y que no me gusta. Un nuevo hilo, una posibilidad de futuro que ha surgido de repente. No dudo que tiene que ver con mis enemigas; tan solo espero que la educación que te di antes de separarnos siga allí presente, que no te dejes engañar por promesas de poder y palabras vacías.

Porque la magia siempre tiene un precio.

¿O acaso crees que me separé de tu lado de manera gustosa?

Por otro lado, Marta de la casa de la Luna Llena vino a mí anoche. Una pesadilla, más vívida y fuerte que las anteriores, una donde llegaba a ver la daga ceremonial abalanzándose sobre su pecho, la había sacado de su cama y urgido a acudir al Samhain.

El dragón seguía estando allí, su ominosa presencia más definida a cada pesadilla. Esta vez, sin embargo, a Marta le pareció ver unas sombras moviéndose entre las brujas que, en círculo, entonaban el cántico. No llegó a reconocerlas. Solo pudo decirme que eran más grandes que las snake pero menos que las dos deidades.

La tranquilicé y le pedí que acudiera a mis habitaciones tres horas antes del comienzo del ritual. Mañana será un día muy largo. Yo misma debo cerrar ya este diario para descansar. Llevo seis días de ayuno parcial, no ingiriendo nada más que una serie de bebidas purificadoras, para que mañana, el séptimo, mi cuerpo y mi espíritu estén preparados para el ritual de comunión con mi diosa que yo realizaré, sola. Un ritual que reavivará la bendición que ella me ha otorgado. Después, ayudaré a Marta a llegar al final de su visión, a esa muerte que sin duda le espera. Si lo logra, sabré que podrá vencer en su tercer trabajo.

Y finalmente, hija mía, llegará el momento del juicio y deberé dirigir el ritual con nuestras hermanas. Sé que las snake buscan revivir la magia prohibida, sé que entre las matriarcas morrigan también hay alguna manzana prohibida; así como que el momento del ritual será el que elijan para alzarse en mi contra.

Estoy preparada.

Tenlo en cuenta cuando leas estas líneas, hija mía, pues pueden muy bien ser las últimas de este diario.

Yo estoy preparada.

Y si has seguido el camino correcto, no has abandonado a nuestra diosa, y vas camino de convertirte en matriarca morrigan, recibe mi bendición. Busca el camino que te convierta en la líder del Matriarcado y, entonces, mi espíritu se unirá al tuyo y volveremos a vernos.

Hasta entonces, Elvia, quiero que sepas que nunca he dejado de extrañarte y de quererte.

Siempre tuya,

Arianhrod

TREINTA Y TRES

Había llegado el día. Marta, matriarca de la casa de la Luna Llena, acudió a las habitaciones privadas de Arianhrod en el Samhain. Una novicia la guio ante una puerta donde Marta no había entrado antes, la de la estancia de rituales privada de la matriarca suprema.

—Saludos, beolach —dijo Marta con respeto tras abrir la puerta.

La habitación era circular y mucho más grande que el salón de su casa. Tenía velas esparcidas por todo el suelo, siguiendo un patrón geométrico al que la moon-wolf no le encontró el sentido. En el centro, sobre el suelo de pulida piedra negra, había dibujado con tiza un círculo y, inscrito en este, cuatro octógonos cuyos ejes distaban noventa grados unos de otros. Arianhrod, vestida de blanco, descansaba en el centro en posición de meditación. Pasaron unos minutos hasta que abrió los ojos, se puso en pie y le indicó a su sierva que pasara adentro y cerrara la puerta. Había en ella un algo indefinido, como una serenidad nueva, que parecía emanar de su piel.

—Ven conmigo al centro del círculo —le pidió a Marta—. Tengo todo listo para provocar tu visión.

Entonces, con un giro de su mano su vestido blanco se tornó rojo oscuro.

Marta, que conforme iba entendiendo mejor la magia de alto nivel sabía que se podía desencadenar un hechizo almacenado con un solo gesto, sin necesidad de palabras, no pudo menos que sorprenderse de que su beolach malgastara uno de esos valiosos hechizos en algo tan sencillo. Igual que cuando teleportaba a Violeta fuera del Samhain. Sin embargo, sabía que le quedaba mucho por aprender y que, sin duda, ser la matriarca suprema tendría una serie de ventajas que ella desconocía.

Siete, tiene siete hechizos que puede guardar, dijo aquella voz femenina en su mente, algo divertida.

Marta no intentó preguntarle cómo lo sabía. Tampoco se dio cuenta de que, tras acabar de entrar en comunión con su diosa, Ahrianrod tenía ahora mismo otro tipo de poder. No le duraría demasiado, pero sí hasta que acabara el ritual que dentro de tres horas comenzaría junto con las otras seis matronas del Matriarcado.

Una vez Marta estuvo a su lado, Ahrianrod comenzó a recitar las palabras del pequeño ritual que iba a llevar a cabo con su sierva. Con una urna de cenizas que tenía al lado, marcó su frente, cuello, escote, brazos y manos con los símbolos necesarios. Dado que la moon-wolf se había puesto el vestido azul oscuro que ella le había enviado, sus brazos y hombros estaban al descubierto excepto por las dos tiras enrolladas de tela que hacían de tirantes. La prenda tenía un corte clásico, con escote en pico y una banda que se ceñía bajo los pechos, así como una caída recta por cinturas y caderas. A continuación, Arianhrod le indicó con gestos a Marta que se tumbara y, en el suelo alrededor de ella, dibujó un nuevo círculo. De inmediato, las partículas de la tiza con la que la había pintado, una mezcla de diversos ingredientes minerales y vegetales, se prendieron con llamas blanco-azuladas. La entonación con la que la matriarca recitaba cambió acelerándose. Sostuvo en el aire una última sílaba y con un súbito golpe de su pie contra el suelo se hizo el silencio. Marta entró de golpe en su pesadilla.



Allí estaban las brujas en círculo, las dos figuras animales dominando el horizonte con su tamaño descomunal, el retumbar de tambores y las cuerdas que la apresaban tumbada sobre la piedra del altar. La sacerdotisa estaba acabando sus palabras rituales por las que la entregaría a su diosa, pero esta no era la serpiente, sino esa ominosa presencia del dragón que cada vez podía ver con más nitidez. Estaban también esas otras sombras, oscuras e indefinidas, las que tan solo habían aparecido en su última visión.

El ritmo de las palmadas de las brujas se aceleraba, sus palmas comenzaban a sangrar. El dragón era ya tan claro que podía distinguir sus escamas, no demasiado distintas de las de la serpiente, variando tan solo el color. Las de la segunda eran de un verde vivo, esmeralda; las del primero de un negro tan apagado que desafiaba a la vista. Marta pensó, asustada, que no se le ocurría nada tan oscuro, ni una noche nublada y sin luna. Quizás se sintiera algo así, esa mezcla de miedo, carencia de luz y al mismo tiempo admiración, si se pudiera flotar en el vacío entre galaxias y, allí, contemplar la nada más absoluta.

Un movimiento súbito, el de la daga ceremonial bajando rauda hacia su pecho, le cortó el estado de ensimismamiento en el cual la contemplación del dios prohibido la había sumido. Sintió un dolor, fuerte y agudo, y supo que su vida se acababa. Entonces, en sus últimos segundos de consciencia, pudo ver esas otras sombras, las de un tamaño intermedio entre los dioses y las brujas. Su sustancia pareció hacerse más densa, su oscuridad aclararse. Y un temor absoluto la invadió al comprender que los señores del séptimo infierno estaban ayudando a las otras matriarcas.



—Son señores demoníacos del séptimo infierno —balbuceó incluso antes de abrir los ojos, llena de urgencia, sabiendo que tenían que hacer algo.

Ahrianrod, quien estaba acucillada a su lado, se sobresaltó: eso no se lo esperaba pese a todos los futuros posibles que había visto.

Su mente, aguda pese a su venerable edad, comenzó a trabajar a toda velocidad.

El poder que le permitía atisbar el futuro provenía de su diosa Morrigan. Si no había visto en ninguna de las posibilidades a esos demonios, eso quería decir que: o bien eran tan poderosos como para estar fuera del alcance de su diosa o otros dioses habían nublado a propósito esos futuros donde los señores demoníacos estaban aliados con sus enemigos.

Considerando que de dichas criaturas no se sabía demasiado (posiblemente el abuelo de su hermana de magia negra fuera el único que pudiera darle datos sobre ellos), no le extrañaría que tuvieran algún poder que les protegiera de las videncias. Y, por supuesto, los dioses prohibidos, cuya magia era más poderosa que la de ninguna de las otras deidades, podrían haberles facilitado a sus nuevas acólitas un hechizo para limitar la visión de las demás brujas. Por suerte, Marta había encontrado un modo de ver más allá y romper esa magia o habilidad que estaba bloqueando a Arianhrod. Esta no se cuestionó si la diosa de la luna llena era más poderosa que la suya pues sabía que no todas las deidades eran capaces de proporcionar poderes de videncia y que siempre se había dicho que los de la luna eran de los más fuertes. Todo ello sin contar la cercanía de Marta

en línea directa de sangre con una índigo del siglo XIII.

—¿Beolach? —le preguntó Marta, alarmada al ver que su señora no le decía algo.

—Sí. Escucha, lo que acabas de decirme es muy serio e invalida las precauciones que yo he tomado. Las demás matronas están a punto de llegar. Salte y localiza a Violeta. Es vital que le cuentes lo de los demonios del séptimo plano. Si no consiguieras localizarla por teléfono, avísame y utilizaré mi vínculo con ella.

Marta asintió. Entendía que Arianhrod prefiriera no gastar magia en el aviso, pues iban a necesitar toda la que tuvieran.

—Tu humano debe de estar al llegar. Asegúrate de que no entre sin ti. Ahora, ve, ¡rápido!

La aludida se marchó acuciada por la urgencia de la despedida de Arianrhod. Como había quedado con Daniel en el bar del Samhain (la mayoría de sus brujas estarían allí con él, escoltándolo), mientras caminaba le mandó un *SMS* para asegurarse de que no se movía hasta que ella no llegara. A continuación, una vez fuera de las estancias de la matriarca suprema, fue a uno de los baños de esa planta sótano para telefonar a Violeta en privado.

En la puerta de estos se cruzó con una snake, la de la barra. Esta le sonrió torva con una malicia tan siniestra que Marta por un momento pensó si iban a intentar matarla en los baños. No era así. No obstante, comprobó que estaban vacíos antes de telefonar a su amiga.



Tras tanta tensión, tras tanta espera, por fin había llegado el día del juicio final. Me encontraba en plena misión de vigilancia y protección del padre Bruno cuando me sonó el teléfono.

Hacia dos días que Bruno, Atzir'itz, Casio, Lucas y yo habíamos viajado a Jerusalén, en un avión privado del Consejo. En estos momentos, nos encontrábamos situados en las murallas de la ciudad vieja, para tener una panorámica tanto hacia dentro de la ciudad como hacia fuera, pues no teníamos muy claro de dónde vendría el peligro. Por el momento estábamos solos junto con doscientos de los vampiros armados de mi prometido y doscientos cincuenta de los mejores licántropos del alfa europeo, puesto que los refuerzos del sexto plano todavía no habían llegado, algo que le extrañaba incluso a Casio ya que mi abuelo le había asegurado que abriría un portal quince minutos antes de la hora X. Y para esta ya solo faltaban trece.

A ver, no era que pensáramos llenar la ciudad de wyverns que difícilmente podrían pasar por humanos como hacían los lobitos y los chupasangres, pero sí que mi abuelo debería haber abierto ya un macroportal que enlazara el estanque de los portales con el cielo por encima de nuestras cabezas. Sabía que no era así porque tanto yo como Atzir'itz lo habríamos sentido abrirse.

En todo caso, volviendo a la vibración y zumbido de mi móvil, lo cogí y vi que era de Marta. Si me llamaba ahora, tenía que ser importante. Eso sí, no me imaginaba que tanto.

—Chicos —les dije tras colgar el teléfono—, los señores demoníacos del séptimo plano están implicados no solo con los alquimistas sino también con las brujas.

Atzir'itz me miró sin comprender.

—¿Las brujas no son tus aliadas y su matriarca suprema tu hermana de magia negra?

—Sí, pero por lo visto hay una fracción nada desdeñable de snakes y quizás otras casas más que buscan rebelarse y se han aliado con los señores demoníacos. Es más, Marta me ha dicho algo de que están resucitando una magia antigua y poderosa que no puede traer nada bueno.

—¿Magia antigua? —se interesó Casio.

—Sí, no puedo decirte más pues ella me ha colgado rápido, por lo visto tenía prisa pues están a punto de empezar el ritual, según lo planeado.

«En realidad, me ha pedido que tenga mucho cuidado y me ha explicado que esos hechizos pueden ser algo que nunca hayamos visto antes. Pero, corazón, no pienso contártelo», pensé con cierto dolor.

En todo caso, yo sabía que este me duraría poco una vez empezara la batalla. Porque esto era un puto armagedón y, lo impidiéramos o no, esperaba tener la oportunidad de divertirme un poco. No era que hubiera pasado demasiado tiempo desde la batalla del primer plano o el asalto al Vaticano, mis dos primeras peleas masivas, pero ya estaba echando de menos el meterme de lleno en una.

¿Pasaría algo si dejábamos empezar un poquiiiiito el Armagedón antes de darle tres ostias y cortarlo?

Miré al cura; estaba muy serio.

Imaginé que sí pasaría, así que mejor que no.

Los minutos transcurrieron lentamente hacia la hora X. Mi abuelo seguía sin venir.

—¿Tú sabes algo? —moví los labios en dirección a Atzir'itz, sin tan siquiera susurrar pues sabía que tanto los vampiros como los sexys lobitos tenían unos oídos de lo más fino.

—No —me contestó de igual modo.

No obstante, juro que pude ver un brillo extraño en su mirada, quizás jovial. ¿Me estaba ocultando algo?

Posiblemente.

Suspiré y continué la espera. Los segundos se desgranaban tan lentos que por un momento dejé de considerar como bueno esto de poder llegar a vivir una eternidad. Por fin llegó la hora en punto, la una cincuenta y nueve de la noche, y la batalla comenzó.

Se abrió un portal enorme dentro de las murallas, cerca del templo, y comenzaron a salir señores demoníacos del séptimo plano de tres en tres. Cuando recordé su poder, la euforia de la pelea por venir se congeló de repente. Eran demasiados y no dejaban de entrar. No íbamos a poder con ellos, no sin la ayuda de mi padre y los demás íncubos y súcubos. Al mismo tiempo, se escucharon gritos asustados por las calles mientras los mutados más grotescos que jamás había visto salían de varias de las casas, donde debían de haber estado esperando.

Entonces, sentí una súbita necesidad de mirar a mi derecha, una urgencia de poseer esa espada que parecía estar ronroneándome una balada de seducción mientras su dueño la convocaba. No me giré; pero le agradecí a Atzir'itz el que me acabara de sacar de mi estupor.

El padre Bruno se quedó quieto por unos momentos. Veía, sin dar crédito, tanto a los civiles caer al suelo, desgarrados o desmembrados por los mutados que incluso estaban parando a comérselos, como a los gigantescos señores demoníacos, cuya presencia era una aberración que no debería estar en la Tierra y que era capaz de helarle la sangre hasta a una súcubo como yo. Pero solo fueron unos instantes. Cuando pareció asimilar lo que estaba mirando, una pesadilla capaz de volver loco a cualquier ser humano, se encomendó a su dios con un grito y corrió a buscar las escaleras de descenso de la muralla. Parecía querer lanzarse a la carga, como un guerrero *berserker*. ¿Es que no se daba cuenta de que él era solo uno?

Mascullé un juramento y me fui detrás suyo.

Más valía que superara pronto su última prueba y su dios le diera el poder para acabar con sus enemigos, o estábamos todos bien jodidos.



Tras salir del baño, la matrona de la luna llena subió las escaleras que daban a la puerta tras la barra del Samhain. Una vez allí, observó que estaba de camarera una bruja distinta, que no era snake y que la saludó con cierto respeto.

Marta se encontró frunciendo el ceño y mirando de reojo tras de ella para ver si había alguien más allí. De acuerdo que era matriarca (aunque fuese de la última casa) y también que con su victoria consiguiendo el cáliz de Arianhrod hubiera demostrado que no era tan débil como querían hacerle creer; sin embargo, era la primera vez que alguien que no fuera una moon-wolf la trataba así.

Le contestó con un gesto austero y salió de detrás de la barra. A continuación, se encaminó a una mesa que estaba apartada en el fondo del local. Al avanzar, una de las brujas que se encontraba sentada en otra mesa apartó su silla para dejarla pasar con más comodidad. ¿Qué? Entonces, varias miradas de desdén y de suficiencia por parte de otras parroquianas la tranquilizaron. Parecía que, después de todo, el mundo no se estaba volviendo loco. Cuando llegó a su destino, le sonrió de manera distraída a Daniel, quien estaba sentado y estratégicamente rodeado por las sillas de las doce moon-wolf que mejor habían respondido a su entrenamiento de magia de combate. Habían hecho bien colocándose así, pues si no fuera porque la misma Arianhrod había ordenado no molestar a Daniel, las brujas en turba le habrían echado a patadas del local. Para ellas, el que un varón hubiera entrado allí era algo así como el mayor de los insultos.

—¿Todo bien? —le preguntó al acercarse.

—Sí, estas no tan amigas tuyas de por aquí se han limitado a susurrar amenazas en una voz no demasiado baja, lo normal —le comentó con humor.

Marta, quien estaba todavía abstraída por lo que había visto en su visión, asintió y le guio hacia la barra y las escaleras de acceso al *Sancta Sanctorum*. Ignoró las miradas de odio y las expresiones de disgusto ante la idea de que un varón se colara allí dentro. Sabía que, con Arianhrod protegiéndole, no se atreverían a tocarle. Sin embargo, las suyas no disfrutaban del mismo privilegio y una de las brujas le lanzó un hechizo de rayo a la moon-wolf que iba por detrás de Daniel (Marta caminaba justo delante de su novio). Sus discípulas reaccionaron rápido. Les había hecho preparar en recámara o un hechizo de escudo o uno de flechas lunares. La atacada se protegió con el escudo y las dos brujas que la seguían extendieron sus dedos y de estos salieron diez saetas color hueso dirigidas a la agresora. Cuando esta se llevó las manos al pecho y al cuello, donde le habían impactado, nadie la ayudó. Marta ordenó a sus discípulas que no lanzaran más hechizos (no quería malgastarlos) y continuó avanzando. Así, al negarse a tomar la vida de aquella que había atacado a las suyas en público, acababa de perdonarla; si bien seguramente su matrona la expulsaría para limpiar la humillación a su casa.

Nadie más les molestó y la bruja de la barra les abrió paso de manera, otra vez, extrañamente respetuosa.

Marta dudaba poder acostumbrarse alguna vez a eso.



Uno de los señores demoníacos se personificó en el segundo plano, territorio conquistado de los alquimistas, y escupió en el suelo.

Sus habitantes, criaturas similares a aquellas contra las cuales Violeta había luchado en el primer plano, le recibieron inclinando cabezas y troncos ante él de manera servil. En sus cuerpos se notaba una excitación a duras penas contenida pues para ellos era complicado acceder a la Tierra y era siempre a través de la posesión de un recipiente humano. Ahora, sin embargo, gracias al portal que comenzó a convocar el enorme demonio alado que ante ellos se erguía, podrían ir en masa y con sus propios cuerpos.



El ejército prometido a Violeta esperaba impaciente en la pequeña isla que había en medio del estanque de los vórtices. Sus generales, junto con su señor, aguardaban con sus wyverns posados en tierra. Los demás, aguantaban estáticos en el aire gracias al rápido batir de las alas de sus monturas.

Estaban allí, en un espacio tan pequeño en vez de cómodamente en los páramos cercanos, porque el rey del sexto plano pretendía dejar el portal anclado al estanque una vez creado, si bien disminuiría su tamaño tras la invasión.

Por otra parte, se negaba a dar un discurso a sus tropas informándoles de cuáles eran sus auténticas órdenes. No era que sospechara de más espías entre estas, no una vez eliminado su hijo traidor, pero no estaba de más ser precavido.

Tan solo sus restantes vástagos sabían que ese enorme portal que acababa de abrir no iba precisamente a la Tierra.

TREINTA Y CUATRO

Cinco matronas en cada uno de los vértices del pentagrama cuyas líneas ardían en un fuego oscuro. Otra en el centro, tumbada y levitando en el aire, con la falda de su vestido medieval cayendo hacia abajo y casi rozando el suelo. La séptima, la matriarca suprema, sostenía un cuchillo ritual sobre esta y estaba trazando delicadas líneas, como un intrincado tatuaje de sangre, sobre la piel descubierta del escote y manos de la bruja. Las mangas de su vestido, ajustadas hasta los codos y desde allí amplias, estaban subidas hacia arriba, dejando a la vista también sus antebrazos. Arianhrod recitaba unas palabras mientras realizaba los finos cortes, la bruja que los recibía tenía los ojos cerrados y por la expresión relajada de su rostro parecía estar en trance. Las matronas de los vértices bailaban con suavidad, como juncos mecidos por la brisa, al tiempo que salmodiaban frases del ritual, las cuales acompañaban a las palabras de Arianhrod como si ellas fueran diferentes instrumentos de una orquesta y la matriarca suprema quien a la vez tanto llevara el ritmo con la batería como la cantante principal.

Daniel estaba en una esquina, quieto, sin molestar y con Marta a su lado sujetando su mano. Las otras moon-wolf aguardaban afuera, pues no les habían dejado entrar.

El ritual que allí se realizaba era poderoso. Su principal sacrificio era la sangre de la matrona tendida y, después, el de su propia sangre que Arhianrod vertería. Había una de las siete líneas de dioses, la del dolor, que estaba relacionada con aquello que la bruja sacrificaba para obrar su magia. Ni Marta ni su señora servían a diosas de esa línea pues la primera, con la Luna, pertenecía a la de los cuerpos celestes y la segunda, con la guerra, a la de las artes. Sin embargo, eso no quería decir que no tuvieran que sacrificar algo para obrar su magia ya que esta siempre tenía un coste.

Básicamente, el coste era uno de los siete dolores: bienes materiales, sentimientos o emociones, memoria, sangre, carne, salud y vida. Había otro, un octavo sacrificio, que pertenecía a los dioses prohibidos.

Cuando el coste era la sangre, la magia se denominaba magia de sangre y era más poderosa que si se pagaba con uno de los dolores que esta tenía por delante (bienes materiales, sentimientos y memoria) y menos que si se hacía con los que la seguían por detrás, como mutilar o matar a alguien. Por supuesto, ese orden podía cambiar en función de lo que sacrificabas, pues una buena cantidad de sangre o el recuerdo de tu ser más amado valía mucho más que cortarte un mechón de cabellos. Además, no era lo mismo infligir el dolor a un animal, un ser humano, un ser de otra raza de la noche o a una bruja. Y, por supuesto, el mayor poder se obtenía de aplicarse el dolor a una misma.

Normalmente, las brujas hacían su magia usando animales o pequeños dolores en ellas mismas, como renunciar a recordar lo que habían desayunado ayer. El hecho de renunciar a sus propias emociones cuando querían conquistar una casa rival hacía que la mayoría de ellas fueran tan frías y tan hijas de puta. Era más, algunas, pese a mirar mal a Marta por ser tan débil como para amar a un varón, la envidiaban porque renunciar a ese sentimiento sin duda resultaría en un poderoso conjuro.

Para el ritual que Arianhrod estaba dirigiendo no haría falta nada tan drástico. Los otros

elementos de esa magia, como la preparación, los ingredientes del fuego que pintaba el pentagrama y los dos círculos que respectivamente lo inscribían y circunscribían, o la presencia de las otras seis matronas más poderosas, eran más que suficientes.

Marta, ahora que lo sabía, no podía menos que preguntarse si su señora podría hacer algo tan definitivo como alejar del Sol la órbita de la Tierra si apoyada por su cónclave se matara a sí misma.



Ni rastro de mi abuelo y de su ejército.

El padre Bruno corría por las murallas delante de mí y yo, pese a ser más rápida, todavía no le había alcanzado. Pese a los gritos y otros sonidos que venían de la ciudad vieja, escuché un batir de alas a mis espaldas y me giré: era Atzir'itz, quien además de portar esa espada que tenía que ser mía había convocado y extendido sus alas. Pues no era mala idea. Hice lo mismo y eché a volar. Sería más rápido bajar así al pie de la muralla. Mientras lo hacía, no pude menos que dar un vistazo a esa ciudad de casitas blancas y tejados de igual color, donde destacaban algunos rojos y también las formas de los edificios más famosos. Sí, esos mismos donde los señores demoníacos que habían salido por el portal parecían estar jugando a teleportarse para destrozarnos enteros, derrumbándolos sobre la gente que había dentro.

— Atzir'itz, ¡acompañame! —grité, confiando en que me oyera.

A continuación, aterricé por donde imaginaba que el padre Bruno iba a salir de las murallas. Este llegó poco después que yo y ni me miró. Se limitó a continuar corriendo hacia el enemigo, con una enorme cruz metálica que se había traído entre sus manos.

Bueno, si el cura tenía fe esa cruz sí que podía dañar a un demonio; así que me alegré de no ser su enemiga y, como no parecía escucharme, guardé mis alas (esas mismas que me habían desgarrado la camiseta por detrás) y esprinté hasta alcanzarle. Mi intención era seguirle de cerca y protegerle si era necesario. Por su trayectoria, parecía ir hacia una casa cercana de donde habían salido varios mutados. Atzir'itz nos seguía de cerca, sobrevolando los tejados.

Eché un vistazo rápido hacia detrás y vi que tanto el alfa europeo como Casio habían mandado a sus hombres a unirse a la pelea. Bien. No negaría que me habría venido genial que mi padre u otro íncubo de su talla nos echaran una mano. Yo, sinceramente, era incapaz de hacerme tan grande como dos wyverns para tener el tamaño de uno de esos enormes y cornudos señores demoníacos. Sin embargo, los vampiros y los licántropos parecían estar apañándose contra los mutados y los demonios del segundo plano. Cuando el padre Bruno llegó a su destino, comenzó a recitar un exorcismo al tiempo que enarbolaba su cruz. Nada más noté yo que su rezo me afectaba, me quedé quieta y le grité a Atzir'itz que no se acercara. Desde varios metros de distancia observé cómo el cura se cargaba a cuatro mutados sin problemas, inmovilizándolos con su exorcismo y acelerando el efecto devastador de este acercando su cruz a sus rostros, los cuales hubeaban ante el contacto. Sin duda les quemaba incluso más que las palabras que Bruno estaba recitando.

Entonces, un señor demoníaco se teletransportó justo delante de Atzir'itz, quien parecía haber sido un reclamo al estar volando. El íncubo de inmediato se lanzó a por la aberración demoníaca para asestarle un golpe de su espada mientras se impulsaba con las alas. El demonio del séptimo plano se limitó a volver a desaparecer para hacerlo en el tejado en el que se acababa de posar Atzir'itz, justo detrás de él. Yo grité avisándole y eché a correr hacia allí, con la daga de mi

abuelo desenvainada, al tiempo que sacaba mis alas para poder llegar con más rapidez. El padre Bruno, sin embargo, se quedó contemplando al enemigo unos instantes, como evaluándolo, y, después, comenzó a decir las palabras de lo que parecía un rezo similar a ese escudo de armas que había utilizado con anterioridad, lo que yo estaba convencida que era algún tipo de magia angelical.

El señor demoníaco había sacado una enorme espada, más grande incluso que la del íncubo, e iba a por este. Parecía que a los señores del séptimo plano, el hechizo de la espada de Atzir'itz no les hacía efecto. El íncubo se giró al escucharme gritar y tuvo el tiempo justo de parar el mandoble. La fuerza superior de su contrincante hizo que sus pies se desplazaran varios pasos hacia detrás. Yo, por mi parte, todavía estaba intentando llegar al tejado. Había corrido hasta cerca del edificio, saltado y extendido mis alas en el aire. Me faltaban un par de metros para alcanzarlo. El señor demoníaco avanzó junto con su arma, aprovechando su fuerza superior para deslizar su espada a lo largo de la de mi aliado, sin dejar de empujar, con la intención de darle un tajo en la cabeza. Decididamente, el hechizo de atracción de la espada del íncubo no le estaba haciendo ningún efecto. Por su parte, Atzir'itz retrocedió un paso e intentó bajar su espada para que el demonio tuviera que hacer lo mismo. Sin embargo, este desapareció en un súbito estallido de teleportación. Aceleré para llegar a tiempo.

No hizo falta.

Pese a la distancia de más de diez metros que le separaba de su objetivo, el padre Bruno acababa de lanzar lo que parecía una bola de luz blanca y pura de las palmas de sus manos. Esta devoró el espacio a toda velocidad e hizo un giro brusco para impactar contra el pecho del señor demoníaco justo cuando este acababa de aparecer sobre el íncubo.

¿¿¿Una especie de bola de fuego en plan onda vital que encima cambiaba de dirección como los misiles???

Los curas no tenían esos hechizos. Si los ángeles sí, la Tierra podría convertirse en un lugar muy peligroso para los míos. Me estremecí.

Miré al padre Bruno, parecía relucir en luz blanca, como si su piel fuera muy fina y se hubiera tragado una bombilla enorme. Me quedé tan sorprendida que casi me perdí a la aberración demoníaca explotando en mil pedazos de carne sanguinolenta y poniendo perdido a Atzir'itz. Sí, ese terrible señor del sexto infierno que era tan duro de matar que yo solo había podido con dos de ellos cuando tenía un acceso al pozo muy superior al que me correspondía. Ahora mismo, no dudaba de que uno de ellos me mataría sin remedio, igual que el presente había estado a punto de hacer con Atzir'itz, teleportándose sobre el con la espada cayendo sobre su cuello, cuando le impactó la luz. Luz que lo paralizó unos instantes, dándole tiempo al íncubo a apartarse, además de hacerlo explotar como si fuera él y no el cura el que se hubiera tragado la estrella y esta acabara de convertirse en una nova dentro de su estómago.

Un poco asqueroso.

Los restos de piel, sangre y vísceras me llegaron incluso a mí.

Los ignoré.

Lo realmente acojonante allí era el poder del padre Bruno. Me pregunté si ya habría pasado su prueba y tendría dentro al ángel.

Fue entonces cuando los vampiros de Casio de repente dejaron de atacar a los mutados para unirse a estos y lanzarse contra los licántropos.

Pese a que lo sospechaba, no pude evitar sentir rabia. No, no lo sospechaba: lo sabía. Lo sabía pero no había querido asumirlo. No había querido aceptar que aquel a quien amaba, quien me

había ofrecido trabajo cuando yo no era más que una cría recién llegada a la Tierra, quien se había prometido en matrimonio conmigo... era un puto hijo de puta traidor.

Arrogante y machista sí; pero traidor había deseado creer que no.

Creer que no podía ser, que no podía haberse dejado apresar, que no era el topo que avisaba a los mutados antes de que los vampiros fueran a por ellos cada vez que habíamos descubierto una nueva ubicación de sus células.

¿De verdad era todo mentira?

¿También sus palabras de amor cuando lo tenía y sentía tan dentro de mí?

Lágrimas de rabia nublaron mi visión mientras mis garras intentaban salir sin que yo me diera cuenta y lastimaban mis manos al tener los puños fuertemente apretados.

¡¡¡Sería cabrón!!!

Pero sí, allí estaba, el primero en moverse como un borrón de velocidad y matar a los pobres licántropos como si nada. Recordé aquella vez que me entregó dos de sus corazones y sentí como el mío se acababa de quebrar. Los lobos, que se habían repuesto rápido de la sorpresa de que sus supuestos aliados les atacaran, reaccionaron rápido, reagrupándose

Pero los enemigos eran demasiados y, además, mucho más rápidos que ellos. Vi cómo Casio, esa escoria, iba a por el alfa.

¡Puto chupasangres! Si por él hasta había renunciado a tirarme a Atzir'itz, por quien la atracción que mi cuerpo sentía era sin duda mayor que por ese vampiro muerto.

Porque así es como estaba: muerto.

Nadie traicionaba a mi abuelo y seguía vivo para contarlo.

Opsss, mi abuelo. Y yo sin contarle lo que había encontrado... Pero este no era el momento para pensar en si se iba a enfadar demasiado, sino en vengarme.

Extendí mis alas y eché a volar rauda hacia esa maldita sanguijuela que tan engañada me había tenido.

Ni me di cuenta de que algunos vampiros, bajo el mando de Lucas, continuaban luchando contra los señores demoníacos, como si no se hubieran percatado de que el resto de ellos había cambiado de bando.

A mi lado, Atzir'itz también volaba, rauda a ayudar a los licántropos.



A lo largo de todo el planeta Tierra, en cada continente, en cada nación, en cada ciudad, se había abierto un portal por el que entraban los señores demoníacos del séptimo infierno. Su plano no estaba demasiado poblado ya que eran territoriales y solitarios. Sin embargo, de los más de cien mil que allí residían, casi todos estaban viajando a la Tierra. Ellos, y no los mutados quienes apenas llegaban a sumar dos mil entre sus filas, eran el verdadero ejército enemigo.

La mayoría de los países, desarmados, caía sin poder oponer resistencia. Cuchillos y fusiles poco podían contra unos seres que, si no te paraban el corazón de miedo por estar hechos del tejido de la más aberrante de las pesadillas, tenían la piel sumamente resistente y podían teleportarse.

Otros, donde el desarme había fracasado, lanzaban misiles contra los portales, logrado, no cerrarlos, pero sí herir al enemigo y ralentizar su avance.

Hubo incluso uno que decidió usar bombas atómicas, prefiriendo auto inmolarsse junto con el

enemigo antes de dejar que esas criaturas asesinaran y devoraran a sus ciudadanos.

Sin duda parecía haber llegado el fin del mundo.



El señor del sexto infierno, su ejército de íncubos, súcubos y wyverns, así como sus aliados sombras del primer plano, estaban conquistando sin problemas el séptimo infierno, el de más azufre, el más poderoso.

Había dos ejércitos, el suyo y el enemigo, que estaban frente a frente, a ambos lados de una llanura. Sin embargo, las tropas del abuelo de Violeta no se movían. Tan solo su señor, protegido en medio de todos ellos, peleaba. O, más bien, lanzaba un hechizo tras otro. Si algún enemigo intentaba teleportarse cerca suyo, su hijo y su guardia personal se encargaban.

Los pocos miles de señores demoníacos que se habían quedado en el plano, junto con los demonios menores que tenían esclavizados, caían como moscas ante la magia que estaba convocando el rey mientras sus tropas le cubrían. De los cielos, oscuros, se desgajaban rajos violáceos que impactaban en sus presas una y otra vez, con descargas de voltaje mucho mayores que las de una estación eléctrica. Al mismo tiempo, el suelo se hundía bajo sus pies, apresándolos y succionando su vida de manera lenta pero continua. Y considerando que rey íncubo, por su raza y su antigüedad, era un experto tanto en robar almas como en la magia que podía imbuir armas de ese efecto, esa vida que el suelo drenaba a sus enemigos, junto con su poder, iba directa al rey. Daba igual que los señores demoníacos del séptimo plano intentaran volar para no quedarse atrapados en el suelo: furiosos huracanes rugían en los cielos por encima de ellos, en un maelstrom de condiciones épicas.

Nunca jamás ningún ser había ostentado tanto poder, utilizado tanta magia.

Era el poder del pozo de todas las almas, de eras acumulando las esencias vitales de los seres vivos que habían poblado la Tierra. Era el poder del rey del sexto infierno, desatado, que había estado acumulando para ese momento.

Eones... llevaba eones deseando clavar sus garras en el séptimo plano y reclamarlo para sí.

Los demonios menores no duraron demasiado y los señores demoníacos caían poco a poco. Al principio, ante la alarma de invasión, acudieron allí todos los que se habían quedado en el plano. Después, cuando se dieron cuenta de quién y cómo les atacaba, comenzaron a teleportarse a otras zonas de su plano, lejos de la magia del abuelo de Violeta.

Sin embargo, este tenía claro su objetivo: la montaña.

Un volcán gigantesco situado en el corazón del séptimo infierno. En su interior se acumulaban enormes depósitos de azufre líquido y por sus laderas corrían ríos de lava.

Ese era el punto que tenía que conquistar. No sabía si allí tendrían su fuerte sus enemigos pues hacía eones que no visitaba el plano. Le daba igual. Si conquistaba la montaña su acceso a su magia quedaría garantizado. Pues el pozo de todas las almas le daba ahora mismo un poder superior pero, al ritmo que lo estaba gastando, pronto tendría que contenerse pues no quería agotarlo.



Fui directa a por Casio. Un par de mutados se interpusieron en mi camino pero Atzir'itz se quedó peleando con ellos, quitándomelos de encima. Estaba tan furiosa que apenas se lo agradecí con un seco cabeceo. Solo podía pensar en una cosa: mi prometido. Más bien, en arrancarle las pelotas y dárselas de comer a los lobos.

Casio estaba arrinconando al alfa. En el suelo, muertos, había varios licántropos de su guardia personal. El alfa había abandonado su aspecto humano para transformarse en un lobo negro de casi tres metros de altura, con unas fauces capaces de partir al vampiro en dos de un mordisco y tragárselo de golpe.

Sin embargo, daba igual lo aterrador que resultara el aspecto del alfa, de mucho mayor tamaño que el resto de los lobos. Daba igual. Pues esa sanguijuela bimilenaria era rápida y parecía estar jugando con él antes de matarlo. Sin dudarlo me puse en medio, encarando a Casio quien se detuvo al verme. Noté un súbito movimiento a mis espaldas y tan solo me dio tiempo a echarme a un lado al tiempo que desconvocaba mis alas para que no me las rasgara y destrozara. La enorme garra del alfa me abrió un surco desde la clavícula hasta el hombro izquierdo, inutilizándome el brazo.

—¡Joder! Que estoy de tu lado. Casio es un puto traidor.

El lobo no pareció tener intención de dejar de atacarme; parecía que no se creía que eso pudiera ser verdad. Entonces llegó mi fiel Atzir'itz y lo inmovilizó sin problemas, diciéndole que aguardara, no dejándole más opción que quedarse a la espera de acontecimientos para averiguar si yo y el íncubo también le habíamos traicionado.

—Esperaba más de ti, Violeta —me dijo mi prometido con esa insufrible sonrisita suya de superioridad.

«¿De verdad la he encontrado alguna vez sexy?», pensé sorprendida.

Parecía que estaba más bajo su influencia y su poder de lo que había sospechado. Quizás, después de todo, yo no fuera tan fuerte y tan dura como me gustaba creer.

—No darte cuenta de cómo he jugado contigo es, sin duda, típico de ti —continuó jactándose—. Al fin y al cabo, sueles actuar de manera impulsiva y sin pensar. Analizar acontecimientos está fuera de tu capacidad.

¿Qué pretendía? ¿Cabrearme más, reírse de mí o devolverme lo de cuando lo saqué de sus casillas con el strip-sable?

Me centré en respirar despacio y contando los segundos mientras inhalaba. Aunque todo mi ser me gritaba para abalanzarme sobre él y clavarle la daga de mi abuelo en el entrecejo, sabía que sería un error. Ese maldito chupasangres era bimilenario; yo no podría con él ni aunque no estuviera herida.

— Atzir'itz, Alfred, os necesito para cerrarle la boca. Atzir'itz, suéltale. Es libre de irse, atacarme o unirse a la lucha.

Alfred era el alfa europeo.

—Típico de una mujer... no puedes solucionar tus problemas solita —se burló Casio con todo el desdén que pudo darle a sus palabras. El cual, considerando sus milenios de práctica, fue mucho.

«Respira, Violeta, respira...»

Porque no pensaba entrar al trapo. Esta batalla se ganaría con inteligencia. Y, por cierto, parecía que el padre Bruno, a mi derecha y a varias decenas de metros de distancia, estaba en la plaza donde los lobitos peleaban por sus vidas, ayudándoles y comenzando a matar vampiros como si no fueran nada para él. Su luz blanca era aún mayor, tanto que cegaba. Seguramente ya

habría pasado su prueba y esta era la manera que tenía su dios de detener el apocalipsis.

Haciéndole un gesto con la cabeza al guardia de mi abuelo, convoqué y extendí las alas y eché a volar por encima de Casio.

—¿Esto buscas, guapo? —ronroneé— ¿Qué te vuelva a sacar de tus casillas y a demostrarte que no eres más que un animal que se cree civilizado?

Por supuesto que ni pensaba ni podría seducirlo. Solo quería distraerlo.

Atzir'itz estaba ya a sus espaldas. Había guardado su espada para inmovilizar al alfa y se enfrentaba al vampiro con sus garras. Casio se giró y esquivó con facilidad su ataque. También el del alfa, quien tras dudar unos instantes se abalanzó en un salto sobre lo que de repente era la espalda del traicionero nosferatu. Yo lancé con todas mis fuerzas la daga de mi abuelo a donde imaginaba que ese hijo de puta iba a estar. Le conocía, sabía cómo peleaba. Considerando que nunca había probado a lanzar esta daga en concreto, confié en que no se lo esperaba.

Funcionó.

Le dio en el pecho y, de inmediato, pese a encontrarme a un par de metros de mi arma favorita, noté a través de nuestro vínculo mental cómo jadeaba extasiada al probar una sangre tan poderosa, antigua y exquisita. Su sed era insaciable y mi hombro comenzaba a recuperarse a gran velocidad.

Entonces Atzir'itz agarró la maza que llevaba al cinto para golpear a Casio, este bloqueó el golpe con su antebrazo, se arrancó mi daga y se la lanzó a Atzir'itz. Como si de repente dispusiera de un alma extra, el íncubo la esquivó. El arma de mi abuelo se clavó en la pared de una casa cercana, que bordeaba la calle amplia en la cual estábamos. El licántropo volvió a saltarle al cuello en vano. Casio ya no estaba. Se había marchado más rápido de lo que jamás le había visto moverse. Por un momento, pareció que Atzir'itz iba a ir tras él. En vez de ello, recogió mi daga y me la tendió.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Ahora sí.

Y era cierto. No solo porque mi hombro estuviera totalmente regenerado y todavía me quedara dentro de mí, para gastarlo, parte del poder de Casio; sino sobre todo porque me había dado cuenta de que ya no le amaba.

De hecho, sospechaba que hacía tiempo que era así pero no había sido capaz de librarme de su sombra y su influencia hasta ahora mismo.

Intentar matarle, clavarle un puñal... ah, liberador. Esto tenían que recomendarlo en la terapia de pareja.

Una pena, eso sí, que todavía siguiera con vida. O no-vida.

Bueno, daba igual, así disfrutaría más rematándolo.

Remonté el vuelo en vertical y miré hacia los demonios del séptimo infierno, quienes seguían destrozando edificios y matando gente, con el escaso impedimento de Lucas y los suyos, quienes cada vez eran menos. Como el padre Bruno parecía haber inclinado la balanza a favor de los lobos, decidí ir a ayudar a Lucas. De Casio, ni rastro.

Entonces un temblor distinto sacudió la tierra, uno que no tenía que ver con los majestuosos edificios antiguos que se derrumbaban. Más bien era como si bajo mis pies la roca misma protestase contra la profanación de esa ciudad que para los judíos era sagrada.

Asombrada, vi cómo de las ruinas de los templos salían enormes criaturas hechas de roca, en parte del suelo y en parte de las mismas losas de piedra caída. A su lado, minúsculos en comparación, los rabinos, con sus gorros en las cabeza (*kipá* creo que se llamaban), les susurraban órdenes.

Golems.

Enormes y gigantescos golems judíos, el doble de grandes que los señores demoníacos, tan altos que parecían colosos venidos de las leyendas de la antigua Grecia.



Las matronas estaban acabando su ritual, llegando al punto álgido donde todo el poder se canalizaría a través de Arianhrod e iría directo a Jerusalén, a ayudar a Violeta a luchar contra sus enemigos.

Arianhrod, con sendos tajos verticales goteantes en sus muñecas, tenía los ojos cerrados y recitaba las palabras de su hechizo en una letanía hipnótica, cada vez más rápido, mientras una niebla sobrenatural que había aparecido en la estancia y se había arremolinado a los pies de cada bruja, fluía hacia ella, recorría su piel, entraba por su nariz y su boca, ajena al aliento que se escapaba de esta última a cada palabra de la matriarca.

Entonces, de repente y sin previo aviso, los cuatro espíritus de brujas, esclavos de aquella snake que se hacía llamar Aunia, salieron de dentro del cuerpo de la matrona, quien estaba en una de las esquinas del pentagrama, y se abalanzaron contra la matriarca suprema.

Marta, que lo vio, gritó para advertirla.

Arianhrod, cuyas videncias ya la habían avisado de esta posibilidad, continuó su hechizo sin inmutarse. Cuando las cuatro espectros, con cuchillos insustanciales pero letales en sus manos, capaces de atravesar la carne de los vivos y consumirla, llegaron rápidamente hasta ella, Arianhrod continuó sin abrir los párpados. Las cuatro armas fantasmagóricas rozaron su piel, intentando clavarse. Fueron repelidas. La matriarca, durante su ritual de purificación, había añadido algunas defensas mágicas a su cuerpo, una de ellas un hechizo que no solo mantendría alejadas a las sirvientas muertas y esclavas de Aunia sino que las dejaría temporalmente sin fuerzas.

Las brujas espectro observaron, algunas con horror y otras con alivio, cómo las puntas de sus dagas comenzaban a relucir con un brillo blanquecino que avanzaba hacia ellas, disolviendo su forma, dispersando sus moléculas. Inmovilizadas, vieron sus armas desaparecer fragmentadas y después sus manos. Era como si fueran humo y este se desperdigara bajo un fuerte viento.

Volverían, sí; pero no esa noche.

Mientras Arianhrod lidiaba con las espectros, la bruja que estaba tumbada frente a ella, aquella cuya sangre también había sido ofrecida, elevó una mano y agarró la muñeca que portaba la daga ceremonial. Su intención era robársela a la matriarca.

Marta, que no sabía qué hacer pues no quería interrumpir el hechizo, se quedó mirando junto con Daniel. Arianhrod, sin dejar de recitar, usó su otra mano para atenzar la de su atacante. Entonces las demás brujas comenzaron a variar sus ensalmos, focalizando su energía hacia la bruja que estaba tumbada y flotando en el aire.

Bien, Arianhrod también lo había previsto. No podía usar ninguno de sus hechizos guardados en recámara pues eso interrumpiría el ritual; sin embargo, no pensaba dejar que le arrebataran un poder que era suyo. Esas brujas le habían jurado lealtad y dado su sangre para sellar su vasallaje. La matriarca introdujo unas palabras en el ritual, unas que las obligarían a arrodillarse de dolor mientras que ella seguía siendo el recipiente de sus energías.

Una batalla de voluntades, donde la niebla por momentos parecía querer ir hacia la morrigan

tumbada y por otro hacia la Matriarca, se desarrolló ante los pasmados ojos de Marta. Las matronas parecían estar resistiendo el vasallaje, posiblemente gracias a su pacto con dioses prohibidos. Sin embargo, Arianhrod continuaba con el control y pronto acabaría el ritual y todo el poder sería liberado bajo su mando.

Entonces se desveló una figura que había estado oculta incluso a los hechizos de detección que había en esa cámara del *Sancta Sanctorum*. Se trataba de una mujer joven, morena, vestida con un largo vestido medieval azul oscuro. Marta la reconoció: era una de las morrigan, Elvia, la hija de Arhianhrod. Esta llamó a su madre por su nombre y la matriarca dudó.

Porque había previsto muchos futuros posibles, incluso que tras realizarse el hechizo su hija pudiera ser seducida por la magia prohibida. Pero en ninguno la había visto en esta estancia sagrada. Entonces Elvia se acercó y Arianhrod comprendió que su presencia allí solo podía haber estado oculta por la magia prohibida, una tan fuerte como para superar la bendición de su diosa. Marta vio el cuchillo en la mano de Elvia, asomando más allá de su larga manga, y gritó. Gritó y se abalanzó hacia delante; ya le daba igual cruzar las líneas del ritual, pintadas con fuego en el suelo. Por sus labios fluían, aceleradas, como si se pisaran las unas a las otras en su prisa por salir, las palabras del hechizo más poderoso del grimorio de la luna llena. Por efecto ya fuera de la magia o de la adrenalina, Marta sintió que el tiempo se ralentizaba. Era como si toda su vida la quisiera haber traído a ese momento. Sintió resonar su corazón en su pecho y la sangre de sus venas, sangre de sus antepasadas, sangre de índigo, rugir rabiosa dándole poder. Iba a hacerlo. Iba a salvarla.

Esa voz, la de la antigua matriarca de la luna llena, la que ahora sabía que fue la índigo del siglo XIII, la animó.

¡Hazlo! Descubre quién eres. Llevamos todas tanto tiempo esperándote...

Sí, iba a salvarla. Después, junto a su beolach, salvaría a Violeta y al mundo.

Pero sus enemigas, esas brujas que habían visto como pasaba de último mono a matrona de una casa, no iban a permitirselo. Daniel, que la había seguido cuando echó a correr pues no podía permitir que le pasara nada, vio volar el cuchillo. Una de las brujas, una de las matronas con sangre snake, sin dejar de canturrear el hechizo del ritual usó su telequinesia para lanzarle un puñal arrojadizo a Marta, quien absorta su mente en su propio hechizo y su mirada en su beolach, no se había dado cuenta. Daniel la agarró por la espalda, tirándola de bruces al suelo y se puso en medio. El arma se le clavó entre el hombro y el cuello. Al mismo tiempo, la hija de Arianhrod le aseguraba a su madre que estaba de su lado y quería ayudarla, mientras entraba en el círculo interno del ritual e intentaba abrazarla. Arianhrod, peleando contra las brujas que intentaban arrebatarse el control del hechizo y forcejeando contra la que quería su daga, supo que no podía hacer nada para pararla. En lugar de ello la miró a los ojos, comunicándole de manera silenciosa tanto su amor como su perdón. Y quizás, por qué no, su admiración. Pues aunque Elvia no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo, Arianhrod no podía negar que le había ganado. Junto con el cálido abrazo del cuerpo de su hija llegó el frío metal apuñalando su espalda, justo a la altura del corazón.

Aunía esbozó una mueca de deleite, satisfacción, poder y triunfo. Esteno la coreó.

Finalmente el hechizo de Marta, al caerse ella, le estalló entre las manos y la hizo desaparecer consumida en un estallido de luz lunar, dejando que fuera el cuerpo malherido de su amado quien golpeará el duro suelo.

Había acabado.

Habían perdido.

Arianhrod estaba caída en el suelo, desangrándose moribunda; la morrigan que había estado tumbada se encontraba en pie sobre su sangre caída y le había quitado el cuchillo ritual. Su hija estaba abandonando el círculo y toda la niebla oscura fluía hacia la nueva matriarca suprema, quien recitaba ahora las notas principales del hechizo.

Entonces el ritual alcanzó su momento cumbre y la morrigan lo desencadenó en medio de un estremecimiento de éxtasis por todo el poder que recorría su cuerpo. Ella también había sacrificado su sangre, luego el ritual no perdería poder.

Lanzó el hechizo, pero no hacia Jerusalén sino directo hacia el plano del dios dragón. Directo a romper los sellos con los cuales las matriarcas de la antigüedad habían sellado su esencia y su magia, esos que se habían debilitado con el paso de los siglos y el hacer de las snake y que, ahora, estallaban en mil pedazos, liberando a los siete dioses prohibidos. Los más poderosos.

Plutón. Dragón. Oscuridad. Alma. Muerte. Destrucción. Vacío.

Bruscos y potentes temblores de tierra recorrieron el Samhain y las brujas, tanto las que se encontraban en el sótano como las del bar, cayeron postradas de rodillas ante el inmenso poder divino que las sacudía.

El mundo, tal y como ellas lo conocían, había llegado a su fin.

TREINTA Y CINCO

Como yo había esperado una gran batalla comandando a un ejército de los míos a lomos de wyverns (para eso me había hecho criar mi abuelo, ¿no?), estaba algo decepcionada. No por la batalla, que con esos golems enormes que conseguían sin duda plantar cara a los señores demoníacos, estaba tomando tintes épicos. Tampoco por mi ex-prometido, ese lo único que ya tenía el poder de hacer era cabrearme. Pero sí porque me había encantado estar al mando en la batalla del primer plano y sospechaba que, allí donde estuviera mi abuelo (pues dudaba mucho que fuera a Jerusalén a estas alturas) estaban esos ejércitos demoníacos comandados por él y mi padre.

¿Para esto me había creado tantas expectativas?

En fin, no era que me apeteciese volver a mi filosofía pre-Marcos de «la vida es una mierda» (aunque por culpa de Casio sin duda, en estos momentos, un poquiiiiiiiito sí lo era); pero me apetecía quejarme un poco. Y después encargarme tan bien de todo este jaleo en la Tierra, esperaba que mi abuelo se lo pensara dos veces antes de volver a dejarme en el banquillo.

Putra suerte...

De acuerdo, de acuerdo, no le echaría al destino una culpa que no tenía. Mejor culparía a esos demonios de allí (miré a mi derecha) del segundo plano y así podría desquitarme partiéndolos en dos con mi nuevo sable y la fuerza aumentada que me daba mi acceso al pozo abierto de par en par. Porque sí: me había hecho fabricar un sable como el de mi padre, solo que este no te chupaba el alma.

Hablando de espadas y de demonios humanoides con cuernos del segundo plano... Atzir'itz había vuelto a convocar ese juguetito suyo que te atrapaba los sentidos y te hacía anhelar poseerlo con todas tus fuerzas. Lo había hecho en medio de la masa de demonios que entraba por ese portal sobre el tejado de un edificio lejano que más nos valía cerrar. Y, cómo no, esos demonios menores estaban babeando por la espada de Atzir'itz mientras esta los partía en pedazos.

Ay, babeando...

Si yo les entendía tan bien... solo que era el dueño del arma el que de repente a mí ya podía quitarme el sueño. Nada como librarse de un traidor, de un árbol podrido, para volver a ver el bosque.

Fui con él y desaté mi mala leche a conciencia. Tanto que no me di cuenta de lo que estaba haciendo Casio hasta que no fue demasiado tarde.



Última entrada del diario del Padre Bruno, interrumpida:

Ya no soy merecedor de nada.

Ni siquiera me atrevo a nombrar Su palabra.

Llegó el día del juicio final, donde mi fe fue juzgada y fracasé.

No soy digno, no fui digno, nunca lo he sido.

He pecado de orgullo una y otra vez. Creí que mi Señor me había elegido y me aparté de la Iglesia. Fui juzgado y cuando uno de sus ángeles, un arcángel en realidad según este me mostró en la batalla, tuvo que entrar en mí para poner fin a todo yo, pecador, débil e indigno de su presencia, le fallé.

A mi alrededor caían tanto los guerreros animales como los civiles de Jerusalén. Oía los gritos de sufrimiento y horror de mujeres y niños. El arcángel, cada vez que se introducía un poco más en mi indigno recipiente para darme su poder y sus hechizos, para acabar con el mal impío, me lo mostraba:

Madres que veían a sus hijos devorados entre gritos de socorro de los pequeños, que no entendían por qué su madre no les salvaba y no paraba ese tormento; ancianos desmembrados ante sus parejas, que no habían vivido sus vidas juntos, enamoradas, para verlas acabar de un modo tan violento y absurdo, y que sabían que eran las siguientes; hombres que se volvían locos de dolor al ver el sino de sus familias y arremetían impotentes contra los demonios menores y los mutados que estaban provocando tanto dolor, tanta agonía, tanto sufrimiento vano ante los ojos de su Señor.

Era duro, pero lo soportaba porque sabía que Él me había mandado allí para impedirlo.

Entonces...

Entonces uno de los vampiros, el líder que dijo estar de mi lado, la pareja de la demonio a la cual jamás debí haber creído, apareció delante de mí con mi única familia viva: mi sobrina y sus tres hijos. Treinta de los suyos lo acompañaban y nos rodearon en un círculo, manteniendo la lucha alejada de nosotros. Dos de sus secuaces sujetaban a los niños y él tenía un cuchillo en el cuello de mi sobrina. Ella lloraba, suplicando en italiano que soltara a sus pequeños. Cuando me vio abrió mucho los ojos, me pidió ayuda, me dijo que habían matado a su marido. El vampiro me amenazó con matarlos a ellos si me movía. Pese a que el arcángel me gritaba que acabara con todos, que mi familia serían mártires por la causa, no pude. Yo... No fui digno. Dejé que el vampiro me hiciera soltar mi cruz y me ataran los suyos. Entonces los mató, pasó ese cuchillo por sus cuellos y los vi caer, derrumbarse hacia el suelo, con una expresión de dolor y súplica en sus miradas. Primero fue la madre e instantes después los pequeños, quienes no acababan de entender qué estaba pasando.

Me rompí.

Escuché la voz del arcángel, esa misma que me había dicho que no soltara mi cruz ni me dejara atar, en mi cabeza.

Me decía que no me preocupara, que era el momento, que iba a entrar en mí.

Pero no pudo.

No pudo porque sintió mi duda, sintió cómo la blasfemia más absoluta pobló mis pensamientos cuando osé reprocharle a Él que hubiera permitido su muerte, como la de muchos más inocentes.

El arcángel se retiró, abandonándome rauda su presencia. Yo dejé de brillar, dejé de sentirme santo o bendito.

Me quedé allí, en pie y atado, mirando estúpidamente los cadáveres de mi familia mientras el vampiro líder se retiraba y eran sus secuaces los que peleaban contra los lobos que intentaban liberarme.



Yo, en cuanto vi a Casio aparecer a toda velocidad al lado del padre Bruno, pensé en ir para

acabar de «expresarle» mi decepción. Al fin y al cabo, los demonios del segundo plano servían como *punching ball* pero siempre sería mejor golpearle a él. Y luego llevarle ante mi abuelo, quien seguro que estaría más que encantado de administrarle justicia por traidor. Un lugar especial en su trono le iría de maravilla. Sin duda, lo que menos pensaba era que ese cura que estaba cargándose demonios a decenas con tal solo alargar su mano hacia ellos podría estar en problemas.

Así pues, acabé con el par de demonios menores con los que estaba enfrascada en una pelea cuerpo a cuerpo (echaba de menos usar un buen sable, ya lo creo) y después fui hacia Casio. Entonces me di cuenta de que mi hasta hacía nada prometido no solo no lo estaba pasando mal para defenderse de Bruno sino que lo tenía atado. Además, tenía a una mujer apretada contra su pecho y con un cuchillo en su garganta. Había también unos niños. Extendí las alas y volé todo lo rauda que pude.

Tarde.

Murieron ante mis ojos.

Tenía que darme más prisa, ayudar al padre Bruno a quien la luz blanca estaba abandonando a marchas forzadas ante mis ojos.

No llegué.

Desde un tejado observé por el rabillo del ojo cómo una figura encapuchada en negro, con un ribete rojo en el borde de la tela, saltaba hacia mí. Cambié la orientación de mis alas para esquivarla. Tres pequeños puñales arrojados, tan pequeños que más bien parecían púas o cabezas de flecha, volaron hacia mí. Se me clavaron dos en mis alas. No dolió demasiado y pude continuar el vuelo, o al menos así fue hasta que los finos hilos, que no había visto y que colgaban de las púas, me dieron un tirón hacia detrás y el lado derecho.

Mi contrincante, una mujer, se había bajado la capucha y descubierto la cara. Estaba al lado de una chimenea en la cual había enrollado y anclado ambos hilos metálicos. Por una de las explosiones de fuego de una de las granadas que los vampiros traidores del Consejo de vez en cuando usaban, pude ver que sonreía. Tenía unos labios llenos, que posiblemente muchos consideraran sensuales, aunque ahora estaban curvados en una mueca sádica que demostraba su disfrute por haberme desgarrado las alas.

Las desconvoqué mientras caía más que aterrizaba sobre un tejado cercano. Usé lo que me quedaba del poder que mi daga le había robado a Casio para curarme. Entonces intenté volver a dirigirme hacia el cura, a quien desde mi posición lejos de los cielos ya no podía ver pero sin duda estaba en peligro y me necesitaba.

En vano.

Esa mujer era una maldita hermana sangrienta (justo el tipo de fanática religiosa con quien incluso mi padre me había aconsejado no meterme), acababa de disparar un garfio con un dispositivo que llevaba bajo la capa, como si se tratara de la protagonista de una película de acción, y lo había enganchado en mi tejado. De inmediato se había lanzado, con ambas manos sujetando una especie de percha que venía rauda hacia mí.

—Atzir'itz, ¡ve a ayudar a Bruno! —grité con la esperanza de que, de algún modo, pudiera oírme.

A continuación, contrariada, imaginé que la manera más rápida de llegar junto al cura sería encargarme primero de la monja. Así pues, me dirigí hacia el garfio para soltarlo y que se estampara contra el suelo. Podían ser solo un par de alturas pero igual, con un poco de suerte, hasta se desnucaba.

¿Y yo qué había aprendido del Vaticano?

Nada.

Porque en cuanto toqué el garfio sentí que caía presa de una de esas malditas trampas contra demonios de los curas. Salí de ella cuando mi enemiga, ya sobre el tejado, tuvo a bien quitarme el garfio de entre los dedos.

Veloz gracias a mi acceso al pozo me incorporé y me la quedé mirando, a la defensiva. No pensaba preguntarle por qué me había soltado (aunque tampoco era que hiciera falta), tan solo quería valorar la nueva situación antes de lanzarme a por ella. No me gustaría agarrarla de la capa y que esta tuviera otra de esas trampas.

—Llevo meses persiguiéndote por toda España. He de decir, demonio, que me resulta un poco decepcionante que hayas caído en algo tan burdo. Casi acabo contigo cuando no podías moverte; pero tampoco podías verme, y eso le quitaría toda la gracia.

—No sé qué cojones te crees que haces —le respondí sin inmutarme, aunque sí que me estaba reprochando mentalmente el haber sido tan poco precavida—, pero yo estoy del lado del único de los tuyos que hay aquí, un cura a quien iba a poseer un ángel y a quien, si no me dejas ayudarle, va a fracasar en su misión de impedir el fin del mundo.

—Muy buena, demonio. Una pena para ti que hoy busque sangre y no un bufón.

Sin más palabras, la monja se lanzó a por mí. Acababa de sacar sendos puñales de dentro de su capa. Yo, gracias a la velocidad que me daba el pozo, me apresuré a hacer lo mismo y pararla. Acero contra acero. Nuestros pies, más que danzando, volando por el suelo de tan rápido que cambiábamos la posición buscando un punto vulnerable en nuestra rival y tanto mi falda larga como su capa elevándose en el aire por la inercia para caer de golpe contra nuestras piernas. Sin duda, guerrera contra guerrera, dábamos un buen espectáculo aunque no hubiera nadie lo suficientemente desocupado como para mirarnos. Había oído hablar muy bien de esas mujeres, de su entrenamiento marcial, pero nunca pensé que una simple humana, por más bendiciones que llevara en su cuerpo, fuera capaz de igualarme en fuerza y velocidad con mi acceso al pozo de par en par abierto.

La monja debió de llegar a la misma conclusión que yo sobre lo igualado de nuestras fuerzas, porque decidió aumentar su apuesta y comenzó a rezar un exorcismo. No le sirvió de mucho, yo ya había demostrado que a mí, como medio humana, no me afectaba demasiado. En el Vaticano pude andar y moverme como un ser humano normal mientras seis religiosos lo recitaban y aquí la monja era solo una. Sin embargo, sí que ralentizó algo mis movimientos, lo suficiente como para que la hermana sangrienta lograra abrirme un tajo en el antebrazo derecho. Herida que, sin duda, no debería de ser gran cosa. Sin embargo, parecía que el filo de su arma estaba bendito y yo estaba empezando de repente a sentirme más lenta, más pesada, como si mover cada uno de mis miembros me costase un esfuerzo cada vez más duro y que rápidamente se estaba convirtiendo en titánico. Su sonrisa, la de esos labios llenos curvados en una mueca de placer, fue lo último que vi cuando ella logró hacerme perder el equilibrio y me tiró de bruces contra el suelo. Sin duda parecía que le ponía hacerme daño. Me recordó a cierta vampiresa sádica el día de mi quincuagésimo quinto cumpleaños.

Lo siguiente que sentí fue su bota contra mi espalda, clavándome el tacón y apretando con saña. Si no fuera porque estaba a punto de morir (otra vez...) diría que mi abuelo iba a sentirse de lo más decepcionado conmigo. No me extrañaba que me hubiera dejado fuera de lo más divertido.

Y hablando del rey de Roma... en ese momento creí estar delirando pero juro que por un momento dejé de ver el suelo bajo mis ojos para verlo a él, de pie sobre un volcán en erupción y

rodeado por los suyos.

—¿Qué haces, Klynth'Atz? —me preguntó muy serio— ¿Es que aún no te has dado cuenta de que he triplicado tu acceso al pozo?

Su imagen se desvaneció tan rápida como vino, dejándome con las tejas rotas y manchadas por la sangre de mi rostro, así como con esa sádica clavándome el tacón con ganas.

¿Mi acceso al pozo? ¿Cuándo?

Si ya lo tenía a tope...

Tanteé el canal.

«¡Oh, demonios! (o más bien abuelo)», pensé. No lo tenía.

Lo volví a abrir de par en par y la oleada de poder que me recorrió me hizo sentir como el día que cumplí los cincuenta y cinco. Bueno, tanto no, pero se le acercaba un poco.

Sin duda, yo acababa por depender de los demás más de lo que me gustaría pero, ¡qué cojones! No sería yo quien le negara a una princesa el que la salvaran de vez en cuando, por muy súcubo y demoníaca que esta fuera. Además, había que reconocer que mi abuelo tenía estilo a la hora de hacerme regalos.

Todavía herida en el hombro y con varias costillas rotas cortesía de la monja, me puse en pie. Apoyé las manos sobre el suelo e ignoré su peso sobre mi espalda. Se acabó apartando para no ser ella quien se cayera al suelo.

Mala suerte, *baby*: Ahora yo era la fuerte.



El rey del sexto plano estaba decidido a serlo también del séptimo. Una vez él y sus ejércitos hubieron alcanzado el volcán, se encontró con una hilera de los restantes señores demoníacos defendiéndolo. Estaban en pie sobre los ríos de lava, como si fueran inmunes a esta y no les dañara.

Al íncubo le resultó curioso. No había ni una fortaleza. Entendía que la lava ardiente podía ser más que dañina para las estructuras pero él sin duda pensaba erigir un castillo flotante en lo alto en cuanto lo conquistara.

En cuanto a los suyos, iban todos por el aire, así que esa lava no les haría daño salvo que se cayeran en ella. Con una enorme mueca de anticipación, les ordenó avanzar. Esta vez no quería grandes hechizos, se los guardaría para cuando los demonios que habían ido a la Tierra la abandonaran para defender su plano. Al grito de guerra que su garganta profirió tan alto que todos y cada uno de sus soldados lo oyeron como si fuera exclamado en sus oídos, encabezó la carga.

Aunque, eso sí, encaminados hacia lo alto del volcán y volando. Si sus enemigos quería pararlos, tendrían que teleportarse para ponerse a su altura. No pensaba pelear en su terreno.

De inmediato se desató el caos.

Señores demoníacos se teleportaban detrás de los wyverns y sus guerreros para lanzarles un golpe definitivo desde la espalda. Quitando a la familia directa de Violeta, así como a los guardias de su abuelo, ninguno de esos guerreros era rival para un señor demoníaco del séptimo infierno. Sin embargo, juntos sí lo eran y, como les superaban con creces en número, aunque un jinete y su montura cayeran muertos o agonizantes contra la lava que estaban sobrevolando, el resto de sus compañeros se abalanzaban sobre el demonio antes de que este pudiera teleportarse a otro lado. Le clavaban las lanzas que portaban y, algunos, saltaban de sus monturas y extendían las

alas para impulsarse aún más rápido contra el enemigo. Estos últimos, se teleportaban junto con el señor demoníaco herido a su siguiente ubicación. El padre, el tío y el abuelo de Violeta habían aumentado varias veces su tamaño, para hacer frente a sus rivales en igualdad de condiciones. Solo que ellos, con su acceso al pozo, tenían ventaja. Sobre todo el abuelo, quien sin duda era mucho más poderoso que cualquiera de los demonios de ambos bandos allí presentes.

No duró demasiado.

El ejército de incubos y súcubos diezmó al enemigo.

Entonces su rey les ordenó a su guardia personal y a todos sus magos que le siguieran. Dejó al padre de Violeta al cargo de lo que quedaba allí de batalla. Se dirigió hacia la cima del volcán y gastó más de diez mil de las almas humanas que tenía guardadas para introducirse dentro, en la caldera, allí donde el azufre se mezclaba con la lava. Sus magos rodearon por los aires la cima en erupción formando dos círculos concéntricos. Uno estaba orientado hacia el volcán y el otro hacia afuera. Los de adentro comenzaron a lanzar un hechizo de control, uno de los más antiguos y poderosos que cualquier raza demoníaca poseía, el que les daría el control del azufre del plano y lo haría suyo.

Su rey, rebosante del poder de las almas, se había vuelto inmune a la presión de dentro de la montaña y a las altas temperaturas. Desde allí, sin hablar pues su boca se habría llenado de lava, con sus dedos ejecutó su parte del hechizo. Esto, al estar allí adentro, lo aceleraría. Imaginaba que ya estaban llegando refuerzos al enemigo desde la Tierra, pues les había escuchado gritar la orden de pedirlos cuando él había abandonado la batalla rumbo a la cima. Si él fuera el enemigo, sin duda abandonaría en masa la Tierra para regresar a su hogar. La magia era algo curioso. Los demonios necesitaban ingerir azufre junto con otros metales minoritarios para ejercerla. Sus magos, que no tenían acceso a ese pozo de almas que guardaba en el sótano más recóndito de su castillo en el sexto infierno, uno que ni a sus hijos les había enseñado, habían venido con el estómago bien lleno del azufre del sexto infierno y varios viales en los bolsillos. Imaginaba que los señores demoníacos que habían ido a pelear contra su nieta también habrían hecho lo mismo. Pero si él les quitaba el séptimo plano, el más rico en el azufre más poderoso, entonces no tendrían modo de recargar su magia. Por eso, suponía que los cientos de miles que habían viajado a la Tierra estaban teleportándose de vuelta. De ahí el segundo círculo de magos que rodeaba el volcán. Eran, junto a su guardia personal, su defensa contra ellos. Les había ordenado lanzar magia de hielo. Además, sus guardias sin duda les ayudarían a ganar ese par de minutos que necesitaba, pues tenían cristales con almas extras y a uno de ellos, quien también era uno de sus bisnietos, uno que era como Atzir'itz pero un poco más poderoso, le había incluso enlazado al pozo y dado más acceso. Se llamaba Sylth'Atz. Este, junto con Klynth'Atz y Atzir'itz, era uno de sus tres descendientes, generales y experimentos favoritos.

Tenía más, por supuesto, pero no eran ni la mitad de prometedores.

En cuanto al hechizo de captura del plano, solía durar horas. Pero él lo había acelerado ayudándose de sus magos y lanzándolo desde el corazón donde latía el poder de esa tierra.



Muchas de las naciones que se habían desarmado habían caído bajo el control enemigo, son su población masacrada y los pocos supervivientes o escondidos o tomados prisioneros.

En las que se habían negado a desarmarse, la batalla continuaba. Licántropos y satanistas de

todo el mundo luchaban unidos para intentar defenderse. Los vampiros, inicialmente, les apoyaban.

En concreto, en España, el ejército se defendía como podía contra esa oleada de monstruos sobrenaturales (gigantescos demonios que podían aparecer y desaparecer a su antojo, bestias humanoides con garras y colmillos, demonios del tamaño de un niño pequeño que parecían sacados de alguna parodia bíblica...). Varios civiles se habían dirigido a los lugares donde se peleaba y comenzado a musitar palabras en un idioma extraño. Se negaron a retirarse y los soldados observaron boquiabiertos como parecían obrar una magia capaz de debilitar al enemigo, haciéndolo más lento y, a esos demonios inmensos, vulnerables a las balas.

Los licántropos que habían acudido a ayudar, lo hacían por las calles y evitaban, con sus formas lupinas, a la policía. Alguno de esos civiles, los satanistas, les ayudaban. Los vampiros, sin embargo, se habían vuelto contra ellos y disparaban las mismas balas que habían tenido en el hospital a Violeta, esas que impedían la regeneración de la cual, tanto nosferatus como lobos gozaban.

La batalla, pese al fuego de ametralladoras, parecía perdido.

Entonces, sin motivo aparente, todos los señores demoníacos del séptimo plano desaparecieron. Los satanistas comenzaron a vitorear el nombre que habían dado al abuelo de Violeta. No dudaban de que algo así solo podía ser obra suya.

Pronto, los vampiros, los demonios del segundo plano y los mutados fueron eliminados, apresados o lograron huir.

Las ciudades estaban destrozadas, con muy pocos edificios intactos tras el afán destructivo de los señores demoníacos del séptimo plano. El ejército y la policía todavía no se veía capaces de asimilar qué estaba pasando o contra qué habían luchado. La televisión nacional, cuyo edificio era uno de los pocos que seguían en pie, emitía un video tras otro en un informativo especial sobre lo que parecía una mezcla entre una película de terror y el fin del mundo.

Una voz y un rostro, el de Ainhoa, la viuda de Juan Antonio Borges, apareció de repente en pantalla, requiriendo la atención de uno de los reporteros que emitía desde la calle. Este, que la conocía de los videos que circulaban por las redes sociales, le cedió micrófono y cámara. Ella, serena pese a los gritos y la muerte que la rodeaban, se identificó y profirió un discurso estremecedor. Uno que no le había escrito ningún equipo de prensa, que le salía directamente del alma.

La humanidad acababa de descubrir que no estaban solos, que nunca lo habían estado. Y esa mujer era la única voz que les daba esperanza y que, pese a lo duro de los tiempos, se atrevía a prometerles que, unidos, podrían no solo sobrevivir sino recuperar su mundo.

Muchas personas, que se habían refugiado en los sótanos y garajes de sus edificios, antes de que estos se derrumbaran, y aguardaban allí a que los bomberos o alguien les rescatara, la vieron en las pantallas de sus móviles y dejaron que sus palabras de ánimo les ayudaran a aguardar.

Los monstruos existían, sí. Pero como Ainhoa les aseguraba no todos eran malvados, algunos la habían salvado a ella y a su hijo y les habían ayudado a ganar esta primera batalla. Habría guerra, su mundo estaba destrozado y presentaba una estampa postapocalíptica, sí. Pero ella no se iba a rendir y les pedía que tuvieran paciencia allí donde se habían escondido, que aguantaran, que les rescataría, que se unieran a ella.

Al poco, otros canales pusieron también su mensaje en un bucle cerrado, el cual quedó interrumpido por una retransmisión del Vaticano.

El mismo Papa y cabeza de la Iglesia Católica reconocía la existencia de los demonios, de

vampiros, licántropos, poseídos y otros seres impíos. Les decía que llevaban siglos protegiéndoles y que, ahora, una guerra santa había comenzado.

Les encomendaba a no escuchar a esa mujer pagana que se había aliado con el enemigo.

El Vaticano, por su parte, era el único estado que permanecía ileso. Con sus runas de protección restauradas y sus soldados, los demonios no habían podido nada contra ellos. Pero en vez de ayudar al resto del mundo, habían concentrado a sus tropas en la defensa de su ciudad y de Roma.

En el video, el Papa decía que acogían a refugiados siempre y cuando estos estuvieran dispuestos a pelear y sacrificarse por su dios y su fe.



Allí, estábamos, la hermana Custodia di Sangue y yo, frente a frente sobre un tejado. Solo que la sonrisa de placer ante la idea de asesinarme se le había borrado de la cara, cambiada por una mueca fruncida. Imaginé que estaba intentando averiguar qué había pasado, por qué mi fuerza había aumentado tanto de golpe que había sido capaz de quitarme de encima a la niña bonita de la iglesia que era ella.

Porque sí, mi padre tenía razón: con estas monjas era mejor no meterse. Eran pocas y estaban cubiertas de bendiciones como ningún otro guerrero de los suyos. Debía de haber alguna explicación detrás para que los guardias suizos no mejoraran también así sus capacidades físicas, si bien yo no la conocía.

El caso era que la hermana no parecía muy dispuesta a atacarme, sino más bien estaba a la espera. Yo, por mi parte, eché un vistazo rápido y vi que Atzir'itz había logrado escucharme e iba a ayudar el cura. Bien. Eso quería decir que por ahora podría centrarme en la monja y, después, ya iría a por ese traidor de Casio. Sin más dilaciones, ya que mi sable se había caído al suelo, y además no robaba vida, saqué a Skitkk Maaz, la daga de mi abuelo. De inmediato, ella hizo lo mismo con uno de sus cuchillos y, en la otra mano, agarró algo con el puño cerrado. No había que ser muy imaginativa para suponer que sería o una pequeña granada o un vial de agua bendita. Aposté por lo segundo y la atacué.

La hermana sangrienta no consiguió parar mi tajo. Parecía que gracias a mi nuevo acceso al pozo mi velocidad era demasiado para ella. Me pregunté si ahora estaría a la altura de un vampiro bimilenario como Casio. Cuando con la otra mano destapó y me arrojó el vial de agua bendita, lo esquivé, cayéndome apenas un par de gotas en el hombro que mi camiseta dejaba al descubierto. Me quemaron; sé que penetraron mi carne como si fueran un ácido. Las ignoré. Tenía a la hermana justo donde la quería: herida y a punto de ser neutralizada.

Su esencia, su alma, eso sí, estaban tan conectadas con su deidad que la energía que mi daga tomaba de ella y me pasaba dolía como el demonio. Me recordó esa luz blanca de pura fe del padre Bruno. Por suerte, esta vez yo tenía más almas para poder soportarlo.

El puñal de mi abuelo le había abierto una herida en el pecho. Parecía que llevaba una especie de coraza fina y, además, una malla de kevlar. Mi hoja debería de haberse desviado pero en estos momentos ni mi fuerza ni mi agilidad tenían nada de normal, así que logré tanto perforar la coraza como introducir la punta de la daga entre el tejido protector y clavarla en la piel, no demasiado, pero sí lo suficiente como para comenzar a drenarla.

Su armadura detuvo mi tajo, no dejándome rajarla.

Tampoco era que importase mucho, pues yo podía sentir cómo se iba debilitando; las bendiciones que pudiera llevar pintadas en su cuerpo incapaces de impedir la succión con la que mi abuelo había cargado a mi arma.

Yo tenía la teoría de que era como un ente que había cobrado vida dentro del metal, con una sed infinita. O, quizás, alguno de los enemigos de mi rey que estaba allí dentro atrapado y pagando condena.

En todo caso, la hermana, viéndose en peligro, intentó empujarme hacia detrás mientras ella daba un paso en dirección contraria. Sujeté una de sus manos, no dejándola que se separara de mí. Encajonada, separó su otra mano de mi pecho y agarró el filo de mi daga. Sin duda tenía que dolerle y vi la sangre goteando por sus dedos. Estaba claro que quería liberarse.

Si algo tenía que reconocerle a esta mujer es que era un rival fabuloso y que, sin la ayuda de mi abuelo, no tenía muy claro quién habría ganado el combate.

Sin embargo, este no era su día.

Logró separarse, sí, pero acabó aún más debilitada por la sangre que caía de sus dedos y su palma al sediento filo de mi arma, la cual, junto al líquido carmesí, le arrebatava también parte de su vitalidad.

La hermana sangrienta hizo entonces algo que jamás creí que vería en una de las suyas: intentó huir. Y no parecía que lo hiciera por miedo; más bien la determinación de sus ojos y sus rasgos parecía indicar que era para continuar luchando conmigo otro día.

Por un momento, consideré dejarle. Al fin y al cabo, ella y yo deberíamos estar en el mismo bando: el de la humanidad.

Sin embargo, sabía que era una fanática religiosa. Yo no era quien para culparle, pues yo misma obedecía al dedillo todas las órdenes de ese demonio ancestral que era mi abuelo. Lo que ocurría era que sabía que volvería a por mí, que no podría razonar con ella como hice con el padre Bruno. Más aún, si hubiera sido esta mujer a quien su dios hubiera elegido para la prueba, yo no tenía ninguna duda de que la habría pasado.

Sí...

Por eso la maté.

Porque sabía que volvería a por mí y, sinceramente, que podría ser ella quien me asesinara.

Usé mi nueva velocidad para lanzarme sobre la monja y no dejar que se escapara, que llegara al borde del tejado por el que sin duda pretendía tirarse. Después, me limité a agarrar su cabeza y partíle el cuello.

No quería clavarle otra vez la daga de mi abuelo. Me negaba a volver a pasar por esa tortura sin motivo. Además, de algún modo me parecía una enemiga fuerte y honorable y no quería profanar su cadáver drenándole lo que yo sospechaba que podía ser su alma.

No... que se fuera con su dios. Se lo había ganado.

En cuanto a mí, miré a mi alrededor. Atzir'itz no estaba. Casio tampoco. El líder alfa y los suyos peleaban contra los vampiros que había cerca de lo que parecía un padre Bruno derrotado y hecho un ovillo. En cuanto a mi hermana de magia negra no había dado señales de vida. Algo extraño. Probé a tantear en nuestra conexión, en esa especie de cordón palpitante y oscuro que parecía unirnos. Asombrada, no lo encontré. ¿Qué había ocurrido?

¿Acaso la matriarca suprema de las brujas había muerto?

De inmediato pensé en Marta. Deseé con todas mis fuerzas que estuviera bien.



Cuando Atzir'itz llegó junto al cura, ese vampiro que no se merecía el corazón de Klynth'Atz estaba marchándose. Un grupo de licántropos defendía al padre Bruno, quien, atado, no se movía. El íncubo se posó a su lado, lo desató y le gritó que peleara.

Le necesitaban.

Sin embargo, los ojos del cura estaban vacíos y de su boca solo salían tres palabras, repetidas una y otra vez como si de un flagelo se tratase: Le he fallado.

Parecía pues que no había pasado su prueba, que no habría arcángel destructor de demonios que acabara con el enemigo. Atzir'itz se apresuró a seguir a Casio, quien se había encaminado hacia uno de los grupos de mutados.

Como no se imaginaba que le seguían, al íncubo le resultó sencillo darle alcance. Y, más que sencillo, le pareció delicioso colocarse frente a él, ignorado a los mutados cercanos que no le atacaron por la orden de aguardar que les dio Casio, y decirle cuatro verdades que llevaban quemando su boca desde que lo conoció.

—Eres un traidor, un cobarde que ni siquiera puede mirarla a la cara y decirle por qué la ha traicionado. Además de tratarla mal y con superioridad. Ella no es tu juguete. No la mereces.

—¿Y eso quien lo dice? ¿Otro de los descendientes de ese tan todopoderoso rey demoníaco que ni supo ver que yo llevaba siglos aliado con los alquimistas y contra él? —bufó desdeñoso.

—Oh, dudo mucho que engañaras a mi bisabuelo. Es más sabio de lo que tú, vampirito engreído con tan solo dos milenios de edad, puedas imaginarte.

—¿Y tú quién eres para atreverte a decirme algo así?

—Alguien que aprecia a Violeta y a quien no le gusta verla con una basura como tú. Así que, si te parece, pelea conmigo.

—Esa tonta se enfadará si intentas luchar sus batallas. Siempre lo hace. No sabe cuál es su lugar.

Atzir'itz sonrió ante este último insulto a su princesa. Decididamente iba a disfrutar mucho esta pelea.

—No voy a luchar su batalla. Solo retenerte hasta que ella venga y te pueda partir la cara.

Entonces el íncubo tomó su última reserva de alma, de ese segundo cristal con el cual su rey le había obsequiado, y creció en tamaño. No tanto como para igualar a un señor demoníaco, pero sí como para sacarle tres cabezas a ese nosferatu. Los músculos de sus brazos habían aumentado de tamaño de un modo proporcional. Su espada también, pasando de tener una impresionante hoja dentada de palpitante oscuridad de tres metros de largo a casi cinco. Casio, imperturbable, le echó una mirada desdeñosa, comenzó a lanzarse hacia él y se detuvo en seco. El deseo de poseer a la devorahuestes se veía con claridad en su rostro. Atzir'itz le lanzó un tajo directo al cuello. Seguro que ese cabronazo que había jodido a su princesa sería capaz de regenerar la cabeza si se la arrancaba; así que ella no se enfadaría demasiado. Casio, al ver el peligro, logró sobreponerse en el último momento. Rompió el hechizo de la espada y se hizo a un lado. A continuación, se dirigió hacia el íncubo a toda velocidad, para de repente hacer un rápido zigzag hacia la izquierda y rodearle, mientras sacaba su pistola con la intención de obsequiarle con una ráfaga de tiros. Los mutados, que habían tardado en reaccionar, se apresuraron a apartarse, dejándoles un círculo de espacio libre para luchar mientras ellos mismos continuaban haciéndolo contra los licántropos.

El íncubo no dejó que el vampiro se le acercara. De un tajo intentó partirlo en dos antes de que

este pudiera comenzar a dispararle. Sin embargo Casio, uno de los más veloces entre los suyos debido a su avanzada edad, logró esquivarle sin llevarse más que una herida poco profunda en el vientre que no regeneró en el acto. Le había sorprendido la velocidad del ícubo, no se la esperaba. Tampoco el hecho de no estar curado al instante. Frunció el ceño, cambió el cargador y le disparó.

Había unos diez metros de distancia entre los dos.

El ícubo bloqueó las dos primeras balas sin vacilación, con dos rápidos movimientos de muñeca que cambiaron la orientación del filo su espada, y se lanzó hacia Casio mientras seguían lloviéndole balas, con el cuerpo inclinado hacia delante y la espada ligeramente ladeada y bloqueándolas. Como Casio llevaba toda su vida siendo el ser más rápido que conocía, comenzó a rodearle sin dejar de dispararle. Era una táctica que siempre le había funcionado. En un cargador había nueve balas. Todavía le quedaban tres.

Mientras Casio le rodeaba por la derecha, Atzir'itz adelantó su pierna derecha al tiempo que doblaba dicha rodilla y, justo al apoyar el pie en el suelo, empezaba a girar hacia su izquierda mientras comenzaba a esgrimir la espada en un arco circular, que giraba junto con su cuerpo ganando inercia y velocidad. El vampiro no tuvo ninguna oportunidad. Dos de sus balas se clavaron en el ícubo, quien las encajó ignorando el dolor. La devorahuestes, oscura y demoníaca, seccionó con limpieza el brazo derecho de Casio y entró por su costado, dándole un tajo profundo que penetró en su carne, cortándola hasta unos centímetros más allá de la columna vertebral. El nosferatu, sin darse cuenta de que estaba herido de gravedad, dio un par de pasos más a velocidad sobrehumana hasta caer al suelo, los que sus nervios habían ordenado antes de ser brutalmente seccionados. Su rostro, una máscara de sorpresa capaz de romper su habitual superioridad, le arrancó al demonio una carcajada.

—Tus dos mil años de arrogancia han hecho que sea tan fácil vencerte —le dijo satisfecho—. Por cierto, con mi espada no te vas a regenerar tan rápido como sueles. Seguro que aguantas con la columna cortada hasta que llegue ella.

Algunos de los mutados que estaban peleando cerca, se pararon en seco al darse cuenta de lo que estaba pasando. Los licántropos se apresuraron a desgarrar sus gargantas. Otros de los mutados huyeron. Muchos continuaron peleando, pero ahora en clara desventaja.

Pasaron cerca de un par de minutos. Atzir'itz vigilaba a Casio mientras esperaba a su señora. No dudaba de que ella, en cuanto pudiera, vendría; pues al fin y al cabo era ella quien le había mandado a ayudar al padre Bruno. A su alrededor, la pelea contra los mutados estaba cada vez más cercana a acabar. El ícubo no bajaba su espada. Si ese nosferatu daba la más mínima muestra de estar curándose o de intentar uno de sus trucos, pensaba volver a seccionarle la columna. Entonces llegó ella, volando y gritando su nombre. No el de Atzir'itz sino el de Casio, con una rabia que hizo que el guardia ícubo volviera a sentir ganas de reír a carcajadas.

Podría ser medio humana, pero en esos momentos su princesa parecía más súcubo y sedienta de sangre que nunca.

Se hizo a un lado.



En cuanto vi al padre Bruno me apresuré a ir hacia él. No podía ser. Ya no había luz en él; estaba como roto y no había pasado la prueba. Pregunté por Atzir'itz y el alfa me indicó dónde

estaba. Eché a volar para sortear con más facilidad a un grupo de mutados peleando. Cuando lo vi, al lado de un Casio tirado en el suelo, por un momento sentí ganas de arrancarle la carne de los huesos.

¿¡Es que lo matado?! ¿Acaso no estaba suficientemente claro que ese chupasanges hijo de puta era mío?

Entonces vi la sonrisa en sus labios y entendí que tan solo le había parado para que no se escapara. Perfecto. Le hice un gesto con la cabeza, agradeciéndoselo, y me posé justo al lado de Casio.

Mm... Así que columna seccionada, ¿eh?

Pues perfecto.

Así podría partirle la cara una y otra vez sin que se meneara.

Y eso hice. Cegada por una rabia ciega como jamás había sentido, comencé a darle puñetazos y patadas. Cuando le daba sus piernas, donde no sentía nada, no se quejaba. Cuando era en la cara, esa que se cubría con los brazos, sí.

Puto cerdo traidor cabronazo.

Chillaba como un cochinitillo.

Nunca hubiera esperado eso del supuestamente fuerte y sexy Casio.

No sé si eran las improntas de todas esas almas de mi acceso al pozo triplicado, o la rabia que llevaba dentro por todo lo que me había hecho, por cómo me había engañado... o qué. Aunque quizás la furia y la ira fueran también un poco contra mí, ya que cuando descubrí que quería utilizarme en mi quincuagésimo cumpleaños, en vez de mandarlo a tomar por culo, me limité a sentirme halagada y seducirle.

Para que luego digan que solo los tíos piensan con la polla...

La cagué. Pero daba igual. Ya solo quería ver su rostro convertido en un amasijo de carne sanguinolenta, algo que era más que fácil de conseguir con mis puños y espolones.

Y ese hijo de la gran puta seguía quejándose y pidiéndome que parara. Saqué las garras de la mano derecha y le seccioné las cuerdas vocales, arrancando un gran trozo de carne por el camino. Mejor así, solo gorgoteos. Estaba cansada de escuchar sus súplicas y sus mentiras.

¡¡¡Maldito bastardo!!!

¿Es que ni dignidad tenía?

Pero no era eso. Casio había regenerado su columna hacía un rato y estaba aguardando una oportunidad. Podría haber estado quejándose de un modo exagerado pero lo que quería era ganar tiempo y yo, si no hubiera estado tan concentrada en partirle la cara, me tendría que haber dado cuenta. Telepáticamente, el muy cabrón había pedido ayuda a los vampiros y mutados que había en la zona. Y entonces, poco después de que le rajara la garganta, mientras seguía dándole de puñetazos y patadas, movió con velocidad uno de sus brazos, asestándome un golpe y dejándome la marca de sus afiladas uñas en los míos y llegando hasta mi rostro.

Confieso que, cegada por el despecho y por la deliciosa sensación de estar haciendo daño a quien a mí tanto me lo había hecho, no me lo esperaba. Me quedé un instante sin saber cómo reaccionar, centésimas de segundo que él aprovechó para ponerse en pie y, pese a tener todavía medio costado sin regenerar (se había centrado en la columna vertebral), ponerse en pie y comenzar a alejarse a toda velocidad.

Al mismo tiempo, todos los vampiros de la zona que de repente ya estaban aquí, dispuestos a ayudarlo, se apresuraron a cubrir su retirada. Siete de ellos se abalanzaron contra Atzir'itz antes de que este pudiera parar a Casio, quizás cortándole esta vez la cabeza.

Lo cual sería un buen regalo para una princesa súcubo, no lo iba a negar...

De inmediato, yo intenté detener al que hasta hacía nada era mi prometido, pero veinte vampiros más se interponían entre nosotros dos. Escuché a Atzir'itz soltar un juramento mientras se deshacía de los suyos e iba a por Casio, pero muchos más estaban allí para entretenerle. Yo intenté convocar mis alas y volar pero esos chupasangres saltaron sobre mí antes de que pudiera despegar el vuelo.

¡Serían bastardos!

Me volví a cabrear.

Guardé mis alas, agarré la daga de mi abuelo y arremetí contra ellos.

Entonces, los licántropos se apresuraron a ayudarnos. Pese a la mayoría en número de los nosferatus, la pelea fue rápida, eso que el guardia de mi abuelo se había quedado sin almas que quemar. Para cuando los vampiros y mutados comenzaron a retirarse hacia otras zonas de la batalla que estaba desarrollándose en Jerusalén, ese chupasangres malnacido se había escapado.

No había ni rastro de él.

Seguía furiosa pero entonces Atzir'itz me miró y puede leer la pregunta en sus ojos antes que en sus labios:

—¿Le has partido la cara a gusto?

—¡Oh, sí! —me di cuenta y sonreí.

Porque había sido de lo más liberador y didáctico. Por supuesto, mi pequeño prometido chupasangres traicionero, esto no había acabado. Pero seguiríamos otro día, por ahora, en realidad, me había quedado bastante desahogada.

Volviendo de vuelta a la veleta emocional que solía ser mi vida, llena de las improntas de cientos de almas, ahondé en mi sonrisa, le hice una seña al sexy guardia de mi abuelo y volvimos a la batalla.



Tras la huida de mi traidor y decepcionante prometido, yo y Atzir'itz nos dirigimos a ayudar a los golems contra los señores del séptimo plano. Esas enormes torres de roca y barro eran sin duda un espectáculo digno de verse. Les daba igual que los demonios les cortaran o arrancaran una extremidad: simplemente volvían a formarlas. Eran, junto con algunos de los lobos, los héroes que estaban impidiendo que el enemigo más poderoso se uniera a la lucha. Sin embargo, parecía que dicho enemigo había descubierto que si mataba al rabino acababa con el gigantesco constructo de piedra. Y, aunque los golems los protegían, varios habían caído ya presas de la inesperada teleportación enemiga.

Ví a uno de ellos que con sus garras destrozaba el brazo de uno de los golems, el cual estaba extendido a modo de escudo, para cubrir al rabino que había debajo.

No me lo pensé. Eché a volar hacia allí, con mi nueva velocidad y la euforia de tener abierto de par en par este nuevo acceso al pozo.

A diferencia de mis experiencias anteriores con ellos, ninguna bola de fuego me recibió. Como yo sabía que su magia costaba azufre, imaginé que querrían economizarlo. Tan rápida que no sé si Atzir'itz pudo seguirme con la vista, me planté detrás del señor demoníaco y le clavé mi daga. No quería que se me escapara. De inmediato sentí más poder entrando en mí y, a diferencia del de la monja, este de blanquito y ardiente no tenía nada.

Antes de que llegara el guardia de mi abuelo, un par de señores demoníacos se teleportaron a mis dos lados para agarrarme y descoyuntarme, en un intento de partir mi cuerpo en dos y liberar a su aliado. Pero no tenían la fuerza suficiente, no con el nuevo aporte de energía que me daba mi daga, ese poder embriagador que venía directamente de mis enemigos.

Aguardé hasta acabar de succionar la vida del primer señor demoníaco y, después, junté mis dos brazos, esos que ellos me tenían agarrados, para hacerlos chocar y liberarme. Mi nueva fuerza sin duda era brutal pero no daba para tanto. Entonces llegó Atzir'itz y me quitó de encima a uno de mis dos enemigos, haciéndole una presa que le obligó a soltarme. De inmediato me giré para acabar con el otro, ensartándolo en la daga de mi abuelo. Y así, la batalla sin duda volvió a decantarse del lado de los golems y yo me sentí inmortal, plena, viva como solo una buena pelea podía hacerme sentir. Me di cuenta de que realmente estaba siendo un general y un receptáculo para las almas del pozo, solo que mi ejército era el de la Tierra, no una hora de incubos montados en wyverns.

¡¡¡Sí!!!

Me eché a reír. Entre muerte y muerte, Atzir'itz me miró extrañado.

Hmm... estaba jodidamente sexy con los músculos de sus brazos congestionados por la pelea y toda esa sangre recorriendo su piel sudada.

Le guiñé un ojo, prometedor.

Este era mi sitio. Lo había sido desde que yo era una cría. El plano de mi abuelo estaba muy bien pero gran parte de mi corazón pertenecía a la Tierra.

Grité extasiada por la revelación mientras seguía llenándome del poder y la magia de los demonios que mataba. ¿Podría hacer yo una de esas bolas de fuego?

Entonces, de repente, sin previo aviso, los señores demoníacos desaparecieron. Todos.

Me quedé extrañada, mirando a mi alrededor. Uno de los golems me habló, repitiendo las palabras del rabino que había acogido dentro de su cuerpo de piedra, para protegerlo mejor:

—Nos has ayudado pero también eres un demonio. Dime, ¿eres aliado o enemigo?

—Soy aliado. No deseo destrozar ni a tu ciudad ni a tu gente. Vamos a retirarnos. Si algún día me necesitas, soy Violeta Abós y vivo en España, en una ciudad llamada Zaragoza.

Sin dejar de mirar a Atzir'itz de reojo (parecía que mi duelo por Casio, más que llegar a su fin, se había consumido junto con mis ganas casi saciadas de partirle la cara), me dirigí hacia el líder alfa y hacia el padre bruno. Los mutados restantes huían en desbandada, así como los demonios del segundo plano, y los golems se encargaban fácilmente de rematarlos. Le agradecí al licántropo su ayuda y comprobé que el padre estaba roto.

Sentí pena.

Miré los cadáveres de los humanos asesinados, el alfa me susurró que eran la familia del padre, y me entraron nuevas ganas de partirle la cara a Casio, esta vez lentamente y aprovechándome de su regeneración para torturarlo durante muchos milenios.

—Lo siento mucho, Bruno, esto no debía de haber pasado —le dije mientras ponía una mano en su hombro pero él no pareció reaccionar.

Llamé a Marta. Nadie me cogió el teléfono. Realmente preocupada le pedí a Atzir'itz que me llevara al plano de mi abuelo y, desde allí, ya cogeríamos ese portal que me dejaba en los campos de labranza cercanos a mi ciudad.



El rey del sexto infierno, ahora también del séptimo, salió del volcán que ya era suyo. Sus magos del círculo interno, una vez acabado el hechizo, se había unido a la batalla. Sylth'Atz encabezaba la defensa contra los señores demoníacos que habían abandonado la Tierra, equilibrando allí las tornas. Más abajo, por la ladera de la montaña de azufre, sus dos hijos peleaban contra parte de las tropas enemigas las cuales parecían sobrepasarles y les hacían retroceder poco a poco.

Perfecto. Eso estaba ganado aunque por ahora pareciera que iban perdiendo los suyos.

En cuanto a su nieta, confiaba en que fuera capaz de mantener a salvo a la humanidad. Al fin y al cabo, eran su fuente de almas favorita y, mal que le pesase, algo había llegado a empatizar con ellos.

—Usad el nuevo poder de este plano para lanzar vuestros hechizos de combate —les ordenó a sus magos.

A continuación, él hizo lo mismo, desatando un maelstrom de proporciones épicas que amenazó con estampar a sus enemigos contra las laderas del volcán. Estos, por supuesto, se teleportaron por encima de él y de sus magos, donde no había vientos huracanados ni tormenta. Perfecto. Les lanzó bolas de hielo, acompañado por sus magos. Unos cuantos señores demoníacos cayeron congelados al volcán, donde su cuerpo se sublimó vaporizado en un estallido de lava nada más entrar dentro. Ah... deliciosa física... El resto logró teleportarse a otro lado, buscando sus puntos débiles.

Pues bien: esos enemigos suyos pronto iban a darse cuenta de que sin el poder del séptimo plano eran más débiles pues ya no tenían una fuente de azufre para sus hechizos y, esa preciosa teleportación suya, así como los hechizos de su raza con los que aumentaban la dureza e invulnerabilidad de su piel, pronto agotaría sus reservas restantes.

El rey esbozó una mueca inclemente.

Podían contraatacar asesinando a los suyos o intentar escapar todo lo que quisieran. Muy pronto dejarían de poder hacerlo y serían exterminados.

El tiempo de los ícubos había llegado.



Continuación de la última entrada en el diario del padre Bruno:

Me quedé allí, en pie y atado, mirando estúpidamente los cadáveres de mi familia mientras el vampiro líder se retiraba y eran sus secuaces los que peleaban contra los licántropos que intentaban liberarme

Yo podría haber acabado con ellos, haber salvado a mi sobrina y a sus hijos. Haber sido digno del juicio de nuestro Señor y haber detenido la matanza que ha asolado y todavía asola a nuestro planeta. En vez de eso, temí por sus vidas y no luché. Después, dudé. Fui débil, indigno y necio.

Ahora noto que ya no está Su presencia en mí. Mis rezos ya no son capaces de exorcizar al mal. Ahora no soy más que el peor de los pecadores, el que pudo salvar al mundo y falló.

Otra vez peco de orgullo, hasta caído...

Pagaré penitencia el resto de mi vida ayudando a los que sufren en este nuevo mundo de pesadilla, este infierno en la Tierra. No porque me merezca poder redimirme, sino porque ya solo puedo intentar aliviar el mal que he causado.

Sé que cuando muera iré al infierno.

Solo espero que sea lo suficientemente doloroso y eterno como para hacerme pagar por todos mis pecados.

TREINTA Y SEIS

Había acabado todo.

Más bien, habían pasado siete días desde la batalla en Jerusalén.

Cuando llegué al Samhain, estaba destrozado y vacío, abandonado de toda bruja excepto de los cadáveres de las moon-wolf que estaban esparcidos por el bar. Además, parecía que un terremoto hubiera sacudido sus paredes, derrumbándolas en parte. Tuve que abrirme paso por una sección llena de cascotes de las escaleras para poder bajar al sótano. En el *Sancta Sanctorum* descubrí dos cuerpos inertes, los de Ahrianrod y Daniel. Estaban tirados en un rincón, como si los hubieran arrojado allí para que no molestasen. Notando como si una mano me atenazara la garganta, me acerqué.

Estaban muertos, no tenían pulso.

Mi hermana tenía una enorme puñalada en el vientre y una mueca de dolor se había quedado rígida en su rostro. En cuanto al valiente novio de Marta... un puñal sobresalía de su espalda y su cuello estaba roto, como si lo hubieran rematado así.

Preso de un dolor que rivalizaría con esa melancolía que solía invadirme cuando pensaba en mi madre, rebusqué entre los cascotes para ver si hallaba a Marta.

Nada.

Comencé a sentarme en el suelo, destrozada, pero entonces una voz débil me llamó y noté que esa conexión de magia oscura de mi ser volvía a latir.

Con los ojos húmedos me giré y vi a Arianhrod hablándome. Su cuerpo parecía brillar con una suave ausencia de luz, como más bien las sombras se condensaran contra su piel y su vestido ensangrentado.

—Violeta, ayúdame.

Me apresuré a acercarme.

—¿Estás bien?

Entonces escuché toser a Daniel. Fue extraño, como si hubiera muerto y volviera a la vida. Su cuello roto se recompuso ante mi atónita mirada.

¿Era un zombi?

—Sí, estamos bien —me contestó la matriarca.

La ayudé a medio incorporarse, quedando sentada.

—Os toqué. Estabais fríos y sin pulso —quise comprender.

—La diosa Morrigan me había dado su bendición. Cuando me apuñalaron y robaron el control del ritual, me dieron por muerta. Fue la mano de mi diosa quien así lo hizo aparentar. Cuando me arrojaron junto con el novio de la matrona de la Luna Llena contra esta esquina, extendí su poder hacia él, para que creyeran que había muerto desangrado. Aunque cuando una snake le intentó partir el cuello creí que lo había perdido. Eso hizo que, una vez que se hubieron ido, tras destrozar mi hogar, me costara más recuperarnos. De hecho, seguimos heridos.

—Yo... Arianhrod, ¿quién te apuñaló?

—Alguien que no me esperaba.

El dolor recorrió su rostro, haciéndola parecer mucho más anciana de lo que normalmente

aparentaba ser. Le apreté con suavidad una mano, para confortarla.

—¿Marta? —puso Daniel palabras a mis pensamientos, una vez acabó de toser, con voz rasposa y entrecortada.

—Shhh... no te muevas. Traeré una ambulancia —le dije al ver que intentaba incorporarse.

—Lo siento, Daniel —le contestó Arianhrod—. Aquí no está y ellas tampoco se la han llevado.

—¿Está, está...? —titubeó, incapaz de acabar la frase.

—No lo sé. Desapareció intentando lanzar un hechizo poderoso. Podría estar muerta o quizás atrapada en otro plano.

El silencio se volvió a extender en el santuario destrozado.

Llamé a una ambulancia y buscamos a Marta. No la encontramos. Arianhrod lo había perdido todo: su Matriarcado y el apoyo de cualquier bruja.

Parecía que Esteno era ahora la matriarca suprema, que todas las acólitas de la Luna Llena estaban muertas con su casa destrozada y tomada ahora por la hija de Arhianrod, quien había fundado su nueva casa sobre la caída de la número cuarenta y nueve. Imaginamos que pronto atacaría a otras para subir en el ranking de poder.

En los días que siguieron, mi hermana de magia negra me habló sobre esos dioses prohibidos, me dijo que ahora que estaban libres las cosas iban a cambiar y que un gran peligro seguía cerniéndose sobre el mundo.

Mi abuelo, quien en todo momento había sido consciente de la traición de Casio y le había dejado hacer, me recriminó que no me hubiera dado cuenta antes y levantó con magia una fortaleza en el séptimo plano, donde comenzó a construir un nuevo pozo de todas las almas. El mando del sexto infierno fue para mi padre.

La Tierra estaba tan destrozada como el Samhain, con edificios dañados por las batallas y mucha gente con duelo por las pérdidas de sus familiares. Ainhoa era ahora la líder política en España, reemplazando al presidente por petición popular de todos los supervivientes que decían deberle la vida. Veían en ella a una mujer que, como ellos, había sufrido. Que era buena y sincera, sin por ello dejar de hacer lo que debía. Y, sobre todo, que se negaba a rendirse por más reveses que le diera la vida.

Bien por ella.

Yo seguiría ayudándola y parecía que Lucas también. Era extraño. Se conocieron cuando volvimos de Jerusalén. El serio hijo de Casio, cuando estaba con ella, no era tan serio. Juraría que incluso le veía sonreír con ternura al mirarla. Cuando pensé que le iría bien una mujer que le sacara de sus casillas, sin duda no había pensado en esto pues Ainhoa, más que alterarle, parecía ganárselo con su dulce determinación. En todo caso, dudaba mucho que la viuda estuviera para algo que no fuera mantener a su hijo a salvo y alejar el dolor del duelo por su marido con toda la energía que le estaba poniendo a su nuevo cargo como presidenta.

En todo caso, había países que habían salido peor parados y estaban bajo el control de los mutados. Otros, como el Vaticano, Rusia y algún estado de los Estados Unidos, se encontraban prácticamente ilesos. Daniel decía que se sentía como el protagonista de una de esas películas post apocalípticas de zombies. En cierto modo, coincidía con él. Y, desde luego, seguía buscando a Marta con todos mis recursos pero ni siquiera mi abuelo parecía ser capaz de localizarla.

La batalla, por ahora, había acabado en Zaragoza. Sin duda, yo sabía que eso no era más que un espejismo, una calma engañosa que ocultaba lo que fuera que esas brujas estuvieran preparando. Tendrían que haber erigido un nuevo *Sancta Sanctorum*, una nueva sede de poder. No sabía dónde. Por suerte, mi abuelo ahora dominaba varios planos demoníacos: el sexto, el séptimo y el

segundo, que había sido fácil de conquistar con todos sus habitantes diezmados. Tenía también alianzas con las sombras del primero. Los señores demoníacos habían sido exterminados casi en su totalidad, pues sin azufre dejaron de poder teleportarse. Tan solo unos pocos cientos comprendieron su final y usaron sus últimas reservas para ir al quinto plano, donde tenían aliados.

Lucas y sus hijos de sangre estaban de nuestro lado, así como algunos vampiros que no querían acabar con la humanidad y que no estaban bajo el control directo de Casio. La otra triunviro, Aldana, había sido asesinada en la batalla que hubo en sus cuarteles generales cuando Casio volvió de Jerusalén y ella se enfrentó a él.

Por ahora, la mayoría de los vampiros enemigos (que eran casi todos los de su raza), los mutados y los alquimistas parecían haber abandonado España o haberse escondido muy bien.

Volverían. No tenía dudas.

Y de todo esto yo tan solo había sacado una cosa: mi corazón.

Estaba libre, latía libre.

Atzir'itz vino a verme un día a mi casa. Le dejé entrar e invité a tomar una cerveza en mi salón. Yo miraba por la ventana, apesadumbrada por los recientes acontecimientos y la desaparición de Marta, cuando le sentí acercarse.

Desde la batalla, cada vez que él había hecho algún intento de decirme algo que pudiera considerarse sentimental o sexual, yo había cambiado bruscamente de tema.

Mi corazón latía libre sí, pero no por ello se lo había entregado a Atzir'itz; pues aunque este me había demostrado sobradamente que podía confiar en él, yo ya no quería fiarme de los hombres después de la traición de Casio. Pese a toda la atracción física que había entre nosotros, tan fuerte que hasta dolía, había evitado sus intentos de besarme.

Necesitaba tiempo, mucho tiempo, y también distancia.

Esta vez, sin embargo, me sentía algo más triste de lo normal mirando por la ventana de mi salón hacia la calle. Mi edificio había salido casi ileso de la batalla en la ciudad. Lo cierto era que no era el único, en ese sentido los habitantes de Zaragoza podían considerarse privilegiados. Sin embargo, era fácil ver tanto los restos de sangre sobre el asfalto que todavía la lluvia no había limpiado del todo, como las banderas de duelo que adornaban la mayoría de los balcones. Hacía décadas que yo no veía este país tan unido, todos mostrando un frente común contra los alquimistas y los señores demoníacos.

Sin embargo habían caído tantas vidas... y yo todavía estaba bajo los efectos emocionalmente desestabilizadores de ese atracán de almas en Jerusalén. Daba igual que hubieran pasado una semana, yo todavía no me había recuperado.

Quizás por eso, porque en esos momentos no me vendría mal algo de apoyo, no me moví cuando él se me aproximó, ni siquiera cuando, muy cerca de mí, lo sentí dudar. Pasados unos segundos, me abrazó pegando su pecho a su espalda, pasando sus brazos sobre mis hombros y hundiendo su cabeza en el hueco derecho de mi cuello.

«Es por mis tacones», pensó una parte de mí, «que si no ni de broma llegas sin agacharte».

Pero si esperaba que él dijera algo o hiciera algo más, me quedé decepcionada. En lugar de eso, permaneció así, abrazándome, dejando que su calor y su aroma llenaran mis sentidos y que mi apenado estado de ánimo se consolara un poco con la reconfortante cercanía de su corazón, que parecía haber ralentizado su cadencia hasta latir despacio y al unísono con el mío.

— Atzir'itz —le susurré al cabo de un rato indefinido —, te agradezco tu apoyo pero es todo lo que voy a tomar de ti.

—Shhhh, no digas nada. No hace falta.

Agradecida, seguimos un rato más en silencio y yo cada vez comencé a ver el futuro con un poco más de esperanza. Al fin y al cabo, aunque la Tierra estuviera en un estado post-apocalíptico, tenía aliados que me ayudarían a solucionarlo, a devolverle a todo la mayor normalidad que fuera posible y, si no, a construir un nuevo mundo donde los alquimistas no tuvieran cabida.

Y Marta... Apreté los labios en una mueca de determinación. A Marta la encontraría.

Hice un poco de presión hacia detrás, indicándole a Atzir'itz que quería separarme de la ventana. Él retrocedió un paso y yo me giré, quedando muy cerca de él y viendo en la vulnerabilidad de sus ojos que sin duda me amaba.

Podía ser un demonio, pero tenía un acceso a las almas superior al de un íncubo normal. Claro que, como me había enterado hacía poco, éramos familia. Mi abuelo y sus planes... nunca dejaban de sorprenderme.

— Atzir'itz —seguí susurrándole, pues aunque estaba más animada seguía sin sentirme con fuerzas para hablar más alto, como si por hacerlo tuviera que enfrentarme a esos sentimientos míos que en esos momentos no era capaz de reconocer—, sé lo que quieres decirme. Sé también la atracción que hay entre nosotros y las palabras que casi nos dijimos aquella vez.

Él fue a decir algo y yo coloqué un dedo sobre sus cercanos labios para acallarlos. Señor... eran tan suaves y deliciosos, y él olía tan bien... Por suerte yo no era una humana normal que no podría resistir su sex-appeal demoníaco.

Suspiré.

—No negaré que hay algo entre tú y yo, algo inacabado. Pero de verdad que ahora no puedo.

Sus ojos estaban tan clavados en los míos que sentí que podía hundirme en la aceptación que vi en ellos. Ya se lo imaginaba. El guardia de mi abuelo podía ser muchas cosas pero no tonto. Había algo más en esos iris grises. Parecía... sí, era determinación.

Un súbito escalofrío me recorrió la columna. Estaba dispuesto a esperarme lo que hiciera falta para hacerme suya.

—Violeta —pronunció mi nombre lentamente, omitiendo el tratamiento de usted—, no pasa nada. Veo por lo que has pasado y yo voy a seguir aquí. Nuestro rey parece creer que hacemos un buen equipo y ve con buenos ojos que yo siga a tu lado. No diré cuidándote o protegiéndote pues, aunque me gustaría, tú no lo necesitas. Pero sí estaré aquí para ayudarte en lo que desees. O él me ordene, que ya le conocemos —bromeó para quitarles seriedad a sus palabras.

Porque eran serias. Las decía con él corazón, yo podía verlo. Este íncubo no estaba fingiendo.

—¿Tú también tienes sangre humana por tus venas? —comprendí.

—Un poco, no tanta como tú, tan solo un cuarto.

—Veo que suficiente —le sonreí.

Sin contener la tentación de recorrer sus extremadamente atractivos rasgos con mis dedos, deslicé una caricia por sus pómulos y me escabullí del hueco que había entre él y la ventana.

El día de repente parecía más radiante y, el sol, lucir en todo lo alto pese a que había nubes.

Todo iba a salir bien, esta vez lo sentía. Pero no porque yo fuera una princesa súbico con acceso al pozo de todas las almas, sino porque tenía a mucha gente a mi lado que se preocupaba por mí o incluso me quería. Y allí incluía a mi abuelo el todopoderoso demonio ancestral, porque con la paciencia que a veces tenía conmigo sin duda algo tenía que apreciarme. Y a Ahrianhrod, y a Marta a quien íbamos a encontrar, y a Marcos que estaba a salvo junto con mi hermana y el resto de su familia... y a él. Él. Ese íncubo que era capaz de esperarme y que sin dudarle estaría dispuesto a dar su vida por mí en batalla.

No necesitaba más.

Sentí como la herida más profunda, la de mi corazón por la traición de Casio, lentamente comenzaba a sanar.

TREINTA Y SIETE

Marta usó el hechizo más poderoso de su grimorio en un intento desesperado de salvar a Arianhrod.

Lo tenía memorizado y sabía que, a diferencia de otros hechizos, este no precisaba de gestos y apenas sí requería unas palabras para ser lanzado, prueba de lo valioso que podía resultar en plena batalla. Sin embargo, precisamente por ser el más poderoso, ella no se había atrevido a probarlo. El grimorio era claro en eso: si la bruja que intentaba lanzarlo no tenía suficiente poder, su alma y su cuerpo serían desgarrados y se perderían en el olvido. Sin embargo, si lograba lanzarlo, se convertiría en la misma luz de la luna, capaz de colarse de manera inmediata en los corazones de sus enemigos y, desde allí, pararlos, detenerlos, llenándolos con la mayor ilusión de la luna, con la pesadilla más absoluta, del terror primigenio de la presa ante un cazador que les apunta con una flecha que no se puede esquivar. Era un hechizo de unos cinco metros área, capaz de coger dentro a todas las brujas que estaban haciendo el ritual si ella se acercaba.

Así que comenzó a recitarlo y a correr, sintiendo cómo su determinación y lo que parecía ser el apoyo de sus antepasadas despertaba en ella.

Lo lanzó.

Se convirtió en luz lunar.

Pero entonces ese dragón apareció ante ella, fuerte como si estuviera en la habitación de manera espiritual y le impidió que cada uno de sus fragmentos volaran hacia sus enemigos. En vez de eso, la atrapó e intentó matarla. Marta, en su forma insustancial, luchó con todas sus fuerzas y con su recién descubierto poder de índigo por liberarse.

Lo hizo, solo en parte.

Cuando el dragón quedó libre de su prisión en ese plano, el próximo al del templo de la serpiente, Marta fue arrastrada allí, como si el flujo de energía del dios antiguo hacia la Tierra la mandara a ella en una especie de reflujo hacia su prisión.

Quedó allí, encerrada en un plano tan pequeño que podía recorrerlo en diez rabiosos pasos. Su cuerpo volvía a estar entero pero la magia no parecía funcionar.

Tan solo había una ventana, pequeña, abierta al plano de la diosa serpiente.

Se mantenía alejada de ella, no quería que su enemiga la descubriera, mientras le daba vueltas, una y otra vez, al modo de salir de allí.

Pero nada se le ocurría.

Su único consuelo era que, en esa prisión, aunque no podía usar la magia tampoco parecía necesitar agua o comida.

FIN

El boca a boca es crucial para cualquier autor. Si te ha gustado esta novela, por favor considera dejar una reseña. Aunque sea tan solo de una o dos líneas, me encantará leerla y será de gran ayuda.

SOBRE LA AUTORA

Para información sobre mis libros, puedes visitar mi página web www.amayafelices.com. Escribo en los géneros de fantasía y ciencia ficción, algunos de mis libros tienen un toque de romance y otros, como Hipernova, o Puro glamour, son totalmente románticos.

Soy profesora, filóloga, madre e ingeniero; pero esa parte de mi biografía no es importante; prefiero contaros que me gusta identificarme con algunos de mis personajes o por qué escribo.

Desde niña quería ser escritora pero todos me decían que eso era una tontería. Estudié Ingeniería Química y durante unos años me sentí vacía porque lo que realmente me mueve es crear historias. Al final, muchos años después, decidí dejar de escuchar a todos los que me decían que siendo escritor es imposible ganarse la vida y comencé a pelear por mis sueños, a creer en mí.

Durante mi divorcio, muy duro y con juicios por la custodia de dos niños pequeños, necesité fuerza. Por eso mi primer libro, El pozo de todas las almas, es muy especial para mí pues es un libro que da fuerza. Pero no solo a mí, sino a quien lo lee. Desde entonces, cada vez que veo las injusticias de la vida o la mala suerte a mi alrededor, deseo ayudar del mejor modo que conozco: compartiendo historias que ayuden a no dejarse vencer por el desaliento y a seguir peleando. Porque a veces llegas a un punto donde no son tus palabras sino tus actos los que hablan por ti y te definen. Me gusta poner esos dilemas a mis personajes porque sé que todos, en algún momento u otro, nos los encontraremos.

Me gustan también mucho las buenas películas y series de televisión, aquellas que mueven emociones, que te hacen reír o llorar y vivir otras vidas. En mis libros, intento transmitirlo.

Por último, soy madre de niños pequeños (bueno, ya no tanto) y profesora de secundaria.

En cuanto a mis libros, los tengo publicados tanto con editoriales como de manera independiente y también he ganado varios premios literarios. Pero como os decía, esa es la parte más aburrida y menos importante porque creo que lo que de verdad importa en un escritor es cómo te hacen soñar y sentir sus libros ;)

PRIMER CAPÍTULO DE LA SOMBRA DE LA ARAÑA

No tengo muy claro por qué corro. Solo sé que me estoy jugando mucho más que una nota. Quizá mis piernas hayan cobrado vida por los gritos apagados de mis compañeras o, a lo mejor, por la sensación de que no estamos solas en este pasillo del ala prohibida. Hay algo en el ambiente, algo que lleva semanas fraguándose, que me hace sentir que el mal ya no está de vacaciones.

No recuerdo que las paredes fueran tan estrechas, ni las sombras entre las lámparas tan densas. Por suerte Kate avanza delante de mí. No nos llevamos muy bien pero juntas quizá logremos salir del internado.

—Kate, espérame —grito.

Y no puedo evitar asustarme ante el tono agudo de mi voz, como si llamar la atención fuera peligroso.

—Olvídame, perdedora —me contesta, tan odiosa como siempre, mi compañera de cuarto—. No tienes ni idea de lo que es esto.

Ni siquiera se vuelve a mirarme.

Abro la boca para protestar. Y la cierro. Poco a poco, mis piernas dejan de impulsarme hacia delante, las baldosas del suelo parecen aumentar su densidad alrededor de mis deportivas. Es un visto y no visto. Algo, de una forma demasiado aberrante para poder entenderla, sale de una de las sombras del techo, dispara un apéndice con garras hacia Kate, le secciona la garganta y la arrastra hacia arriba. Desaparece en la oscuridad que se apodera aún más de las desperdigadas luces, en medio de un escalofriante «glup». Otra de esas criaturas se descuelga cerca de mí.

Grito. Grito y recupero el control de mis piernas, dejándome parte de las suelas en las baldosas. Pero aquello es rápido. Me giro. Estoy asustada. No entiendo lo que está pasando pero no pienso morir como una cobarde. Aprieto los dientes. Entonces aparece él. Él. Que me empuja, que se coloca entre ese ser y yo.

Él...

Está tan imposiblemente arrebatador como siempre. Mi corazón palpita traidor con la idea de que va a salvarme. Lleva una espada y con un tajo demuestra que sabe usarla. La cosa se desintegra en una nube que huele a huevos podridos.

«Victor...» —suspiro, como una boba.

No puedo evitar fijarme en la soltura con la que porta el arma o en el brillo de sus ojos azules mientras extiende el brazo hacia mí, ofreciéndome una salida.

—¿Otra vez? —Retira burlón su mano tendida antes de que la mía la alcance—. ¿De verdad crees que voy a sacarte de aquí? Solo venía a despedirme. Me de-cep-cio-nas —silabea desdeñoso—, esperaba mucho más de ti. ¿No sabes enfrentarte a un demonio menor? Después de todo, va a ser cierto lo que dice Paula. Que no eres digna de mí.

Me sonrío. Un gesto sarcástico que pese a todo hace que los nervios revoloteen en mi pecho, bajando hacia mi desayuno. Es tan guapo... incluso cuando lo odio. Y tan silencioso como ha venido se va, apenas resonando sus confiadas pisadas por el pasillo.

Un demonio... Absurdo. Las lágrimas mojan mi jersey, gotas de humillación. No debería haber

vuelto a pensar que le importo. Y corro. Sin rumbo. En vano. Aparece otro de esos seres delante de mí, esgrimiendo una sonrisa hambrienta en las desdentadas encías de su agonizante boca. Él me ha rechazado, ese cretino engreído ha vuelto a burlarse de mí. La rabia se pelea con el miedo en mi estómago. Me doblo hacia delante apretándome la tripa con un brazo. Voy a vomitar. Mientras unos tentáculos se alargan hacia mí, no puedo evitar preguntarme qué será más difícil de limpiar de mi ropa, si el vómito o la sangre. Aunque tampoco es que nadie vaya a querer de recuerdo lo que quede de ella.